

ESTUDIAR AMÉRICA LATINA: RETOS Y PERSPECTIVAS

Heriberto Cairo y Jussi Pakkasvirta
(Compiladores)

María Fernanda de Abreu, José Celio Andrade, Lino Borroto,
Heriberto Cairo, Javier Franzé, Jesús M. García, Juan José Marín,
Jimena Ñañez, Jussi Pakkasvirta, Jaime Preciado,
Gerónimo de Sierra, Andréa Ventura, Ronny Viales.

2009



300
E79e

Estudiar América Latina: Retos y perspectivas.
1ª edición - San José, Costa Rica: Alma Mater, 2009
202 p. ; ilus., maps.; 18,5 x 22 cm.

ISBN 978-9968-9514-4-9

1. Ciencias Sociales / 2. Ciencias Sociales / 3. Latinoamérica.
I. Heriberto Cairo, compilador.
II. Jussi Pakkasvirta, compilador.

EDITORIAL LIBRERIA ALMA MÁTER (ELAM)

Telf.: (506) 223-413-38

carvacr@yahoo.com

Director Editorial:

Guillermo Carvajal Alvarado

Diagramación y Portada:

Juan Carlos Vargas Araya.

Telf.: (506) 883-495-24

jcvargas69@costarricense.cr

Edgar Gutierrez Chinchilla.

Telf.: (506) 886-348-92

guiavitrina@costarricense.cr

Pintura de Portada:

Obra "Los Transeúntes" (2009)

Carolina Rodríguez Herrera

Bachiller en artes plásticas, con énfasis en Grabado

de la Universidad de Costa Rica

caroh80@yahoo.com

© María Fernanda de Abreu, José Celio Andrade,

Lino Borroto, Heriberto Cairo, Javier Franzé,

Jesús M. García, Juan José Marín,

Jimena Ñañez, Jussi Pakkasvirta,

Jaime Preciado, Gerónimo de Sierra,

Andréa Ventura, Ronny Viales.

"Esta publicación ha sido producida con la ayuda de la Unión Europea. Los contenidos de esta publicación son de única responsabilidad de las universidades que forman parte de la red AMELAT XXI (Fase II) y no se puede interpretar de ninguna manera que reflejan los puntos de vista de la Unión Europea"



Impreso en Costa Rica. Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción total o parcial bajo cualquier medio mecánico, electrónico o digital del contenido total o parcial de esta publicación sin el permiso expreso del autor o del editor. Hecho el depósito que dicta la ley.

Pagina 3 en blanco

TAPAR

Pagina 4 en blanco
TAPAR

De nuevo hay que recordar a los primeros beneficiarios de las clases y talleres que se desarrollaron en la Universidad Complutense de Madrid en el año 2008 y que dan lugar a este libro: Angélica Albarrán, Leonardo Arredondo, Marvin Carvajal, Manuel Benito Chacón, Edgardo Fernández, David Gonzalez Miranda, Luigi Leonardo Guinche, Diana Patricia Gutiérrez, María Lorente, Alejandro Molpeceres, Iván Tiago Oliveira, Kalliopi Patouna, Joao Marcelo Montenegro Pires, Francisco Santos, Noora Paulina Simola, Joao Martins Tude, Andrea Ventura, Lucas Viotti y Daniel Umpierrez. Y la “conexión” Marín ha seguido siendo clave.

Pagina 6 en blanco

TAPAR

CONTENIDO

Jussi Pakkasvirta y Heriberto Cairo Carou: “INTRODUCCIÓN: AMÉRICA LATINA EN LA ESCUELA DE INVESTIGACIÓN DE AMELAT XXI”	11
--	----

I PARTE: TEORÍAS

Heriberto Cairo Carou: “AMÉRICA LATINA EN LOS MODELOS GEPOLÍTICOS MODERNOS: DE LA MARGINACIÓN A LA PREOCUPACIÓN POR SU AUTONOMÍA”	25
--	----

Javier Franzé: “COLONIALIDAD Y MONISMO: UNA REVISIÓN DE LA RELACIÓN ENTRE MODERNIDAD Y OCCIDENTE EN EL PENSAMIENTO POSTCOLONIAL”	45
---	----

Jaime Preciado, con la colaboración de Pablo Uc: “AMÉRICA LATINA EN EL SISTEMA-MUNDO: CUESTIONAMIENTOS Y ALIANZAS CENTRO-PERIFERIA”	67
--	----

Jimena Ñañez Ortiz: “UN ACERCAMIENTO AL MOVIMIENTO DE DESOCUPADOS DEL GRAN BUENOS AIRES DESDE LA TEORÍA DEL PROCESO POLÍTICO”	87
--	----

II PARTE: METODOLOGÍAS

Jussi Pakkasvirta: “CONFLICTOS MEDIOAMBIENTALES Y ESTUDIOS LATINOAMERICANOS: EL CASO DE LA PASTERA DE FRAY BENTOS EN URUGUAY”	107
--	-----

Andréa Cardoso Ventura y Jose Célio Silveira Andrade: “LA ACCIÓN DE LOS MOVIMIENTOS CONTESTATARIOS EN LOS CONFLICTOS SOCIOAMBIENTALES RELATIVOS A LA INDUSTRIA DE CELULOSA Y PAPEL EN AMÉRICA LATINA: PROPUESTA PARA LA CONSTRUCCIÓN DE UN MODELO ANALÍTICO”	127
---	-----

María Fernanda de Abreu: “CONOCER AMÉRICA LATINA: APORTES DESDE LA LITERATURA Y LOS ESTUDIOS LITERARIOS (GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ: COMO UN BUEN DÍA LA FÁBULA SE HACE HISTORIA)”141

Ronny J. Viales y Juan José Marín Hernández: “LOS ESTUDIOS TRANSAREALES (*TRANSAREA STUDIES*) COMO UNA NUEVA DIMENSIÓN DE LA HISTORIA COMPARADA”157

III PARTE: POLÍTICAS E INSTITUCIONES

Lino T. Borroto López y Jesús M. García del Porta: “IDEAS Y REALIZACIONES DE LA POLÍTICA EDUCACIONAL CUBANA”179

Gerónimo de Sierra: “EPÍLOGO. ESTUDIOS ACADÉMICOS SOBRE AMÉRICA LATINA: LA MAESTRÍA INTERNACIONAL DE AMELAT XXI Y EL PROYECTO UNILA (UNIVERSIDAD PARA LA INTEGRACIÓN DE AMÉRICA LATINA)”197

Pagina 9 en blanco

TAPAR

Pagina 10 en blanco

TAPAR

INTRODUCCIÓN. ESTUDIANDO AMÉRICA LATINA EN LA ESCUELA DE INVESTIGACIÓN DE AMELAT XXI

Jussi Pakkasvirta y Heriberto Cairo Carou

Estudiar América Latina, o, mejor dicho, formar a estudiosos de América Latina, es el objetivo fundamental del Máster de Estudios Contemporáneos de América Latina (Estado, Sociedad, Economía y Cultura), surgido del proyecto ALFA: AMELAT XXI¹, que va dirigido a:

- 1) aquellos estudiantes que desean obtener un conocimiento especializado sobre América Latina que les permita completar su formación académica de cara a su particular carrera profesional, y
- 2) aquéllos que desean iniciar una carrera investigadora y/o académica con fuerte énfasis en esta región.

Estos objetivos hacen que el Master sea necesariamente interdisciplinar, e incluso, transdisciplinar. La confluencia entre ciencias sociales y humanidades y ciencias de la naturaleza es cada vez más profunda y buena parte de los estudios e investigaciones más prometedoras se desarrollan en un espacio intersticial. Pero este *vortex* disciplinar se forma conforme a una lógica de conocimiento de una región: América Latina. Sin embargo, el estudio de esa región (y otras) no es algo nuevo, y conviene reflexionar sobre el origen y evolución de los estudios sobre la misma, así como sobre sus definiciones.

1. ESTUDIANDO AMÉRICA LATINA

1.1. La historia de los Estudios Latinoamericanos y los contextos

La historia de los Estudios Latinoamericanos modernos, como disciplina, data de la década de 1940, en el contexto de los llamados Estudios Regionales y Culturales o, en otros contextos, Historia de las Civilizaciones. Después de la Segunda Guerra Mundial, y especialmente con la llegada de la Guerra Fría, en los Estados Unidos surgieron nuevas formas de definir los Estudios Regionales. Estas nuevas ramas (los *Area and Cultural Studies*) fueron creadas primero para entender mejor al “enemigo” (Unión Soviética y China), pero posteriormente también para tener “expertos generalistas regionales” sobre cuestiones relacionadas con Rusia, Asia, Europa o América Latina.

Detrás de los programas regionales estadounidenses hubo inicialmente un interés del nuevo incuestionable superpoder global, pero, con el tiempo, también se convirtió en una prioridad el interés meramente académico sobre los estudios sobre regiones. En algunas universidades norteamericanas surgieron este tipo

¹Para más información sobre el proyecto AMELAT XXI y el Máster de Estudios Contemporáneos de América Latina, véase Cairo y de Sierra (2008)

de programas y, después, fueron adoptados en varias universidades europeas. Otro elemento importante para los Estudios Latinoamericanos fue el desarrollo de estudios culturales, especialmente en las universidades inglesas, y en centros de investigación en Francia y Alemania. Estas nuevas tradiciones crearon lo que hoy en día podemos llamar Estudios Regionales y Culturales. La mayoría de los centros de Estudios Latinoamericanos en Europa, Estados Unidos y América Latina pertenecen a esta familia académica.

Es también importante destacar dos trayectorias diferentes de los estudios sobre regiones, una relacionada con los estudios sobre el territorio, y la otra con los estudios de la cultura o de las civilizaciones. La primera (estudios territoriales, de planeación regional, etc.) se centra sobre una región geográfica, y los métodos, conceptos y técnicas académicas son elegidas según el objeto de investigación: una región definida por algún tipo de criterio territorial. Son estudios e investigaciones interdisciplinarias sobre desarrollo urbano y regional, finanzas públicas municipales, la distribución de la población, migración y desarrollo, programas de desarrollo sostenible, el territorio, los servicios y la ecología humana. Se usan materias y métodos muy distintos, principalmente tomados de disciplinas como la Economía, la Geografía, la Historia, la Sociología, las Ciencias Políticas, la Demografía, el Urbanismo y la Ordenación del Territorio, la Ecología, etc.

Sin embargo, el concepto de región puede ser entendido también como región no sólo territorial, sino histórica y cultural. Una disciplina como los Estudios Latinoamericanos trata de una región inmensa y heterogénea, y se ha hablado de “estudios de civilización” o “estudios de área” (*Area Studies*), que son diferentes de los “estudios regionales” (*Regional Studies*). Así entendidos, los estudios culturales, los *Area Studies*, son algo diferente de los estudios regionales. Por ejemplo, en los Estudios Latinoamericanos, en tanto que *Area and Cultural Studies*, se subraya y enfoca más el aspecto de una cultura unificadora, que en los estudios regionales espaciales “clásicos”.

Para aclarar más este punto, muchas veces en los estudios regionales la región está entendida como algo *dentro* de un Estado-nación, y se analizan principalmente problemas regionales urbanos y rurales. En los estudios de área la *región* no significa solamente un espacio, sino también conlleva la idea de una(s) *cultura*(as) o *civilización*(es), que tienen una historia suficientemente unificadora como para definir una región como una “cultura continental” (por ejemplo, Estudios Europeos, Estudios Africanos, etc.). En tales ramas de estudios sobre regiones la región y el espacio son siempre algo más que un Estado-nación. Por ello, las preguntas de investigación suelen tener el aspecto comparativo (por ejemplo, acerca de las diferencias/similitudes entre dos países *dentro* de una región “unificadora”). Así el interés del investigador es explicar algo que es común o particular para una región más amplia (continente, subcontinente, etc.). Esto exige enfoques que sobrepasan temas definidos dentro de la soberanía nacional estatal.

Ambas ramas diferentes de estudios sobre regiones siempre tienen un perfil interdisciplinario. Desde la perspectiva de los Estudios Latinoamericanos, podemos decir que, por ejemplo, el análisis literario de la obra de Mario Vargas Llosa, con las teorías lingüísticas y de la literatura, no pertenece a la “disciplina” de Estudios Latinoamericanos; pero, si la investigación sobre la obra de Vargas Llosa está contextualizada en la política peruana-latinoamericana o en los problemas ambientales del Amazonas descritos en sus trabajos, y la investigación tiene un carácter interdisciplinario (con metodologías y teorías de varias disciplinas),

podemos afirmar que la investigación sí pertenece a la rama de los Estudios Latinoamericanos. Especialmente importantes son las preguntas de investigación y el enfoque cultural y suprarregional propuesto en la investigación.

Otro intento de describir los contenidos de los Estudios Latinoamericanos está presente, por ejemplo, en las discusiones recientes latinoamericanistas postcoloniales, que critican las interpretaciones occidentales de la literatura o la globalización económica:

“Latinoamericanismo”, “Latinoamericanística” y “Estudios Latino-americanos” son términos utilizados a veces de manera sinónima, a veces de manera diferencial en la discusión poscolonial. Por lo general, ellos hacen referencia al conjunto de saberes académicos y conocimientos teóricos sobre América Latina producidos en universidades e instituciones científicas del primer mundo, y específicamente en algunos departamentos de literatura en los Estados Unidos. Pues aunque los “Estudios Latinoamericanos” incluyen ciertamente la sociología, la politología, la historia, la antropología y últimamente también los estudios culturales, fue precisamente en los departamentos de lengua y literatura donde empezó a discutirse por primera vez el problema de la poscolonialidad. Esto no es extraño, si tenemos en cuenta tres factores: primero, que por lo menos a partir del *Boom*, la literatura sigue siendo considerada en los Estados Unidos (y también en Europa) como el producto cultural latinoamericano *par excellence*, aún a pesar de la gran popularidad que empiezan a tener otras mercancías de exportación como el arte (sobre todo la pintura), la música (tango, salsa) y las telenovelas; segundo, que el tema de lo poscolonial encaja muy bien con el enorme desarrollo que ya desde los setenta venían mostrando los estudios de la literatura colonial hispanoamericana, principalmente la del siglo XVI; y tercero, que las teorías poscoloniales, como ya lo señalamos, muestran grandes afinidades con el estructuralismo (Barthes, Lacan), la deconstrucción (Derrida) o la genealogía (Nietzsche, Foucault), metodologías que ya habían sido institucionalizadas, es decir, incorporadas al análisis de textos en las facultades de literatura desde comienzos de los ochenta (Castro Gómez y Mendieta, 1998: 17-18).

Es evidente que aunque en estas perspectivas se rechaza la idea de América Latina construida (Mignolo, 2007), el ámbito, la región de referencia sigue teniendo significado.

1.2. Las definiciones históricas de la región latinoamericana

La definición del espacio latinoamericano se ha desarrollado en varias fases históricas. Las primeras formas de pensar en términos “continentales” —entendido como suprarregionalismo latinoamericano— se originan indudablemente en la colonia. Simplificando la historia y olvidando conscientemente la fragmentación espacial, cultural y social americana, se puede hablar del “mundo” ibérico o hispánico, de un mundo indivisible que era católico y en el que se hablaban lenguas iberorrománicas —aunque el caso de

Brasil es particular²—. Esta fase del continentalismo estaba determinada por la cultura y por la mentalidad hispánicas, traídas a América desde fuera, desde Europa. España era el centro indicado de este mundo. Las redes de poder tenían su centro en la Península Ibérica, el *status* de los inmigrantes (criollos) era inferior y las poblaciones indígena y negra estaban consideradas como mano de obra barata. Los experimentos y las “anomalías” sociales³, si eran descubiertos por los oficiales de la Corona eran prohibidos, y el cultivo del espíritu hispánico era una tarea de la administración colonial centralizada.

El mundo hispánico nació por los intereses imperiales, comerciales y religiosos de la época. Como producto de este proceso, el “nuevo continente” fue integrado gradualmente al sistema mundial eurocéntrico que iba formándose. Por lo tanto, los hispanos importaron un nuevo contexto de región a América con su idioma y con su modo de gobernar y producir. Antes de la conquista no existía en América nada que pudiéramos llamar sentido continental del espacio. Así, la idea de pensar de una manera continental es un producto indirecto del colonialismo europeo⁴. Por consiguiente, la idea regional continental en América es en este sentido anterior al surgimiento del sentido regional (y nacional).

La segunda fase del suprarregionalismo latinoamericano se sitúa en los tiempos de la independencia y tiene su origen en la idea bolivariana de los “Estados Unidos de Suramérica”. Esta utopía, ya más consciente de la unidad continental que las primeras ideas del mundo hispánico en las Américas, aspiraba a una unión de las nuevas repúblicas hispanoamericanas. Según el sueño de Bolívar, estos Estados dirigidos por los criollos formarían en un futuro cercano una federación natural y fuerte; un país que, tal y como mencionaba en su “Carta de Jamaica” de 1815, sería “la más grande nación del Mundo” (cit. en Buela Lamas, 1993: 267). En la utopía bolivariana los criollos originalmente hispánicos dirigirían los Estados autónomos de la federación latinoamericana, según los ideales republicanos de la Revolución francesa o el patriarcalismo liberal bolivariano.

Durante los tiempos de Bolívar la idea de la federación o de la unión política fue quizás más realista que nunca después. Los Estados Unidos de Norteamérica existían sólo desde hacía unas décadas antes. Las repúblicas recién independizadas de América Latina eran más ricas y tenían más larga tradición administrativa que las anteriores colonias de Inglaterra en el norte. Además, en el sur fue más fácil encontrar mano de obra barata y la producción agrícola era más grande en el sur que en el norte.

Bolívar llegó a gobernar durante un corto tiempo el territorio donde hoy encontramos cuatro países suramericanos (Venezuela, Colombia, Perú y Bolivia). Quería agrupar a todos los países latinoamericanos

² Sin embargo, es importante mencionar que en muchas definiciones continentales Brasil es cierto tipo de “problema”, aunque este país gigantesco y federal de alguna manera es una parcial realización de la unidad continental. Una explicación, también parcial, es que los intelectuales hispanoparlantes estaban mentalmente más cercanos a la cultura francesa que al mundo lusitano. Igualmente, en el caso del continentalismo brasileño, se puede preguntar, como en el caso de EE UU, si los Estados Unidos do Brasil era y es una nación (integrada).

³ Sin duda este mundo hispánico nunca fue un monolito cultural. La historia de la conquista y del colonialismo está llena de diferentes experiencias autónomas que sobrevivían al lado de la tradición hispánica. Por el tamaño gigantesco del continente, la administración colonial nunca pudo controlar todas las regiones de los virreinos. Los indios vivían en su “Abya Yala” su vida tradicional, unos sintetizándose con los efectos cristianos, otros no. También hubo otro tipo de experimentos “ahispánicos”, como las comunidades de jesuitas en Paraguay hasta su expulsión en 1767. Véase, por ejemplo, Gómez Robledo (1958: 34-35).

⁴ También el desarrollo cartográfico jugó un papel importante en este pensamiento espacial.

en algún tipo de comunidad política federativa. Y no sólo por razones idealistas: para Bolívar la unificación de América Latina era necesaria también para que la estructura administrativa de las instituciones políticas, rota durante las guerras de independencia, hubiera podido surgir de nuevo para resistir las intenciones de reconquista de la Santa Alianza de Europa y del expansionismo naciente de Estados Unidos. El primero y al mismo tiempo el último intento de Bolívar hacia la realización de la unión era la organización del Congreso de Panamá en junio de 1826, cuando Colombia invitó a las naciones de América a participar en esta reunión (Kaplan, 1987: 15-16; Arciniegas, 1986: 69-105; Ramírez Novoa, 1957: 125-131).

La acción diplomática de Bolívar fracasó por muchas razones. Las fuerzas centrífugas ya operantes en el continente actuaban contra los objetivos y el desarrollo mismo del Congreso de Panamá. Por las guerras civiles y por los combates personales de los líderes “nacionales”, las nuevas repúblicas latinoamericanas vivían en un desorden interno. Además, entre los Estados que estaban buscando las fronteras de sus territorios nacionales hubo desconfianzas mutuas. Gran Bretaña y Estados Unidos no deseaban estimular la creación de un bloque latinoamericano, y sus políticas y acciones tendían a crear, mantener y acentuar la fragmentación de la región.

1.3. Las definiciones cultural-conceptuales de la región latinoamericana

A pesar de que la persona de Bolívar tenga tantos significados en América Latina, es importante entender que su legado simbólico más importante para el subcontinente se sitúa cercano a la idea de la “originalidad americana”. Después del “bolivarismo” también nacen nuevas definiciones conceptuales para la región; hay posibilidades de pensar en un continente como la comunidad imaginada, y existen palabras para eso. A continuación, expondremos algunos términos relativamente conocidos al respecto. La perspectiva tomada aquí es la de la comunidad política, no la de su uso en la literatura, arte, etc.

En primer lugar, con *Hispanoamericanismo* entendemos la corriente que con mayor ortodoxia sigue los lineamientos de Bolívar. Preconiza la unidad de los terrenos americanos colonizados por España. El hispanoamericanismo en su forma más continentalista incluye y busca la integración política, social y económica de los Estados hispanoparlantes⁵.

Cuando se quiere incluir al hispanoamericanismo los terrenos americanos colonizados por Portugal, el hispanoamericanismo se convierte en *Iberoamericanismo*. La palabra *ibero* se refiere a los habitantes “originales”⁶ de la península hispánica. Entonces el iberoamericanismo, como el hispanoamericanismo, contiene el aspecto lingüístico, extendiéndolo esta vez a todos los idiomas iberorrománicos. Cuando los grandes intelectuales históricos latinoamericanos han hablado sobre el aspecto continental, muchas veces se han referido a los conceptos de “raza” e “idioma”. Por ejemplo, el intelectual peruano José Carlos Mariátegui escribe (de una manera confusa y olvidando a Brasil) ya en 1925: “El iberoamericanismo reaparece, en forma esporádica, en los debates de España y de la América española. Es un ideal o un tema que, de vez en vez, ocupa el diálogo de los intelectuales del idioma (me parece que no se puede llamarlos, en verdad, los intelectuales de la raza)” (1993 [1925]: 44).

⁵ Aunque originalmente Hispania se refiere a toda la península, también a las regiones lusófonas.

⁶ Es decir, anteriores a la época del Imperio romano.

El *Latinoamericanismo* se origina en las ideas panlatinas de la época de Napoleón III, primero dirigidas contra la influencia creciente anglosajona y usadas después para justificar el expansionismo francés en las Américas⁷. Más tarde llegó a significar una idea más amplia, que parte de la realidad socioeconómica de México, Centroamérica, el Caribe y Suramérica. A principios del siglo XX aún no era usado con regularidad en su contenido moderno —en la forma general en que se usa en Estudios Latinoamericanos—. Sólo con la creación de Naciones Unidas y sus organizaciones se establece el concepto América Latina (y el Caribe), como una región histórica, geográfica, cultural y social. Especialmente la Comisión Económica para América Latina (y el Caribe) CEPAL(C) jugó un papel importante para la definición actual de América Latina. El estructuralismo y la escuela de la dependencia “cepalinas” han sido las teorías latinoamericanas (y latinoamericanistas) más conocidas mundialmente. Enfatizaban los rasgos comunes de región latinoamericana en la economía-mundo, explicando la historia y el presente latinoamericano a través de los factores externos.

Estas definiciones, que tienen su origen lingüístico-conceptual en el “latinismo”, el “hispanismo” o el “iberismo”, es decir, en Europa, pueden ser llamadas exógenas. También existen términos “endógenos” para la región o para la definición de la comunidad política americana (Recondo, 1989: 41). El *Panamericanismo* tiene sus raíces en la *doctrina Monroe*, en el mensaje del Presidente James Monroe al Congreso de Estados Unidos en 1823, el cual estaba oponiéndose a las pretensiones europeas de la Santa Alianza para restablecer las colonias independizadas en América. La fórmula “América para los americanos” fue el principio original y noble del *monroismo* que, por lo general, es un sinónimo del panamericanismo. Ya a principios del siglo XX era un hecho que los dos conceptos enfatizaban el tutelaje de Estados Unidos sobre los otros Estados americanos. El panamericanismo ha tenido normalmente el significado “América para los estadounidenses” —aunque han existido intentos de definirlo en términos de la unidad de todo el continente, buscar la América como tierra de promisión⁸—. Más tarde la estrategia panamericana estadounidense fue convertida en conservadurismo, y sirvió contra los diferentes movimientos antiimperialistas y continentalistas que exigían cambios radicales al sistema capitalista. Mariátegui incluye en su ensayo arriba citado una autocrítica sobre la unidimensionalidad latinoamericana en relación a Estados Unidos:

¿Es culpa de Estados Unidos si los iberoamericanos conocemos más el pensamiento de Theodore Roosevelt que el de Henry Thoreau? Estados Unidos es ciertamente la patria de Pierpont Morgan o Henry Ford; pero es también la patria de Ralph Waldo Emerson, de William James y de Walt Whitman. La nación que ha producido los más grandes capitanes del industrialismo, ha producido asimismo los más fuertes maestros del idealismo continental (Mariátegui, 1993 [1925]: 45).

Sin exagerar mucho, podemos afirmar que Mariátegui se refiere con esto a las interpretaciones arielistas más extremistas o al hecho de que muchos críticos de Estados Unidos, como José Enrique Rodó, nunca habían visitado el país.

⁷ No está claro quién fue el primero en emplear la expresión “América Latina”, algunos opinan que fue un escritor chileno, Francisco Balboa (Rojas Mix, 1991: 31), otros que un diplomático nacido en Bogotá, Torres Caicedo (Ardao, 1980).

⁸ Esta idea fue esbozada por norteamericanos, como Waldo Frank (1928).

Otra famosa definición endógena sobre América es *Indoamérica*. Con ésta se alude a una corriente que se basa en las culturas y la gente existentes en el continente antes de la llegada de los europeos. El *indigenismo* es un aspecto del indoamericanismo. El uso del término se generalizó durante la década de 1920 cuando muchos intelectuales, como los peruanos Víctor Raúl Haya de la Torre o Luis Valcárcel, empezaron a utilizarlo conscientemente. Para referirse al indoamericanismo se han usado también términos más “mestizos”, sincretistas o fusionados como América *indoibera* o América *indoespañola*, e incluso en el calor de los debates sobre el Quinto Centenario se inventaron términos como América *indoafrolatina* (Zea, 1986).

Además, existen numerosos términos quizás menos conocidos como *telurismo* (“América fue geografía antes que historia”), *criollismo* (“fusión entre lo autóctono y lo ibérico”), etc. (Recondo, 1989: 41). Ya la multitud de las definiciones que se han utilizado nos revela que no hay un término válido o un consenso “universal” para la cultura o para la comunidad latinoamericana, sino que toda interpretación que anule la presencia de uno o varios elementos resultará imperfecta e incompleta.

Por lo tanto llamar esa región a América Latina —y hablar de los Estudios Latinoamericanos— es un compromiso práctico. Así son la mayoría de los conceptos. Es un trato que hemos hecho. En algún momento los latinoamericanistas decidieron ser latinoamericanistas, que van a los congresos de latinoamericanistas, y publican en revistas latinoamericanistas, olvidando en buena medida el origen militarista, originado en preocupaciones geoestratégicas, de los Estudios Latinoamericanos de la Segunda Postguerra Mundial.

2. LA ESCUELA DE INVESTIGACIÓN DE MADRID DE AMELAT XXI

Como ya explicábamos en la Introducción al primer libro de esta serie (Cairo y De Sierra, 2008) los trabajos incluidos en la misma se correspondían con parte de los materiales de trabajo de los profesores en la “Escuela de Investigación” de la modalidad virtual del Máster de Estudios Contemporáneos de América Latina (Estado, Sociedad, Economía y Cultura). Allí señalábamos que uno de los problemas que suelen surgir en los programas de estudio virtuales o semipresenciales está relacionado con la formación específica para la investigación, fundamental en un curso de postgrado y que es difícil de desarrollar *on line*. Esto es obvio en cursos de ciencias en los que el uso de laboratorios es un elemento básico, pero también ocurre en los cursos de ciencias sociales en alguna medida. En el Máster, “para remediar este *handicap*, se han diseñado las escuelas de investigación a las que los alumnos tendrán que asistir como paso previo a la realización de la tesis de Maestría. Cada año se celebran en una de las universidades de la red y en ellas participan —en lo posible— profesores de todas las universidades” (Cairo y De Sierra, 2008: 11).

Los objetivos principales de las escuelas de investigación son:

- a) Posibilitar una formación de los estudiantes de la maestría en la investigación, a través de las conferencias, talleres y sesiones de tutoría.
- b) Crear un espacio de discusión e intercambio de experiencias investigativas multidisciplinares, teórico metodológicas con nuevas perspectivas y enfoques trans-disciplinarios.
- c) Desarrollar un diálogo recíproco Sur-Sur y Norte-Sur en las áreas teórico-metodológicas.

- d)** Elaborar un diseño de investigación encaminado a la formulación, presentación y defensa de la tesis de maestría.

Si la Escuela de Investigación del curso 2006-07 se celebró en la Universidad de la República, en Montevideo (Uruguay), la del curso 2007-08 lo hizo en la Universidad Complutense de Madrid del 30 de junio al 18 de julio de 2008. En esta II Escuela participaron un total de diecinueve alumnos y asistieron profesores de casi todas las universidades socias de la red AMELAT XXI. Los coordinadores de la Escuela de Investigación de Madrid fueron el Dr. Heriberto Cairo de la Universidad Complutense de Madrid y el Dr. Jussi Pakkasvirta de la Universidad de Helsinki.

En el programa de formación se mantuvo la lógica de conjugar varios tipos de acciones:

- 1) ofrecer algunas reflexiones teóricas generales de relevancia sobre América Latina (“Espacios teóricos”),
- 2) realizar los talleres de metodología (“Espacios metodológico-didácticos”), y
- 3) fomentar la participación de los estudiantes en su formación y permitir la evaluación de sus trabajos (“Espacios de los estudiantes”).

Pero en el diseño de la II Escuela de Investigación se incluyeron las sugerencias y comentarios de la evaluación de la Escuela realizada en Montevideo, en ese sentido, se trató de potenciar los espacios metodológicos frente a los teóricos con el fin de reforzar los proyectos de investigación realizados por los alumnos y darles más herramientas para la elaboración de los mismos. Se excluyeron las actividades de los fines de semana para que los estudiantes tuvieran más tiempo para la preparación de los proyectos. En las dos primeras semanas los alumnos intercambiaron experiencias y reflexiones en el marco de los espacios teóricos, metodológicos y de tutorías de la Escuela, la tercera semana se dedicó a la presentación de los proyectos de investigación ante un grupo de profesores que comentaron y evaluaron el trabajo de los alumnos. Los profesores encargados de esta labor fueron: Jussi Pakkasvirta, Javier Franzé, David Lehmann, María Fernanda de Abreu y Heriberto Cairo.

En general, el balance de la Escuela de Investigación de Madrid es positivo, la mayoría de los alumnos cumplieron con las expectativas y se caracterizó por ser un grupo muy dinámico y participativo. En relación a los temas de investigación de los estudiantes se les planteó claramente que deben tener una visión menos localista y más global, en la perspectiva de darle al objeto de estudio una dimensión más amplia. En ese sentido, se sugirió constantemente en la Escuela que las tesis deben incorporar la visión latinoamericana a través de diferentes vértices de la investigación: ya sea mediante estudios comparados entre diferentes países o regiones, o desarrollando el estado de la cuestión en América Latina o contextualizando el problema en la región y desde los estudios internacionales integrar el ámbito transnacional.

3. LOS CONTENIDOS DEL LIBRO

El libro está organizado en tres secciones: “Teorías”, en la que se incluyen trabajos con reflexiones teóricas sobre América Latina o sobre teorías específicamente latinoamericanas, “Metodologías”, en la que

se encuentran reflexiones metodológicas e intentos de aplicar metodologías de diversas disciplinas al estudio de casos latinoamericanos, y “Políticas e instituciones”, que abarca reflexiones sobre la enseñanza superior en América Latina, en particular sobre proyectos educativos latinoamericanos o latinoamericanistas.

En “Teorías” nos encontramos con los trabajos de Heriberto Cairo Carou, Javier Franzé, Jaime Preciado y Jimena Ñañez Ortiz.

Heriberto Cairo Carou intenta analizar en su trabajo las transformaciones de las visiones geopolíticas del mundo, y, en particular, cómo encaja en ellas América Latina. Ya que si bien es cierto que la actual visión geopolítica del mundo se conforma a ciertas pautas desde el Renacimiento, esto no quiere decir que no haya habido alteraciones, de hecho las ha habido y han sido importantes. John Agnew identifica los cambios en los discursos geopolíticos estableciendo “eras geopolíticas” sucesivas que *grosso modo* se correlacionan con los órdenes geopolíticos existentes. El siglo XX habría empezado en la era de la geopolítica naturalizadora, tras la Segunda Guerra Mundial se abrió la era de la geopolítica ideológica y tras el fin de la Guerra Fría nos encontramos ante una nueva era geopolítica. En los modelos de Halford T. Mackinder, que tan influyentes han sido (y todavía tienen adeptos) a lo largo del siglo XX, América Latina ocupaba una posición marginal dentro del campo de acción natural de la potencia marítima. En la geopolítica ideológica, característica del orden geopolítico de la Guerra Fría, el papel de América Latina no dejó de ser el de un tablero pasivo en la disputa de las dos superpotencias. En la nueva era geopolítica América Latina se va dibujando con contornos propios, que en ocasiones son marcados como zonas de peligro. El autor intenta entender estos razonamientos geopolíticos y, sobre todo, sus consecuencias.

Javier Franzé se propone analizar si lo que el postcolonialismo latinoamericano denomina “colonialidad” (del ser, del poder y del saber), no sería en realidad una forma de monismo, siguiendo el concepto de Isaiah Berlin. Para esto, analiza cómo se configura el concepto de Occidente y su relación con la Modernidad en los pensadores vinculados al proyecto modernidad-colonialidad. El autor trata de ver si la Modernidad es concebida como un momento más, aunque particular, de la tradición occidental, o como una ruptura que significaría una suerte de comienzo cuasi-absoluto. En definitiva, intenta resolver la cuestión de si el pensamiento postcolonial critica sólo la metafísica de la Modernidad o *también* la de Occidente. Para ello expone en primer lugar las líneas fundamentales del proyecto modernidad-colonialidad siguiendo trabajos de Walter Mignolo y Santiago Castro-Gómez. Luego presenta una concepción diferente de la Modernidad —la de autores como Max Weber, Eric Voegelin y Carl Schmitt—, especialmente en cuanto a su relación con Occidente, que permitiría pensar la colonialidad como una forma más del monismo característico de Occidente. La hipótesis central de este trabajo es que el pensamiento poscolonial y/o descolonial asimila, y así reduce, Occidente a Modernidad. Esto a su vez determinaría que la Modernidad aparezca como un origen cuasi-absoluto de la subalternidad, la cual se expresaría por vez primera en la colonialidad.

Jaime Preciado se ocupa de estudiar la matriz económica y política latinoamericana y caribeña, que está dividida internamente por el surgimiento de bloques supranacionales que adquieren nueva proyección geopolítica mediante negociaciones entre espacios y ámbitos de poder centro-periferia. Se implementan a partir de ahí estrategias que influyen en la nueva configuración del sistema-mundo. En este artículo se identifican los Estados-nación con capacidad de proyectarse como una semiperiferia activa. México tiene como

objetivo reforzar la estrategia de América del Norte y situarse como semiperiferia subalterna. Brasil se proyecta como una semiperiferia con aspiraciones de potencia global, que cuestiona y redefine su relación con los poderes centrales mundiales. El surgimiento de una semiperiferia antihegemónica está encabezada por, mediante una activa política internacional Sur-Sur. Simultáneamente, surgen nuevos actores altermundistas que no se limita al mapa de gobiernos nacionales de “izquierda”, sino que comportan un imaginario social alternativo y antihegemónico en el sistema-mundo.

Jimena Ñañez Ortiz, por su parte, aplica la teoría de la oportunidad política al movimiento de desocupados del Gran Buenos Aires, mostrando cómo los cambios estructurales ligados a la implementación de modelos neoliberales durante la presidencia de Menem motivan cambios en las formas de organización y cultura de las élites políticas, en particular, en el Partido Justicialista, lo que abrirá una ventana de oportunidad política para el movimiento de los desocupados resultante precisamente de los estrictos reajustes provocados por las mencionadas políticas neoliberales.

En “Metodologías” nos encontramos con los trabajos de Jussi Pakkasvirta, Andréa Cardoso Ventura y José Célio Silveira Andrade, María Fernanda de Abreu y Ronny J. Viales Hurtado y Juan José Marín Hernández.

Jussi Pakkasvirta analiza el conflicto entre Argentina y Uruguay a propósito de las pasteras situadas en el río de la Plata, que considera fundamentalmente una disputa medioambiental local-global. Pero, según el autor, es también una batalla económico-política entre las empresas, la sociedad civil y los gobiernos en dos países sudamericanos. El trabajo pone de relieve no solo las ampliamente analizadas posturas de Uruguay y Argentina, sino que trae también a colación la finlandesa, mucho menos conocida. El autor intenta entender las causas del conflicto e introduce modelos innovadores de análisis y resolución de conflictos, ocupándose también de las discusiones de plena actualidad sobre la responsabilidad social corporativa.

También se ocupan de la cuestión de las pasteras de Uruguay Andréa Cardoso Ventura y José Célio Silveira Andrade, intentando también desarrollar un modelo analítico, a partir de dos conceptos principales: 1) los conflictos socioambientales, y 2) los movimientos sociales contestatarios. En concreto el objetivo central de la investigación es realizar un análisis crítico de los principales conflictos socioambientales relativos a Botnia, describiendo las características centrales de la acción contestataria utilizada por el movimiento social ambientalista contrario a su instalación en Uruguay.

El trabajo de María Fernanda de Abreu analiza las contribuciones que se pueden ofrecer desde los Estudios Literarios a los Estudios Latinoamericanos, en particular a la relación entre ficción y realidad, cuyos límites serían mucho más porosos y versátiles de lo que se suele admitir en las Ciencias Sociales convencionales. Ilustra la cuestión con un estudio de caso sobre un texto de Gabriel García Márquez, en el que la autora intenta mostrar cómo la representación literaria y la elaboración de la memoria se articulan para construir la Historia.

El propósito del trabajo de Ronny J. Viales Hurtado y Juan José Marín Hernández es plantear la posibilidad de que, a partir de una metodología transversal, se puedan (re)investigar problemáticas como el crecimiento, el desarrollo, las configuraciones políticas, sociales e identitarias en América Latina, pero con

nuevas posibilidades: en concreto lo que van a plantear es la posibilidad de interrelacionar la comparación (enfoque comparado, método comparativo), el planteamiento de los estudios transareales y la triangulación metodológica. Los autores concluyen que el nacionalismo intelectual, el esencialismo disciplinar, los determinismos geográficos y económicos y los marcos de análisis ortodoxos son insuficientes para develar la complejidad latinoamericana. Por el contrario, la cada vez más evidente diversidad y multiplicidad de procesos que entrecruzan las problemáticas de la región, obligan a los investigadores a desarrollar enfoques dialógicos que analicen lo global en lo local y viceversa, que observen al espacio, a la historia y a los actores no como hechos dados y marcados por el esencialismo, sino como hechos en movimiento, en permanente (de)construcción y con capacidad de ser influidos así como de incidir en la realidad.

En “Políticas e instituciones” nos encontramos con los trabajos de Lino T. Borroto López y Jesús M. García del Portal y de Gerónimo de Sierra, que sirve de epílogo al libro.

Lino T. Borroto López y Jesús M. García del Portal se ocupan de la evolución de la educación superior en Cuba después de la Revolución de 1959. La educación ha sido y continuará siendo un factor fundamental en la conformación de la conciencia política e ideológica del pueblo cubano. Se destacan en el trabajo concepciones determinantes vigentes a partir de 1959, algunos logros y las dificultades actuales de connotación más significativa, la fundamentación de los planes educacionales recientes y las transformaciones universitarias en marcha, que corroboran la voluntad política efectiva estatal y el grado de compromiso y participación consciente de los actores universitarios en la toma de decisiones y ejecución de los cambios, aún en condiciones de restricciones financieras. Finalmente se adelantan algunas reflexiones de los autores sobre los retos más significativos que enfrenta en la actualidad la educación cubana, en el contexto de la globalización, que pueden servir de comparación para evaluar los niveles de desarrollo en materia de educación entre Cuba y otras regiones y/o países del mundo.

Y, finalmente, Gerónimo de Sierra pone el colofón describiendo y analizando en contraste dos proyectos de educación superior muy diferentes en cuanto a ámbito, recursos y orientación disciplinar: el proyecto AMELAT XXI del programa ALFA de la UE, y el proyecto brasileño de Universidad para la Integración de América Latina. Sin embargo, según el autor, existe una significativa convergencia de espíritu, objetivos generales y algunos aspectos metodológicos entre el Máster/Maestría ECAL y el ambicioso proyecto de la UNILA. Cada uno a su escala y con sus muy distintos medios y recursos quieren contribuir al desarrollo cooperativo y horizontal de los estudios académicos sobre América Latina, y por ese medio contribuir a los procesos de integración en la región.

Todos estos materiales van a usarse también en las futuras Escuelas de Investigación de AMELAT XXI, en particular en la que se va a desarrollar en San José de Costa Rica entre el 6 y el 17 de Julio de 2009.

BIBLIOGRAFÍA

- Arciniegas, Germán (1986) *Bolívar y la Revolución*, San José de Costa Rica, Libro Libre.
- Ardao, Arturo (1980) *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*, Caracas, C.E.L. Rómulo Gallegos, CN. de Cultura.
- Buela Lamas, Alberto (1994) *Ensayos Iberoamericanos*, Buenos Aires, Editorial Cultura et Labos.
- Cairo, Heriberto, y De Sierra, Gerónimo (2008) “Introducción: El Proyecto AMELAT XXI y la Escuela de Investigación de Montevideo”, en H. Cairo y G. de Sierra (comps.): *América Latina, una y diversa: teorías y métodos para su análisis*, San José de Costa Rica: Alma Mater / Universidad de Costa Rica / Universidad Complutense de Madrid / Universidad de la República de Uruguay, pp.9-13
- Castro-Gómez, Santiago, y Mendieta, Eduardo (eds.) (1998) *Teorías sin disciplina (latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate)*, México D.F., Miguel Ángel Porrúa.
- Frank, Waldo (1928) “El redescubrimiento de América I-III”, *Amauta*, n°. 11, 12 y 13, pp. 1-3, 16-18, y 5-8.
- Gómez Robledo, Antonio (1958) *Idea y experiencia de América*, México D.F., Tierra Firme.
- Kaplan, Marcos (1987) “Democratización, desarrollo nacional e integración regional de América Latina”, *Cuadernos de Capel* (México D.F.), n°. 21.
- Mariátegui, José Carlos (1993) “Iberoamericanismo y panamericanismo”, en L. Zea (comp.): *Fuentes de la cultura latinoamericana*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, vol. II, pp. 43-45 [ed. original publicada en Mundial (Lima), 8 de mayo de 1925].
- Mignolo, Walter (2007) *La idea de América Latina*, Barcelona, Gedisa.
- Ramírez Novoa, Ezequiel (1957) *Monroismo y bolivarismo en América Latina*, Buenos Aires, Ediciones Atahualpa.
- Recondo, Gregorio (1989) “La integración cultural latinoamericana: entre el mito y la utopía”, *Integración Latinoamericana*, n°. 149-150, pp. 36-52.
- Rojas Mix, Miguel (1991) “Reinventing Identity”, *NACLA: Report on the Americas*, vol. XXIV, n°. 5, pp. 29-33.
- Zea, Leopoldo (comp.) (1986) *Ideas en torno de Latinoamérica*, México D.F., UNAM-UDUAL, vol. I.

ESTUDIAR AMÉRICA LATINA: RETOS Y PERSPECTIVAS

***I Parte:
Teorías***

Pagina 24 en blanco

TAPAR

AMÉRICA LATINA EN LOS MODELOS GEOPOLÍTICOS MODERNOS: DE LA MARGINACIÓN A LA PREOCUPACIÓN POR SU AUTONOMÍA

Heriberto Cairo Carou (Universidad Complutense de Madrid)

La existencia de un orden geopolítico internacional implica la existencia de continuidades en las estructuras y discursos geopolíticos durante determinados períodos, separados entre sí por transiciones geopolíticas. A la hora de analizar estos períodos de continuidad la literatura geopolítica más reciente nos ofrece dos alternativas: los “órdenes geopolíticos mundiales” de Peter J. Taylor y Colin Flint (2000) y los “órdenes geopolíticos” de John Agnew y Stuart Corbridge (1995) conectados con específicas “eras geopolíticas”.

En la elaboración del concepto de orden geopolítico mundial Taylor y Flint parten de la idea de que aunque los códigos geopolíticos de cada país se crean independientemente los unos de los otros, los de los actores más relevantes son más importantes, hasta tal punto que logran hacer encajar todos de modo que se conforme una única pauta general: los órdenes geopolíticos mundiales. La existencia de un orden geopolítico mundial según estos autores no es posible sin la existencia de una potencia dominante.

Agnew y Corbridge (1995) interpretan los órdenes geopolíticos de otra manera, para ellos están constituidos por el conjunto de reglas, instituciones, actividades y estrategias que se convierten en rutinarias en cada período histórico y que tienen características geográficas determinadas. Estos órdenes geopolíticos se mantienen mediante relaciones de poder coercitivas o consensuales, pero no suponen necesariamente la existencia de una potencia dominante, ya que en buena medida las prácticas materiales y representaciones “hegemónicas” son consideradas ya de sentido común. Los órdenes geopolíticos de Agnew y Corbridge tienen una inspiración gramsciana. En ellos se impondría un modo de representación hegemónico, inspirado o no por una potencia hegemónica, pero no necesariamente impuesto por la fuerza. Así, distinguen tres órdenes geopolíticos desde el siglo XIX: el “orden geopolítico británico del Concierto de Europa” (1815-1875), el “orden geopolítico de la rivalidad interimperial” (1875-1945) y el “orden geopolítico de la Guerra Fría” (1945-1990). Actualmente estaríamos entrando en un nuevo orden geopolítico, que a falta de consenso sobre la cuestión podríamos denominar orden de la “globalización militarizada”, se correspondería con el discurso de la geopolítica homogeneizadora, cuyo contenido sería extender las formas económicas de mercado de acceso libre y las formas políticas de democracia representativa a todo el planeta.

En estos órdenes geopolíticos la política mundial ha estado organizada alrededor de las caracterizaciones del espacio definidas por sucesivos discursos geopolíticos o modos de representación del espacio. Son las “eras geopolíticas”, según la definición de John Agnew (2003). Las eras se corresponden *grasso modo* con los periodos de los órdenes geopolíticos y son, por tanto, también tres: la geopolítica civilizato-

ria, la geopolítica naturalista y la geopolítica ideológica. Las fechas de cada período no pretenden ser absolutamente exactas. Existen continuidades, pero en cada período los diferentes “principios” se interrelacionan de diferentes maneras para producir una “combinación” diferente de representaciones y prácticas geopolíticas, y también en este caso las eras geopolíticas están asociadas a los períodos hegemónicos, aunque no coincidan exactamente con ellos. Según Agnew, “la imaginación geopolítica dominante que discurría a través de estos períodos tendría viejas raíces en el crecimiento del capitalismo y de la formación de Estados en la Europa de principios de la modernidad y en la expansión europea sobre el resto del mundo. Las hegemonías que caracterizarían las diferentes eras no están libres de contradicciones ni de crítica. De hecho, es partiendo de sus contradicciones internas que las viejas hegemonías son subvertidas y surgen unas nuevas” (2003 [2005: 103]).

Y en la conformación de la imaginación geopolítica de cada era los modelos geopolíticos elaborados en las universidades e institutos de investigación desempeñan un papel fundamental. Son la geopolítica teórica, que junto a la geopolítica práctica de los intelectuales de Estado, como diplomáticos y militares, conforma la visión geopolítica de cada Estado. Los modelos geopolíticos no sólo proporcionan una representación del espacio perfectamente ordenada, sino que el *locus* de enunciación es mucho más poderoso que el de otras representaciones del espacio. Los modelos geopolíticos son “científicos”, es decir, son considerados conocimiento cierto y neutral —ignorándose a menudo su sesgo—, a diferencia del conocimiento de diplomáticos y militares que, como resulta obvio para todos, responde a una determinada visión de Estado.

En lo que sigue vamos a ocuparnos de la consideración de América Latina en los modelos geopolíticos modernos, lo que supone iniciar nuestra indagación a principio del siglo XX, con el primer modelo geopolítico formal que se formula, el del inglés Halford T. Mackinder, transitar por el orden geopolítico de la Guerra Fría, y detenernos en los modelos posteriores al fin de la Guerra Fría, que ofrecen nuevas formas de pensar América Latina en el mundo. No es sólo una investigación sobre América Latina en la tradición geopolítica occidental, sino que se trata de hacer un ejercicio de geopolítica del conocimiento que tan magistralmente han realizado recientemente sobre esta región autores como Walter Mignolo (2005) o David Slater (2004)

1. REGIÓN MARGINAL EN LA GEOPOLÍTICA NATURALISTA

En la era de la geopolítica naturalista que *grosso modo* coincide con el orden geopolítico de la rivalidad interimperial se van a diseñar modelos geopolíticos cuya principal característica “fue el hincapié que hizo en el carácter determinante de la ubicación geográfica o las condiciones medioambientales. El relativo éxito de ciertos Estados en la competición internacional era atribuido a las ventajas absolutas que le proporcionaba su localización y a unas condiciones medioambientales superiores” (Agnew, 2003 [2005: 119])¹. Un Estado estaría condenado, por ejemplo, a la inestabilidad si se encontraba en una localización “maldita”, mientras que podría gozar de una cierta tranquilidad en otras latitudes. La explicación del comportamiento de los Estados en este tipo de geopolítica respondía a una metafísica del suelo, del territorio; se moverían al compás de fuerzas telúricas de las que, en términos generales, no podrían escapar.

¹ Este es el que podríamos considerar pecado original de la Geopolítica en tanto que disciplina, ya que suele asociársela con esta forma de abordar el análisis de las prácticas espaciales de los Estados y sus representaciones.

No voy a hacer un análisis exhaustivo de todos los modelos que se elaboraron. Me ocuparé del primero y más importante, el de Mackinder, del de Nicholas J. Spykman, que le da continuación, y de otro modelo en cierta forma alternativo, el de Karl Haushofer.

1.1. El carácter crucial de la obra de Mackinder

La obra de Mackinder fue de importancia capital en el surgimiento de la Geopolítica², es decir, que fue Mackinder quien conformó la subdisciplina tal y como hoy la conocemos; él fue precisamente quien encajó las piezas del conjunto.

No es casualidad que la obra de Mackinder se desarrollase en plena época de expansión imperial británica, situación que dio lugar a un creciente interés por los problemas de ultramar. Su preocupación por las ventajas geoestratégicas de la potencia terrestre sobre la potencia marítima para el dominio del planeta era, en gran medida, reflejo de un hecho: se había completado el reparto colonial de los territorios “libres” ultramarinos, y diversas potencias comenzaban a reclamar la realización de uno nuevo, disconformes con lo “injusto” del anterior, cuando no pasaban directamente a la acción desalojando a viejos imperios de sus dominios coloniales —sin ir más lejos, la agresión norteamericana a los restos del imperio español en 1898— para apoderarse de los mismos. El propio Mackinder señalaba que los inicios del siglo XX marcaban el fin de la época “colombina”, durante la cual la exploración geográfica del planeta se había terminado prácticamente, y, lo que era más importante aún, ya no existían territorios cuya posesión pudiera realizarse de forma pacífica, por eso consideraba que “de aquí en adelante, en la era poscolombina, nos hallaremos con un sistema político cerrado y, lo que no tiene menos importancia, la esfera de acción del mismo será el mundo entero. Todas las explosiones de las fuerzas sociales que se produzcan, en vez de disiparse en un circuito circunvecino de espacio desconocido en el que dominan la barbarie y el caos, serán fielmente reflejados desde los más lejanos rincones del globo y, debido a ello, los elementos débiles del organismo político y económico del mundo serán destrozados” (Mackinder, 1904 [1975: 66])³.

En dichas circunstancias, y a partir de la percepción de las mismas, Mackinder elaboró su conocido modelo (Figura 1), presentado primero en el artículo “El pivote geográfico de la historia” publicado en 1904 en la revista *Geographical Review*, y desarrollado extensamente en un libro posterior publicado en 1919, *Democratic Ideals and Reality*. Sobre la base de la interpretación de la historia europea, Mackinder consideraba que el Estado que ocupase el “corazón continental” (*Heartland*) —o la “región pivote” (*Pivot Area*), según la versión de 1904— dentro de Eurasia podría ejercer una influencia decisiva sobre la vida política del mundo entero. A fin de contrarrestar esta superioridad geoestratégica, Mackinder prescribía a la

² Estamos de acuerdo con G. Parker en que “fue Mackinder, no obstante, quien trenzó estos diferentes ‘cabos’ de pensamiento para producir lo que L.S. Amery llamó ‘una idea comprensiva’” (1985: 16).

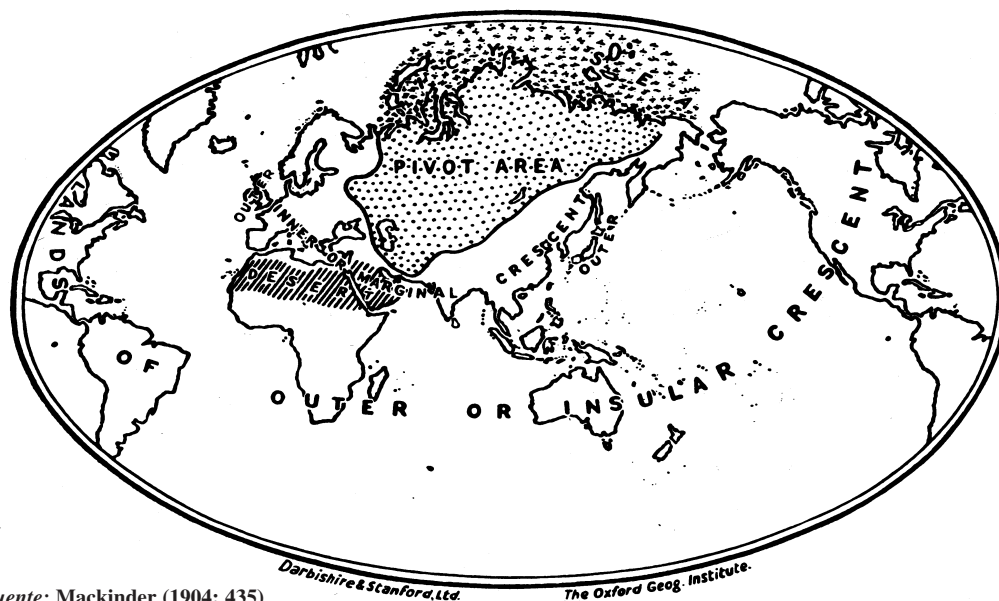
³ Mackinder insiste especialmente en el carácter interconectivo del sistema, hasta plantearlo casi en términos de unidad organicista: “Todas las explosiones de fuerzas sociales que se produzcan, en vez de disiparse en un circuito circunvecino de espacio desconocido en el que dominan la barbarie y el caos, serán fielmente reflejadas desde los más lejanos rincones del globo y, debido a ello, los elementos débiles del organismo político y económico del mundo serán destrozados” (1904: 422). Se puede deducir de las afirmaciones de Mackinder que comprende de forma bastante precisa el mecanismo fundamental del imperialismo: “exportar” los conflictos sociales en el seno de la nación a una escala internacional.

potencia marítima —en aquellos momentos, el Reino Unido— una política de “equilibrio de poder” en el “cinturón interior” (*Inner Crescent*), la periferia de Eurasia, que rodea al “corazón continental” de Eurasia, ya que si esta masa llegase a ser dominada por la potencia terrestre, ésta dominaría inevitablemente la “isla mundial” (*World-Island*), es decir el conjunto terrestre de Eurasia y África, y en última instancia el mundo. Es sumamente explícito en su conocida fórmula:

Quien gobierne la Europa Oriental dominará el Corazón Continental;
quien gobierne el Corazón Continental dominará la Isla Mundial;
quien gobierne la Isla Mundial dominará el mundo (Mackinder, 1919: 106).

El “cinturón exterior” (*Outer Crescent*), las islas y continentes situados más allá de Eurasia, serían el ámbito espacial “natural” de la potencia marítima⁴. Y aquí nos encontramos con América Latina en este modelo, es decir, que se situaría en el ámbito de influencia del Reino Unido en esa época.

Figura # 1: El mundo según Mackinder (1904)



Fuente: Mackinder (1904: 435)

⁴ Una formulación de este tipo se presta a una fácil crítica por su determinismo; es sencillo deducir de la obra de Mackinder que para él los procesos geopolíticos importantes están determinados por la posición que ocupan en el planeta las diferentes potencias que intervienen en ellos. De hecho, esta concepción recuerda mucho a la interpretación que hacía Ratzel del evolucionismo darwinista, que pocos estarían dispuestos a defender en la actualidad. Sin embargo, no se ajustan a ese fatalismo las fórmulas de acción prescritas por Mackinder que, como señala G. Parker, “presuponían un alto grado de potencial emancipador de aquellas ataduras ambientales que tanto se habían apretado históricamente” (1985: 27).

Si juzgamos por la extensión con la que se ocupa de la región en sus escritos, para Mackinder era de menor importancia que incluso el África subsahariana; por ejemplo, en el texto de 1919 apenas le dedica algunos comentarios, casi siempre ligados a reflexiones sobre los Estados Unidos⁵. Desde su perspectiva es plenamente lógico centrarse en el continente euroasiático, porque es donde se decide el futuro del mundo, y América Latina sería una de esas regiones del globo que se da por descontado que está en los dominios de la potencia marítima, alejada de las zonas de conflicto principal, pero también del “centro del mundo”.

Sin embargo, Mackinder no descarta la importancia futura de la región: “El desarrollo de las grandes potencialidades de América del Sur puede tener una influencia decisiva en el sistema. Pueden fortalecer a Estados Unidos o, por el contrario, si Alemania pudiera desafiar con éxito la doctrina Monroe, podría separar a Berlín de lo que quizá puedo describir como una política de pivote” (1904 [1975: 80]). Pero esta reflexión tampoco cambia mucho la representación mackinderiana de América Latina, y es necesario subrayar que, para él, aunque su influencia llegase a ser “decisiva” sólo desempeñaría un papel subordinado a la potencia hegemónica europea o norteamericana (sea ésta la que fuese).

1.2. *Spykman: el teórico de la transición de la potencia marítima*

Nicholas J. Spykman fue un norteamericano de origen holandés, que a finales de los años 1930 profundizó en el análisis de las relaciones entre geografía y política exterior (e.g., 1938a, 1938b), expresando de nuevo la fórmula que desde Napoleón fascina a todo hombre de Estado “realista”: “La Geografía es el factor condicionante más fundamental en la formulación de una política [exterior] nacional porque es el más permanente” (Spykman, 1938a: 29).

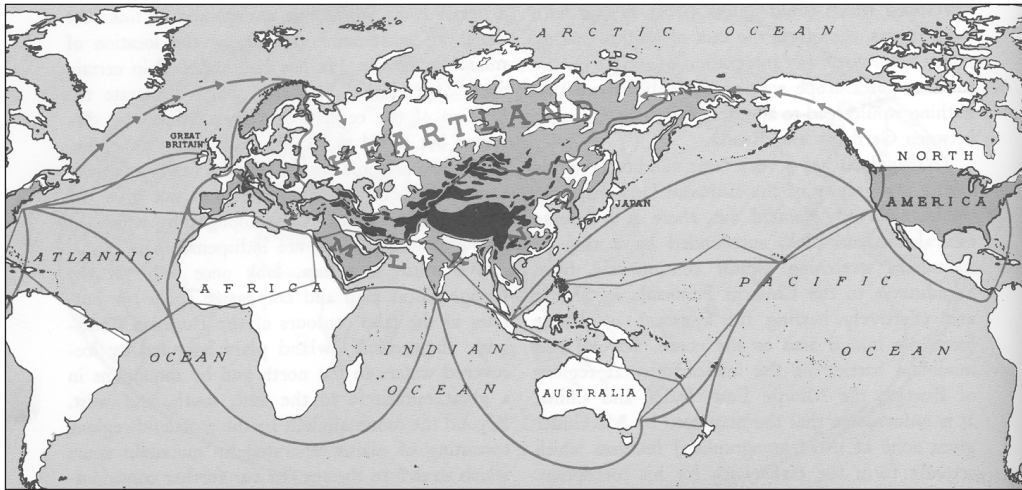
Pero Spykman es especialmente conocido por dos libros (1942, 1944), escritos con la intención explícita de intervenir en la formación de la política exterior norteamericana. En ellos, partiendo de la consideración de que “la sociedad internacional es [...] una sociedad sin una autoridad central para mantener la ley y el orden y sin una instancia oficial que proteja a sus miembros en el disfrute de sus derechos [...] [Spykman plantea que] una acertada política exterior para los Estados Unidos [...] debe desarrollar una ‘estrategia global’ (*grand strategy*) tanto para la guerra como para la paz basada en las implicaciones de su localización geográfica en el mundo” (1942: 7-8).

Spykman sobre la base del modelo de Mackinder, minimiza el interés de controlar el “corazón continental”. Para él es el “anillo continental” (*Rimland*) —que se corresponde *grosso modo* con el “cinturón interior” de Mackinder— el área clave cuyo control permitiría un dominio global del planeta (Figura 2). Será una tarea de la potencia marítima el control de un “anillo continental” euroasiático unificado. Y la potencia marítima a las alturas de la Segunda Guerra Mundial estaba bastante claro que ya no era Gran Bretaña. Así, cuando Spykman (1944) aboga porque Estados Unidos intervenga en las tierras periféricas de Eurasia, está afirmando claramente que se ha producido —o se está produciendo— una transición geopolítica.

¿Y qué ocurre con América Latina en el modelo de Spykman? Pues, el caso es que esta región no está en ese anillo continental, y no es, por tanto, pieza fundamental de la estrategia de dominio global del autor. Esto se refleja en la escasa atención que presta Spykman a América Latina.

⁵ Pero no llega a una página de las 148 que tiene la edición que manejo.

Figura # 2: El mundo según Spykman (1944)



Fuente: Spykman (1944: 38)

Es paradójico, pues cabría esperar que en un modelo geopolítico en que los Estados Unidos ocupan un lugar central la región terrestre adyacente tuviera mayor protagonismo. Pero, de hecho, cuando Spykman hace alusión al “Hemisferio Occidental”, el que ocupan las Américas, se ocupa casi en exclusiva de los problemas, necesidades y objetivos de los Estados Unidos. Y no es de extrañar, ya que para Spykman “el auténtico centro de poder en el Hemisferio Occidental está en la costa atlántica de América del Norte” (1944: 24).

Esta combinación de territorios tan diversos como el continente americano (el Hemisferio Occidental de Spykman) nucleada por la región más “desarrollada”, no va a ser ajena a otro modelo geopolítico, que curiosamente también se reclamaba mackinderiano aunque rompía con algunas de sus premisas, y que fue propuesto desde la *Geopolitik* alemana, el modelo de las panregiones.

1.3. El modelo geopolítico nacional-socialista de las “panregiones”

Aunque lo pueda parecer, la idea de constituir grandes espacios integrados para mayor beneficio de sus diferentes partes no es nueva. En los años 1930 los geopolíticos nazis alemanes formalizaron esquemas de integración Norte-Sur donde se combinaban pueblos imperiales y pueblos colonizados. Aunque la formulación, como veremos, era novedosa también constituía una muestra extrema de la presunción, común en la época, de que “el mundo estaba constituido por agrupamientos raciales que podían ser nítidamente divididos en dos ‘tipos’ de pueblos, y unos existían fundamentalmente para servir a los otros” (Agnew y Corbridge, 1995: 59).

La racionalidad político-económica de tales agrupamientos se sustentaba en el concepto de “espacio vital” (*Lebensraum*). El ideologema fundamental era que los pueblos más avanzados —las economías más industrializadas de Estados Unidos, Alemania y Japón— necesitaban suficiente espacio para lograr el abastecimiento de materias primas, sin despreciar el papel que desempeñarían como mercados para sus

productos manufacturados. El objetivo era lograr la autarquía de la unidad política: en el plan de distribución de tareas de las ciencias políticas diseñado por Kjellen (1916 [1917]), si la *Geopolitik* ha de determinar cual es la “área natural” del Estado, pues ésta es su forma óptima de vida, del mismo modo la *Oekopolitik* ha de esforzarse en mostrar las vías para alcanzar la autarquía, que sería la forma óptima de vida del Estado en el terreno económico. *Lebensraum* y autarquía estaban entonces estrechamente conectados, y el resultado era que las necesidades del Estado, y en particular el Estado alemán, debían ser satisfechas por otras regiones, incorporadas en grandes espacios, organizados en torno al centro alemán y otros centros industriales en el Norte, que eran concebidos como panregiones.

Un tercer elemento en este esquema eran las panideas (*Panideen*) que eran concebidas como el principio ideológico fundamental sobre el que los Estados poderosos desarrollaban su política. Eran una forma especial de “sentido del espacio” (*Raumsinn*). Si tenemos en cuenta, como ya ha sido señalado por O’Loughlin y Van der Wusten (1990: 2) y Saxe Fernández (1991: 27), que Haushofer (1931) y sus seguidores admiraban el modelo estadounidense de consolidación de un imperio formal e informal a partir de la panidea del “destino manifiesto” podemos entender meridianamente que detrás de cada panregión ha de existir una panidea.

Las panideas eran conceptos fundamentalmente culturales, pero los geopolíticos nazis no dejaron de incorporar aspectos económicos a la noción de panregión. Así, las ideas desarrolladas por Alfred Weber [1929] acerca de las áreas económicas ampliadas (*Grosswirtschaftsraum*) completaban el cuadro a la perfección. Como señala Saxe Fernández: “Para el liderato alemán fue indispensable la proposición de que la era del Estado Nacional como unidad económica debía reemplazarse con la idea de “grandes áreas” (*Grossraum*) que presentaran cierta unidad geográfica y económica” (1991: 26), y añade —y es importante retener esto, pues es una de las claves en el paralelismo actual que intentamos establecer—, “hay que enfatizar que con esto no cuestionaban de ninguna manera la funcionalidad del Estado alemán, sino la de sus vecinos” (1991: 26).

Los primeros diseños de panregiones que hicieron Haushofer y asociados (Figura 3) definían tres o cuatro grandes espacios: Paneuropa —que en ocasiones se formula como Paneuráfrica—, con centro en Alemania y las zonas industriales adyacentes, y que incorporaba explícitamente África en algunas ocasiones y otras la mantenía como región separada pero subordinada, Panasia, con centro en Japón, Panamérica, con centro en la región nororiental de los Estados Unidos, y también, en algunos diseños, aparecía Panrusia, con centro en Moscú⁶.

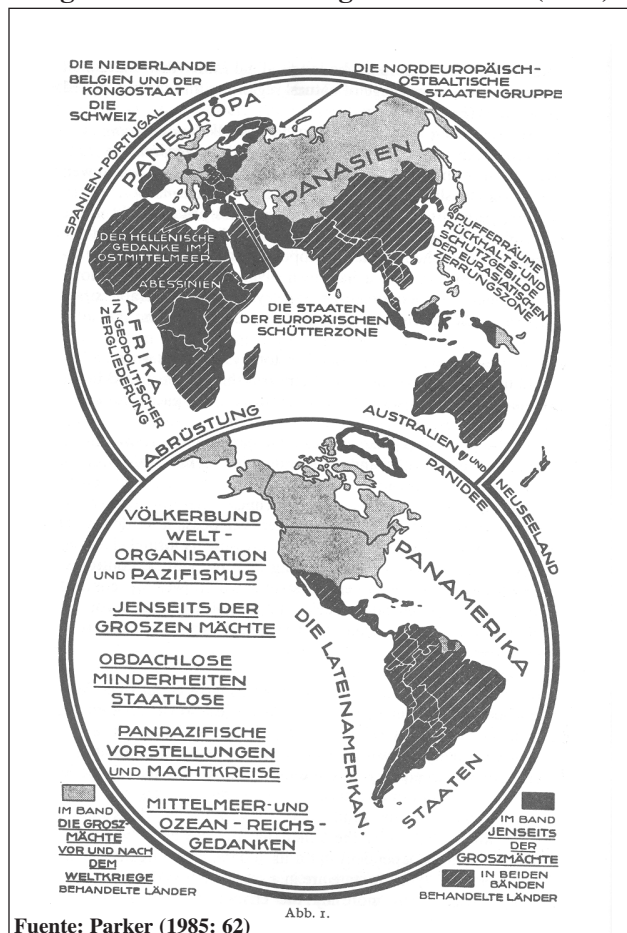
Si el modelo era plausible o no en la época en que se formuló por primera vez, es una pregunta que solo puede tener una respuesta a *posteriori*. Lo más que se puede señalar es que era evidente que se pretendía trastocar todo el ordenamiento del mundo existente en la época y, si bien se contaba con la colaboración explícita de Japón, nunca se logró la aquiescencia de Estados Unidos. Aún más, el Reino Unido, la antigua potencia hegemónica que ya sufría un largo declive, logró provocar una transición geopolítica en los términos más favorables para ella, y los Estados Unidos, de forma nítida tras el final de la Segunda Guerra Mundial, asumieron el papel que hasta entonces desempeñaban los británicos. En otras palabras, los nazis no fueron capaces de establecer un consenso hegemónico —en términos gramscianos— acerca de su modelo de mundo. Las panregiones no entraron en la agenda política del momento. No pudieron, en definitiva, imponer la representación del espacio y sus opciones políticas quedaron borradas.

⁶ La presencia o no de Panrusia puede ir de la mano de los vaivenes de las relaciones de la Alemania hitleriana con la Unión Soviética: si en el diseño de la Figura 3 Panrusia no está presente, una vez que los ejércitos hitlerianos invaden la URSS, Panrusia desaparece —literalmente— del mapa, siendo incorporados la mayor parte de sus territorios a la panregión dominada por Alemania.

Obviamente América Latina estaba incluida en Panamérica, y desempeñaría el papel de región abastecedora de materias primas para la industrializada costa Este de los Estados Unidos, a la vez que se constituye en mercado de sus productos. Para Haushofer la idea panamericana estaba bastante desarrollada gracias a la doctrina Monroe, y especialmente en el campo del derecho internacional, “a pesar de la oposición entre el norte germano-americano y el sur ibero-americano” (1986: 219), que en cualquier caso, no sería suficiente para disolver el poderoso “pegamento” de las panideas.

Alguien puede pensar que ésta es una situación radicalmente diferente de la del modelo mackinderiano, pero a mi juicio nos encontramos, básicamente, con el mismo tipo de relaciones entre América Latina y los Estados Unidos, que a la sazón ya era la potencia marítima: ya sea en el “cinturón exterior” o en Panamérica, América Latina no es representada más que como un apéndice subordinado de la potencia hegemónica.

Figura # 3: El mundo según Haushofer (1931)



Fuente: Parker (1985: 62)

Abb. 1.

2. ESCENARIO DE LA CONTENCIÓN GLOBAL EN LA GEOPOLÍTICA IDEOLÓGICA DE LA GUERRA FRÍA

La geopolítica ideológica se caracterizó porque “los valores, mitos y eslóganes procedentes de las experiencias de los dos Estados victoriosos, los EE UU y la URSS, definirían y determinarían las condiciones de la imaginación geopolítica de aquel período. Uno de ellas, los Estados Unidos, demostraría mayor efectividad en conseguir una aceptación más amplia para su ‘modelo’ de organización político-económica. Pero su éxito se basó fundamentalmente en la presencia activa del otro como punto de comparación y amenaza” (Agnew, 2003 [2005: 21]). En los modelos geopolíticos de este período se va a insistir más en los espacios, en términos absolutos, que ocupan las dos “superpotencias” que se disputan el dominio del mundo, que en los efectos de su localización y en sus características medioambientales.

2.1. La estrategia de la contención

George Kennan, un funcionario del gobierno estadounidense en la Unión Soviética al término de la Segunda Guerra Mundial, en su famoso “Telegrama Largo” desde Moscú o en el artículo firmado por “Mr. X” en *Foreign Affairs* de julio de 1947 sostuvo que la URSS era un espacio totalmente distinto con el que no podía establecerse ninguna alianza definitiva. Como señala Agnew (2003), esta afirmación tuvo una gran influencia en las decisiones políticas de los estadounidenses en relación a la Guerra Civil griega (1947) y a la fundación de la OTAN (1949). Los que durante la Segunda Guerra Mundial habían sido aliados se convertían así en los aglutinadores de dos espacios fijos e inmutables, que en parte nacían de los Acuerdos de Yalta, pero que se iban a ir conformando en los primeros años de la Guerra Fría. Es cierto que la estrategia estadounidense de “fijar” los límites del área de influencia soviética responde en buena medida a las prescripciones del modelo de Mackinder, con las modificaciones introducidas por Spykman⁷. Y esta relación parece quedar más clara si tenemos en cuenta que las áreas que señala Kennan como vitales para la seguridad nacional de los Estados Unidos, que bajo ningún concepto han de caer en manos hostiles, coinciden prácticamente con el “cinturón interior” mackinderiano o el “anillo continental” de Spykman, más los añadidos de Japón, Filipinas y los países de Sudamérica desde la saliente hacia el norte (véase Gaddis, 1982). Pero también es cierto que estos últimos añadidos dejan claro que los razonamientos de Kennan no son mackinderianos y, por tanto, nos encontraríamos con otro cabo que se puede trenzar en la misma cuerda, pero que es diferente.

El establecimiento de todo un rosario de alianzas militares antisoviéticas en las periferias euroasiáticas (OTAN, CENTO, SEATO) responde a la necesidad de impedir la expansión de la URSS en esta área, ya que si no se logra se apoderaría de todo el mundo. Y está orientada fundamentalmente por un proyecto ideológico anticomunista, más que por consideraciones acerca del enfrentamiento eterno entre la potencia continental y la potencia marítima. Se trata de un desarrollo ampliado del concepto de contención, elaborada primeramente por Kennan al hacer referencia al embargo económico y militar de la Unión Soviética, por el que abogaba.

⁷ “George Kennan puede no reconocer la deuda, pero [sus trabajos] directa o indirectamente llevan el sello de la visión del mundo de Mackinder” (Gray, 1988: 4).

Este de la contención es uno de los tres conceptos geopolíticos que señala Agnew (2003) que desempeñaron un papel especialmente importante en la naturalización de las concepciones del espacio y la política global propias de la Guerra Fría; los otros dos son: el efecto dominó y la estabilidad hegemónica.

La teoría del dominó sirvió para expandir el concepto de contención más allá de los confines euroasiáticos. La idea era simple y fue manejada extensamente —y con bastante efectividad, por cierto— por diversos miembros del gobierno de los Estados Unidos: “cuanto antes se eliminara cualquier amenaza potencial al *status quo* global, donde quiera que fuera, menos probable sería que se produjese una difusión o efecto contagioso que en el futuro pudiese afectar a los Estados Unidos. En una versión más sofisticada, la teoría del dominó afirmarí­a que la credibilidad de los intereses estadounidenses en regiones clave como Europa se vería perjudicada si no se lograba proteger a los Estados satélites situados en los rincones más remotos del globo. En tales circunstancias, la resolución de EE UU de resistir cualquier agresión estaría abierta a la duda, y el Gran Enemigo se envalentonaría” (Agnew, 2003 [2005: 132]).

El concepto de estabilidad hegemónica se desarrolló más avanzada la Guerra Fría, y aludía a la necesidad de que alguna potencia impusiera un cierto orden en las relaciones internacionales. En este caso la hegemonía estadounidense se presentaba como benevolente o, al menos, como un mal necesario.

La imagen de dos enormes bloques de espacio que no deberían tener variaciones internas significativas se convirtió en parte fundamental de la imaginación geopolítica de la Guerra Fría (Figura 4). Y América Latina estaba incorporada en el área de influencia de los Estados Unidos, e incluso una parte, como he mencionado más arriba, formaba parte del anillo de contención del comunismo. Pero quizás fuera la teoría del dominó la que sirvió para legitimar, para hacer comprensibles numerosas intervenciones estadounidenses en América Latina, en virtud de la necesaria contención del comunismo.

Figura # 4: El mundo de la estrategia de la contención (1959)



2.2. La Geopolítica conservadora heredera de Mackinder

En los años 1970 se produce una renovación de las ideas geopolíticas que podríamos denominar conservadora. En esa renovación destaca el papel de Henry Kissinger (véase, por ejemplo, Hepple, 1986), que pone de nuevo en circulación el término, aunque con un sentido un tanto genérico, aplicándolo a los aspectos globales de las relaciones internacionales. Pero quizás sean los trabajos de Gray los más representativos de esta corriente renovadora, que se reclama heredera intelectual de la Geopolítica tradicional, en especial de Mackinder, y de sus prácticas ligadas a la actividad militar de los Estados. Gray se propone orientar la política exterior de los Estados Unidos sobre la base del modelo descrito en *Democratic Ideals and Reality*: “La rivalidad soviético-americana no es sino la última manifestación del antagonismo entre la potencia terrestre y la potencia marítima sobre la que Halford Mackinder escribió” (Gray, 1988: 195). Y la obra de Spykman es el conector entre los “padres fundadores” y esta Geopolítica conservadora renovada; Gray (1988), en particular, entiende que la secuencia Mahan, Mackinder y Spykman conforma las bases de una concepción de la Geopolítica superior a otras alternativas.

Partiendo de las ideas de Mackinder sobre la supuesta superioridad geoestratégica de la potencia continental, que durante la Guerra Fría era la Unión Soviética, para restablecer el equilibrio de fuerzas y asegurar el éxito de la estrategia de la contención es necesario dotarse de medios armamentísticos superiores (Gray, 1977). La decisión de desarrollar un arsenal nuclear que “hiciera creíble” la disuasión inaugura la carrera de armamentos nucleares entre las superpotencias, ya que la percepción soviética de estar en una situación de inferioridad estratégica, al no poseer armas nucleares, les conduce a desarrollar la “bomba”, y se dispara así la espiral. No obstante llegó un momento en que la enormidad de los respectivos arsenales nucleares fue tanta que la destrucción mutua es segura; excepto desde una perspectiva suicida, la posesión de estos arsenales ya no supone una disuasión definitiva.

Los abogados del viejo dicho de “*Si vis pacem para bellum*” han sostenido que la ausencia de conflicto abierto entre las superpotencias desde el fin de la Segunda Guerra Mundial se debe a la adopción por los Estados Unidos de una estrategia de disuasión. También el proceso que se abrió a finales de los 1980 y terminó con el fin de la Unión Soviética se planteaba que sólo podría mantenerse si se continuaban desarrollando medios de “contradisuasión” como la “guerra de las galaxias”, dado que “un acuerdo general —a diferencia de un *modus vivendi* táctico— en las relaciones soviético-americanas es estructuralmente imposible a no ser que se produzcan cambios fundamentales en la naturaleza del Estado soviético, y *quizás ni incluso entonces*”, ya que “la Unión Soviética es la potencia terrestre [...], el imperio Gran Ruso organizado por y para la mayor satisfacción de los patriotas gran rusos, legitimados por una ideología transnacional que es enteramente una herramienta de control para la elite política gobernante” (Gray, 1988: 194-195, el énfasis es mío). En definitiva el problema no era sólo el de una oposición ideológica sino que para los herederos de Mackinder se producía una oposición geográfica de carácter casi metafísico entre la Unión Soviética-Rusia y los Estados Unidos, que iba más allá de las diferencias ideológicas coyunturales que se pudieran producir.

Pero el punto principal que nos interesa señalar es que Gray consideraba en los años 1970 y 1980 que la Unión Soviética se había extendido más allá de los límites del anillo continental de Eurasia, con lo que la contención perimétrica *stricto sensu* ya no tenía sentido, y proponía que se adoptaran otras estrategias como

la de “contención dinámica” o la de “forzar el retroceso” (*rollback*) (Gray, 1988). Estas políticas eran de especial aplicación en lo que Gray denomina “avanzadas del imperio soviético”, que se extenderían por todo el mundo. En América Latina consideraba a Cuba y Nicaragua como las principales avanzadas soviéticas.

América Latina (y el resto del mundo) se convierte así en el escenario de una pugna ideológica en la que cualquier avance del “imperio expansionista” (obviamente *sólo* la Unión Soviética) debería ser contrarrestado por parte de Estados Unidos. De este modo los proyectos revolucionarios cubanos o nicaragüenses de la época de la Guerra Fría eran interpretados no en clave de respuestas (autoproducidas) a la situación de dictadura política y extrema desigualdad social que existía en esos países, sino como vanguardia de la penetración soviética⁸. Y siguiendo la lógica de la teoría del dominó se diseñaron e impusieron políticas de aislamiento y acoso hacia ambos regímenes, como el embargo a Cuba o el apoyo a la “contra” en Nicaragua.

De este modo, América Latina se convirtió, sobre todo en la segunda mitad de la Guerra Fría en escenario de los enfrentamientos entre las dos superpotencias, que se realizaban a través de segundos interpuestos o directamente en el caso de los Estados Unidos. Y este enfrentamiento gozó, hasta cierto punto, de la “complicidad” de la *intelligentsia* latinoamericana; al igual que en el siglo XIX las pugnas y conflictos entre liberales y conservadores respondían en buena medida a intereses y proyectos foráneos, socialistas de diferente orientación y (neo)liberales junto con (neo)conservadores reproducen ideas y estrategias que tienen su origen fuera de la región. No existe un proyecto autónomo latinoamericano, que resista los designios de los modelos geopolíticos globales.

3. AMÉRICA LATINA EN LOS MODELOS GEOPOLÍTICOS DE LA POSTGUERRA FRÍA

La caída del Muro de Berlín, que simbolizó el fin del mundo del socialismo real, implicó el fin de la era de la geopolítica ideológica, y la definición de una nueva era sobre premisas diferentes, aunque no siempre enteramente nuevas. De hecho, autores de gran impacto mediático y político en los años 1990, como Zbigniew Brzezinski, argumentan en los mismos términos mackinderianos, aunque amplían el énfasis del modelo de un ámbito regional, el “cinturón interior” a uno global, todo el continente euroasiático: “Los Estados Unidos, una potencia no euroasiática, disfrutan actualmente de la primacía internacional, y su poder se despliega directamente sobre tres de las periferias del continente euroasiático, a partir de las cuales ejerce una poderosa influencia sobre los Estados que ocupan el *hinterland* euroasiático. Pero en el campo de juego más importante del planeta, Eurasia, es donde podría surgir, en un momento dado, un rival potencial de los Estados Unidos” (1997 [1998: 47-8]). Esto debería hacernos reflexionar sobre el hecho de que aunque las transformaciones del discurso geopolítico dominante sean profundas y evidentes hay autores que siguen empeñados en mostrar las supuestas fuerzas telúricas subyacentes a la política mundial.

Pero aquí no me voy a ocupar de estas reminiscencias, ya que no aportan ninguna visión radicalmente nueva sobre el papel de América Latina en el mundo. Por el contrario trataré dos modelos novedosos: el de Samuel Huntington y el de Thomas P. Barnett.

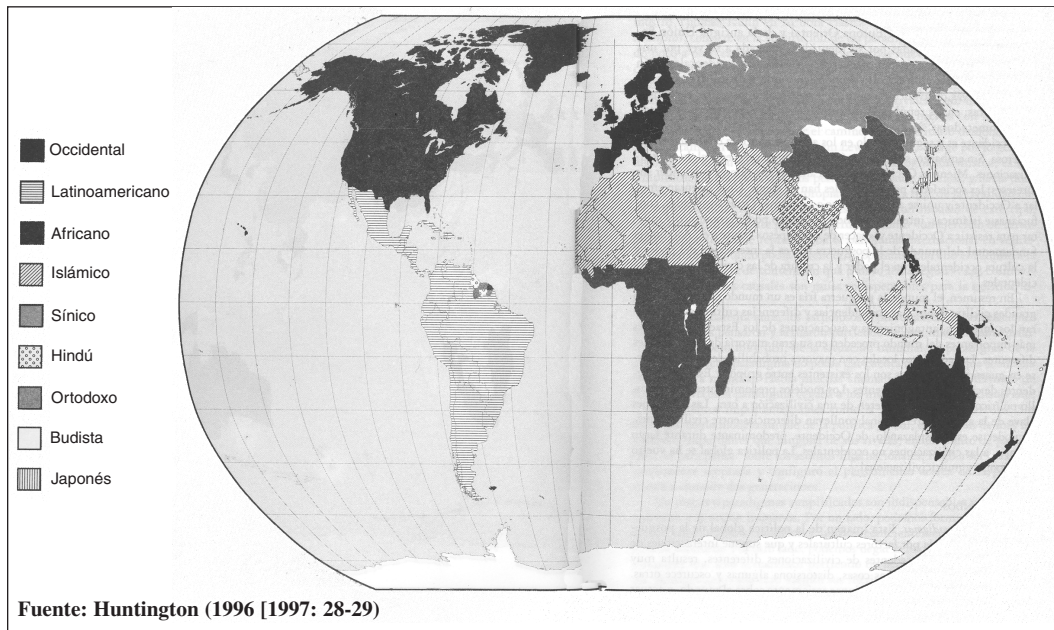
⁸ Los proyectos de la Cuba castrista o de la Nicaragua sandinista podían seguir lineamientos similares a los de la Unión Soviética, pero los regímenes de ambos Estados no fueron simplemente marionetas de Moscú. Esta es una de las manipulaciones favoritas de este tipo de autores realistas.

3.1. Huntington y su mundo de civilizaciones en peligro de chocar

Samuel Huntington (1993; 1996) publica un par de trabajos en los años 1990 sobre el pretendido choque de civilizaciones, que tuvieron (y en algunos círculos todavía tienen) un gran impacto sobre la forma de pensar el mundo. En 1993 publica un artículo con el título de “*The clash of Civilizations?*” en el que establece que, tras el fin de una confrontación global basada en las ideologías, habrían resurgido líneas de fractura más profundas y más antiguas, que supuestamente tienen su origen en las civilizaciones, que se basarían en identidades culturales más poderosas que las identidades nacionales: “En el mundo de la Posguerra Fría, las distinciones más importantes entre los pueblos no son ideológicas, políticas ni económicas; son culturales” (Huntington, 2006 [2007: 21]). Así los Estados-nación se agruparían dentro de unidades mayores, las civilizaciones (Figura 5), que regirían las relaciones internacionales y la política global.

El autor identifica hasta nueve civilizaciones: la Sínica o Confuciana, la Japonesa, la Hindú, la Islámica, la Ortodoxa, la Occidental, la Latinoamericana y la Africana (Huntington, 1996). Estas civilizaciones van a definirse fundamentalmente por sus rasgos culturales, en particular la religión. Y debe notarse que la religión define *grosso modo* las cinco primeras civilizaciones de la lista, mientras que las dos últimas, las más endeble, carecen de una identificación religiosa particular. El caso es que las posibilidades de conflicto se asocian a la fricción entre civilizaciones, aunque esto no quiere decir que no haya conflictos intracivilizacionales, que los hay, pero los que pueden llegar a ser más graves son los intercivilizacionales.

Figura # 5: El mundo según Huntington (1996)



Varios críticos han señalado acertadamente que el esfuerzo de Huntington, dentro de un espíritu de la más pura *realpolitik*, se orienta hacia la reconstitución del “Otro” en la política exterior estadounidense después de la caída del “muro de Berlín”, de tal forma que las colectividades de raíz cultural están reemplazando a los bloques de raíz ideológica de la Guerra Fría y se pretende constituir a las líneas divisorias entre civilizaciones como las líneas centrales de conflicto en la política global. Este hecho vendría avalado por la gradación de antagonismo que establece Huntington entre la civilización Occidental y las otras, siendo la Islámica la más peligrosa, seguida de la Ortodoxa, la Sínica y la Japonesa, quedando el resto en una situación de alianza más o menos estrecha.

Pero en lo que a nosotros atañe hay dos elementos importantes en el hecho de que se haya definido América latina como una región geopolítica (una “civilización”, en términos de Huntington) independiente. Uno tiene que ver con las dudas que tiene el autor a la hora de establecer con certeza la existencia de una civilización latinoamericana. En el primer artículo que publica (Huntington, 1993) se pregunta si América Latina es una civilización independiente o no, dejando a los lectores con la duda, pero en el libro posterior, aunque continúa con la incertidumbre, toma una determinación: “Latinoamérica se podría considerar, o una subcivilización dentro de la civilización occidental, o una civilización aparte, íntimamente emparentada con Occidente y dividida en cuanto a su pertenencia a él. Para un análisis centrado en las consecuencias políticas internacionales de las civilizaciones [...] la segunda opción es la más adecuada y útil” (Huntington 1996 [1997: 52]).

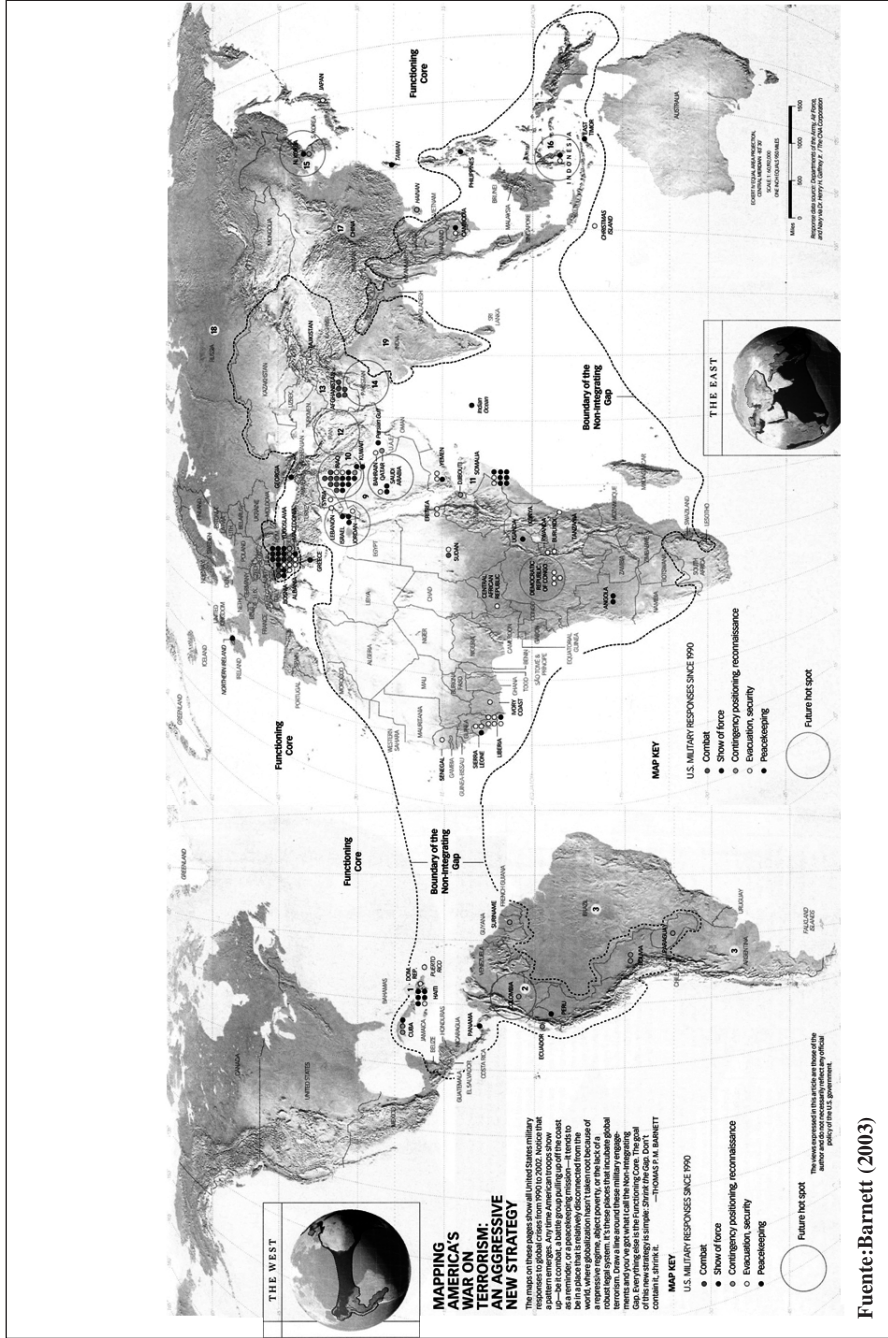
La segunda cuestión importante es la de las bases fundamentales de diferenciación que la diferencian de la “occidental” (europea y norteamericana) serían la incorporación de civilizaciones indígenas americanas, la religión católica y “una cultura corporativista y autoritaria que Europa tuvo en mucha menor medida y Norteamérica no tuvo en absoluto” (Huntington 1996 [1997: 52]).

Entonces, a diferencia de los modelos anteriores, América Latina es presentada de una forma independiente, ya no es una brevísima alusión perdida entre las tierras del “cinturón exterior” mackinderiano, ni un territorio occidental donde se podrían establecer avanzadas comunistas, ya es una región diferenciada de Occidente, aliada, sí, pero independiente. Y son significativas también las razones de la diferenciación que da Huntington, ya que la religión católica o la cultura corporativa no son exclusivas de América Latina —en Europa, y en particular en la Europa meridional estos rasgos podrían ser también diferenciadores—, pero la presencia significativa de civilizaciones indígenas sí es un rasgo fuertemente distintivo, tanto que cabría que nos preguntáramos si esa es clave para diferenciar a América Latina de occidente, pero se diluye con la mención de los otros dos rasgos. Sobre ello volveremos al final.

3.2. *Thomas P. Barnett: el nuevo mapa del Pentágono*

Casi un siglo después de la obra de Mackinder, Thomas P. Barnett (2003) quiebra el ciclo argumental del inglés: ya no hay que resolver los problemas que nos encontramos en un mundo cerrado postcolombiano sino que “la desconexión es el peligro”. En un primer artículo escrito en la revista conservadora *Esquire* condensa los argumentos que más tarde desarrollará en forma de libro (2004). Barnett se aleja decisivamente del modelo mackinderiano, aunque muchas de sus “zonas de peligro” siguen coincidiendo con las del “cinturón interior”.

Figura # 6: El mundo según Barnett (2003)



Su argumento principal es que la globalización, por más defectos que pueda tener, conduce a gobiernos estables y políticas exteriores de los Estados que son previsible y pacíficas, y que los problemas para el mundo vienen precisamente de aquellos Estados que intentan resistir la globalización. De este modo, en su modelo (Figura 6) lo que denomina “centro funcional” (*Functioning Core*) estaría caracterizado por su integración gracias a “la conectividad de redes, las transacciones financieras, los flujos de informaciones mediáticas y la seguridad colectiva”, mientras que la “brecha no integrada” (*Non-Integrating Gap*) carecería en diferentes grados de estas características lo que conduciría a estas regiones a “regímenes políticamente represivos, extensión masiva de la pobreza y la enfermedad, asesinatos masivos rutinarios y —lo más importante— conflictos crónicos que incuban la siguiente generación de terroristas” (2003).

Si revisamos el mapa que produce podemos ver que en la brecha no integrada está incluido el Caribe, América Central y la mayor parte de la América Andina —es significativa la ausencia de Chile—. Como cabía esperar, subsiguientemente, en la lista de “problemas reales” que adjunta Barnett (2003) están incluidos países como Haití y Colombia, que se ajustan bien a su argumento. Pero sorprendentemente se incluye también a Argentina y Brasil, que ni siquiera forman parte de la brecha no integrada. ¿Cuáles son los motivos que llevan a Barnett a este juicio? Entre los argumentos principales que maneja Barnett está, ni más ni menos, el de que ambos países intentan resistirse al ALCA y que Brasil no cuida el Amazonas y permite que se siga produciendo un daño ecológico incalculable en esa “área ingobernable”.

Quizás estos argumentos sobre los países claves del MERCOSUR arrojen más luz sobre la lógica del modelo geopolítico de Barnett que toda su palabrería sobre la desconexión de la globalización. El “peligro” de estos países está en que eventualmente podrían llegar a ser autónomos del proyecto hegemónico. Por eso países como México, cuyos gobiernos se pliegan a los proyectos hegemónicos son tan importantes, son los “Estados juntura” (*seam states*) que son claves en las estrategias de reducción de la “brecha”.

CONCLUSIONES

La Geopolítica es una disciplina nacida en Europa, como tantas otras, pero que tiene un sesgo eurocéntrico todavía mayor que otras. Los autores anglosajones y alemanes que diseñaron la representación del espacio mundial dominante en el largo siglo XX “pensaron” América Latina como una región de importancia marginal en el mundo, que siempre estaba vinculada al área de influencia de la potencia marítima (Mackinder), a la panregión centrada sobre Estados Unidos (Haushofer) o al mundo libre (Kennan). En general, se la consideraba alejada del escenario principal del conflicto central del mundo, entre la potencia marítima y la potencia terrestre, primero, o el mundo “libre” y el mundo “comunista”, después, que se desarrollaba fundamentalmente en la zona de contacto (o de quiebra, si se quiere) entre las potencias mundiales (Europa Oriental, Oriente Medio, Sudeste Asiático, Asia Oriental).

Pero no se trata solamente de una marginación que tenga su origen en las áreas centrales del sistema mundial y es ejecutada por sus intelectuales; antes al contrario, sin la aceptación y acatamiento de buena parte de la *intelligentsia* latinoamericana no se habría producido tan fácilmente esta relegación. Un buen ejemplo nos lo proporciona Golbery do Couto e Silva, a la sazón uno de los pocos intelectuales latinoamericanos que

elaboró un modelo geopolítico en este caso para Brasil. En su obra *Geopolítica do Brasil* glosa extensamente las teorías de Mackinder y Spykman, afirmando su acierto especialmente en el contexto de la lucha anticomunista de la Guerra Fría. Sólo pone un pero: Occidente y en particular Estados Unidos no tienen en cuenta la relevancia de Centroamérica y Sudamérica para la lucha de contención del comunismo, en términos de apoyo diplomático, aprovisionamiento de materiales estratégicos, protección del tráfico marítimo o potencial demográfico para participar en campañas militares (Silva, 1967). Pero es importante resaltar el carácter subordinado de su formulación: Occidente necesita a Brasil y a América Latina, pero “por otro lado, Brasil esencialmente depende —¡y cuanto!— del resto de Occidente y, en particular de los EE UU, para su comercio, su desarrollo económico, su progreso técnico y cultural, y hasta para su propia seguridad” (Silva, 1967: 254).

Pero desde el fin de la Guerra Fría y el advenimiento de un nuevo orden geopolítico, los modelos geopolíticos que intentan explicarlo, presentan América Latina como una región mucho más autónoma que los anteriores. Y ciertamente siguen siendo principalmente autores europeos y estadounidenses los que siguen elaborando los modelos de mayor influencia. Los ejemplos de Huntington o Barnett son bastante claros. ¿Qué es lo que ha pasado?, ¿qué transformaciones se han producido entonces?

Evidentemente no hay un factor único, pero indudablemente tiene que ver con la aparición de proyectos políticos —y epistémicos— autónomos en América Latina, que quizás conduzcan a presentarla como una región autónoma. Y es que, casi por primera vez desde la independencia formal de los Estados latinoamericanos nos encontramos con proyectos políticos independientes relativamente de las potencias europeas y de la potencia hegemónica: son buena muestra el acceso a la presidencia de un integrante de uno de los grupos excluidos en los procesos de independencia de hace dos siglos, Evo Morales en Bolivia, pero también el proyecto bolivariano de construcción de la unidad latinoamericana del presidente Chávez de Venezuela, o la conducción de una política exterior autónoma que busca diseñar una nueva “geografía mundial del comercio” del gobierno de Lula da Silva en Brasil.

Y a estos proyectos políticos se suman proyectos intelectuales autónomos, como el proyecto modernidad-colonialidad en el que están embarcados Aníbal Quijano, Enrique Dussel, Walter Dignolo, Santiago Castro-Gómez, Arturo Escobar, Catherine Walsh, Ramón Grosfoguel y Nelson Maldonado-Torres, entre otros. Proyectos de indígenas, mestizos, afrodescendientes, latinos en Estados Unidos, que resisten la imperialidad (Slater, 2008) del conocimiento e intentan construir desde otro locus y con otras genealogías. Bien es cierto que “el pensamiento des-colonial emergió en la fundación misma de la modernidad/colonialidad, como su contrapartida. Y eso ocurrió en las Américas, en el pensamiento indígena y en el pensamiento afro-caribeño” (Dignolo, 2008: 181). Pero no es menos cierto que desde que se inició la colonización hace más de cinco siglos nunca como hasta ahora se habían desarrollado proyectos (geo)políticos y (geo)epistémicos autónomos en América Latina.

BIBLIOGRAFÍA

Agnew, John (2003) *Geopolitics: Re-visioning World Politics*, Londres, Routledge (2ª ed) [trad. al castellano por M. D. Lois Barrio: *Geopolítica: Una re-visión de la política mundial*, Madrid, Trama Editorial, 2005].

—, y Corbridge, Stuart (1995) *Mastering Space: Hegemony, Territory and International Political Economy*, Londres, Routledge.

Barnett, Thomas P. (2003) “The Pentagon’s New Map: It explains why we’re going to war, and why we’ll keep going to war”, *Esquire*, Marzo.

— (2004) *The Pentagon’s New Map: War and Peace in the Twenty-First Century*, Nueva York, Putnam.

Brzezinski, Zbigniew (1997) *The Grand Chessboard. American Primacy and its Geostrategic Imperatives*, Nueva York, Basic Books [trad. al castellano: *El tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*, Barcelona, Paidós, 1998].

Gaddis, J. L. (1982) *Strategies of Containment*, Oxford, Oxford University Press.

Gray, Colin S. (1977) *The Geopolitics of the Nuclear Era: Heartland, Rimlands, and Technological Revolution*, Nueva York, Crane, Russak & Co.

— (1988) *The Geopolitics of Superpower*, Lexington, University Press of Kentucky.

Haushofer, Karl (1931) *Geopolitik der Panideen*, Berlín, Zentral Verlag.

— (1986) *De la géopolitique*, París, Fayard [trad. al francés de selección de textos].

Hepple, L. W. (1986) “The revival of geopolitics”, *Political Geography Quarterly*, 5, pp.21-36.

Huntington, Samuel P. (1993) “The clash of civilizations?”, *Foreign Affairs*, 72, pp. 22-49.

— (1996) *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, Nueva York, Simon & Schuster [trad. al castellano por Pedro Tosaus: *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona, Editorial Paidós, 1997].

Kjellén, Rudolf (1916) *Staten som Lifform*, Estocolmo, Hugo Gebers Förlag [trad. al alemán por M. Langfeldt: *Der Staat als Lebensform*, Leipzig, S. Hirzel, 1917].

Mackinder, Halford T. (1904) “The geographical pivot of history”, *Geographical Journal*, 23, pp.421-437 [trad. al castellano en A. B. Rattenbach (comp.): *Antología Geopolítica*, Buenos Aires, Pleamar, 1975, pp.65-81].

— (1919) *Democratic Ideals and Reality: A Study in the Politics of Reconstruction*, Londres, Constable [“Defence Classic Edition” en Washington, D.C., National Defense University Press, 1996].

Mignolo, Walter (2005) *The Idea of Latin America*, Oxford, Blackwell [trad. al castellano *La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial*, Barcelona, Gedisa, 2007].

— (2008) “La opción des-colonial: desprendimiento y apertura. Un manifiesto y un caso”, en H. Cairo y W. Mignolo (eds.): *Las vertientes americanas del pensamiento y el proyecto des-colonial*, Madrid, Trama Editorial, pp.177-210.

O’Loughlin, John, y Van der Wusten, Herman (1990) “Political Geography of Panregions”, *Geographical Review*, 80, pp.1-20.

Parker, Geoffrey (1985) *Western Geopolitical Thought in the Twentieth Century*, Londres, Croom Helm.

Saxe Fernández, John (1991) “La doctrina de las Áreas Económicas Amplias: su relevancia para México”, en J. Delgado y D. R. Villarreal (coords.): *Cambios territoriales en México*, México, Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco, pp.23-41.

Silva, Golbery do Couto e (1967) *Geopolítica do Brasil*, Rio de Janeiro, José Olympio Editôra.

Slater, David (2004) *Geopolitics and the Post-colonial. Rethinking North-South Relations*, Oxford, Blackwell.

— (2008) “Re-pensando la geopolítica del conocimiento: reto a las visiones imperiales”, en H. Cairo y W. Mignolo (eds.): *Las vertientes americanas del pensamiento y el proyecto des-colonial*, Madrid, Trama Editorial, pp.155-175.

Spykman, Nicholas J. (1938a) “Geography and foreign policy, I”, *American Political Science Review*, 32, pp.28-50.

— (1938b) “Geography and foreign policy, II”, *American Political Science Review*, 32, pp.213-236.

— (1942) *America’s strategy in world politics*, Nueva York, Harcourt, Brace & World.

— (1944) *The geography of the peace*, Nueva York, Harcourt, Brace & World.

Taylor, Peter J., y Flint, Colin (2000) *Political Geography: World-economy, Nation-state and Locality*, Londres, Wiley [trad. al castellano por A. Despujol Ruiz-Jiménez y H. Cairo Carou: *Geografía política: Economía-mundo, Estado-nación y localidad*, Madrid, Trama Editorial, 2002, 2ª ed. en castellano].

Weber, Alfred (1929) *Alfred Weber’s theory of the location of industries*, trad. al inglés con introducción y notas por C. J. Friedrich, Chicago, University of Chicago Press.

Pagina 44 en blanco

TAPAR

COLONIALIDAD Y MONISMO. UNA REVISIÓN DE LA RELACIÓN ENTRE MODERNIDAD Y OCCIDENTE EN EL PENSAMIENTO POSTCOLONIAL

Javier Franzé (Universidad Complutense de Madrid)

Este trabajo se propone analizar si lo que el postcolonialismo denomina colonialidad (del ser, del poder y del saber), no sería en realidad una forma —si bien específica— de monismo, siguiendo el concepto de Isaiah Berlin.

Para esto, resulta pertinente analizar en la reflexión postcolonial el concepto de Occidente y su relación con la Modernidad. Se trata de ver si la Modernidad es concebida como un momento más, aunque particular, de la tradición occidental, o como una ruptura que significaría una suerte de comienzo *cuasi*-absoluto. En definitiva, la cuestión es si el pensamiento postcolonial critica *sólo* la metafísica de la Modernidad o *también* la de Occidente.

En lo que sigue, se expondrán en primer lugar las líneas fundamentales del pensamiento postcolonial, a través del concepto de colonialidad y de la relación entre Modernidad y Occidente. Luego se presentará una concepción de la Modernidad —la de autores como Max Weber, Eric Voegelin y Carl Schmitt— diferente de la que aparece en autores postcoloniales latinoamericanos como Walter Dignolo o Santiago Castro-Gómez, especialmente en cuanto a su relación con Occidente, que permitiría pensar la colonialidad como una forma más del monismo característico de Occidente. Por último, se trazarán algunas conclusiones, en especial sobre la relación entre descolonización del pensamiento y construcción de un saber anti-metafísico.

1. RASGOS FUNDAMENTALES DEL PENSAMIENTO POSTCOLONIAL¹

1.1. Colonialidad y colonialismo

La corriente postcolonial² diferencia los conceptos de colonialidad y colonialismo. El colonialismo designa la ocupación territorial de otro país o conjunto de países, mientras que la colonialidad nombra las herencias culturales vinculadas al colonialismo.

La colonialidad se origina con el colonialismo, pero su vida no termina con la de éste. Precisamente, el punto central que le interesa al postcolonialismo es la continuidad de la herencia colonial *una vez concluida* la ocupación territorial. Esto es, la colonialidad que sobrevive al colonialismo, el resto que queda de

¹ Para esta descripción de las líneas centrales del pensamiento postcolonial, seguimos a Castro-Gómez (1998), Dussel (2005), Escobar (2005), Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos (1998) y Dignolo (1998 y 2008).

² Para un panorama del surgimiento y la trayectoria de la corriente postcolonial, véase Castro-Gómez (1998, esp. caps. 1 y 2).

cultural cuando lo político-económico se ha retirado. Así, el postcolonialismo se podría decir que basa su punto de vista en el reconocimiento de los ritmos diferentes de lo que considera esferas diversas de la sociedad: lo cultural y lo político-económico.

De este modo, para el postcolonialismo la colonialidad deriva de la Modernidad, no del capitalismo. Más aún, la colonialidad es constitutiva de la Modernidad: hablar de Modernidad es hablar de colonialidad, más que de capitalismo. Según el postcolonialismo, antes de 1492 (fecha que toma como paradigma y símbolo de la Modernidad), hay sistemas regionales con pretensión de universalidad —el síntoma de esa pretensión es que se creen el centro del mundo—, pero no un sistema-mundo. Éste se conforma precisamente a partir de 1492, sobre la base del circuito atlántico. Su primer eje de poder es España y sus colonias.

1.2. Dimensiones de la colonialidad

La colonialidad tiene tres dimensiones: el ser, el poder y el saber. Las tres son capas, esferas de un todo: se encuentran interrelacionadas, son complementarias entre sí, no se explican unas aisladas de las otras. Aquí se presentarán intentando seguir un orden de prioridad: de lo que sería el núcleo último a lo que se podría entender son formas subsecuentes, sin por ello ser secundarias o determinadas.

La colonialidad del ser presenta a éste como algo homogéneo, pero a la vez diferenciado en estadios y posibilidades (de desarrollo). Determina así el ser y por lo tanto el no-ser de los otros, de los diferentes o inferiores. Por ello da pie, por ejemplo, al racismo. La polémica de Bartolomé de las Casas con Juan Ginés de Sepúlveda resulta fundamental a los ojos del postcolonialismo: constituye el primer debate de la Modernidad, pues lo que está en juego allí es la conquista/europeización/evangelización como una forma de reparar la presunta asincronía entre esos diferentes estadios del Ser, para lo cual se busca integrar a los indios en la historia humano-universal. La colonialidad del Ser determina así la subjetividad propia y ajena, construye un modo de habitar el mundo según esos esquemas perceptivos-cognitivos de comprensión del Ser.

Por su parte, la colonialidad del saber es un modo de codificación del conocimiento, basado en el criterio que diferencia la *auténtica* episteme de pseudo-formas de saber, que serían “tóxicas”. Si antes de 1492 proliferaban diversas y múltiples formas de conocimiento, a partir de entonces hay una subalternización de saberes holísticos a favor de la hegemonía de los científico-cartesianos.

Finalmente, *last but not least*, la colonialidad del poder representa el criterio racial de clasificación jerárquica de las relaciones sociales, que las ordena en clave superior/inferior siguiendo el eje europeo/no europeo. Según esta clasificación, el europeo es el hombre realizado, mientras el no europeo queda visto a través de su “raza” (indio, negro, mestizo, mulato) como forma no realizada del hombre en cuanto tal. El europeo sería racialmente neutro por ser “el” hombre. O mejor, su “raza” sería la humanidad plena. No es un particular, sino el universal. Así, el criterio racial es europeo/no europeo, por lo que el eurocentrismo —siempre según el postcolonialismo— no tiene que ver con el ser europeo o estar en Europa, sino con una forma de mirar y de entender el mundo³.

³ De la cual, por ello mismo, podría formar parte alguien no europeo, como sería el caso del escritor boliviano Alcides Arguedas y su *Pueblo enfermo*, de 1909.

2. MODERNIDAD Y OCCIDENTE EN WALTER MIGNOLO Y SANTIAGO CASTRO-GÓMEZ

2.1. *La posición de Mignolo*

El artículo “Postoccidentalismo: el argumento desde América Latina” es relevante para este trabajo pues en él Walter Mignolo muestra su concepto de Occidente y de Modernidad al trazar la trayectoria de lo que denomina el Occidentalismo y exponer su superación, expresada en lo que llama el Postoccidentalismo.

Mignolo define el Occidentalismo como el proyecto pragmático de las empresas colonizadoras de América desde el XVI. Siguiendo a Roberto Fernández Retamar, el presupuesto central en este pensamiento es que los latinoamericanos verdaderos no son europeos ni occidentales, sino que América Latina es una entidad geocultural creada por los diseños imperiales, a través del proceso de occidentalización de la colonización, que significa la destrucción de una civilización indígena por otra invasora autodenominada “civilización”. Su resultado es que indios y negros devienen extraños en su tierra por no ser, precisamente, “occidentales”.

El Occidentalismo se gesta en la época moderna, en el seno de la cristiandad europea hacia fines del XV. El Occidentalismo piensa la conquista como anexión de la diferencia y no como colonización. Es decir, no piensa a América tal como lo hace con Oriente, como un enemigo u Otro irreductible. De ahí su nombre, “occidentalización” u “Occidentalismo”, y el que elige para denominar el continente conquistado: “Indias Occidentales”, nombre legal que utiliza el imperio hispánico para ese continente, escribe Mignolo.

El Occidentalismo atraviesa desde su gestación tres fases hasta la segunda posguerra mundial. La primera está constituida por los grandes relatos legitimadores de la anexión y conversión de los indios, y llega hasta fines del XVIII. La segunda corresponde al momento en que el discurso imperial traslada su centro de gravedad de España hacia Francia. Lo distintivo del discurso de la segunda etapa es la conversión por parte de Joseph François Lafitau —en su *Moeurs des sauvages américains, comparées aux mœurs des premiers temps*, de 1724— de los “salvajes” (alejados en el espacio) en “primitivos” (alejados en el tiempo), lo cual presupone el paradigma evolucionista universalista de la Modernidad. La tercera etapa se inicia con el desplazamiento del centro de gravedad de Francia a Alemania. Transcurre desde mediados del XIX hasta el proceso de descolonización de África, Asia y el Caribe, hacia 1950. Su principal rasgo es la ubicación del “Nuevo Mundo” en el mapa de la naturaleza y de la historia universal, lo cual realiza Alexander von Humboldt en su *Cosmos: sketch of a physical description of the universe*, de 1846-58. Para algunos pensadores postcoloniales llega hasta Tzvetan Todorov —con su *La conquista de América: el problema del otro*, de 1982—. Presupone, en todo caso, el paradigma del progreso científico moderno.

Hacia la segunda posguerra mundial el discurso occidentalista empieza a ser corroído, especialmente en América Latina, por pensadores como Edmundo O’Gorman —que sería anti-occidentalista, según Mignolo— y más propiamente por Fernández Retamar, que comienza a pensar el Postoccidentalismo como forma de superación de la represión y expansión coloniales de la Modernidad, justificadas con los ideales renacentistas (cristianización), ilustrados (civilización) y de modernización (tecnología y consumismo). Mignolo comparte la necesidad del Postoccidentalismo, continuado en la actualidad por Fernando Coronil, aunque no cree posible hacerlo en los términos en que lo presentaba Fernández Retamar (una ideología proletaria no occidental).

El fin del Occidentalismo no se da sólo en América Latina, sino también en otras zonas culturales como Europa (postmodernismo) y en las ex colonias británicas (postcolonialismo). En ese sentido, el Postoccidentalismo sería la forma del postmodernismo y del postcolonialismo en América Latina. Pero no como mera extensión de éstos, sino como momento particular de descolonización del pensamiento, de ruptura con la epistemología moderna, vinculado a la historia local y al pensamiento de frontera. Por eso para Mignolo representaría el opuesto natural al Occidentalismo en América Latina, en lugar del postmodernismo o el postcolonialismo.

2.2. La posición de Castro-Gómez

Santiago Castro-Gómez (1998) critica la posición de Walter Mignolo y otros acerca de la relación entre Modernidad y América Latina. El problema central para Castro-Gómez es que estos autores conciben la Modernidad como un proceso no dialéctico, sino marcado por una única lógica, la de la homogeneización y subalternización. Castro-Gómez no niega esta dimensión, pero para él hay otro elemento igualmente característico de la Modernidad: la reflexividad del conocimiento. Ésta permite a los actores subalternizados por imperio de aquella lógica, pensarse a sí mismos como actores y pensar sus prácticas, dotándolos así de una herramienta de resistencia *frente* a la homogeneización/subalternización.

Esto hace que las consecuencias de la Modernidad en América Latina sean evaluadas de modo diferente por ambos pensadores. Si para Mignolo es un proceso unilateral de homogeneización y subalternización, y por tanto es irre recuperable para cualquier proyecto postcolonial⁴, para Castro-Gómez es un proceso poliédrico y contradictorio, que incluye un costado rescatable que puede ser el punto de partida para un pensamiento postcolonial superador de la subalternización moderna.

El modo de pensar esta relación conduce a otra cuestión: el problema de la reconstrucción de un pensamiento originario postoccidental latinoamericano. Mignolo basa su alternativa des-colonial en la reconstrucción de una genealogía latinoamericana de pensamiento postoccidental. Con ello, busca evitar la reproducción de *un nuevo universal opuesto pero simétrico* al universal de la Modernidad, que sería ahora el postcolonial. Para Mignolo, postular un postcolonialismo *general* para todos los países ex coloniales, significa no salir de la epistemología que se está criticando. Por eso, para él, el pensamiento postoccidental es a las ex colonias ibéricas lo que el postcolonialismo a las ex colonias británicas. El Postoccidentalismo sería incluso anterior al postcolonialismo.

Castro-Gómez critica esta concepción de Mignolo porque busca colocar a América Latina como alteridad exterior a la Modernidad. Esto representa, para Castro-Gómez, una aspiración típicamente moderna: la emancipación a través de la reconciliación con lo original.

Castro-Gómez opera con un concepto sociológico, no geográfico, de la Modernidad, según el cual ésta *no* se extiende desde una región (Europa), por fases y a través de una serie de acontecimientos (humanismo italiano, reforma protestante, revolución industrial), hacia el resto del mundo, sino que “se constituye

⁴ O des-colonial, como concibe Mignolo (2008) su propuesta para América Latina.

como resultado de la expansión colonialista de Occidente y la configuración de una red *global* de interacciones” (1998: 12). La Modernidad no es el motor de la expansión europea, sino el resultado de la constitución de un sistema-mundo en el cual Europa asume el lugar de centro.

La Modernidad es una dinámica cultural que al mismo tiempo constituye una representación llamada “Europa” como centro y unos “otros” subalternos, entre los cuales se encuentra esa otra representación denominada “América Latina”. América Latina no es una entidad pasiva *conquistada* por la Modernidad, sino que, al menos desde fines del XVIII, es *constituida* por la Modernidad o, dicho de otro modo, constitutivamente moderna.

Esto se expresa en que los propios actores políticos *de la región* forjaron su representación del mundo y de América Latina con las herramientas epistemológicas modernas (liberalismo, marxismo, positivismo, romanticismo, etc.). Lo cual, a su vez, hizo que la reproducción de la subalternidad, como lógica cultural de la Modernidad, *operara también en el interior* de América Latina. Y no por obra exclusiva de agentes externos o extraños al continente, o porque éste fuera receptor pasivo de ella, sino porque fue también producida por, desde y en él. En verdad, la primera posibilidad para Castro-Gómez resulta inviable, pues no hay afuera de la Modernidad en América Latina. Por lo tanto, para Castro-Gómez nada garantiza que los pensadores latinoamericanos, por ser tales, no reproduzcan la lógica de la Modernidad, ni tiene sentido en términos de conocimiento buscar el origen de un pensamiento latinoamericano no “contaminado” por la Modernidad.

Prueba de ello sería para Castro-Gómez el Latinoamericanismo. En efecto, el Latinoamericanismo sería una representación de América Latina producto de dos fuentes geoculturalmente diversas pero epistemológicamente similares: los Estudios de Área (como Estudios Latinoamericanos), que se consolidan hacia la segunda posguerra mundial en las universidades metropolitanas occidentales, y el anticolonialismo tercermundista de los años de la descolonización.

Ambos coinciden en mirar a América Latina como un todo homogéneo y particular, cuya identidad cultural, así como su prosperidad social y política, estaban siendo ocluidas por ciertas *desviaciones* (colonialistas) del proyecto moderno, que debían ser corregidas para que éste pueda realizarse y la región alcanzara su liberación y humanidad. Así, el objetivo que se daba por descontado seguía siendo el cumplimiento del proyecto de la Modernidad en América Latina, pues ésta era entendida como una personalidad particular pero cuya realización no podía no tener lugar en la lógica occidental y moderna, en tanto ésta era universalista y humanista. Y aquí precisamente radicaba el problema para el pensamiento postcolonial. En que el latinoamericanismo estaba situado en las coordenadas cognitivas y epistemológicas modernas y occidentales, lo cual le impedía ver que la lógica de la Modernidad era totalizante y colonial. No había por tanto posibilidad alguna, dentro de ella, de mantener la diferencia identitaria sin despojarse de la otredad y subalternidad con que había sido pensada y constituida por la lógica moderno-occidental, pues saber (conocimiento moderno) y poder (estrategia colonial) forman, en la Modernidad, una pareja muy bien avenida⁵.

⁵ Spivak (1990, cit. por Castro-Gómez, 1998: 2).

La promesa universalista no podía sino realizarse como subalternización, y la oposición anticolonialista entre colonizador y colonizado no hacía sino reproducirla por otros medios, más concretamente los del esencialismo identitario, que confiaba en que esa personalidad sería acogida en pie de igualdad con otras (las de los países dominantes) pues todas cabían en el proyecto universal humanista moderno. El colonizado iba a cumplir lo que el colonizador había traicionado.

Esta ilusión es la que quiebra el postcolonialismo. Para esta corriente, la única posibilidad de romper con la colonialidad del ser, del saber y del poder, era y sigue siendo construir un pensamiento post-colonial, que en verdad cabría explicitar como un pensamiento *post-anticolonialista*. Se trata ya no de criticar al colonizador en nombre de las promesas universalistas y humanistas que la Modernidad occidental guardaba para el colonizado, pues tal cosa no hacía más que reproducir la otredad moderno-colonial, sino de abandonar esas promesas y superar, en un mismo movimiento, el colonialismo y su doble epistemológico moderno, el anticolonialismo.

La discusión, en el seno de esta corriente —y ahí están las posiciones de Mignolo y de Castro-Gómez—, es si esa ruptura puede hacerse con materiales provistos por la propia Modernidad o debe ser edificada con otros completamente nuevos. Entonces, construir el postcolonialismo en América Latina no significa para Castro-Gómez pasar de un Latinoamericanismo irreflexivo, imperial y acrítico —como fue el de los estudios de área—, a *otro*, pero en este caso reflexivo, que para él es la posición en la que estaría Mignolo, en tanto éste quiere construir América Latina como originalidad no occidental o postoccidental. El contexto original es inaprensible —sostiene Castro-Gómez— dado el efecto de globalización de las relaciones sociales, propio de la Modernidad/occidentalización.

Para Castro-Gómez, se trata en cambio de ver cómo operó la reflexividad de la Modernidad en América Latina. Esto es, si fue utilizada para pensar un postcolonialismo. Uso que para Mignolo parece no ser posible, mientras que para Castro-Gómez sí lo sería, pues concibe el lugar de enunciación en clave epistemológica, no geocultural.

Entonces, el problema del postcolonialismo no se plantea, para Castro-Gómez, como dicotomía “o América Latina o Modernidad/EE UU y Europa”, sino en clave de qué tipo de conocimiento sobre América Latina se produjo en el contexto local de América Latina: si se reprodujo la mirada homogeneizadora del “latinoamericanismo” o si tuvo lugar una reinscripción de las identidades desplazadas. El postcolonialismo en Latinoamérica no significaría para Castro-Gómez el despojarse de una lógica extraña, sino la superación de una lógica constitutiva. Postoccidentalismo sería, en todo caso, la legitimación de unas diferencias que suponen la superación del elemento homogeneizador de la Modernidad y de Occidente, merced a la reflexividad moderno-occidental.

2.3. *Un balance: diferencias y similitudes entre Mignolo y Castro-Gómez*

A pesar de las relevantes diferencias entre ambos pensadores acerca de la significación de la Modernidad en América Latina, los dos coinciden en situar el inicio de la dinámica homogeneizadora/subalternizadora de la colonialidad en la Modernidad.

En el caso de Mignolo, la identificación entre Occidente y Modernidad se expresa en su definición del Occidentalismo como proyecto de las empresas colonizadoras de América del XVI, gestado en la Cristiandad europea a fines del XV, y en la identificación del proceso de Occidentalización con esa colonización. A su vez, el Postoccidentalismo es, en América Latina, la superación de la Modernidad colonialista —mientras en Europa es el postmodernismo y en las ex colonias británicas, el postcolonialismo—. En la cita siguiente puede verse esa identificación: “‘Postoccidentalismo’ es la palabra clave que encuentra su razón en el ‘Occidentalismo’ de los acontecimientos y la discursividad del Atlántico (norte y sur), desde principios del siglo XVI. Postoccidentalismo, repitamos, concebido como proyecto crítico y superador del Occidentalismo, que fue el proyecto pragmático de las empresas colonizadoras en las Américas desde el siglo XVI, desde el colonialismo hispánico, al norteamericano y al soviético” (1998: 6). Y también en ésta: “En la organización del mundo promovida por el Occidentalismo (la Modernidad), las ciencias se articularon en determinadas lenguas y localizaciones geográfico-epistemológicas” (1998: 13).

Por su parte, también en Castro-Gómez el concepto de Occidente aparece asimilado al de Modernidad. En efecto, la visión diferente de la Modernidad que sostiene Castro-Gómez no modifica, sin embargo, que ésta aparezca como el centro generador de subalternización en América Latina. Castro-Gómez llama “occidentalización” a la dinámica homogeneizadora de la Modernidad. El Latinoamericanismo sería una de las formas de occidentalización.

Cuando Castro-Gómez critica la creencia en que “Latinoamérica ha sido una simple ‘víctima’ del Occidentalismo” (1998: 10), y la de que “los agentes subalternos en Latinoamérica se oponen a la occidentalización independientemente de los *recursos* puestos a su disposición por la occidentalización misma” (1998: 12), en ambos casos, podría cambiarse el término “Occidentalismo” y “occidentalización” por el de “Modernidad” sin que el significado se alterase. Otro tanto sucede cuando afirma que “Desde finales del XVIII hasta nuestros días, ‘América Latina’ ha sido inevitablemente constituida como objeto del saber *desde las mismas sociedades latinoamericanas* a partir de metodologías occidentales como el enciclopedismo, el romanticismo utópico, el positivismo, la hermenéutica, el marxismo, el estructuralismo y los estudios culturales” (1998: 14).

En ambos casos, se podrían citar más ejemplos, pero éstos resultan suficientes para mostrar la sinonimia entre Modernidad y Occidente en ambos autores.

3. INTERPRETACIONES ALTERNATIVAS DE LA MODERNIDAD

Una de las preocupaciones centrales del pensamiento postcolonial y/o descolonial es la crítica de toda metafísica. Lo cual se expresa en su interés por la genealogía de los conceptos, la crítica del esencialismo del sujeto, la historia y lo humano, la relevancia dada a la reflexividad del conocimiento —incluyendo las relaciones entre saber y poder, y la crítica del anticolonialismo y del latinoamericanismo clásicos—, la concepción de la identidad como alteridad, y la indagación de los marcos perceptivos-cognitivos —en especial, los de la Modernidad— como elementos constructores de la realidad, más allá de todo determinismo económico, racial y teleológico (histórico o natural).

Debido a la importancia que esta corriente confiere en general a la crítica de la metafísica y, en particular, al análisis de los marcos perceptivo-cognitivos como forjadores y reforzadores de aquélla, resulta relevante revisar cómo presenta el concepto que considera clave, la colonialidad.

Si bien se hace una genealogía de este concepto, la cual se ha complejizado al punto de dar lugar a diferentes visiones del postcolonialismo según las zonas culturales (el pensamiento descolonial de Mignolo), aquélla siempre arranca —como se ha visto— en la Modernidad. Colonialidad y Modernidad resultan, en este sentido, sinónimos para el postcolonialismo.

Esto abre algunos interrogantes: si la colonialidad es sobre todo un marco perceptivo-cognitivo, un modo de ver y por tanto de clasificar al hombre y al mundo, ¿de dónde deriva la subalternidad que conlleva la colonialidad? ¿El discurso de la Modernidad/colonialidad no tiene historia? ¿No hay ningún pasado genealógico que lo nutra, más allá de la Modernidad? Si esto fuera así, ¿no daría entonces como resultado un concepto de la Modernidad esencialista, en tanto cerrada sobre sí y comienzo cuasi-absoluto?

3.1. *El monismo*

Autores como Isaiah Berlin, pero también otros de diversas tradiciones de pensamiento como Carl Schmitt, Max Weber, Eric Voegelin o Cornelius Castoriadis, han coincidido en caracterizar el pensamiento occidental por un rasgo predominante que —siguiendo la terminología de Berlin— se puede denominar como monismo.

Para Berlin (1998)⁶ el monismo posee tres rasgos centrales: a) la idea de que puede haber una solución definitiva para todos los problemas de la sociedad humana, lo cual a su vez es posible porque se da por descontado; b) que cabe un conocimiento cierto, verdadero, sobre cuáles son los auténticos valores del hombre, y c) que esos valores, por ser verdaderos y por tanto buenos, forman un rompecabezas, ya que son todos compatibles entre sí. De este modo, no sólo es posible conocer esa verdad, sino asimismo su aplicación social, porque el contenido de ella forma un todo armónico y sistemático. Ejemplo paradigmático del monismo sería para Berlin el pensamiento *moderno* de la Revolución Francesa, con su lema “Libertad, Igualdad, Fraternidad”, que simboliza la certeza del hallazgo y a la vez la voluntad de aplicación de esa verdad humana una y trina...

Estas tres afirmaciones (solución final, conocimiento cierto, compatibilidad de los valores buenos entre sí) serían las que han informado —al menos— la tradición occidental, *más allá de las diferencias* en cuanto a qué valores son los buenos, o cuál es su fuente objetiva, o el método para encontrarlos⁷. Las distintas

⁶ Al ser el hilo rojo de su investigación, este tema es tratado por Berlin en diversos artículos además del citado: “La decadencia de las ideas utópicas en Occidente”, “El supuesto relativismo del pensamiento europeo del siglo XVIII”, y “La apoteosis de la voluntad romántica: la rebelión contra el mito de un mundo ideal”, todos en *El fuste torcido de la humanidad* (Berlin, 1998); “Mi andadura intelectual” (Berlin, 1999) o “De la esperanza y el miedo liberado” (Berlin, 1992c).

⁷ “Eso es algo que ha figurado en el núcleo básico del pensamiento ético desde los griegos a los visionarios cristianos de la Edad Media, desde el Renacimiento al pensamiento progresista del siglo pasado [el XIX]; y muchos siguen creyéndolo hoy incluso, en realidad” (Berlin, 1998: 26).

corrientes hegemónicas a lo largo de la historia occidental, han compartido este *estilo de pensamiento*, más allá de las diferencias de *contenido*⁸.

La tradición greco-romana, la judeo-cristiana, el racionalismo científico, la Ilustración, el marxismo y el positivismo, por nombrar sólo las centrales, comparten esas tres afirmaciones que son la clave del monismo. En *este* sentido, no resultan decisivas las diferencias que, incluso, convirtieron a algunas de ellas en enemigas irreconciliables —ya que no puede haber más que *una* verdad, como afirma Berlín—.

Se podrían no obstante distinguir dos niveles para esas diferencias: uno, el de la fuente del conocimiento cierto (la Naturaleza, Dios, la Razón, la Historia, la Biología...); y otro, los valores o fines que hacían a la humanidad del hombre (la justicia, la humildad, la igualdad, la libertad, el orden, etc.). En cualquier caso, todas esas corrientes creían en la posibilidad de una solución verdadera y definitiva, que daría como resultado una sociedad reconciliada —consigo misma, con su humanidad—.

Estas teorías que caracterizan el pensamiento occidental como monista comparten también la noción de que las representaciones del mundo no son un mero medio para un fin. La cosmovisión no es lo superfluo, algo intercambiable en tanto mero instrumento para lo que verdaderamente importa, la realización o conservación de unos intereses “materiales”. Los mundos usualmente llamados “reales” o “concretos” *empezarían* en las representaciones de los actores. Toda narración supone una acción, un esquema perceptivo-cognitivo que actúa performativamente clasificando a los sujetos y organizando el mundo.

Por eso el monismo es un saber conectado con un poder: “si uno cree realmente que es posible solución semejante, es seguro que ningún coste sería excesivo para conseguir que se aplicase: lograr que la humanidad sea justa y feliz y creadora y armónica para siempre, ¿qué precio podría ser demasiado alto con tal de conseguirlo? Con tal de hacer esa tortilla, no puede haber, seguro, ningún límite en el número de huevos a romper [...] si hay resistencia debida a ignorancia o maldad, hay que acabar con ella y puede que tengan que perecer cientos de miles para hacer a millones felices para siempre”, escribe Berlín (1998: 33). En definitiva, la lógica del saber político verdadero puede ser la del poder aniquilador.

El monismo, en sus diversas expresiones, significaba y significa una interpretación del sentido del hombre y del mundo, y por lo tanto una forma de clasificación del Ser, del Saber y del Poder, por seguir con los conceptos de la colonialidad. De este modo, cada vez que se afirmaba la existencia de una solución definitiva, aparecía (y aparece) como lógica consecuencia una figura de aquel que se interponía o quedaba fuera de la consecución de esa reconciliación final. Ser, Saber y Poder se reunían como dimensiones de las cuales surgían entonces las figuras análogas del bárbaro, el hereje, el ignorante/irracional, el contrarrevolucionario y el inferior racial (sea negro, judío, indio...). El trato que recibía el ser de estos otros desde el saber cierto afincado en un poder así moralizado osciló —decantándose a veces trágicamente hacia

⁸ Con “estilo de pensamiento” (Mannheim, 1997: 134-135) se alude a la manera de pensar un problema, a las categorías que organizan el modo de representarse la cuestión, más que al contenido concreto de conceptos con el que se lo resuelve. Berlín (1992a, 1992b) hace una distinción análoga entre categorías y conceptos. En el caso de los valores, el estilo se define por ser objetivista o no objetivista, más allá del contenido concreto que cada reflexión asigne a esa objetividad (historia, naturaleza, razón, Dios).

el lado más violento— entre la recuperación del considerado ignorante inocente y el aplastamiento del visto como portador de pérfidos y oscuros intereses.

El concepto antagonista al monismo sería el pluralismo, entendido como diversidad de significados en lucha, todos ellos infundamentados objetivamente, esto es, sin pretensión de ser una verdad demostrable objetivamente, sino un punto de vista valorativo que hay que lograr que *valga* (Berlin, 1998; Weber, 1984a, 1984b, 1992a, 1992b). El enemigo puede aparecer también en el pluralismo, como en Schmitt (1991a), pero no tiene la condición de enemigo por estar en el error, ni porque sea malo, feo o anti-económico, sino por ser simplemente un otro existencial con el cual no cabe la convivencia⁹.

Hasta tal punto la pluralidad no es un rasgo característico del pensamiento occidental, ni de su vida cultural, que para muchos pensadores además de Berlin (Weber, Voegelin, Schmitt), la propia Modernidad no significaría un punto de inflexión, sino un nuevo episodio de la tradición monista. La Modernidad no representa una lucha contra la objetividad de la verdad, sino contra la versión religiosa oficial de esa verdad¹⁰.

La reflexión de estos autores resulta útil entonces para no validar sin más la versión ilustrada de la Modernidad, según la cual racionalización y pluralismo/antidogmatismo son lo mismo. Por el contrario, la lucha de la Modernidad contra la Iglesia de Roma no significaría la desaparición de todo elemento religioso, ya que en definitiva la Modernidad representaría una sacralización de la razón. Puede resultar plausible que la racionalización, al romper el monopolio de la explicación eclesial del mundo típico medieval, introduce *per se* cierto pluralismo. Pero conviene notar que este pluralismo sería relativo —a la época precedente—, pues no sería más que la lucha entre dos relatos con pretensión de verdad y de fundamentación objetiva de sus valores.

Por lo tanto, la Modernidad no sería un *inicio* relevante. Sino que su no originalidad reposaría, más bien, en ser *continuidad* —bajo nuevos relatos— de la tradición occidental. Esto no implica ninguna teleología ni filosofía de la historia idealista, sino una continuidad en el estilo de pensamiento, si bien una ruptura en los contenidos conceptuales. Más aún, ésta muchas veces es la que impide ver aquélla.

3.2. La Modernidad en Weber

Castro-Gómez da una explicación de la Modernidad en clave de “todo lo sólido se desvanece en el aire” (1998: 17), semejante a la visión de Giddens —al que cita— de consagración de la duda (1993: 46-47). Esta explicación contribuye a la noción de la Modernidad como comienzo y no como episodio de la tradición

⁹ En este sentido, resulta llamativo que Mignolo vincule a Carl Schmitt con el neoconservadurismo y, a la vez, utilice el concepto de pluriverso como opuesto al de universo (1991a: 188 y 186). Schmitt crea el concepto de pluriverso como opuesto al de universo (1991a: 82-87) para criticar la Ilustración y al liberalismo decimonónico, que se presentan como proyectos políticos humano-universales. Para Schmitt, lo político es particular por definición, pues está vinculado a un modo de ser y éste no puede sino definirse diferencialmente respecto de otros. De este modo, podría existir un mundo como universo, pero al precio de estar despolitizado. En definitiva, el requisito de la existencia de lo político, para Schmitt, es “un mundo donde quepan muchos mundos (e.g., la pluri-versalidad)”, tal como escribe Mignolo (2008: 186). Esta noción de Schmitt se apoya en el concepto de que no hay fundamento de verdad en lo político, que es lo contrario de lo que sostiene el pensador que los neoconservadores —como D. Rumsfeld, P. Wolfowitz, F. Fukuyama o R. Kagan— reclaman como su mentor intelectual, Leo Strauss, quien precisamente polemizó con Schmitt en torno a este problema.

¹⁰ A la que en adelante llamaremos “versión eclesial”, para diferenciarla de la religión.

occidental. Castro-Gómez atribuye a Weber esta interpretación, según la cual la Modernidad sería una época en la que “los dioses se han ido para siempre” (1998: 17) y estamos condenados a elegir.

El problema podría estar aquí en el propio uso de la noción de Modernidad. Pues resulta un concepto *atrapalotado*, demasiado amplio no sólo en cuanto a los niveles que abarca (lo social, lo cultural, lo intelectual, lo político, lo económico, lo religioso), sino también en cuanto a las épocas (desde el Renacimiento hasta la segunda posguerra) y los países o zonas culturales que incluye (Europa, Estados Unidos, América Latina)¹¹.

Por ello parece útil discriminar momentos, zonas y niveles. La pregunta sería entonces si la Modernidad, *en el nivel intelectual*, representa la consagración de la duda y la “condena” a la elección individual *desde su inicio* y como propósito inicial, o más bien como consecuencia paradójica de los ideales o programa originarios.

Para Max Weber (1992a, 1992b)¹², la Modernidad es más bien parte o un momento de un proceso de racionalización milenaria, que no comienza exclusivamente con ella. No obstante, podrían distinguirse en la reflexión de Weber dos momentos de ese período que llamamos Modernidad, según las consecuencias que el proceso de racionalización —que es realmente lo central para Weber— tiene.

El primer momento sería lo que habitualmente se identifica como el inicio de la Modernidad. Para Weber no es un inicio, sino una primera consecuencia del proceso de racionalización. Lo que ocurre en ese momento es el desplazamiento del relato eclesiástico del mundo por el relato racional-científico. Hay una nueva hegemonía, ahora racional-científica. Es el momento en que el pensamiento renacentista-moderno formula su programa y con él su promesa: hallar la verdad de la vida a través del ejercicio de la razón natural y del método científico en los distintos campos artísticos y científicos. Esto es, no sólo se propone explicar el cómo del mundo, sino también el qué (cómo debemos vivir, qué debemos hacer). No hay duda aquí, sino certeza racional. Más aún, este relato aspira a eliminar toda duda, pues aspira a explicar el cómo y el qué del mundo y del hombre prescindiendo de las “poderes ocultos imprevisibles” (1992a: 67) que tenían un lugar decisivo en el relato eclesiástico.

Pero no sólo a raíz de esto lo racional-científico desplaza a lo eclesiástico *sin por ello dejar de ser religioso*, sino que también hay elementos religiosos en el origen de la Modernidad porque esa racionalización de la vida es consecuencia de la ética de algunas sectas protestantes, como muestra Weber en su trabajo clásico sobre el origen del capitalismo (2001).

¹¹ El propio Giddens, al definir la Modernidad como “modos de vida u organización social” (1993: 15) y caracterizar su lógica como la del derrumbamiento de la razón en tanto conocimiento cierto (1993: 47), no parece distinguir suficientemente en qué niveles o ámbitos ocurre tal cosa. En efecto, la ruptura con la dinámica social tradicional que significa la Modernidad, no necesariamente tiene que suponer una nueva dinámica rupturista también en el nivel de las representaciones del mundo. La tradición y el pasado no parecen ser el único recurso para la fundamentación objetiva de los valores y las representaciones: la razón y el futuro (como progreso) también pueden serlo. No parece improbable entonces que una dinámica social de anclaje y desanclaje pueda convivir e incluso ser legitimada mediante una cosmovisión basada en la certeza, por ejemplo, de un conocimiento racional de las leyes inmutables de la sociedad. Así lo hicieron algunas de las corrientes modernas más destacadas (Ilustración, marxismo, liberalismo, positivismo).

¹² Agradezco los comentarios de Joaquín Abellán sobre este tema.

Por lo tanto, podría decirse en términos generales que el primer momento de la Modernidad no elimina lo religioso, ni consagra la duda, ni disuelve lo sólido en el aire. Salvo en el sentido de que esto sea *un efecto* de la competencia entre dos relatos —el eclesiástico y el científico—, *ambos* con pretensión de verdad. Pero cada uno de ellos reclama una adhesión carente de duda alguna. En este caso, cabría decir no tanto que se desvanece, sino que el relato eclesiástico es corroído en su monopolio, pero la pretensión de verdad final y definitiva —si cabe— sería incluso reforzada, al ser mantenida por las dos narraciones en pugna.

El segundo momento de la Modernidad sería para Weber el determinado por los efectos que el proceso de racionalización tiene hacia fines del XIX europeo. En efecto, el propio desarrollo de esa pretensión de ser instrumento ilimitado, lleva a la razón y a la ciencia a resultados paradójicos. Básicamente, a encontrar sus propios lindes. La razón, por tanto, se topa con sus propias limitaciones al tomar conciencia de que no puede explicar el qué del mundo y del hombre, sino sólo el cómo. Por lo tanto, los límites de la razón que produce la crisis de la ciencia no son un efecto propiamente del programa renacentista-moderno, sino más bien el fracaso de sus promesas, y una consecuencia no deseada del desarrollo de la racionalización *en la época* moderna.

Este segundo momento del desarrollo de la Modernidad —es decir, cronológicamente “moderna”, pero conceptualmente prólogo de la postmodernidad— sería el de la crisis del positivismo, la reflexión de Nietzsche y la aparición de las vanguardias artísticas. Aquí sí para Weber comenzaría cierto pluralismo, pues la pretensión monista del discurso racionalista ha sufrido la misma conmoción que la pretensión monista del discurso eclesiástico al inicio de la época renacentista-moderna. Ese pluralismo viene dado por la sospecha que *ahora sí* se consagra —al menos en el nivel teórico y en el de las artes y las ciencias— acerca de *todo* monismo, esto es, de la posibilidad misma de que haya respuestas científicas acerca de cómo se debe vivir y a qué se debe hacer. Los nuevos relatos asumen su infundamentación¹³.

E incluso más: la base *decisionista* de todo modo de vida incluye la de la práctica de la ciencia como tal, pues no hay fundamentación científica objetiva posible que justifique a la ciencia misma como tal, es decir, que pueda demostrar que sea mejor la ciencia que la no ciencia. Isaiah Berlin (1992a; 1992b) sostiene una tesis complementaria de ésta, según la cual *todo* pensamiento reposa en definitiva en unas categorías que son —al menos para él en las ciencias sociales— *indiscutibles e indecibles* en el plano objetivo.

La sospecha acerca del monismo como tal se abriría con la reflexión de Nietzsche —quien no casualmente se levanta contra *toda* la tradición occidental, desde Platón y el cristianismo hasta el positivismo, pasando por la Ilustración—, y se continuaría con pensadores como Weber, Georges Sorel, Schmitt, en tanto todos ellos parten de que no hay verdad (los valores no son objetivos) y que debido a ello la política es una lucha por el sentido.

No obstante, incluso en este segundo momento de la Modernidad, de cuestionamiento del monismo, lo religioso no queda eliminado de la vida pública, pues la *conditio sine qua non* de ésta es la lucha de valores, que no es otra cosa que el retorno de los viejos dioses clásicos. Por otra parte, esa lucha entre dioses es lo que condena a los individuos a elegir, pero esta elección reposa en última instancia en una

¹³ Lo que a menudo se llama “nihilismo”.

fe. En el plano estrictamente político, habría otro elemento religioso presente, que es la ética de las convicciones. Si bien para Weber no es ésta la que se adecua a lógica de la política, tiene un papel en ella, especialmente en el momento de la movilización de adherentes, cuando los fines se presentan como verdades objetivas. Así, los elementos propios de la Modernidad, como el pluralismo y la “condena” a elegir, son en parte fenómenos religiosos, si bien seculares y no eclesiásticos.

3.3. *La Modernidad en Voegelin*

Para Voegelin (1966; 1968), la Modernidad se caracteriza por la secularización, que es un proceso de terrenalización del pensamiento, por el cual la razón intenta reemplazar a la religión, para fundar una *nueva objetividad*. Significa así el alejamiento de la verdad objetiva y trascendente de Occidente, producida básicamente por la filosofía griega clásica y el cristianismo, y la consolidación de un antropocentrismo asentado en la razón.

Para Voegelin, la época moderna está marcada por corrientes políticas y de pensamiento que conciben la historia como la búsqueda humana de la realización del paraíso en la Tierra operando a través del conocimiento y la razón. El fin último es erradicar el Mal del mundo, identificado con la pobreza, las enfermedades, la muerte, el esfuerzo del trabajo y los deseos sexuales¹⁴. Esto presupone la posibilidad de que la política o el conocimiento salven, es decir, que acaben suprimiendo rasgos que, desde el punto de vista de la religión cristiana, son constitutivos del ser humano.

Voegelin denomina a esas corrientes “movimientos de masas gnósticos sucedáneos de la religión” (1966: 7 y ss.). Son “movimientos de masas” porque sus teorías llegan a influir a millones de personas en Occidente; y “gnósticos” porque se inspiran en esta corriente de la Antigüedad, más tarde desarrollada por Joaquín de Fiore a fines del XII contra el contenido de la filosofía de la historia de San Agustín¹⁵. Lo característico de los gnósticos es que creen que el Mal de la Tierra se debe a problemas de organización, no a la naturaleza o esencia del hombre, y que por tanto son solubles a través del conocimiento. Por último, son “sucedáneos de la religión” porque aspiran a reemplazar a la religión cristiana, aunque negando sus principales ideas: que la perfección no es terrenal ni obra humana, y que el hombre no puede conocer por sí mismo el sentido y la estructura del mundo.

Esta aspiración a sustituir el origen trascendental y divino como fuente de sentido y estructura de la existencia por otro de carácter humano, según Voegelin, sólo puede ser obra de la soberbia humana. Ya que

¹⁴ Forman parte de esta tendencia, según Voegelin (1966: 16 y ss.), pensadores como Moro, Hobbes, Kant, Condorcet, Marx, Comte; corrientes intelectuales como la Ilustración, el positivismo, el psicoanálisis, el neo-positivismo; y movimientos políticos como el comunismo, el fascismo y el nacional-socialismo. Su momento de auge es el cientificismo del XVII.

¹⁵ “Gnosis” en general refiere a las corrientes que creían en el acceso a la salvación a través del conocimiento. Las doctrinas llamadas “gnósticas” se extendieron en el mundo antiguo especialmente a partir del siglo II d.C. Esta gnosis, de la época de los Antoninos, es la gnosis clásica, cuyos representantes más conocidos son Basílides, Valentino y Ptolomeo. Algunas corrientes gnósticas sobrevivieron subterráneamente y volvieron a emerger durante la Edad Media bajo formas distintas de herejía y luego con la Reforma. Místicos como Jacob Boehme y visionarios radicales como George Fox, que muy probablemente desconocían la tradición gnóstica, expresaron interpretaciones análogas de la experiencia religiosa gnóstica.

la creación divina contiene el Mal y, por lo tanto, querer suprimir el misterio de la Teodicea es ir contra Dios. La perfección es ultramundana y divina, no humano-terrenal.

Esa aspiración determina que lo característico de las corrientes de pensamiento y de los movimientos políticos modernos sea constituirse como religiones políticas. Para Voegelin, una religión política se caracteriza por erigir en máximos elementos de culto bienes típicos terrenales como el Estado, el partido o el movimiento, la ciencia, la raza o la clase, en los cuales anida el fundamento del sentido del mundo. Esos bienes son ahora lo divino intramundano, en derredor de lo cual se aglutinan comunidades devotas de esa verdad, a la búsqueda de la realización del paraíso terrenal.

El gnosticismo y la Modernidad combinan progreso material y decadencia espiritual: el segundo es el precio del primero. Este desarrollo ambiguo tiene un límite, señala Voegelin, que se da cuando “una secta activista que organiza la verdad gnóstica organiza la civilización como un Imperio bajo su mando. El totalitarismo, entendido como la norma existencial de los activistas gnósticos, es la forma final de la civilización progresista” (1968: 205). En efecto, para Voegelin, los movimientos totalitarios del siglo XX son el remate de las tendencias modernas gnósticas.

En definitiva, para Voegelin tampoco la Modernidad significa un nuevo comienzo, ni la consagración de la duda, sino una continuidad religiosa (verdad redentora, paraíso, salvación) del pasado occidental, oculta muchas veces tras su combate contra la Iglesia oficial, en *contraste con la cual* aparece y/o se presenta como agnóstica. Entre Occidente y Modernidad habría, en definitiva, ruptura en el nivel conceptual —sustitución del relato eclesiástico por el racionalista-ilustrado—, pero no en el del estilo de pensamiento —continuidad de la religión eclesiástica por la política—.

Voegelin llega a una conclusión similar a la de Weber: la imposibilidad de erradicar el Mal del mundo. Pero mientras la de Voegelin sería una vía cristiana, la de Weber sería una secular, no religiosa ni desde luego eclesiástica. Otra similitud de Voegelin con Weber es la de la percepción de la secularización occidental como una combinación de objetivismo (del Bien) más aspiración a la salvación por el conocimiento.

3.4. *La Modernidad en Schmitt*

Carl Schmitt piensa el proceso de secularización a través de dos reflexiones: una acerca de la teología política (1975) y otra sobre la neutralización-despolitización (1991b).

En cuanto a la teología política, Schmitt afirma que “todos los conceptos sobresalientes de la moderna teoría del Estado son conceptos teológicos secularizados” (1975: 65)¹⁶. Esto significa dos cosas. Una, que la trayectoria histórica de esos conceptos va de la Teología a la Teoría del Estado. Como ejemplifica Schmitt, el Dios omnipotente se convierte —hacia el XVII— en el legislador todopoderoso. Y, en segundo término, significa también que los conceptos de la Teoría del Estado tienen una estructura análoga,

¹⁶ Esta afirmación sintetiza el interés y la pertinencia que para Schmitt tiene la teología política como ámbito de saber de la Teoría Política. Su relevancia reposa en que da cuenta de la influencia de la teología en la historia de ciertos conceptos políticos —y, por tanto, en él, jurídicos—, en la conformación del significado de éstos, y en la del lugar que ocupan en el edificio de las representaciones políticas. Así entendida, podría decirse que la teología política constituye una subdisciplina del campo de la historia de la teoría política.

semejante, a los de la Teología. Por ejemplo, el estado de excepción tiene en la jurisprudencia del Estado moderno un significado análogo al del milagro en la Teología. En efecto, el racionalismo ilustrado se afirmó a la par que la teología (y metafísica) deísta. Por lo cual, así como esa teología no admite el milagro como situación excepcional de violación de las leyes naturales por intervención directa de Dios, sino que piensa en el Creador a la manera del gran relojero, creador de un mecanismo complejo y capaz de funcionar solo, sin necesidad de su intervención, la Teoría del Estado moderno piensa el derecho como un conjunto de normas que para funcionar no necesita ni siquiera con carácter excepcional la intervención directa del soberano en el orden jurídico vigente.

Acerca de la neutralización-despolitización, Schmitt describe la trayectoria de lo que denomina “espíritu europeo” desde el XVI al XX como la constante búsqueda de un terreno común que sirva para alcanzar acuerdos entre los distintos actores políticos. El centro de gravedad de ese terreno común cambia periódicamente. Del XVI al XX, pasa siglo a siglo de la teología a la metafísica racionalista, la moral humanitaria, la economía y, finalmente, a la técnica. No se trata de etapas cerradas sobre sí mismas y mutuamente excluyentes, sino que coexisten superpuestas, si bien siempre una de ellas es la hegemónica.

Cabe resaltar que Schmitt se circunscribe explícitamente al occidente europeo, sin pretensión de afirmar nada acerca de “los chinos, los indios o los egipcios” (1991b: 109). No se trata de una historia del “espíritu humano-universal”, una teleología, una ley como la positivista de los tres estadios, ni de cualquiera otra filosofía de la historia. Tampoco de una valoración, positiva o negativa, de esa trayectoria¹⁷.

El desplazamiento del centro de gravedad se explica entonces porque si cada suelo comienza siendo un presupuesto común a distintos actores, deviene con el tiempo un lugar conflictivo, en el cual vuelven a aflorar diferencias e incompatibilidades. Se reinicia entonces el peregrinaje hacia un nuevo territorio, con el cual se repetirá tarde o temprano el ciclo politización-despolitización. Todo desplazamiento es entonces un aplazamiento (de la lucha), y toda neutralidad, provisoria, dado el carácter existencial, no normativo, de la diferencia.

¹⁷ “[...] la secuencia de desplazamiento de los centros de gravedad no debe pensarse tampoco como una línea ascendente e ininterrompida de ‘progreso’, ni como lo contrario. Querer ver aquí una escala de arriba abajo o de abajo a arriba, un ascenso o un declive, es otra cuestión” (1991b: 109). No tomar en cuenta esta afirmación, y enfatizar que para Schmitt la URSS representa la máxima expresión de la tendencia secular europea de aquel entonces —“los rusos se tomaron el XIX europeo al pie de la letra” (1991b: 108)—, podría llevar a entender la reflexión de Schmitt sobre la secularización como la descripción de una supuesta tendencia a la pérdida del sentido religioso (judeo-cristiano) europeo. Esa interpretación —a juicio de quien escribe— sería parcial e inconsistente, porque, por el contrario, lo que para Schmitt resulta característico de la URSS es la antirreligión tecnicista del más acá como *credo masivo*, que como “convicción de una metafísica activista, es fe en un poder y dominio sin límites del hombre sobre la naturaleza [...] en posibilidades ilimitadas de modificación y felicidad de la existencia humana natural en el más acá” (1991b: 120), y no la oficialización de la ideología comunista atea. Esto permitiría abonar la idea de que la interpretación schmittiana de la secularización se aleja tanto de la visión ilustrada, como de la visión cristiana. Primero, porque no valora el proceso; segundo, porque no ve en él una disminución de lo religioso, sino más bien lo contrario; tercero, porque no confunde ni asimila teología y religión. Las visiones ilustrada y cristiana son el opuesto *simétrico*, pues aunque otorgándole distinta valoración, coinciden en valorar el proceso, en ver en él una disminución de lo religioso, y en asimilar religión y teología.

La denominación neutralización/despolitización que escoge Schmitt cobra sentido en tanto para este autor lo político consiste en la distinción entre amigo y enemigo, que tiene la guerra a muerte como posibilidad real permanente, si bien no su objetivo ni su causa.

Este movimiento de neutralización/despolitización es doble. Por una parte, se neutraliza el centro de gravedad antiguo, al ser dejado de lado por el carácter conflictivo que cobra; y, por otra, el centro de gravedad nuevo, dado su carácter de mínimo común denominador garante de acuerdos. Ambos son neutralizados y despolitizados porque son sustraídos al *polemos*.

La centralidad de un ámbito tiene varias consecuencias. Por un lado, la solución del resto de los problemas sociales es vista como un derivado de la resolución de los problemas del ámbito central. Cuando el humanitarismo domina, por ejemplo, todos los problemas derivan de la mayor o menor educación, y el progreso se entiende en clave moral (ilustración, autodomínio).

Y, por otro lado, al desplazarse el centro de gravedad espiritual, se van modificando todos los conceptos que giran en torno a él (razón, naturaleza humana, progreso, cultura, espíritu, Dios, libertad...). Con el centro de gravedad cambia también el perfil del intelectual representativo de la época. Si el típico del XIX es Karl Marx, porque es economista, el clásico del XVI es el teólogo, y el del XVIII, el escritor ilustrado, escribe Schmitt.

Los cambios en el centro de gravedad afectan también al Estado¹⁸ en su tarea de conseguir la unidad política de la comunidad. En cada período tendrá que hacerlo decidiendo sobre el tema que ocupa el centro de gravedad, porque es el que marca la pauta acerca de la agrupación amigo-enemigo. Si en la época teológica el Estado obtendrá su unidad a partir de la homogeneidad religiosa, más tarde lo logrará a partir del sistema económico (capitalismo o socialismo).

El Estado no puede declararse neutral en esos conflictos que hacen a su identidad. La conexión entre territorio y homogeneidad espiritual no es, por lo tanto, exclusiva de las guerras de religión del XVI, sino del Estado y lo político. Por eso será curioso que el Estado liberal se declare a sí mismo neutral, y cifre en esa despolitización su rasgo característico. Pero, como advierte Schmitt, esa despolitización no es más que una forma de reforzar la propia identidad, sustrayéndola a la polémica al presentarla no como lo que es, particular, sino como una fuente *universal* de valores, capaz de ser consensuada y aceptada por todos.

Durante el siglo XX, tal como había ocurrido con el Estado liberal del XIX, pareció que se podía alcanzar una auténtica y definitiva neutralidad, ya que la técnica venía a ocupar el centro de gravedad espiritual. En efecto, la neutralidad de la técnica no se parece a ninguna de las neutralidades anteriores, porque a diferencia de las cuestiones teológicas, metafísicas o económicas, que generan diferencias y controversias, la técnica parece estar al servicio de cualquiera promoviendo soluciones evidentes para todos, y todos buscan servirse del confort que proporciona.

¹⁸ Cabe recordar aquí que Carl Schmitt produce un concepto de lo político coextensivo con lo social o ubicuo, y que por tanto rompe la identificación clásica y exclusiva de la política con el Estado y viceversa. No obstante, aunque para Carl Schmitt “el concepto del Estado supone el de lo político” (1991a: 49), el Estado no es la única pero sí la sede por antonomasia de lo político.

Para Schmitt, en el rasgo donde parece anidar la neutralidad de la técnica reposa en verdad su capacidad para producir controversias. En efecto, dado su carácter instrumental, de la técnica no es posible extraer una sola decisión humana ni espiritual, *tampoco la de la neutralidad*. La técnica, como *arma* que es, está al servicio de cualquier actor y de cualquier uso que se le quiera dar, tanto del incremento de la guerra como del de la paz, ilustra Schmitt. *Por eso mismo*, contra lo que parece, no sirve a la reconciliación de todos los que se benefician de ella, sino a lo contrario. Al estar al servicio de la particularidad de cualquier pueblo, cultura, religión, etc., no es neutral. Sólo cabe esperar a ver —sostiene Schmitt *en 1929*— qué actor político cobra la fuerza necesaria para apropiarse del uso de la técnica en su favor, para visualizar qué nuevo escenario de agrupaciones amigo-enemigo surge.

En varios pasajes de su escrito, Carl Schmitt se referirá a los centros de gravedad espirituales no teológicos como religión. Así, habla de “religión del progreso técnico” (1991b: 111), según la cual “la religión de los milagros y del más allá se convirtió, *sin solución de continuidad*, en una religión del milagro técnico, de las conquistas humanas y del dominio sobre la naturaleza. Una religiosidad mágica *da paso* a una técnica *no menos mágica*. Y así el siglo XX mostrará ser en sus comienzos no sólo la era de la técnica sino también la de una fe religiosa en ella” (1991b: 112, los énfasis son míos).

Esa religiosidad cumple una función política, porque “una religión de masas vulgar esperaba de la neutralidad aparente de la técnica un paraíso humano” (1991b: 119), “grandes masas de pueblos industrializados siguen hoy apegados a una roma religión de la tecnicidad porque [...] creen inconscientemente haber hallado aquí la despolitización absoluta que se estaba buscando desde hace siglos” (1991b: 121).

No sólo la técnica y la teología tienen características religiosas para Schmitt. También el racionalismo, centro de gravedad del XVII, al que califica de metafísico. Bacon, Galileo, Descartes, Hobbes, Leibniz o Newton, entre otros, “fueron metafísicos del más alto estilo”, sostiene Schmitt, y agrega que “incluso la superstición propia de esa época era cósmico-racionalista: era la astrología” (1991b: 110). El centro de gravedad nuevo, que desplazó al metafísico del XVII, el moralista humanitario, también continuó los elementos religiosos, pues se apoyó a su vez en “una filosofía deísta” (1991b: 110).

La reflexión de Schmitt interesa para este trabajo porque permite pensar la secularización no como un proceso de fin de la religión, sino más bien de pérdida de centralidad de la teología. Schmitt desliga secularización y teología —ésta deja de ser el centro de gravedad europeo en el XVII—, pero no por ello desvincula secularización y estilo de pensamiento religioso, ya que éste es multisecular y transversal al espacio europeo, al punto que alcanzará su máxima expresión en el XX “ruso”, luego de que la teología, el racionalismo, el humanismo moralista y la economía lo hubieran desempeñado indistintamente.

Lo religioso estaría fundado en la función y en la fisonomía del centro de gravedad. En la función, porque es una cosmovisión concebida siempre como verdad central, núcleo de la amistad política, la cual *hace ver y comprender* el orden, para lo cual se constituye también como credo de masas o religión política —como diría Voegelin—, cuya promesa es la felicidad terrenal eterna y definitiva —la “solución final”, en palabras de Berlín—. Y en la fisonomía porque la estructura, genealogía y significado de los conceptos centrales que dan vida a esa cosmovisión derivan de la teología. De este modo, la secularización —tal como la piensa Schmitt— no tiene ni reconoce en el pluralismo su suelo, ni en la duda su cultura intelectual, sino que por el contrario reposa en la cancelación de la lucha y en la decisión política generadora de unidad “espiritual”.

Habría por tanto una continuidad entre Modernidad y Occidente —no hace falta resaltar el peso de la tradición judeo-cristiana como hilo rojo occidental— sobre la base de lo que podría denominarse —retomando a Berlin— un monismo de base religiosa, si bien no exclusivamente teológica, pues ésta se ubicaría en lo que cabe nombrar como contenido conceptual de ese pensamiento.

4. A MODO DE CONCLUSIÓN

1. La hipótesis central de este trabajo es entonces que el pensamiento poscolonial y/o descolonial asimila, y así reduce, Occidente a Modernidad. Lo cual impediría ver la genealogía de su concepto central, la colonialidad, en la del monismo de la tradición occidental. Esto a su vez determinaría que la Modernidad apareciera como un origen *cuasi*-absoluto de la subalternidad, la cual se expresaría por vez primera en la colonialidad.

La fundamentación que el discurso de Sepúlveda encuentra en pensadores como Santo Tomás, o la justificación de la empresa colonizadora en la religión cristiana, por ejemplo, no podrían ser explicadas sobre la base de esta visión de la Modernidad como inicio.

Si, como sostiene Mignolo, el Occidentalismo es un producto de la cristiandad europea del XV, resulta difícil pensar entonces una Modernidad sin historia precedente. Sobremanera cuando el vínculo es el religioso, que —como se ha visto— es para muchas interpretaciones la clave de la continuidad entre Modernidad y Occidente¹⁹.

La crítica del postcolonialismo a Occidente sería en realidad sólo una crítica a la Modernidad. Al no percibir la metafísica *occidental* de la Modernidad, acabaría criticando sólo la de ésta, dejando intocada a aquélla.

Si esto es así, tal resultado sería paradójico en una corriente preocupada por las genealogías como vía para quebrar toda noción metafísica acerca de identidades, trayectorias e inicios. Así como conllevaría el efecto paradójico de disminuir el peso del monismo en la historia del pensamiento y las representaciones sociales, pues sería un problema *moderno*, ya que antes de la Modernidad —sostiene el postcolonialismo— proliferaban saberes diversos.

2. Si bien el postcolonialismo le quita centralidad a la Modernidad al criticar su costado oscuro, no deja de mantenerla en términos de punto de inflexión. Ahora no como origen del humanismo, sino como lo opuesto; pero como origen, al fin y al cabo. En este sentido, se inscribe en la línea de interpretaciones que, por otros motivos muy diferentes y que no se busca aquí asimilar a los del postcolonialismo, siguen viendo en la Modernidad un origen de las trayectorias negativas de Occidente —como la de Leo Strauss—, más que en aquellos que la ven como un episodio de la tradición occidental (Weber, Voegelin, Schmitt).

3. Según el concepto de monismo, la homogeneización/subalternización tiene una historia previa a la Modernidad, y envuelve a ésta. La colonialidad podría ser pensada, de este modo, como un tipo *más* de monismo, pero no el único ni el primero. Lo cual *no* rebaja su importancia en la historia de Occidente, sino más bien lo contrario, muestra hasta qué punto está generada por una tradición que tiene en el monismo su estilo de pensamiento hegemónico.

¹⁸ Mignolo nombra este vínculo (2008: 186, 189, 190, 191, 201), pero no lo incorpora a su análisis, y así no llega a transformar la Modernidad en momento de Occidente.

E incluso más, la colonialidad podría ser mostrada como una forma de monismo no percibida incluso por aquellos pensadores que han hecho de la crítica del monismo el rasgo decisivo de su reflexión. Sería el caso del propio Isaiah Berlin, que nombra como ejemplos dramáticos del monismo y sus consecuencias de poder a Hitler, Stalin, Trotsky, Lenin o Pol Pot, pero no el colonialismo inglés o europeo en general.

4. Si el lugar de enunciación es epistemológico y no geográfico, como bien afirma Santiago Castro-Gomez, entonces cabría revisar *asimismo* los distintos monismos pre-modernos: los europeos pero también los extra-europeos. La relación entre saber y poder debería analizarse no sólo para preguntarse cómo el poder facilita la conquista de la hegemonía de un saber, sino también cómo todo saber —merced a su performatividad— genera siempre efectos de poder de algún grado. Se trata de no descartar el peso de un saber sólo porque *no* haya podido construir un poder hegemónico mundial, ni porque no haya *aparecido* junto con ese poder hegemónico mundial.

El postcolonialismo busca huir de las determinaciones de una esfera por la otra. Así lo hace al pensar la relación entre colonialidad y colonialismo, y entre Modernidad y capitalismo. En ambos casos, distingue la lógica propia de lo cultural y la de lo político-económico, sin que la primera quede reducida a la segunda.

Sin embargo, por otra parte, parecería que el criterio para considerar la colonialidad de las representaciones fuera su conexión directa con un poder político imperial, y no las características de las representaciones en sí mismas. Con esto se deja de lado todo lo que no sea una línea genealógica que muestre conexiones directas, claras y plenas entre una cosmovisión y un proyecto político de conquista. El interés en lo cultural (representaciones, narraciones) aparece subordinado al éxito del poder político.

Esto relega el análisis de todo lo que no sea el discurso propio del poder político imperial “exitoso” en su presente epocal (en el caso que nos ocupa, desde 1492 hasta hoy, pero no antes). De este modo, parece perderse el valor que para el conocimiento de la propia lógica de la colonialidad podría tener la comparación de la colonialidad moderna con otras representaciones monistas históricamente precedentes a ella, y no necesariamente occidentales, pero igualmente vinculadas al poder político y portadoras de una clasificación del ser, del poder y del saber en clave de superioridad/subalternidad. Y, también, con las representaciones monistas occidentales, previas a —en este caso— la Modernidad, pero conectadas con ésta en tanto la informan.

5. Finalmente, si se plantea una relación no reductora entre Modernidad y Occidente, y por tanto no centrada en la colonialidad como problema, sino en el monismo del cual aquélla sería un momento específico, la pregunta que se abre es si la “descolonización” del pensamiento asegura *per se* o no la apertura al pluralismo y la huida de toda metafísica (entendida como pretensión de existencia de una verdad absoluta, objetiva, eterna, inmutable).

Como muestra la Modernidad, con su pugna entre racionalismo ilustrado y pensamiento eclesiástico, o más recientemente con la lucha entre colonialismo y anticolonialismo/tercermundismo, un pensamiento puede competir con otro sin cambiar por ello el estilo de pensamiento. La des-esencialización de todo pensamiento asegura la descolonización intelectual, pero ésta *per se* no parece suficiente para abandonar toda metafísica (cultural, por ejemplo).

BIBLIOGRAFÍA

Berlin, Isaiah (1992a) “El objeto de la filosofía”, en *Conceptos y categorías*, Madrid, FCE, pp. 27-42 [ed. original 1962].

— (1992b) “¿Existe aún la teoría política?”, en *Conceptos y categorías*, Madrid, FCE, pp. 237-280 [ed. original 1961].

— (1992c) “De la esperanza y el miedo liberado”, en *Conceptos y categorías*, Madrid, FCE, pp. 281-318 [ed. original 1962].

— (1992d) *Contra la corriente. Ensayos sobre historia de las ideas*, Madrid, FCE.

— (1998) “La persecución del ideal”, en *El fuste torcido de la humanidad*, Barcelona, Península, pp. 21-37 [ed. original 1988].

— (1999) “Mi andadura intelectual”, en P. Badillo y E. Bocado (eds.): *Isaiah Berlin. La mirada despierta de la historia*, Madrid, Tecnos.

Castro-Gómez, Santiago (1998) “Latinoamericanismo, Modernidad, Globalización. Prolegómenos a una crítica poscolonial de la razón”, en S. Castro-Gómez y Eduardo Mendieta (eds.), *Teorías sin disciplina (latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate)*, México, Miguel Ángel Porrúa, disponible en <http://www.ensayistas.org/critica/teoria/castro/castroG.htm> (visitado el 05/01/2007).

Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos (1998) “Manifiesto Inaugural”, en Santiago Castro-Gómez y Eduardo Mendieta (eds.), *Teorías sin disciplina (latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate)*, Porrúa, México, disponible en <http://www.ensayistas.org/critica/teoria/castro/manifiesto.htm> (visitado el 08/02/2007)

Dussel, Enrique (2005) “Transmodernidad e interculturalidad (Interpretación desde la Filosofía de la Liberación)”, disponible en www.afyl.org/transmodernidadeinterculturalidad.pdf (visitado el 22/05/2006).

Escobar, Arturo (2005) “Más allá del Tercer Mundo: Globalidad imperial, colonialidad global y movimiento sociales contra la globalización”, en *Más allá del Tercer Mundo. Globalización y diferencia*, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Bogotá, 2005, pp.21-46.

Giddens, Anthony (1993) *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza.

Mannheim, Karl (1997) *Ideología y utopía*, Madrid, FCE [ed. original 1936].

Mignolo, Walter (1998) “Postoccidentalismo: el argumento desde América Latina”, en S. Castro-Gómez y E. Mendieta (eds.): *Teorías sin disciplina (latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate)*, México, Miguel Ángel Porrúa, disponible en <http://www.ensayistas.org/critica/teoria/castro/castroG.htm> (visitado el 19/09/2008).

— (2008) “La opción des-colonial: desprendimiento y apertura. Un manifiesto y un caso”, en H. Cairo y W. Mignolo (eds.): *Las vertientes americanas del pensamiento y el proyecto des-colonial*, Madrid, Trama Editorial/GECAL, pp. 177-210.

Schmitt, Carl (1975) “Teología Política”, en *Escritos Políticos*, Madrid, Doncel, pp. 25-93 [ed. original 1922].

— (1991a) *El concepto de lo político*, Madrid, Alianza [ed. original 1932].

— (1991b) “La era de las neutralizaciones y de las despolitizaciones”, en *El concepto de lo político*, Madrid, Alianza, pp. 107-122 [ed. original 1929].

Spivak, Gayatri (1990) “Post-Structuralism, Marginality, Post-Coloniality and Value”, en P. Collier y H. Geyer-Ryan (eds.): *Literary Theory Today*, Ithaca, Cornell University Press, pp. 219-245.

Voegelin, Eric (1966) *Los movimientos de masas gnósticos como sucedáneos de la religión*, Madrid-México-Buenos Aires, Rialp.

— (1968) *Nueva ciencia de la política*, Madrid-México-Buenos Aires, Rialp [ed. original 1952].

Weber, Max (1984a) “Los juicios de valor en la ciencia social”, en *La acción social. Ensayos metodológicos*, Barcelona, Península, pp. 49-111.

— (1984b) “La objetividad del conocimiento en las ciencias y la política sociales”, en *La acción social, ensayos metodológicos*, Barcelona, Península, pp. 112-190 [ed. original 1904].

— (1992a) “La ciencia como profesión”, en *La ciencia como profesión. La política como profesión* (ed. de J. Abellán), Madrid, Espasa Calpe, pp. 51-89 [ed. original 1917].

— (1992b) “La política como profesión”, en *La ciencia como profesión. La política como profesión* (ed. de J. Abellán), Madrid, Espasa Calpe, pp. 93-164 [ed. original 1919].

— (2001) *La ética protestante y el “espíritu” del capitalismo* (ed. de J. Abellán) Madrid, Alianza [ed. original 1904-1905].

Pagina 66 en blanco

TAPAR

AMÉRICA LATINA EN EL SISTEMA-MUNDO: CUESTIONAMIENTOS Y ALIANZAS CENTRO-PERIFERIA

Jaime Preciado, con la colaboración de Pablo Uc (Universidad de Guadalajara, México)

La matriz económica y política latinoamericana y caribeña, está dividida internamente por la emergencia de bloques supranacionales que cobran una nueva proyección geopolítica, la cual no se limita a la dimensión económica y comercial, sino que abarca una negociación creciente de espacios y ámbitos de poder entre el centro y la periferia. Negociaciones que implican posiciones divergentes; por un lado, las alianzas más o menos incondicionales entre el norte y el sur —cuya muestra más evidente la representa el espacio norteamericano del TLCAN, de la ASPAN y la disputa por el espacio mesoamericano con el Plan Puebla Panamá+Colombia (PPP+C), el Tratado de Libre Comercio entre República Dominicana, Centroamérica y Estados Unidos de América (DR-CAFTA)¹ y el propio Plan Colombia—, mientras que por otro lado se cuestionan los poderes centrales mundiales desde nuevas configuraciones y alianzas Sur-Sur —cuya versión más visible es la UNASUR, su nuevo sistema bancario y las nuevas alianzas energéticas y de infraestructura en la IIRSA, el MERCOSUR y las propuestas de la Alternativa Bolivariana de las Américas (ALBA)—.

Así como esta dimensión supranacional produce un reagrupamiento y una reorganización de las relaciones internacionales que configuran los bloques del poder central hacia la periferia, desde ésta última se proponen estrategias que influyen en la nueva configuración del sistema-mundo. En este caso, los intermediarios o los mediadores que encontramos en Latinoamérica y el Caribe, son los Estados nacionales con capacidad para proyectarse como una semiperiferia activa: Brasil y México; el primero, desde el cuestionamiento de los poderes centrales mundiales con el proyecto de constituirse en una potencia global (ya reconocida como tal por la Unión Europea en 2007), mientras que México se proyecta hacia el fortalecimiento estratégico de América del Norte, aunque desde una posición subordinada al centro: Estados Unidos.

Por otro lado, es importante destacar el papel de un tercer Estado que a pesar de su relativa debilidad estructural, ha logrado consolidarse como un actor con una proyección geopolítica importante: Venezuela, que se perfila como una semiperiferia anti-hegemónica.

La emergencia de esta semiperiferia latinoamericana produce a su vez un realineamiento del mapa de alianzas y rivalidades entre los Estados nacionales que gravitan a su alrededor. El conjunto de Estados nacionales no está exento de la influencia de nuevos actores nacionales y supranacionales de carácter anti-neoliberal, cuyas resistencias condicionan las proyecciones geopolíticas de regiones subnacionales, países y bloques supranacionales —cuya fuerza no se constriñe al nuevo mapa de gobiernos nacionales de “izquierda”—, a la vez que esos actores portan otro imaginario social del sistema-mundo, cuyo carácter alternativo se necesita indagar.

¹ Siglas en inglés: Dominican Republic-Central America Free Trade Agreement.

1. LAS ZONAS DEL SISTEMA-MUNDO

Dentro de los enfoques más citados en el surgimiento de la geopolítica crítica, se encuentra el análisis de sistema-mundo. Uno de los autores más destacados en dicha propuesta es Peter J. Taylor, quien considera la posibilidad de analizar la escala global desde una perspectiva crítica, desapegada de la escuela realista de la geopolítica, la cual asume las condiciones imperantes de la geografía política mundial como dadas, naturalizando el *status quo*.

El objetivo de Taylor ha sido el poder estudiar la configuración histórico-espacial del “cambio social”, tal y como fue planteado por Immanuel Wallerstein, pero agregando a la perspectiva histórica de la *longue durée* y la crítica neomarxista de las teorías del desarrollo, en las que se fundamenta su análisis de sistemas históricos, una matriz espacial.

La geografía política que desarrolla Taylor retoma como base de identificación espacial las estructuras tripartitas de la economía-mundo: centros, periferias y semiperiferias, que si bien son entendidas por Wallerstein como “procesos” de explotación de la economía-mundo, también implican una representación espacial del mundo, ligada a los cambios de ritmo de los ciclos de auge y crisis a los que está sometida la economía capitalista. Además, distingue otras tres escalas de análisis ligadas a específicas dimensiones: la economía-mundo, vinculada a la realidad; la localidad, vinculada a la experiencia; y el Estado-Nación, relacionado al ámbito de la ideología (Taylor y Flint, 2002: 35).

Este enfoque, no obstante, al concebir a la economía-mundo como escala decisiva, no alcanza a dar cuenta de las actuales contradicciones por las que atraviesa el sistema-mundo. Ya que si bien la escala exclusiva del Estado-Nación, no es suficiente para explicar los actuales procesos mundiales, es innegable la persistente presencia de un esquema estadocéntrico, sin el cual la economía política capitalista y los predominantes discursos sobre globalización no podrían sostenerse.

En este sentido, la matriz económica y política latinoamericana y caribeña está dividida internamente por la emergencia de bloques supranacionales que cobran una nueva proyección geopolítica, la cual no se limita a la dimensión económica y comercial, sino que abarca una negociación creciente de espacios y ámbitos de poder entre el centro y la periferia. Por otro lado, el surgimiento de redes transnacionales de la sociedad civil persiste bajo reivindicaciones comunes y plurales para una transformación social, con lo cual obtienen también su propia identidad espacial y un constante proceso de territorialización de la resistencia a los procesos antes exclusivos de la economía mundial y el Estado.

De esta forma, existe una sobreposición de escalas espaciales que actúan de manera paralela, dándole una particular complejidad a la configuración de América Latina y el Caribe en el sistema-mundo contemporáneo. Es fundamental considerar el accionar de dichas escalas que rebasan la espacialización “tripartita” tradicional para comprender la actual situación y emergencia de semiperiferias en América Latina, así como el imaginario social alternativo en pugna con los procesos, escalas y dimensiones políticas, económicas y culturales dominantes.

1.1. Los procesos de centro y periferia. El papel determinante de la semiperiferia

El uso de los términos centro y periferia en el análisis de sistemas-mundo no se refiere, en primera instancia, a zonas geográficas, regiones o Estados, sino a procesos complejos. Dichas zonas se convierten en centrales porque dominan los procesos de explotación y concentración de plusvalor, y de igual forma las regiones periféricas son definidas por su condición de explotadas por el centro y subordinadas a sus procesos centralizadores y concentradores de recursos.

Los procesos de centro, consisten en relaciones que combinan salarios relativamente altos, tecnología moderna y un tipo de producción diversificada. Los procesos de periferia son una combinación de salarios bajos, tecnología más rudimentaria, y un tipo de producción simple.

La semiperiferia es el espacio que combina de una forma particular ambos procesos. Este concepto se aplica directamente a zonas, regiones o Estados que suponen la explotación de la periferia y sufren la explotación del centro. Esta categoría es la que contiene mayor dinamismo, y exige la incorporación de procesos y perspectivas políticas, a la par del análisis económico.

2. ALIANZAS DE LAS SEMIPERIFERIAS CON LOS BLOQUES ECONÓMICOS Y EXTRAECONÓMICOS CONTINENTALES

El conjunto de las alianzas y bloques supranacionales que configuran el entramado económico, político y militar del hemisferio occidental, enmarca el estado actual de las relaciones centro-periferia en América Latina. Por un lado, es posible identificar las relaciones, más o menos incondicionales y persistentes en los últimos años, entre el Norte y el Sur, bajo un escenario de continuas iniciativas que resaltan el liderazgo y la dominación estadounidense; alianza por la que ha apostado México. Por otro lado, se encuentran las alianzas y bloques Sur-Sur, que cuestionan en distinto grado la estructura de los poderes centrales en el sistema-mundo, y el esquema dominante en el continente. Las iniciativas Sur-Sur, son comandadas por Brasil; su estrategia es conformarse como potencia global autónoma, sin orientación necesariamente estadounidense, mientras que Venezuela se configura como semiperiferia emergente, lo cual supone resistencias antihegemónicas de cara a Estados Unidos.

El esquema de relaciones Norte-Sur, se moldea en torno a un eje económico-comercial y otro político-militar. En el primero, México delinea su *contexto de semiperiferia subordinada*, al incorporarse al persistente Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), primer proyecto de integración asimétrica Norte-Sur en el continente, entre EE UU, Canadá y México. Por otra parte, se encuentra el proyecto de integración comercial continental impulsado por EE UU, el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), que tras la cumbre ministerial de Miami en 2003, fue replanteado como un ALCA de dos niveles: un primer nivel constituido por un acuerdo “paraguas” o base, capaz de definir derechos y obligaciones para todos los países signatarios, y un segundo nivel constituido por acuerdos bilaterales y multi-bilaterales entre países dispuestos a tomar más compromisos que los establecidos en el acuerdo base.

Este último nivel es el dominante, tal como lo representa la vigencia del TLC EE UU-Chile; el TLC EE UU-Centroamérica+República Dominicana (CAFTA+DR, por sus siglas en inglés); el TLC EE UU-Panamá, y las negociaciones en proceso de TLCs con Colombia y Perú. Con estos proyectos de integración subordinada Norte-Sur se compromete activamente México, aún después del fracaso de la IV Cumbre de las Américas en Mar del Plata (Argentina), en 2005.

EE UU, siempre principal socio comercial de la contraparte, crea canales de control que otorgan a Washington poder sobre los términos de negociación y capacidad para limitar las estrategias de diversificación que los Estados latinoamericanos requieren; con ello tiene una herramienta canjeable para la obtención de concesiones estratégicas, tal como ocurre con Colombia o Paraguay, que han otorgado parámetros de inmunidad militar a EE UU, y hasta concesiones para la instalación de bases militares en el primer caso.

Esto lleva al marco del *eje político-militar*, en el que destaca, siguiendo una orientación Norte-Sur, el acuerdo e implementación de la Alianza para la Seguridad y Prosperidad de América del Norte (ASPAN), caracterizada por su baja institucionalidad parlamentaria, la ausencia de una agenda social y legitimidad política, el otorgamiento de facultades extraordinarias a los grupos empresariales privados con mayor poder comercial y político en las economías de Canadá, EE UU y México, y la implementación de una amplia agenda de seguridad sanitaria, alimentaria, energética y militar (Preciado, 2008). Una estrategia que combina seguridad y negocios, que ha sido promovida con entusiasmo por los gobiernos mexicanos de Vicente Fox (2000-2006) y de Felipe Calderón (2006-2012), como uno de sus pilares geoestratégicos que constituyen a México como *semiperiferia subordinada*.

La ASPAN se inserta en un contexto de políticas de seguridad preventiva y la denominada Guerra Global contra el Terror, inherente a la doctrina de seguridad estadounidense post 11-S aplicada a la región, en la que destaca el Área de Responsabilidad del Comando Norte, creado en octubre de 2002, que comprende desde Alaska hasta la frontera sur mexicana, incluyendo parte del Caribe y 500 millas náuticas tanto del Pacífico como del Atlántico. El Comando Norte, proyecta la más contundente extensión del perímetro de seguridad regional norteamericano.

Siguiendo hacia el sur, en la región mesoamericana que abarca el sureste de México y Centroamérica, se encuentra el Plan Puebla Panamá, reactivado en octubre de 2006, tras la adhesión de Colombia (PPP+Colombia). Con ello, la potencia del Norte proyecta su funcionamiento como herramienta geopolítica de vinculación Sur-Sureste, en el que México representa la conexión entre Centroamérica y EE UU, y además actúa como nexo entre este último y las dos estrategias de seguridad activas en el corazón de la región andina: el Plan Colombia y la Iniciativa Regional Andina. El primero, sigue representando el paquete de asistencia militar estadounidense más importante en América Latina, que no sólo reactivó una segunda fase en la lucha contra el narcotráfico en 2002, sino además, una ofensiva militar contrainsurgente denominada “Plan Patriota”, en los territorios controlados por la guerrilla en el sur de Colombia.

Además del acercamiento diplomático entre México y Colombia en foros e instancias internacionales, hay que añadir la Iniciativa Mérida, también conocida como Plan México, que está pensada como una adaptación mexicana al Plan Colombia, desde el Departamento de Estado norteamericano. Su financiamien-

to sería bilateral, aunque el Congreso estadounidense pidió garantías previas a su aprobación al Gobierno mexicano, relativas al respeto de derechos humanos en el combate al narcotráfico, a pesar de la aprobación unilateral de un fondo extraordinario de 500 millones de dólares por parte del presidente Felipe Calderón.

Por su parte, la política exterior de México ha buscado acercarse a la Iniciativa Andina, la cual representa la extensión regional de los objetivos primarios del Plan Colombia, bajo una lógica de contención contra el narcotráfico en los países vecinos, ante el efecto “rebote” que genera la lucha antidroga. No obstante, la regionalización del proyecto incluye la implementación de programas de crecimiento económico, mediante el apoyo a las políticas basadas en el mercado, incluida la negociación del ALCA y la implantación de la Ley de Preferencia Comercial Andina (LPCA).

A estos proyectos bilaterales y regionales de asistencia, es importante agregar la negociación de alianzas y concesiones militares hechas por algunos países del Cono Sur a EE UU, ya que representan parte estructural de las relaciones entre el centro norteamericano del sistema-mundo y la periferia y semiperiferia latinoamericana. Tras el retiro del canal de Panamá en 1999, EE UU obtuvo una ampliación de su radio de acción desde tres nuevas posiciones estratégicas en la región andino-amazónica, por un período de diez años, formando un triángulo estratégico en torno a Panamá, Colombia y Venezuela².

En lo tocante a las *alianzas y bloques Sur-Sur* es posible identificar, por un lado, un eje de integración económico-comercial con una agenda política y social cada vez más amplia, que ha perdurado, al menos, desde la década pasada. Por otro lado, se encuentran las alianzas y proyectos de integración más recientes e innovadores, caracterizados por el enfático espíritu latinoamericanista que domina de manera relativamente uniforme, aunque con matices diferenciados, el discurso de los gobiernos de izquierda y centro-izquierda en la región.

En el primer eje se encuentra el Mercosur, que continúa fortaleciendo su institucionalización, con un marcado liderazgo de Brasil, y está en proceso de incorporar a Venezuela como miembro pleno, una vez que el parlamento brasileño lo apruebe. Mientras que Bolivia, Perú, Chile, Colombia y Ecuador permanecen como estados asociados, mediante Acuerdos de Complementación Económica (ACE), que establecen un cronograma para la creación de áreas de libre comercio entre cada uno de dichos países y la región del Mercosur. Este proceso de profundización Sur-Sur del Mercosur, constituye el esfuerzo por generar la convergencia entre su agenda y la de la Comunidad Andina de Naciones (CAN)³.

Siguiendo con el mismo eje, existen dos elementos clave en los años más recientes relacionados con la CAN. El primero lo representa la salida de Venezuela de la Comunidad Andina en abril de 2006, tras el argumento expuesto por el presidente Hugo Chávez, al considerar que los TLCs firmados por Colombia y

² La primera en el aeropuerto internacional de Comalapa, en El Salvador; en los aeropuertos de Reina Beatriz y Hato Rey, en las islas de Aruba y Curaçao respectivamente, al norte de Venezuela; y en el aeropuerto Eloy Alfaro, en la ciudad de Manta, Ecuador. Estos nuevos centros operativos, primero denominados *Foreign Operating Locations* (FOL), y posteriormente *Cooperative Security Locations* (CSLs), se caracterizan por un sistema de comunicación a tiempo real y una envergadura cambiante, acorde con una lógica de mercado “*just in time*”, eficiente de acuerdo a las necesidades que se presenten (Ceceña, 2008).

³ Por otro lado, resalta la firma de un TLC con Israel a fines de 2007, como su primera iniciativa extracontinental.

Perú con EE UU generaban un perjuicio inmediato a la normatividad y principios básicos de la CAN, haciéndola un mecanismo inservible. El segundo, es la incorporación de Chile como miembro asociado, después de su retiro del entonces Pacto Andino, durante la dictadura de Augusto Pinochet. Aunque este último factor representa un potencial respiro para la Comunidad Andina, dado el volumen comercial que representa la economía chilena, la retirada de Venezuela formó parte de una relativa, aunque no trascendente, convulsión del escenario de integración regional sudamericana.

Esta integración Sur-Sur tiene sus conflictos, por ejemplo, las relaciones internas del Mercosur se vieron empañadas por las críticas de Uruguay y Paraguay a Brasil y Argentina, ante lo que denominaron actitudes discriminatorias y asimétricas en el mecanismo de integración. Por otro lado, las relaciones bilaterales entre Argentina y Uruguay, se han visto degradadas por la construcción de fábricas de celulosa en Fray Bentos, y por la profundización de las relaciones uruguayo-estadounidenses. Por su parte, la nacionalización de los hidrocarburos en Bolivia, ha generado tensiones con Brasil, dado el efecto negativo a los intereses en el capital de Petrobras, y con Argentina ante el alza anunciada en los precios del gas natural, lo que le representa altos costos ante su dependencia creciente a la importación de este hidrocarburo.

Además de estas dos grandes instituciones regionales que aglutinan a los países de mayor importancia del Cono Sur, es importante señalar la continuidad en los procesos de la Comunidad de Caribe (CARICOM) y la Asociación de Estados del Caribe (AEC) —instancia donde México ha perdido su liderazgo—, que han mantenido su institucionalización para la integración en la región del Caribe, desde un enfoque predominantemente —aunque no único— Sur-Sur.

Entre las alianzas más recientes destaca la Unión de Naciones Sudamericanas (UNASUR) surgida en 2007, teniendo como antecedente a la Comunidad Suramericana de Naciones (2004), y que tiene como objetivos la coordinación política y diplomática de la región; la convergencia de las agendas del Mercosur, la CAN y Chile; la integración física, energética y de comunicaciones en América del Sur mediante el impulso a la Iniciativa de Integración Regional Sudamericana (IIRSA) y un conjunto de proyectos con relativa autonomía. En el eje económico-financiero, destaca la creación del Banco del Sur a fines de 2007, orientado a brindar apoyo en la creación de infraestructura y apoyo empresarial público y privado en la región.

Esta iniciativa impulsada por Venezuela y secundada hasta ahora, por los miembros del Mercosur, Bolivia y Ecuador, representa una enfática alternativa al Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo, es decir, a todo el esquema financiero que orienta el traslado de recursos económicos de los procesos de centro a la periferia, condicionados a modelos de desarrollo que promueven una baja actividad estatal en el comercio y la apertura de los mercados nacionales. Entre las medidas previstas por el Banco del Sur que más destacan, se encuentra la disposición para que cada país tenga derecho a un voto igualitario, sin importar el tamaño de sus aportaciones, en una búsqueda simbólica y real de romper con las asimetrías entre los países latinoamericanos.

En el frente estratégico militar, resalta la iniciativa para la creación del Consejo Sudamericano de Defensa, el cual es impulsado por Brasil y promovido constantemente como una inevitable necesidad en el discurso venezolano respecto a la integración. Dicha propuesta se aprobó por 10 de los 11 presidentes y el

Vicepresidente uruguayo asistentes a la cumbre del 23 de mayo de 2008 de la UNASUR, para lo cual crearon un grupo de trabajo que por 90 días estudiará la forma y organización que tendrá ese Consejo. Se trata de una propuesta que se diferencia de una alianza militar tradicional, tal como la Organización del Tratado Atlántico Norte (OTAN), que, de acuerdo al ministro de defensa brasileño Nelson Jobim, lejos de funcionar como una fuerza operativa, “servirá como organismo consultivo, destinado a afianzar la estabilidad y la paz en la región” (Ramos, 2008). No obstante, es innegable que este Consejo representa un esquema de autonomía militar frente al modelo panamericano de defensa en la región impulsado por EE UU, centrado en proyectos tales como el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), los ejercicios conjuntos y ejercicios navales, en los que destaca la reactivación de la Cuarta Flota para la supervisión de los mares latinoamericanos, a partir del mes de julio de 2008, después de cincuenta y ocho años de inactividad (Ballester, 2008).

Por lo tanto, la proyección geopolítica de UNASUR es pluridimensional, al abarcar la perspectiva económica-comercial-financiera, política-militar y social, y sur-latinoamericanista, al considerar al Cono Sur como el espacio contenedor de la autonomía política y emergencia económica de América Latina. En esta nueva institución, el rol de Brasil como *semiperiferia con aspiraciones de potencia global* es decisivo.

Estructurando un eje político-ideológico, la Alternativa Bolivariana para las Américas (ALBA), impulsada por Venezuela y Cuba, ha sido identificada inicialmente como la principal contrapartida al ALCA. No obstante, más allá de la redirección que el ALCA tomó a partir de 2005, la ALBA se ha caracterizado por enfatizar la necesidad de impulsar la integración desde un enfoque de cooperación y solidaridad política, social y cultural, subrayando la lucha contra la pobreza, la exclusión social, la discriminación y el analfabetismo, entre otros elementos más. Esta iniciativa que representa la punta de lanza de la propuesta de integración bolivariana que impulsa el gobierno de Hugo Chávez, dentro de su “Plan Estratégico de la Unión de Pueblos y Repúblicas”, no sólo se ha concentrado en la unión de los Estados, que contempla actualmente a Venezuela, Cuba, Bolivia, Nicaragua, Dominica, Honduras, San Vicente y las Granadinas, sino además en la incorporación de movimientos sociales y Cumbres de los Pueblos, por lo cual existen alianzas con grupos locales en varios países latinoamericanos que aún no forman parte oficial de la iniciativa, destacando los casos de Perú y Ecuador (MPPRE, 2007).

Entre las iniciativas de la ALBA con mayor impacto, destaca la creación de los Tratados de Comercio entre los Pueblos (TCP), que promueven la subordinación del comercio tradicional, centrado en el crecimiento económico, al desarrollo y bienestar social, enfatizando la importancia de abatir los índices de desigualdad social como la más importante prioridad de los países que comercian. Los TCP buscan preservar y respetar las formas de organización comercial indígenas en América Latina, favoreciendo la diversidad cultural y el comercio justo. Esta iniciativa se enmarca en las denominadas Cumbres de los Pueblos de América, que se han convertido en las aglutinadoras de los foros alternativos que se realizan ante cumbres presidenciales en América Latina. También resalta la iniciativa de *Telesur*, un proyecto de comunicación televisiva impulsor de la perspectiva bolivariana de integración, y una alternativa mediática frente a los medios de comunicación y prensa transnacionales dominantes. De esta forma, la ALBA representa un eje ideológico claramente antihegemónico, transversal al proyecto de UNASUR pero no contradictorio, sino en gran medida complementario.

Un último, pero no menos importante eje, formula una propuesta de integración energética como pilar estratégico de la integración latinoamericana. Dicha propuesta impulsada por Venezuela es conocida como *Petroamérica*, y está constituida por tres iniciativas subregionales: *Petrosur*, en el que participarían Brasil, Argentina, Uruguay y Paraguay, es decir los miembros del MERCOSUR; *Petrocaribe*, constituido inicialmente por catorce países: Antigua y Barbuda, Bahamas, Belice, Cuba, Dominica, Granada, Guyana, Jamaica, República Dominicana, San Cristóbal y Nieves, Santa Lucía, San Vicente y las Granadinas, Surinam y Venezuela, al que se adhirieron formalmente en 2007, Haití y Nicaragua; *Petroandina*, en el que participarían Bolivia, Ecuador y Colombia (Hernández, 2007). La proyección geopolítica de *Petroamérica* se vale de la subregionalización latinoamericana y deja clara la exclusión de México de la perspectiva surlatinoamericana, dada su profundización de dependencia energética hacia el norte a través de la ASPAN.

El proyecto de *Petroamérica* se sustenta en tres condicionantes geopolíticos vigentes. El primero, es el modelo de dependencia petrolera que EE UU, los grandes países consumidores de energía y los emergentes promueven a causa del creciente aumento industrial y su progresivo gasto energético, lo cual ha sido una de las principales causas del sostenido aumento en los precios de los hidrocarburos, en los últimos cinco años.

El segundo, es la regionalización comercial ya existente en el Cono Sur y Centroamérica, que si bien posee distintos grados de institucionalización y éxito en su integración, le ha permitido convertir a la rama energética en una atractiva esfera aglutinadora del proyecto de integración regional que garantiza, a la vez, la seguridad energética de los Estados. El tercer condicionante en el que se apoya el proyecto de *Petroamérica*, es la proyección de la disputa geopolítica entre el código norteamericano y el surlatinoamericano, en dos espacios estratégicos: 1) el área de Centroamérica y el Caribe, en donde se confrontan los proyectos del PPP+C y el CAFTA+RD con la propuesta de *Petrocaribe*, y la extensión de la ALBA, y 2) el área andina, en la que se confrontan las iniciativas del Plan Colombia y la Iniciativa Andina con la propuesta de *Petroandina*, que hasta ahora es la que sufre de más inactividad y una baja institucionalización.

De esta forma es posible distinguir dos discursos geopolíticos latinoamericanistas, que podrían caracterizarse como suramericanistas. Uno es mucho más enfático en su rechazo al papel hegemónico estadounidense en la región, y a sus diversas estrategias de dominación comercial, política y militar, su portavoz es la ALBA, que a su vez, deposita su solidez material en la propuesta energética de *Petroamérica* y en la creación del Banco del Sur como alternativa financiera Sur-Sur. El otro discurso, es el que encabeza la UNASUR, una iniciativa más integral que incorpora y se complementa con el primero, pero que no se vale del enfoque antihegemónico, sino del énfasis en la autonomía política regional, y la proyección geopolítica de América del Sur, como bloque competitivo a nivel global. La UNASUR cuenta con el liderazgo de Brasil, reconocido de manera creciente como potencia global, y que a su vez, pretende convertirse en la plataforma de Brasil rumbo a su proyección mundial. La emergencia de una *semiperiferia antihegemónica* la comanda *Venezuela*, mediante una activa política internacional.

3. SEMIPERIFERIAS LATINOAMERICANAS: IDENTIFICACIÓN Y CARACTERIZACIÓN

Mientras los proyectos internacionales y supranacionales Norte-Sur y Sur-Sur impulsan un reagrupamiento y reorganización de las relaciones internacionales que configuran los bloques del poder

central hacia la periferia, desde ésta última se proponen estrategias que influyen en la nueva configuración del sistema-mundo. En esta ocasión, los actores que canalizan con más contundencia dichas estrategias en Latinoamérica y el Caribe, son los Estados nacionales con capacidad para proyectarse como una semiperiferia activa.

Este es el caso de Brasil, desde el cuestionamiento a los poderes centrales mundiales con el proyecto de constituirse en una potencia global (ya reconocida como tal por la Unión Europea en 2007), mientras que México, se proyecta hacia el fortalecimiento estratégico de América del Norte, aunque desde una posición subordinada al centro, a Estados Unidos. También es importante identificar las aspiraciones de Venezuela, que se autoimpulsa (y obtiene una creciente interlocución) como una semiperiferia emergente, en busca de una proyección continental. Su estrategia, caracterizada por su enfático discurso anti-estadounidense, promueve una serie de proyectos reivindicativos de la integración bolivariana, mediante alianzas político-ideológicas regionales con Estados y grupos sociales de izquierda, y un sostenido ejercicio de la petropolítica a nivel mundial.

La emergencia de esta semiperiferia latinoamericana produce a su vez un realineamiento del mapa de alianzas y rivalidades entre los Estados nacionales que gravitan a su alrededor, por lo cual es importante bosquejar la proyección geopolítica de los tres casos mencionados, a fin de identificar su posición e impacto en el sistema-mundo. Por un lado, se elabora un balance de sus características como Estados fuertes, desde la perspectiva de la Geografía Política y el análisis de sistemas-mundo. Por otra parte, se revisa un conjunto de indicadores de su política exterior hacia el continente y hacia el exterior del mismo, con el fin de reconocer su desenvolvimiento en el sistema internacional y saber de qué manera la emergencia de bloques regionales se instrumentan, por parte de las semiperiferias en estudio, para su reposicionamiento en el sistema internacional como potencias globales. También interesa analizar si estas estrategias, en tanto que semiperiféricas, son complementarias o compiten, y si eso influye en la consolidación de Latinoamérica como bloque regional con creciente autonomía política en el sistema-mundo.

Estas consideraciones son funcionales para el caso de México y Brasil. Mientras México busca la persistente obtención de ciertas consideraciones generales que lo identifiquen como un gran poder regional “asociado” al Norte, Brasil se acota claramente a las características de un poder regional, y busca con un creciente éxito su posicionamiento como un superpoder. Este es el sesgo diferencial que más resalta entre los dos pivotes regionales más afianzados en Latinoamérica, como resultado del rezago en el que la política exterior mexicana se vio envuelta desde el período presidencial de Vicente Fox, caracterizada por una enfática subordinación al centro estadounidense, en contraste con la ambiciosa política exterior brasileña que reclama paulatinamente mayores márgenes de autonomía.

A continuación, se esbozarán las características específicas de tres actores estatales latinoamericanos: México, Brasil y Venezuela. Los primeros dos casos han sido reconocidos a lo largo de la década pasada como semiperiferias activas, tanto por su papel como “Estados ancla”, sus características internas y su posicionamiento estructural en el sistema-mundo. En el tercer caso, se vislumbran los rasgos que potencian y limitan su aspiración a constituirse como semiperiferia emergente.

3.1. México

Entre el impulso y el condicionamiento que implica su posición geopolítica en América del Norte, México enfrenta una paradoja, pues quisiera ser el “país bisagra” por excelencia entre el coloso estadounidense y América Latina, pero también el interlocutor “natural” entre ambas regiones; sin embargo, México cae en la contradicción de conformar un país latinoamericano que ha elegido un proyecto estratégico de integración profunda hacia el Norte. Así lo muestra su profunda dependencia comercial de EE UU y de las remesas provenientes de ese país, que alcanzaron los 23.9 millones de dólares en 2007, el segundo ingreso más importante después del generado por el petróleo.

Los indicadores duros de su economía, colocan a México por debajo de la tasa de crecimiento media de países como Argentina, Brasil, Chile o Venezuela, con un promedio del 3.6% en los últimos tres años. De acuerdo al *Reporte de Desarrollo Humano, 2007-2008* México ocupa el lugar 52 en el ranking mundial, dentro del grupo de “alto desarrollo humano”, y posee un índice Gini de 46.1, que proyecta una desigualdad social mayor que en Argentina, Chile, Uruguay o Cuba, aunque menor que la de Brasil, Venezuela y Colombia.

México es un país clave en la geopolítica petrolera latinoamericana, al producir 3.7 millones de barriles diarios (mbd) de crudo, es decir, el 4.8% de la oferta mundial, equivalentes al 34.7% de la producción regional, que lo convierte en el principal productor de la región por encima de Venezuela. No obstante, el nivel de sus reservas cayó drásticamente de 48.8 miles de millones de barriles en 2005 (mmb) a 13.7 en 2008, mientras que las proyecciones de PEMEX exploración para 2012 se espera que alcancen sólo 4.7 mmb, que alcanzarían tan sólo para 3.8 años. Dramático escenario que enfrenta el modelo energético impulsado por la oficialista élite política del Partido Acción Nacional en México, orientado a la gradual apertura de la industria petrolera al sector privado, como condición para profundizar la integración energética hacia América del Norte, en concordancia con la agenda de seguridad energética de la ASPAN. No obstante, la oposición legislativa federal del Frente Amplio Progresista, y una creciente oposición de la sociedad civil mexicana, han desplegado una importante resistencia al proyecto.

En el mismo escenario estratégico, México destaca, junto con Brasil y Argentina, por tener una central nuclear generadora de energía eléctrica. Mientras que en el sureste del país, en el estado de Chiapas, se encuentran significativas reservas de uranio sin explotar. Ambos elementos constituyen aún, factores determinantes en la política internacional.

En cuanto a capacidad militar de México, destaca un aumento constante en su presupuesto desde el año 2003. Según datos oficiales recientes, para 2006 se gastaron \$6.07 miles de millones de dólares, equivalentes al 0.5% del PIB, gasto que lo coloca en el lugar 162 del ranking mundial, por debajo de Brasil y Chile, aunque por encima de Venezuela. No obstante, el gasto en armamento, capacitación e inteligencia, ha sido duramente criticado, por su enfática reorientación de las tareas tradicionales de las Fuerzas Armadas hacia la Seguridad Pública interna del país, especialmente en la lucha contra el narco.

En cuanto a las relaciones extracontinentales de México respecto a los procesos y actores centrales del sistema-mundo, su adhesión a los esquemas de desarrollo y liberalización que impone la membresía a la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) desde 1994, aunada al modelo de pago sostenido a la deuda con el FMI, el BID y el BM, hacen que de cada peso generado en la economía mexicana, casi 37 centavos se destinen al pago de la deuda.

En sus relaciones con los centros mundiales no continentales, las relaciones de México con la Unión Europea no han apoyado su diversificación comercial; después del Acuerdo de Cooperación Comercial (ACE) firmado hace una década, en 1997, no ha logrado una “asociación estratégica global” con la UE, que pudiera otorgarle un futuro estatus de potencia global.

En cuanto al sudeste asiático, destaca el esfuerzo mexicano por lograr un acercamiento más sólido con el Foro de Cooperación Económica Asia Pacífico (APEC), principalmente a partir de 2002 en que ocupó la presidencia del mismo. Sin embargo, de acuerdo con el Consejo Económico de APEC, para 2008 México junto con Chile, Indonesia, Singapur y Taiwán, era uno de los países con menor grado de integración a la región Asia-Pacífico, perdiendo terreno respecto a los años 90. Mientras que las condiciones de intercambio comercial con la región asiática no han logrado ser favorables, como lo representa el déficit comercial con China, que es de 18 a 1, es decir, por cada producto que México exporta a China, esta exporta 18, mientras que con la región Asia-Pacífico en general, esta relación es de 3 a 1. Por otro lado, aunque uno de los pasos más significativos en este acercamiento ha sido la firma del Acuerdo de Asociación Económica con Japón en 2004, el acercamiento a la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN) se ha limitado a declaraciones y proyectos sin concretar. En todo caso, destaca el Foro de la Iniciativa de la Cuenca del Pacífico Latinoamericano (ARCO), que busca según la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), ser un instrumento para incrementar la competitividad de los países de la región y propiciar acciones que permitan aprovechar el crecimiento de la economía de Asia. Proyecto que intenta encabezar México para fortalecerse frente a Brasil.

Asimismo, hay un fuerte rezago de participación y liderazgo de la economía mexicana en los proyectos de cooperación Sur-Sur, no sólo de la región latinoamericana, sino a nivel mundial, como lo denota su bajo perfil en la alianza del G33, estrechada en la cumbre de la Organización Mundial del Comercio (OMC) de Cancún, 2004, o su participación marginal en reuniones con los países del grupo Brasil-Rusia-India-China-Suráfrica (BRICS), lo que disminuye su rol como semiperiferia latinoamericana. La contraparte a estos vacíos, sin embargo, ha sido relativamente compensada por su participación en el llamado G5 junto a las economías emergentes de Brasil, India, China y Sudáfrica, en los foros del G7/8, desde el año 2003 hasta la pasada reunión en 2007, en Alemania. De la misma forma, México formó parte de los miembros no permanentes del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas en el período 2002-2003, y fue admitido para el período 2009-2010.

Los indicadores esbozados, proyectan con claridad el perfil de México como semiperiferia subordinada; un actor influyente en América Latina, pero dependiente de los procesos de centro dominantes en el escenario de la economía-mundo y particularmente, del actor central del continente: Estados Unidos. Una semiperiferia con estrategias de diversificación limitadas, sin liderazgo en su región de influencia tradicional, alejada de Latinoamérica y sin proyecto de autonomía política en el sistema-mundo.

3.2. Brasil

El rol de Brasil como semiperiferia activa en América Latina, no sólo se ha consolidado sino que, además, ha incrementado sus aspiraciones en busca de su posicionamiento como potencia global. La dimensión y posición geográfica de Brasil lo han consolidado como un Estado de gran relevancia estratégica, al tener frontera con todos los países de América del Sur, a excepción de Ecuador y Chile, así como la extensión territorial y la población más amplia de América Latina, además de un gigantesco litoral en el Atlántico con zonas preferenciales clave en el comercio y en la explotación de recursos *offshore*.

Según las estimaciones de 2007 de la CEPAL, Brasil ha tenido un favorable desempeño económico, con un crecimiento promedio del 4% en los últimos tres años, ocupando un lugar sólido en el esquema de crecimiento sudamericano. No obstante, en el *Reporte de Desarrollo Humano, 2007-2008* Brasil ocupa el lugar número 70 del ranking mundial de desarrollo humano por debajo de Argentina, Chile y México, así como un índice de Gini de 57.0, que lo convierte en el cuarto país latinoamericano con mayor desigualdad social, después de Bolivia, Guatemala y Paraguay, y el segundo en el grupo BRICS, después de Sudáfrica.

Gran parte del papel estratégico de Brasil en América Latina, se concentra en el escenario energético. Su producción petrolera, que es mucho menor que la de México y Venezuela, sin embargo, aumentó en un 100% en la década de 1995 a 2005. En cuanto a sus reservas, el descubrimiento de nuevos yacimientos por la empresa petrolera PETROBRAS en 2007, podría generar un aumento del 40% para el año 2020, lo que llevaría a posicionarlo al mismo nivel de los países árabes y de Venezuela.

Brasil es el principal productor y exportador mundial de etanol de caña, con cerca de 17,5 miles de millones de litros por año, lo que le permite intentar liderar un modelo energético alternativo al petrolero, tal como lo enfatizó en la reunión del G8 en Alemania en 2007. Además, hizo un pacto energético con EE.UU.: “Estrategia de Biocombustible para América Latina y el Caribe”, el cual representa no solo una estrategia brasileña para contener el liderazgo venezolano en la región, sino además “el eje de la nueva estrategia de integración continental desde Washington, tras el derrumbe del ALCA multilateral” (Zibechi, 2007). No obstante, esa fuerte producción de etanol lo enfrenta a una oleada de crecientes críticas por producir biocombustibles en lugar de alimentos. En el renglón de la energía nuclear, Brasil posee la sexta reserva mundial de uranio, que está explotada en un 30%. El gobierno de este país proyecta privatizar la exploración del uranio, con el objetivo de aumentar a nivel regional el uso de energía nuclear para la generación de energía eléctrica.

Brasil canceló su deuda con el FMI en 2006, secundado por Argentina, lo cual marcó una pauta simbólica y real de autonomía económico-financiera de cara al modelo dominante de desarrollo que las instituciones financieras internacionales venían imponiendo en el marco del Consenso de Washington desde mediados de los años ochenta en América Latina. Sin embargo, el FMI y el BM, reconocieron a Brasil como el tercer acreedor más grande del grupo de países emergentes, luego de China y de Kuwait.

Destaca la participación brasileña en el G4, que incluye a Alemania, Japón, e India, para reformar el Consejo de Seguridad de la ONU y establecer un número adicional de asientos permanentes, en su carrera por obtener uno de ellos. La diplomacia brasileña participa en las cumbres y ministeriales del G8, como país

no miembro, ha impulsado la cooperación Sur-Sur en la conformación del grupo BRIC en 2006, junto a Rusia, India, China y posteriormente Sudáfrica, que ha significado la ampliación del triángulo Moscú-Nueva Delhi-Pekín, hacia América Latina, consolidándose como el principal interlocutor sudamericano con proyección geopolítica y capacidad de gestión global.

El liderazgo brasileño se expresa en el G20, en el marco de la ronda de Doha, junto con el lanzamiento de la iniciativa “Acción contra el Hambre y la Pobreza”, con los presidentes de Francia y de Chile, con el objeto de generar una alternativa para el financiamiento de los instrumentos para el desarrollo. No obstante, ese liderazgo es cuestionado desde la izquierda por aceptar el mandato sobre la Misión de Mantenimiento de la Paz en Haití (MINUSTAH) desde 2004, al que contribuye con el contingente más grande de esa misión.

El último indicador de amplia relevancia lo constituye la categoría de potencia global, otorgada por la Unión Europea a Brasil en la Cumbre de Lisboa, en 2007, una clasificación que hasta la fecha sólo ha concedido a Estados Unidos, Canadá, Rusia, China, India y Japón. Esta acción, abre una brecha en el equilibrio regional latinoamericano, en el que se habían mantenido México y Brasil en el mismo nivel.

3.3. Venezuela

El rol de Venezuela en Sudamérica posee una paradójica doble condición de liderazgo regional, dada su capacidad de influir y encabezar iniciativas conjuntas de integración regional, específicamente en el rubro energético, y un eje ideológico con un discurso anti-hegemónico, que cuestiona los fundamentos básicos de explotación a las periferias en el sistema-mundo, así como la dependencia a los centros mundiales. No obstante, este mismo impulso de liderazgo ideológico, agregado al protagonismo del presidente Hugo Chávez, ha generado una negativa agenda de conflictos diplomáticos, distanciamientos políticos y tensiones geopolíticas con sus vecinos latinoamericanos. Uno de estos casos es la significativa tensión en su frontera con Colombia, el enclave estratégico más importante de EE UU en la región.

La fortaleza del Estado venezolano se puede ver claramente por un crecimiento del PIB superior al 8.5% en 2007, uno de los más altos en América Latina, en gran medida impulsado por el alza en los precios del petróleo. Mientras que su IDH lo posiciona aún dentro del grupo de mediano desarrollo humano, en el número 74 del ranking mundial, y con un índice de Gini de 48.2, que proyecta una menor desigualdad en el ingreso que en países como Brasil, México, Colombia y Chile.

Mientras tanto, el gasto militar de Venezuela alcanzó los cuatro mil millones de dólares en 2007, según el *Balace de Política Estratégica de Defensa y Asuntos Exteriores del Sistema de Información Global, 2006/2007*, lo que significó un aumento del 12.6% respecto a 2005. La firma con Rusia de acuerdos para comprar armamento, así como la posible instalación de la primera fábrica de rifles Kalashnikov en América latina, posee fundamentalmente un carácter estratégico frente a EE UU, que le negó la venta de armamento y ha sido acusado de representar una amenaza potencial a la soberanía territorial de Venezuela. A esto se agrega, el acercamiento diplomático con Rusia que está llegando a la cooperación militar como lo muestra la puesta en marcha de ejercicios navales conjuntos en las costas venezolanas el pasado noviembre de 2008, como respuesta simbólica ante la reactivación de la IV Flota del Comando Sur estadounidense en las aguas del Atlántico suramericano.

A esto se agrega, el acercamiento diplomático con Rusia que está llegando a la cooperación militar como lo muestra la puesta en marcha de ejercicios navales conjuntos en las costas venezolanas el pasado noviembre de 2008, como respuesta simbólica ante la reactivación de la IV Flota del Comando Sur estadounidense en las aguas del Atlántico suramericano.

En materia de recursos naturales, el petróleo venezolano representa su principal fuente de ingresos, y su principal herramienta geopolítica, con la que ha impulsado su liderazgo en la región, y su proyección como potencia energética mundial. Venezuela posee las más altas reservas del continente, con más de 8.5 mmb, ocupando el sexto lugar a nivel mundial. No obstante, una de sus principales debilidades es la ausencia de una industria nacional de refinación y petroquímica capaz de procesar sus reservas, lo que genera una fuerte y paradójica dependencia respecto de países como EE UU, que aún representa su principal comprador y proveedor de gasolina y derivados.

El proyecto de *Petroamérica* representa la principal iniciativa de integración energética en América Latina, y la más extensiva herramienta geopolítica en la que Venezuela se ha apoyado para obtener un liderazgo sólido en la región. De esta forma la ayuda financiera vía petropolítica, ha alcanzado niveles record, siendo mayor que la brindada por EE UU a varios países como los del Caribe, en donde el proyecto de *Petrocaribe* ha logrado mayor institucionalización y efectividad.

A nivel internacional, destaca el papel protagónico de Hugo Chávez en la Organización de Países Productores de Petróleo (OPEP). A partir de la Cumbre de la organización llevada a cabo en Caracas en el año 2000, y tras una gira por diez países árabes miembros, incluyendo Irak, Irán y Libia, Venezuela ha impulsado la reactivación del grupo petrolero, sugiriendo la necesidad de otorgarle de nuevo un perfil político y el fortalecimiento de los precios del petróleo como herramienta geopolítica de resistencia a las amenazas que EE UU representa para varios países miembros, en especial a Irán. A este intenso activismo energético se agregan su participación como impulsor del proyecto de una OPEP del gas, que tendría no sólo el apoyo de Irán, Qatar y Argelia, sino además de Rusia, y en el que Venezuela funcionaría como bisagra entre Bolivia y los países con principales reservas gasíferas en el mundo (Jalife, 2007).

Junto a este despliegue de diplomacia petrolera, el proyecto ideológico de Chávez busca resonancia no sólo a través de la iniciativa regional de la ALBA como modelo de integración latinoamericana, sino además con el proyecto del “socialismo del siglo XXI”, que busca incidir y encabezar la vanguardia en el debate sobre nuevas orientaciones del socialismo de Estado del siglo XX, y del socialismo de mercado, que representan China y Vietnam. Es un proyecto que busca erigirse como modelo de organización social, político y económico alternativo al *status quo* de los procesos de centro del sistema-mundo, al limitar la estructura de explotación tradicional del capitalismo (Houtart, 2007), fortalecido además por la coyuntura de integración regional latinoamericana y la legitimidad política, aunque contestada, de su régimen político nacional.

Ante este ascendente protagonismo de Venezuela, la aparente disputa con Brasil por el liderazgo en el Cono Sur y los procesos de integración en marcha, Rafael Calduch (2007) considera que a pesar de la masa crítica en términos geopolíticos que posee Venezuela, y su perfil particular como potencia energética, no posee la capacidad de gestión global que tiene Brasil, a pesar de que ha sido reconocido como el interlocutor válido para los asuntos de seguridad política y económica de América Latina por las potencias centrales del

sistema-mundo. No obstante, estas limitantes y las permanentes paradojas del discurso chavista, Venezuela posee una proyección geopolítica que lo convierte en un país que proyecta un status de semiperiferia antihegemónica, de gran relevancia en la consolidación de los proyectos de integración latinoamericana.

4. ACTORES TRANSNACIONALES DE LA SOCIEDAD CIVIL LATINOAMERICANA Y SUS ESPACIOS DE REPRESENTACIÓN CONTRAHEGEMÓNICA EN EL SISTEMA-MUNDO

La emergencia de la semiperiferia latinoamericana, planteada en los apartados anteriores, produce un realineamiento y nuevas proyecciones geopolíticas del mapa de alianzas y rivalidades entre los Estados nacionales y bloques emergentes que gravitan en la dinámica del sistema-mundo. Empero, estos no están exentos de la influencia de nuevos actores sociales nacionales y supranacionales de carácter antineoliberal, cuyas resistencias pueden llegar a condicionar, o impulsar con mayor ímpetu dichas proyecciones y realineamientos. Dado que estos actores —cuya fuerza no se constriñe al nuevo mapa de gobiernos nacionales de “izquierda”— son generadores de espacios de representación contra-hegemónicos, antisistémicos o alternativos al imaginario social dominante en el sistema-mundo.

Estos espacios de representación, son entendidos como “el conjunto de espacialidades utópicas desafiantes a las definiciones y prácticas espaciales dominantes, generadas por la sociedad civil desde su experiencia diaria [de inconformidad y nuevas necesidades]” (Lefebvre, 1974). No obstante, la conformación de foros, redes y proyectos de resistencia transnacionales en la última década han sido capaces de generar su propia proyección territorial, un “contraespacio” que se opone a las representaciones espaciales dominantes en el sistema-mundo e intenta deconstruirlas, ya sea mediante la exposición de su “artificialidad [que los lleva a la invalidación y el potencial fracaso] o revirtiendo la representación y apropiándose de ella” (Cairo, 2007).

En el primer caso, es posible identificar las acciones convocadas por la organización civil Alianza Social Continental (ASC) que ha tenido como premisa central la oposición al libre comercio ortodoxo en América Latina, impulsando la Campaña Continental de Lucha Contra el ALCA, en 2002, contra el TLCAN desde 1994 y el conjunto de TLCs bilaterales, firmados entre EE UU y los Estados latinoamericanos. A la par de estas iniciativas, las Cumbres de los Pueblos de América, han tomado creciente importancia, pues han organizado distintos contraforos a las Cumbres presidenciales de las Américas, y conformado redes permanentes de resistencia y proyectos contraespaciales, dedicados a exponer la artificialidad del ALCA y el libre comercio. La III Cumbre de los Pueblos, en Mar del Plata (Argentina) en 2005, formó parte de la coyuntura del colapso del ALCA en su formato original, y continúa su proceso en contra del nuevo formato “ALCA en retazos”. Su propuesta alcanzó a tener una conexión de apoyo significativa a la ALBA, interpretada como espacio alternativo de integración latinoamericana.

En cuanto a la segunda estrategia, orientada a re-significar las representaciones dominantes, apropiándose de ellas, es posible identificar varios proyectos que destacan en América Latina. El primero es por excelencia el espacio contemporáneo que aglutina una inmensa variedad de formas de resistencia política, económica, social, cultural y ambiental, antineoliberal: el Foro Social Mundial.

El FSM no sólo ha sido el contraforo representativo de las demandas y los actores ausentes en el Foro Económico Mundial (FEM) de Davos (Suiza), sino que ha llegado a constituirse en un espacio global abierto, para el encuentro de movimientos, organizaciones y luchas sumamente diversas, expresadas en una

“babélica” variedad de idiomas, filosofías y formas de conocimiento occidentales y no occidentales, que defienden concepciones de la dignidad humana y la utopía para la transformación del mundo. De allí, que autores como Boaventura de Sousa Santos (2007), encuentren como una relativa debilidad de este contraespacio mundial el hecho de que carezca de respuesta a “la cuestión del por qué, para qué, en qué condiciones y en beneficio de quién dicha diversidad” (Santos, 2007: 45), es decir, una consigna homogénea utilizada por los proyectos tradicionales de izquierda.

Pero justamente, dicha debilidad se acompaña del “acierto de hacer esta diversidad más visible y más aceptable para los movimientos y las organizaciones [haciéndolas] conscientes del carácter incompleto o parcial de sus luchas, políticas y filosofías” (Santos, 2007: 46). Como plataforma de dicha diversidad inconclusa y aglutinadora de distintas formas y prácticas de “utopía”, el FSM representa una matriz muy significativa en la resistencia de la izquierda global a las proyecciones geopolíticas de los procesos de centro e incluso, de las alianzas y bloques Sur-Sur que no incluyen las diversas demandas de sus sociedades.

Un segundo proyecto que sigue la estrategia de resignificación, es la iniciativa emprendida por diversos grupos de la sociedad civil de los países miembros del Mercosur, orientada a la consolidación del “Mercosur de los pueblos”, como un foro de reunión que fuera más efectivo que el desarrollado por las cancillerías. Este trabajo llevó a la formación del Programa Mercosur Social y Solidario, concentrado en impulsar una ciudadanía regional activa, mediante la incorporación de una “carta social” con mayores alcances en el órgano de integración oficial

El tercero es la iniciativa propuesta por el presidente Evo Morales, en el marco de la Cumbre de los Pueblos y la ALBA: Tratado de Comercio entre los Pueblos (TCP), representando no sólo la alternativa opuesta a los TLCs y a los Acuerdos de Cooperación Económica (ACE) promovidos por el modelo económico neoliberal vigente como opción única de comercio entre las naciones. No obstante, los TCP rebasan una mera oposición al entender al “comercio y la inversión no como fines en sí mismos, sino como medios del desarrollo, por eso su objetivo no es la liberalización absoluta de los mercados y el ‘achicamiento’ de los Estados sino el beneficio para los pueblos” (CENDA, 2006).

Otro ejemplo de contraespacialidad más contundente, lo representa la iniciativa de los “caracoles zapatistas” en el estado de Chiapas en México. Este proyecto se opone al funcionamiento político, administrativo y territorial que implementa el sistema político mexicano como forma de organización homogénea y dominante. La autonomía, como consigna de organización y trabajo político, denuncia la artificialidad del sistema político mexicano respecto a los pueblos indígenas y las demandas de diversos grupos sociales antineoliberales. Este proyecto de organización local, generó su proyección nacional a través del “Plan La Realidad-Tijuana (Realiti)” en 2003, que exhortaba a la promoción y defensa de “las formas de autogestión y autogobierno en todo el territorio nacional, de acuerdo con los modos de cada quien” (EZLN, 2003). De esta forma, el imaginario zapatista dentro de su proyección universal respecto a la dignidad humana, la resistencia, la autoorganización de los pueblos y la transformación del mundo sin tomar el poder, ha simbolizado una importante limitante a la proyección geopolítica del Estado mexicano a través del PPP+C, TLCAN y ASPAN.

A nivel continental, se constituyó la coordinadora de pueblos y nacionalidades indígenas del Abya Yala, organización que se ha conformado de abajo hacia arriba mediante comisiones de género, grupos de edad

y comunicadores indígenas que están atentos a la articulación regional norteamericana y que vigilarán a la OEA y la ONU, con el objetivo de reivindicar los derechos culturales e interculturales de los pueblos originarios del continente americano y del mundo.

Otra de las manifestaciones específicas de los actores sociales en América Latina ha sido el representado por el movimiento indígena de Bolivia, que tras la gestación de una creciente movilidad política de base, concretó en 2006 la incorporación a la estructura de poder estatal por medio de un proceso democrático activo. El movimiento indígena boliviano transitó de movimiento social antiestatal y anti-sistémico para convertirse en la base del partido oficialista, el Movimiento al Socialismo (MAS), y como consecuencia, del Gobierno central. De esta forma constituye un movimiento social que se empodera como tomador de decisiones mediante los procesos tradicionales del Estado moderno, pero fundado en los proyectos de base, transformando las demandas de la Cumbre de los Pueblos e iniciativas como los TCPs y las autonomías indígenas, en política de Estado. De allí que represente la apuesta por el compromiso con la transformación y el cumplimiento de las demandas de las bases sociales.

Por su parte, el movimiento Ecuador Runacunapac Riccharimui, ECUARUNARI (Confederación de los Pueblos de Nacionalidad Kichua del Ecuador), surgido en 1972 va reforzando su carácter indígena y a ampliando sus lazos con las diferentes etnias andinas y amazónicas (Foro Social Amazónico). Su papel fue destacado en las luchas de resistencia contra los gobiernos autoritarios en Ecuador y tuvo un papel clave en la conformación del gobierno de Rafael Correa, con el que sin embargo, han mantenido un espacio de diferencia en torno a la explotación petrolera y al tratamiento de los pueblos indígenas. Junto con la Ñukanchik Wasi, CONAIE (Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador) crean un contraespacio que integra los valores simbólicos de prácticas milenarias aunque paralelamente participan de en procesos electorales y conformación de gobiernos locales y nacionales.

CONCLUSIONES

Lo que destaca de estas distintas manifestaciones de resistencia es la identificación de tres grandes tendencias que enfrentan las proyecciones geopolíticas de los países semiperiféricos de la región, y las alianzas y bloques supranacionales Norte-Sur y Sur-Sur.

La primera es la que se opone radicalmente a cualquier forma de poder impuesto de manera vertical por los actores instituidos del sistema-mundo, buscando una contra-representación desde el empoderamiento de las bases autoorganizadas, tal y como lo enuncia el movimiento zapatista y algunos movimientos indígenas andinos, que buscan además una proyección continental.

La segunda, es una perspectiva de reforma que busca compaginar las agendas de los movimientos sociales y el activismo ciudadano con las agendas de los Estados y bloques supranacionales, tales como el Mercosur del Pueblo o UNASUR.

Mientras que la tercera tendencia, manifiesta una colaboración y compromiso de los movimientos sociales con el Estado y las iniciativas regionales, por lo que fortalecen a los proyectos y alianzas Sur-Sur, tal y como ocurre con el caso del movimiento indígena boliviano y el movimiento bolivariano de Venezuela, respecto al proyecto de Estado y la ALBA.

BIBLIOGRAFÍA

Ballester, Horacio (2008) “La adaptación al siglo XXI de la vieja doctrina de la seguridad nacional”, *Agencia Latinoamericana de Información*, en <http://alainet.org/active/24020> (consultado el 27/09/09).

Buzan, Barry, y Waever, Ole (2003) *Regions and Powers. The Structure of International Security*, Cambridge, Cambridge University Press.

Cairo, Heriberto (2007) “La definición de Mesoamérica”, en H. Cairo, J. Preciado y A. Rocha (eds.): *La construcción de una región. México y la geopolítica del Plan Puebla Panamá*, Madrid, Ediciones de la Catarata / IUDC.

Calduch, Rafael (2007) “Venezuela no puede competir con el liderazgo que ejerce Brasil”, entrevista en el diario *Clarín*, Buenos Aires, 29 de Abril de 2007.

Ceceña, Ana Esther (2008) “La base de Manta. Posición neurálgica de Estados Unidos en la región andino-amazónica”, *Observatorio Latinoamericano de Geopolítica*, en <http://www.geopolitica.ws/leer.php/127> (consultado el 12/08/08).

CENDA (2006) “TCP: La propuesta boliviana para un comercio justo entre los pueblos”, en <http://www.constituyentesoberana.org/info/?q=node/316> (consultado el 12/05/08).

EZLN-CCRI-CG (2003) “Plan Realidad-Tijuana”, en <http://www.nodo50.org/pchiapas/chiapas/documentos/caracol/caracol9.htm> (consultado el 02/04/08).

Hernández B., Lolola (2007) *Petroamérica y la integración energética de América Latina y el Caribe*, Caracas, Instituto de Altos Estudios Diplomáticos Pedro Gual.

Houtart, François (2007) *Socialismo del siglo XXI, construcción intelectual, eslogan político o expresión de las luchas anti-sistémicas* (Seminario en Memoria de Andrés Aubry), San Cristóbal de Las Casas (Chiapas), Universidad de la Tierra.

Jalife, Alfredo (2007) “Nueva OPEP del gas contra EU y la UE”, *La Jornada*, México, 25 de marzo de 2007.

Jones, Richard, y Hildreth, S.A. (eds.) (1986) *Emerging powers: defense and security in the Third World*, Nueva York, Praeger.

Lefevre, Henry (1974) *La production de l'espace*, París, Anthropos.

Merle, Marcel (1976) *Sociología de las relaciones internacionales*, Madrid, Alianza.

MPPRE [Ministerio de Poder Popular para las Relaciones Exteriores], República Bolivariana de Venezuela (2007) *Fundamentos Filosóficos de la Nueva Integración del Sur*, Caracas, Instituto de Altos Estudios Diplomáticos Pedro Gual.

Nolte, Detlef (2006) *Potencias regionales en la política internacional: conceptos y enfoques de análisis* (GIGA Working Papers, n° 30), Hamburgo, German Institute of Global and Area Studies.

Nye, Joseph (1999) “The challenge of Soft Power”, *TIME On Line* Edition, 22 de febrero de 1999, en <http://www.time.com/time/magazine/article/0,9171,21163,00.html> (consultado el 13/06/08).

Pratt, C. (ed.) (1990) *Middle power internationalism: the North-South dimension*, Kingston-Montreal, McGill-Queens University Press.

Preciado, Jaime (2008) “La Alianza para la Seguridad y la Prosperidad de Norteamérica: baja institucionalización sin contrapesos ni agenda social”, *Revista Configuraciones*, Universidad de Guadalajara, México, n°. 1, en http://www.cucsh.udg.mx/sitios/deila/revista_configuraciones/pdf/aspn_preciado.pdf (consultado el 10/09/08).

PNUD (2008) *Reporte sobre el Desarrollo Humano*, 2007/2008, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD)

Ramos, Pablo (2008) “Sin símbolos ni platillos nació la UNASUR”, *Agencia Latinoamericana de Información*, en <http://alainet.org/active/24265> (consultado el 12/05/06).

Santos, Boaventura de Sousa (2008) “El Foro Social Mundial y la Izquierda Global”, *El Viejo Topo*, 240, pp.39-62.

Taylor, Peter J., y Flint, Colin (2000) *Political Geography: World-economy, Nation-state and Locality*, Londres, Wiley [trad. al castellano por A. Despujol Ruiz-Jiménez y H. Cairo Carou: *Geografía política: Economía-mundo, Estado-nación y localidad*, Madrid, Trama Editorial, 2002, 2ª ed. en castellano].

Zibechi, Raúl (2007) *Estados Unidos y Brasil: la nueva alianza de etanol*, Washington, Programa de las Américas, Observatorio Hemisférico/IRC.

Pagina 86 en blanco

TAPAR

UN ACERCAMIENTO AL MOVIMIENTO DE DESOCUPADOS DEL GRAN BUENOS AIRES DESDE LA TEORÍA DEL PROCESO POLÍTICO

Jimena Nández Ortiz (Universidad Complutense de Madrid)

En el caso específico de América Latina, la caída de las dictaduras, el desarrollo de elecciones, los cambios intempestivos en los modelos de desarrollo, no pueden explicarse sin entender la emergencia de nuevos actores sociales, el desarrollo de repertorios novedosos para manifestar sus protestas, las rupturas y recomposiciones en las elites políticas o las transformaciones económicas que, en la mayoría de los casos, llevaron a la concentración de la riqueza y el deterioro de la calidad de vida de la mayor parte de la población. Pero a su vez, estos últimos hechos no pueden explicarse sin los primeros, lo que quiere decir, que la conflictividad social ya no fue posible de explicar a partir de grandes categorías estáticas sino que se requirió de enfoques y conceptos dinámicos.

En esta perspectiva, el presente trabajo pretende realizar un acercamiento parcial a algunos factores que pudieron influir en el surgimiento y mantenimiento de las acciones colectivas de un movimiento social específico, los desocupados (organizados) del Gran Buenos Aires, bajo la consideración de que las acciones promovidas por los desocupados se estructuraron en un movimiento con objetivos comunes y formas de organización particulares, sin desconocer la heterogeneidad de las acciones y de actores individuales y colectivos que hicieron parte del mismo, desarrolladas en un contexto de fuertes transformaciones políticas, económicas y culturales dadas en la Argentina de finales del siglo pasado.

Esta consideración implica que se opta por una comprensión de lo que es un movimiento social, al considerar que es una forma de acción colectiva que se caracteriza por una interrelación determinada entre acciones y actores, individuales y colectivos, que se articulan en un proceso dinámico en el que se pueden integrar y distanciar temporal o parcialmente; sus acciones se encuentran bajo una reinención y transformación continua debido a las relaciones endógenas y exógenas entre los sujetos. Esta interpretación también toma distancia de aquellas que estimaron que los movimientos sociales debían tener una temporalidad, una historicidad y una permanencia continuas en su composición y en su presencia en el escenario social, de las cuales se llegó a concluir que muy pocos procesos sociales se podían considerar un movimiento social.

El enfoque desde el que parte el trabajo, por el contrario, considera que en un momento determinado los movimientos sociales pueden desembocar en acciones colectivas sostenidas o en estructuras organizativas homogéneas, consensuadas por los actores individuales o colectivos que participan en él, pero también pueden adquirir diferentes formas y estructuras; la continuidad de los movimientos se da por la dinámica de integración definida en su articulación y no por la organización ininterrumpida de una acción colectiva común a todos los actores que pertenecen al mismo. La acción colectiva y los movimientos sociales no deben ser considerados entonces como unidades homogéneas porque en su interior subyace una compleja red de relaciones sociales entre actores, procesos y acciones que se encuentran en un continuo devenir (Múnera, 1998).

Por lo tanto, al situarse en esta perspectiva de análisis de los movimientos sociales el presente trabajo parte de la idea de considerar a los desocupados (organizados) como un movimiento social que se encuentra en una dinámica de constante interacción entre los elementos que lo componen y los actores individuales y colectivos que lo subyacen. Tiene formas de acción colectiva y de desafío a las autoridades comunes propias: los cortes de ruta¹, que se extienden más tarde a otros movimientos sociales tradicionales por la eficacia de su acción para la negociación con el gobierno. No tomaremos en cuenta aquí por motivos de extensión otros factores, dados a principios del presente siglo, que influyeron en el proceso del movimiento.

1. LA TEORÍA DE ESTRUCTURA DE OPORTUNIDAD POLÍTICA COMO UN ENFOQUE DE ANÁLISIS DINÁMICO

El contexto político en el cual se despliega la acción del movimiento de desocupados del Gran Buenos Aires, es decir, su interacción con las instituciones, el gobierno, las elites políticas y los demás actores sociales, se analiza desde la perspectiva del proceso político y/o de la estructura de oportunidad política (EOP) desarrollada por los teóricos de la acción colectiva Charles Tilly, Doug Mc Adam y Sidney Tarrow. El concepto de oportunidades políticas se comenzó a utilizar en el estudio de los movimientos sociales y de las acciones colectivas a mediados de los 1970 en la escuela sociológica norteamericana para referirse a los factores o cambios en el proceso político que determinan de alguna manera el comportamiento de los ciclos de protesta. Posteriormente, las corrientes europeas aportaron una perspectiva comparada de la EOP centrada en la articulación entre la política institucionalizada y la acción colectiva.

La teoría de la estructura de oportunidad política tiene sus fundamentos en las características y dimensiones del contexto político que incentivan o no la aparición de movimientos sociales, el mantenimiento y perdurabilidad de sus acciones y los estímulos para que los individuos participen en acciones colectivas al incidir en sus expectativas de éxito o fracaso. Tiene en cuenta las estructuras formales institucionales y las derivadas de las relaciones de poder en los sistemas, es decir, las estructuras de las alianzas generadas por los conflictos que contribuyen a la obtención de recursos y crean una red de oposición frente a constricciones o limitaciones externas al grupo. Tarrow (1994) señala cómo el mantenimiento, coordinación y creación de enfrentamiento de los movimientos ante el poder institucionalizado y sus contrapartes sociales se da bajo unas condiciones específicas ligadas al contexto político, que dotan a los actores sociales de ciertas condiciones para desplegar acciones sociales, pero que se encuentran en estrecha relación con los marcos de sentido y las estructuras organizativas de los mismos.

Para poner en marcha el engranaje, los movimientos utilizan diferentes repertorios de acción colectiva, que inicialmente son comunes, pero que durante el proceso realizan innovaciones que resultan o no satisfactorias. Este proceso se encuentra estructurado por unas redes sociales y procesos culturales que enmarcan la acción colectiva, y dependiendo de sus características los movimientos sociales se generalizan y perduran (Tarrow, 1994: 18). Las acciones innovadoras son importantes porque “llaman la atención, introducen nuevas perturbaciones en un campo interactivo y típicamente tienen como resultado un incremento gradual de la incertidumbre compartida por todas las partes presentes en un conflicto emergente” (McAdam, Tarrow y Tilly, 2005: 49).

¹ “Los cortes de ruta se presentan como una manifestación colectiva política visible pública que expresa el reclamo de soluciones para conjuntos específicos de situaciones que son percibidas por los protagonistas como una injusticia, mediante la irrupción, total o parcial, de la libre circulación de personas o bienes” (Armesto, 2005: 119).

Sin embargo, la apertura de oportunidades por sí sola no estimula a los sujetos a actuar. Deben percibirlos como tales al emprender cualquier tipo de acción. Generalmente, detrás de la atribución de la oportunidad se encuentra un proceso complejo de construcción de los sujetos, que les permite reconocer una oportunidad y aprovecharse de ella. Los agentes sociales deben percibir los cambios institucionales formales o informales como oportunidades, deben atribuirles ese valor, ya que sin el reconocimiento como tal por parte de los sujetos las oportunidades pueden pasar desapercibidas sin que se abran paso a la participación política y a otro tipo de acciones sociales. McAdam, Tarrow y Tilly (2005) señalan el proceso de atribución como uno de los factores que puede llegar a influir en la movilización y en el que intervienen los marcos interpretativos y las estructuras organizativas de los movimientos.

Asimismo, las oportunidades políticas se pueden presentar indistintamente en diferentes espacios, dependiendo de las características políticas de las zonas, al igual que pueden afectar de forma desigual a distintos grupos sociales, según los incentivos que generen y la forma en que sean vistas y aprovechadas. Según Tarrow el concepto de EOP, nos permite ver cómo diferentes movimientos sociales adquieren mayor capacidad de presión y negociación frente al poder instituido y a sus antagonistas sociales y cómo lo pueden perder rápidamente, al igual que la perdurabilidad, extensión y mantenimiento de las acciones colectivas. Los “madrugadores” ponen de manifiesto las debilidades de los grupos que detentan el poder, al plantearles desafíos a las élites y estas vulnerabilidades son aprovechadas por otros grupos, pero para los “madrugadores” resulta más difícil mantenerse cuando las oportunidades políticas se constriñen, ya que no tienen los suficientes recursos para mantener la acción colectiva que desencadenaron.

Al abrirse las oportunidades políticas y al difundirse la información acerca de los vacíos de un sistema político, no sólo los primeros luchadores y activistas sino los sujetos corrientes ponen a prueba los límites del control social (Tarrow, 1994: 59). El aprendizaje político puede desencadenar la extensión de acciones colectivas por parte de grupos que en el momento no pensaban desplegarlas, inclusive al interior mismo de las élites políticas, minorías que ven la oportunidad de hacer alianzas con otros actores y aprovechar el nuevo contexto.

Aquí solamente realizaremos un ejercicio de reflexión sobre algunas variaciones del proceso político que pudieron favorecer el surgimiento y afectar la trayectoria de la movilización, pero que no la explican por sí sola. Para tal análisis es más oportuno decantarse por la visión dinámica de las oportunidades políticas que hace hincapié en los factores más volátiles del sistema político, en las dimensiones menos estables e informales, relacionadas con los cambios en las alianzas de las élites políticas y en el comportamiento del conflicto político, en cómo tales dinámicas generan aperturas o cierres dentro del sistema que brindan oportunidades políticas a los desafiantes del mismo. El enfoque de oportunidades políticas dinámico ofrece una gama de variables analíticas que permite rastrear el tipo de oportunidades que se le presentan a los grupos sociales, identificar las variables temporales y colocar el análisis de los movimientos en un entorno que cada vez más se ve influenciado por factores externos (Tarrow, 1999: 77).

Acerca de las dimensiones o elementos de las oportunidades políticas dinámicas existe entre los teóricos un relativo consenso, en el que incluyen aspectos relacionados con la estructura formal de las instituciones y con aspectos variables relacionados con la dinámica de las alianzas al interior del conflicto político, a saber:

- a) La apertura del acceso del sistema político a la participación: las acciones colectivas tienden a desplegarse cuando hay un relativo acceso al poder y las instituciones políticas ofrecen espacios para la participación y no cuando el sistema se encuentra completamente cerrado.
- b) Cambios en los alineamientos de los gobiernos: esta segunda dimensión tiene que ver con la inestabilidad de las alianzas políticas. En el devenir político de los partidos y en la lucha por su mantenimiento en la escena pública, ya sea en el poder o en la oposición, entran en juego alianzas, enfrentamientos y fracturas (externas e internas), que generan dilemas entre sus militantes y seguidores, que muchas veces intentan *ejercer un poder marginal y puede inducir a las elites a competir en busca de apoyo fuera del estamento político* (Tarrow, 1994: 158) al crear alianzas con otros actores sociales.
- c) Disponibilidad de aliados influyentes: este tercer elemento se relaciona con la presencia o ausencia de aliados que pueden ejercer cierta capacidad de influencia en las instituciones y actuar en determinadas circunstancias como apoyo a los grupos “desafiadores” del sistema frente a acciones del Estado o simplemente como aliados políticos en las acciones desplegadas por los movimientos sociales.
- d) Elites divididas: la cuarta dimensión de la estructura de oportunidades políticas se refiere al enfrentamiento entre la elites y al interior de las mismas, divisiones que incentivan a los grupos no representados a iniciar acciones colectivas. Cuando se da una fragmentación o enfrentamiento entre las elites políticas se pueden abrir espacios para la acción de los sujetos sociales e incluso puede desembocar en el inicio de un acercamiento entre dichas elites y los movimientos en busca de mayor poder político.

Las cuatro dimensiones enunciadas pueden presentarse en el sistema político conjuntamente o por separado, pero generalmente están íntimamente relacionadas. La fragmentación al interior de las elites políticas puede generar realineamientos que pueden abrir o cerrar espacios para la participación de grupos no representados. Para mantener las alianzas políticas y el equilibrio de poder entre partidos, ya sea en el gobierno o en la oposición, es muy factible que se busquen aliados en otros sectores políticos que permitan mantener o romper la estabilidad política, según se den las circunstancias. Algunos autores incluyen otras dimensiones de la EOP pero el ampliar demasiado el espectro puede generar una gama tan amplia de factores que la aplicación teórica se desdibuje completamente. En tal sentido, nos decantamos por las dimensiones señaladas anteriormente para el análisis del fenómeno social que nos interesa en el presente trabajo.

La conformación de un movimiento de desocupados en Argentina se erigió por sus características, trayectoria y dimensión como uno de los fenómenos sociales más relevantes en la segunda mitad del siglo XX, en cuanto a acción colectiva y contienda política² se refiere. Los cambios a nivel político, económico y social se expresaron, entre otras manifestaciones, en la irrupción de nuevos actores sociales que, por sus características y trayectoria, se convirtieron en actores claves en el contexto político de la época. Los desocupados (organizados) y otras formas de expresión popular colocaron en el centro del debate el

² Se entiende por contienda política “La interacción episódica, pública y colectiva entre los reivindicadores y sus objetos cuando a) al menos un gobierno es uno de los reivindicadores, o es objeto de las reivindicaciones o es parte de las reivindicaciones, y b) las reivindicaciones, caso de ser satisfechas, afectarían a los intereses de al menos uno de los reivindicadores” (McAdam, Tarrow y Tilly, 2005: 5).

problema de la desocupación, resignificaron el espacio territorial de la política, el significado del trabajo y las formas tradicionales de acción ligadas a la concepción fordista del mismo.

Los cambios en los factores políticos pueden incentivar o no la acción de los grupos retadores pero no dan razón sobre los elementos constitutivos de un movimiento social como los procesos de construcción de la identidad colectiva, el tipo de redes sobre las que se articula la acción o los procesos culturales en que se inscriben, pero sin una reflexión en torno a las diferentes dimensiones del proceso político las investigaciones carecerán de un carácter amplio e integral. En tal sentido, Melucci (1999) señala que los movimientos sociales son construcciones sociales determinadas por las interacciones que se dan en su interior y por un sistema de oportunidades y restricciones, en las que consideramos intervienen factores derivados del contexto político en el que se desarrolla la acción colectiva, sin caer en el error de creer que son producto de precondiciones estructurales.

A continuación veremos algunas de las dimensiones dinámicas del proceso político argentino relacionadas con la reconfiguración de las alianzas políticas, el surgimiento de nuevos actores que alteraron las relaciones de poder hasta el momento existentes y la reconstitución de las formas de relacionamiento entre los ciudadanos y sus representantes. Se analiza la división de las elites políticas del justicialismo a partir de la fragmentación del movimiento sindical que constituía hasta los años ochenta en una de las principales fuerzas al interior del partido y las consecuencias que tuvo tal debilitamiento en la matriz de relacionamiento entre el Estado, las fuerzas políticas y los ciudadanos.

2. EL MOVIMIENTO DE DESOCUPADOS DEL GRAN BUENOS AIRES

2.1. Realineamientos al interior de las elites políticas: la fragmentación del movimiento sindical

La consolidación del modelo neoliberal en Argentina durante la década de los 1990, no significó solamente un cambio en la estructura económica del país sino una redefinición de la matriz socio-política que predominaba hasta el momento. Los partidos políticos y particularmente el Partido Justicialista (PJ), edificaron su poder en la relación estrecha con las estructuras derivadas de la organización del trabajo asalariado. La articulación entre partidos y sindicatos se basaba principalmente en la cooptación estatal sobre las organizaciones obreras que se convirtieron no sólo en aliados importantes para la estabilidad de los diferentes gobiernos sino en actores claves de poder dentro del peronismo, es decir, los sindicatos formaban parte de las elites políticas del país. Las reformas estructurales adoptadas por el gobierno justicialista en los 1990 implicaron la transformación productiva del país y la desarticulación del mercado laboral, marcada por una creciente precarización y flexibilización de las condiciones del trabajo. Aceleraron notablemente el proceso de quiebre del poder sindical, reorientando sus fines y limitando su peso específico dentro de la sociedad (Svampa y Pereyra, 2003: 23).

Las divisiones del sindicalismo y el debilitamiento de su poder en la estructura interna del peronismo provocó un proceso de inestabilidad de las alianzas políticas al interior de proceso político, así como la redefinición de las instituciones informales del sistema derivadas de las relaciones de poder entre los actores que lo componían. Al interior del PJ se produjo una pugna entre las elites tradicionales afincadas en las

estructuras sindicales y una corriente renovadora que planteó la necesidad de cambiar la lógica y el funcionamiento del partido. En esta lucha política aparecieron nuevos actores, se potenciaron otros y se entró en un proceso de alianzas y divisiones que afectó todos los estamentos de la sociedad argentina. “La pérdida del poder sindical al interior del peronismo fue simultánea a la consolidación de las máquinas políticas, el vacío organizativo dejado por la acción de la Renovación fue cubierto por el patronazgo político” (Bachiller, 2006: 83), que se consolidó en la década del noventa, al constituirse como un sistema clientelar anclado en la utilización de los recursos del Estado para el intercambio de favores políticos.

Al interior de los gremios las divisiones internas se hicieron patentes y se relacionaron con los diferentes enfoques que el sindicalismo debía adoptar en esta nueva etapa postfordista y la redefinición de la identidad peronista. Svampa y Pereyra (2003), siguiendo a Hirschman, distinguen principalmente tres corrientes en las que se dividió el sindicalismo durante la etapa menemista: la primera, corresponde a la Central General de Trabajadores (CGT) línea oficialista, que se constituyó como un bloque poderoso y alineado en las políticas gubernamentales; la segunda vertiente, la constituyó la CGT línea disidente, que reivindicaron la vuelta al modelo desarrollista de décadas anteriores y la constitución de un Estado fuerte garante de los derechos sociales y económicos de los ciudadanos; y la tercera corriente aglutinó a las organizaciones que se opusieron a las políticas económicas y a la reforma laboral impuestas por el gobierno del PJ desde el comienzo de su mandato.

Las organizaciones sindicales disidentes de la oficialista conformaron finalmente la Central de Trabajadores Argentino (CTA) en 1995. Sus prácticas tuvieron varias características fundamentales: la autonomía sindical con respecto al Estado, los patrones y los partidos políticos; el establecimiento de la democracia sindical, que se expresaría principalmente a través del voto directo como mecanismo de designación de autoridades; la prioridad de promover la apertura de nuevo espacio a otros sectores de la sociedad, y en especial a aquellos que eran parte de los excluidos del “modelo” como los trabajadores desocupados e informales; y la revalorización de la ética gremial en rechazo a los actos de corrupción y posturas que terminarían perjudicando la situación de la clase trabajadora en nombre de un supuesto pragmatismo como fundamento de la negociación (Gurrera, 2005: 29). En tal sentido, la estrategia de la CTA se puede interpretar como una redefinición del sujeto social en la organización postfordista del trabajo y en la forma de construir el sujeto de su representación al delinear rasgos de su propia identidad (Gurrera, 2005: 49).

Estas transformaciones representaron una apertura en la estructura política derivada de las relaciones de poder entre los diferentes actores, entre ellos las organizaciones de trabajadores desocupados del conurbano bonaerense, como una forma de acceder a recursos y de construir redes de acción que en su situación de marginalidad eran más difíciles de erigir y mantener. La reconfiguración de la identidad de la “clase trabajadora” en términos de ampliación de esa identidad a actores que en determinado momento dejan de hacer parte de la estructura productiva tradicionalmente considerada, implicó la construcción de subjetividades que entraron a jugar en la construcción política de las organizaciones y en el discurso mismo.

Las demandas por el trabajo y la mejora en las condiciones de vida expresadas en los cortes de ruta de las organizaciones de desocupados estuvieron interconectadas con una exigencia de reconocimiento de ciudadanía mucho más amplia y compleja. Los desocupados (organizados) pedían su inclusión dentro de la

sociedad como sujetos claves en el desarrollo del país, le demandan al Estado el reconocimiento de sus derechos como trabajadores desocupados, derechos que anteriormente se obtenían del empleo formal. Las demandas de la protesta de las organizaciones de desocupados van desde el reclamo de una ciudadanía mínima hasta el reconocimiento de derechos de una ciudadanía industrial (Delamata y Armesto, 2005: 112).

La apertura de las estructuras organizativas de la CTA y la creación de un proyecto político plural en relación al conflicto laboral, aunado al trabajo de las organizaciones barriales del conurbano bonaerense dio lugar en 1998 a un proyecto común, la Federación de Tierra y Vivienda (FTV)-CTA. Las organizaciones barriales y comunitarias que hicieron parte de la FTV se caracterizaron por procesos de acción colectiva ligados a la toma masiva de tierras, que derivaron en la organización de procesos de autogestión para la construcción de viviendas y la provisión de servicios públicos. Tales procesos crearon una red de asistencia barrial importante que se activó en los años 1990 frente al problema de la desocupación. Estas organizaciones fueron pioneras en la utilización de los cortes de ruta como mecanismo de presión para la demanda de soluciones laborales.

La vinculación de la FTV a la CTA pudo ser percibida por los líderes de las organizaciones que conforman la Federación como una oportunidad para conseguir el respaldo de una organización nacional con acceso a otros sectores políticos y sociales, incluso al interior de instituciones políticas formales como el órgano legislativo, que de otra manera serían difíciles de establecer. La afiliación a una central sindical, que buscaba la creación de un movimiento de la “clase trabajadora”, innovador y plural, se presentó como una oportunidad para la acción de los desocupados (organizados). La apertura de dimensiones políticas formales e informales no significaba necesariamente el desarrollo de acciones colectivas, ya que la aparición de las mismas dependía de la atribución que hicieran los sujetos, es decir, la percepción de las oportunidades como tales. Esta atribución, generalmente está relacionada como la historicidad de los movimientos y su experiencia política, en tal sentido, la experiencia de los líderes de las organizaciones vecinales, barriales y comunitarias de la FTV fue significativa a la hora de establecer alianzas con un sector sindical disidente del peronismo.

Las acciones realizadas por las organizaciones de la FTV, revelaron la combinación de tres factores claves: en primer lugar, una acción estratégica que tendía a explotar al máximo las divisiones intra e interpartidarias e interjurisdiccionales; en segundo lugar, un acelerado proceso de constitución de redes entre organizaciones de base, a su vez articuladas con ONG, que sentó las bases de la autonomía en la gestión de ayuda social respecto de la red “punteril”³ y “manzanera”, ligada directamente al PJ; y un último factor, no menos importante, reenvía al fuerte liderazgo comunitario que encarna el líder más reconocido, D’Elía, desde los orígenes del asentamiento (Svampa y Pereyra, 2003: 46).

La FTV logró ampliar su marco de representación a través de la articulación de diversas organizaciones comunitarias y de su trabajo político en correspondencia con las demandas, que en principio se relacionaban con reivindicaciones que giraron en torno a la vivienda y al abastecimiento alimentario y después se ampliaron a las relacionadas con el empleo. Como lo señala Gabriela Delamata (2004), la vinculación de este movimiento social con una organización sindical también se debió a la limitación que representaba para

³ Las organizaciones “punteriles” son las redes de acción territorial del Partido Justicialista. Los “punteros” políticos son grupos de mediadores políticos que median entre los grupos orientados hacia la comunidad y los grupos orientados hacia la nación que operan a través de las instituciones nacionales (Auyero, 2001, cit. en Bachiller, 2006: 83).

esta organización la acción barrial como dinámica y sostén de la transformación social, en el contexto de la lucha contra la desocupación y por un trabajo digno. El trabajo barrial se constituyó en una parte importante de la acción de los desocupados (organizados) desde la cual se estructuró una redefinición del territorio en la lucha social y se disputó el poder a las organizaciones punteriles; sin embargo, para algunas organizaciones tales acciones debían ser combinadas con una estructura organizacional más amplia que les permitiera, por una parte, salir del espacio local al nacional y, por otra, articularse con el “movimiento obrero” en la lucha por la consecución de un empleo digno, en una estrategia política más amplia.

La FTV no fue la única organización bonaerense que vio en la relación con el movimiento sindical una oportunidad para la acción. Las organizaciones de los barrios María Elena y Villa Unión (Distrito El Tambo), constituidas en Comisión de Desocupados tras una experiencia de organización en torno a la exigencia de alimentos y la provisión de servicios públicos y posteriormente a la demanda de planes de empleo, se vincularon en 1998 a la Corriente Clasista Combativa (CCC) creando al interior de esta vertiente sindical una rama de desocupados.

Es importante señalar que la CCC se conformó como una corriente gremial clasista que agrupó a diferentes sindicatos municipales y comisiones internas de fábrica, vinculada al Partido Comunista Revolucionario (PCR) que reivindica la tradición del sindicalismo clasista y de base de las décadas del sesenta y setenta. La CCC se constituyó en sus primeros años en torno a dos vertientes de trabajadores: trabajadores ocupados y jubilados. Posteriormente se dio el debate interno acerca de la necesidad de incluir una tercera vertiente, que por las reformas del mercado iba en ascenso y que se constituía como parte de la “clase trabajadora”, los trabajadores desocupados e informales. A su vez, los trabajadores desocupados crearon una alianza con lo que consideran su espacio natural de lucha social, los sindicatos.

El acercamiento de las organizaciones barriales a la CCC se debió a la militancia política de algunos de sus líderes en el PCR y en diferentes partidos de izquierda que impulsaron un acercamiento a la vertiente sindical como una forma de ampliación de su estrategia política. La red organizativa barrial que crearon les permitió realizar los primeros cortes de ruta en el Gran Buenos Aires junto con el movimiento de desocupados Florencio Varela y a partir de tales acciones se dio una generalización de los cortes de ruta como mecanismo de presión y de confrontación política (Delamata y Armesto, 2005:109).

La percepción del corte de ruta como mecanismo de presión frente al gobierno abrió un espacio importante para las organizaciones del conurbano bonaerense. Estas acciones colocaron en evidencia las debilidades del sistema político y abrieron la posibilidad de posteriores acciones a otros grupos del Gran Buenos Aires. Además generaron un punto de inflexión en las formas tradicionales de la acción colectiva de las organizaciones ligadas al trabajo asalariado. En la década de los 1990 se produjo un repliegue de las huelgas y de los paros generales y la consolidación de los cortes de ruta como forma de acción predominante y efectiva (Svampa y Pereyra, 2003: 37).

La innovación en los repertorios de confrontación de lo desocupados (organizados) y la adopción de estas nuevas formas por las organizaciones sindicales, como la CTA y la CCC, se pueden entender a través de lo que denomina Tarrow (1994) como expansión de las oportunidades del grupo y de sus semejantes, la

experiencia satisfactoria de formas de confrontación no tradicionales que abren la puerta para la expansión de las oportunidades de los grupos que las utilizan o para grupos afines. La utilización de acciones novedosas puede ser una ventaja sobre las élites que no están preparadas para confrontarlas. La difusión de los cortes de ruta a medidos de la década de los 1990 y el ciclo ascendente de las movilizaciones en el 2000 y en el 2001 se relacionó también con momentos coyunturales del proceso político que incentivaron la acción colectiva de los grupos no representados. En los dos periodos se produjeron enfrentamientos entre las élites políticas, se gestaron procesos de reconfiguración del poder, realineamientos de los actores sociales y cambios económicos.

En 1997 las fuertes tensiones políticas al interior del justicialismo a causa de la sucesión presidencial del menemismo para 1999, se hicieron evidentes en el distanciamiento paulatino de la corriente liderada por Duhalde, el alejamiento entre las dos vertientes justicialistas provocó realineamientos de poder al interior de esta fuerza política. Las fuerzas opositoras al Partido Justicialista también se reconfiguraron en torno a alianzas estratégicas, los sindicatos disidentes (en especial la CTA) se acercaron a la recién creada “Alianza por el Trabajo, la Justicia y la Educación” lo que permitió que varios conflictos se canalizaran a través de esta nueva articulación política. En el 2000 y 2001 el aumento de la conflictividad social se dio en medio del estallido de la crisis económica y de una fuerte crisis política, las fuerzas políticas que confluyeron en la Alianza y que llevaron a la presidencia al radicalista De la Rúa se dividieron y se distanciaron del sistema. El debilitamiento de los gobiernos y las alineaciones inestables de las élites políticas representaron una oportunidad para la acción de los grupos desafiantes del sistema e indujeron a estos grupos a ejercer un poder marginal, y a las élites a buscar aliados en ámbitos diferentes al de la política (Tarrow, 1999).

La FTV y la CCC representaron los dos movimientos mayoritarios de los desocupados en el conurbano bonaerense y comparten dos elementos significativos, de los cuales carecen otras organizaciones de desocupados: la masividad y el alcance nacional. Estas características llevaron a que la negociación con el Estado se concentrara en sus organizaciones, por lo tanto, la mayoría de los planes de empleo otorgados a los trabajadores desocupados del Gran Buenos Aires se repartieron entre sus afiliados. En los últimos tiempos, las dos organizaciones CTA y CCC han asumido una especie de liderazgo natural del movimiento de desocupados, lo que trajo fuertes distanciamientos con otras organizaciones autónomas y de origen partidario (Svampa y Pereyra, 2003: 60).

En el mapa político del movimiento de desocupados del conurbano bonaerense se articula una amplia gama de organizaciones de diferente tipo, autónomas y de vinculación partidaria, especialmente con organizaciones políticas de izquierda. Detrás de tales organizaciones se entreteje una compleja red territorial comunitaria de larga trayectoria en la lucha social, con diferencias en el enfoque político y organizacional que las distinguen de la FTV y la CCC, especialmente en su relación con el sistema y con las oportunidades para la acción. Sin embargo, por la extensión de este documento no es posible analizar su trayectoria y relaciones con los otros actores sociales e instituciones políticas.

2.2. Reconfiguración del poder territorial y político en el Gran Buenos Aires

Como se señaló anteriormente, el proceso de fragmentación del sindicalismo y las transformaciones en el mundo laboral redefinieron la matriz socio-política bajo la cual se estructuraba la sociedad argentina,

proceso en el que adquirieron relevancia ciertos actores políticos con una estrecha relación con la acción local y territorial. Hasta mediados de la década de 1980, el peronismo basaba su fuerza política en las relaciones estrechas que mantenía con el sindicalismo. La alianza con las organizaciones obreras le permitía acceder a recursos financieros y organizativos que de otra manera no podía conseguir. La estructura sindical le garantizaba el mantenimiento de una conexión directa con sus bases populares mediada por los líderes sindicales a través de lo que se denominó las 62 organizaciones⁴.

El dominio de las 62 organizaciones se reforzó con la implementación de un sistema de reparto del poder denominado el “tercio”, mediante el cual los líderes de los sindicatos que conformaban la organización tenían derecho a un número determinado de candidaturas del partido y puestos de liderazgo. La adopción de este sistema de elección interna se enraizó en la noción corporativista del movimiento y en la imbricación de las estructuras sindicales y partidistas. Tal sistema puso en evidencia la fuerza política de la que disponían los líderes sindicales, incluso por encima de los líderes del partido. El “tercio” fue predominante en las regiones más industrializadas y, por lo tanto, en donde la presencia sindical era mucho más fuerte (Bachiller, 2006: 74).

Pero la transformación productiva generó la aparición de nuevos sujetos laborales y grupos de votantes: por una parte, los llamados “nuevos” pobres urbanos ligados a las formas informales de trabajo, y, por otra, las nuevas clases medias ligadas al sector terciario de la economía que creció vertiginosamente con el modelo neoliberal (Bachiller, 2006: 79). El dilema para el peronismo fue cómo captar este nuevo grupo de votantes desligados de las formas asociativas derivadas del trabajo asalariado formal. El discurso y las estrategias de articulación debían cambiar radicalmente, los sindicatos ya no representaban el vehículo mediador por excelencia entre las bases y el partido. La vieja manera corporativista de relacionamiento debía ser sustituida por una de acción territorial que permitiera llegar a los nuevos grupos de votantes que se caracterizaban por la falta de unidad asociativa, por su heterogeneidad y dispersión geográfica.

En este contexto, se dio una pugna entre la vieja institucionalidad del peronismo representada en las 62 organizaciones y los nuevos líderes políticos que plantearon la necesidad de reconfigurar la estructura gremial, la forma de articulación de las bases peronistas y el mapa de poder al interior del partido. En tal sentido, a finales de los años 1980 la corriente Renovación del PJ promovió un cambio en las estructuras sindicales y partidarias que marcó la configuración del poder peronista en los años 1990. El método del “tercio” fue reemplazado por el sistema de elección directa de líderes y candidatos. Tal cambio de sistema electoral erosionó el poder de los sindicatos al interior del partido y la relación con sus bases sociales.

Para Santiago Bachiller (2006) dos factores fueron claves en la estrategia de la corriente Renovación sobre la vertiente ortodoxa del Partido Justicialista y en la sustitución de la lógica corporativa sindical por las redes clientelares. Primero, la sustitución de las fuentes de financiación de las prácticas militantes provenientes del sindicalismo por los recursos del Estado vía cargos públicos de los líderes justicialistas;

⁴ Las 62 organizaciones representaron la fuerza política de los sindicatos al interior del peronismo. Su constitución se remonta a mediados de los años 1950, época en la que se institucionalizó la agremiación de diversas organizaciones de origen obrero con influencia peronista y comunista. Las 62 organizaciones que hicieron parte de la agrupación se constituyeron hasta mediados de los 1980 en un actor de gran relevancia para el peronismo (Bachiller, 2006: 74).

segundo, la tradición justicialista en tanto organización burocrática partidaria flexible, permitió que tanto los militantes de los cuadros de base como los líderes partidarios con cargos importantes disfrutaran de cierta autonomía frente a las jerarquías del partido.

La adopción de esta nueva forma de elección de líderes y candidaturas partidarias inauguró a finales de los años 1980 una nueva manera de clientelismo político en los territorios. La construcción de estructuras específicamente partidarias entre las bases sociales y sus dirigentes, incentivó el desarrollo de prácticas de “patronazgo” (de intercambio entre recursos estatales, votos y apoyos) como estrategia para ganar posiciones de poder en la nueva época marcada por la capacidad de control de los votos (Delamata, 2004: 16). El patronazgo como práctica política al interior del Partido Justicialista implicó un reordenamiento de las relaciones de poder ya que permitió a los líderes partidarios mayor autonomía frente a los sindicatos.

En el caso de la Provincia de Buenos Aires, esta nueva forma de relacionamiento político entre las bases sociales y el Partido Justicialista comenzó a establecerse durante la administración de Cafiero, líder de la corriente de Renovación del PJ. Durante su gobierno se comenzaron a implementar las primeras políticas que tenían como objetivo paliar la creciente pauperización de los sectores populares y los recursos estatales fueron utilizados para reconfigurar las redes territoriales del partido, en el marco de un intercambio de favores entre la institucionalidad y los ciudadanos. Cafiero retomó el proceso de organización que había comenzado años atrás el líder justicialista Herminio Iglesias, perteneciente a la corriente ortodoxa del PJ. Iglesias promovió en la Provincia de Buenos Aires una densa red de unidades básicas, situadas principalmente en los barrios de origen popular, alejados de la influencia de los sindicatos a causa de los procesos de desindustrialización y descolectivización (Novaro, 2006: 200).

Es importante anotar que en los años 1980 en los barrios populares, especialmente en el segundo cordón del conurbano, se comenzó a dar un proceso de transformación del mundo popular en torno a la creación de organizaciones ligadas al trabajo comunitario y particularmente a la lucha por la vivienda, la tierra y la provisión de servicios públicos. Muchas de las organizaciones de desocupados tuvieron sus orígenes en estas primeras movilizaciones relacionadas con la toma de tierras y las ollas populares, dando paso a experiencias de acción colectiva y de creación de un sentido de pertenencia comunitaria en los barrios que, con variaciones, se mantuvieron vigentes en los años 1990 (Merklen, 1997, cit. en Delamata, 2004: 13). Los procesos de colectivización en esta zona se construyeron alejados de la acción directa gremial. Sin embargo, no se puede desconocer la influencia que tuvieron en la trayectoria de las organizaciones los trabajadores desocupados que tenían amplia experiencia en el trabajo político sindical y que la trasladaron a las redes barriales, así como la influencia de diferentes corrientes políticas de izquierda, en especial, de origen trotskista.

A partir de la década de los 1990 se dio un proceso de transformación de las prácticas políticas territoriales; el patronazgo dio paso a la implementación de una nueva forma de relacionamiento entre los líderes partidarios y los ciudadanos: las maquinarias políticas. Éstas son definidas como un patrón informal de organización política en el cual los recursos estatales, particularmente los trabajos en oficinas gubernamentales, son la fuente primaria de intercambio político entre actores políticos de alto y bajo nivel (Levitsky, 2003, cit. en Bachiller, 2006: 81). La consolidación de esta forma de intercambio político como vínculo organizativo dominante fue producto de la articulación de varios factores: el cambio del sistema de reparto

de poder denominado el “tercio” por el de elección electoral de líderes y candidatos, la división política y organizativa de los sindicatos, y el acceso del PJ al control de los recursos estatales en varias provincias (Bachiller, 2006: 81; Delamata, 2004: 17).

La fragmentación de la estructura sindical nacional generó un proceso de atomización de las organizaciones, que buscaron a través de las alianzas políticas particulares, o por medio de la creación de agrupaciones políticas, una mejor posición dentro del partido. Tales agrupaciones se constituyeron en un nuevo actor que compitió por el poder al interior del partido en el terreno local y provincial al lograr controlar una buena parte del patronazgo estatal (Bachiller, 2006: 82). El otro elemento clave en esta estructura de intercambios políticos lo constituyeron los punteros peronistas. En tal sentido, los punteros utilizaron o cooptaron los recursos estatales para proveer a las clases populares de los servicios y bienes que necesitaban para su subsistencia en un intercambio basado en el apoyo al partido. En este proceso los mediadores políticos también buscaron mejorar su posición en la estructura partidaria por lo que trataron de ampliar el manejo que tienen de los recursos estatales y construir un capital social lo suficientemente fuerte que les sirviera de respaldo.

Javier Auyero señala que los dirigentes territoriales del PJ aprovecharon su situación privilegiada para secuestrar los recursos estatales con lo que: **a)** resolvieron un sin número de necesidades básicas a los habitantes en los enclaves de pobreza urbana, **b)** acumularon capital político que les ayudó a conquistar mejores posiciones en el campo político local, y **c)** mantuvieron en funcionamiento la maquinaria electoral del PJ (Auyero, 2004: 134). El comportamiento clientelar de las redes punteriles generó el beneficio diferenciado de unos ciudadanos con respecto a otros, basado en su preferencia política, generando procesos de desigualdad al interior de las comunidades.

La maquinaria política del peronismo y la estructura punteril se consolidaron en el conurbano bonaerense especialmente durante la administración de Eduardo Duhalde. Desde la gobernación de la Provincia de Buenos Aires puso en marcha un programa de obras públicas y atención a las necesidades básicas paralelo al Fondo del Conurbano, que recibió una cantidad de dinero considerable por la recaudación del impuesto a las ganancias, utilizando gran parte de los recursos para implementar y consolidar la maquinaria político-territorial del Partido Justicialista. El aumento de las transferencias del gobierno central a las provincias, manejadas con amplia discrecionalidad por el ejecutivo y las autoridades provinciales, se destinó en gran medida a fortalecer las redes clientelares de los líderes locales, así como a aumentar sus plantas de personal, que crecieron en un 50% entre 1990 y 1994 (Novaro, 2006: 52).

Estas políticas se complementaron con la implementación del Consejo de Familia, liderado por la esposa de Duhalde, que logró hacerse con la dirección de los planes sociales de la provincia, entre los más destacado el Plan Vida, mediante el cual se distribuían alimentos a la población de los barrios populares a través de la red de Manzaneras (Delamata, 2004: 17). Las organizaciones de desocupados de La Matanza tuvieron un fuerte enfrentamiento político por las acciones realizadas a través de estas redes en relación con los censos para la distribución de los recursos y de los planes.

Las transformaciones descritas anteriormente cambiaron radicalmente la estructura política y la lógica organizativa del Partido Justicialista, que hasta el momento se había caracterizado por su estrecha vinculación

con la clase trabajadora a través de las estructuras sindicales tradicionales. A partir de los años 1990 cambió la lógica organizacional y se estructuró no en torno a los gremios sino a través de maquinarias políticas basadas en las redes territoriales y clientelares, mantenidas por el acceso a los recursos estatales y por una amplia red de mediadores políticos, que disfrutaron de cierta libertad de acción frente a la jerarquía del partido.

Para Bachiller (2006: 59), el PJ es un partido de masas en tanto posee una amplia organización de base con profundas raíces en las clases populares. A su vez, se diferencia de otros partidos de masas y de clase trabajadora por poseer una organización informal y débilmente rutinizada. Es informal en tanto la mayoría de las unidades peronistas se encuentran autoorganizadas y operan en redes desconectadas de la burocracia partidaria. Paralelamente, su característica de organización débilmente rutinizada implica que las reglas internas y procedimientos no son ampliamente conocidos, o que son abiertamente desafiados.

Siguiendo la reflexión de Bachiller (2006), la autonomía creciente de las agrupaciones políticas peronistas creadas ante el debilitamiento de los sindicatos, la flexibilidad de las estructuras partidarias que no lograron crear una disciplina de partido en torno al conocimiento y respeto de los estatutos formales del mismo, y la persecución de estrategias y objetivos particulares, pudieron crear una especie de vacío organizativo en los territorios. En medio de la transformación peronista y en el proceso de la articulación y consolidación de sus redes territoriales, surgieron organizaciones barriales y comunitarias desligadas de las estructuras del partido y de los sindicatos que asumieron años más tarde la problemática de la desocupación y el desempleo como uno de los ejes centrales de lucha.

En la relación entre la presencia territorial peronista y las experiencias populares de organización desligadas del PJ se pueden distinguir dos momentos. El primero se dio en los primeros años del gobierno de Menem en el que se percibió una cierta convivencia y complementariedad entre el peronismo y los cambios del mundo popular. El segundo momento se puede enmarcar a partir de 1996-1997, en el que las formas de autoorganización de lo social entraron en una etapa de confrontación abierta con el establecimiento y de disputa del poder peronista en el territorio, en un enfrentamiento con las redes punteriles por el control de los recursos del Estado (Svampa y Pereyra, 2003: 50). El punto de inflexión se dio a partir de la creación de las primeras comisiones de desocupados en el Gran Buenos Aires y la realización de los primeros cortes de ruta llevados a cabo por la organización de desocupados Florencio Varela y las organizaciones del distrito de La Matanza, que por una parte respondían a al aumento de la desocupación laboral y por otra a la dependencia de las estructuras políticas clientelares del PJ. Las reivindicaciones derivadas de estas dos circunstancias fueron la demanda por el trabajo como reclamo central y la lucha por la autonomía (Delamata, 2004: 25; Bachiller, 2006: 81).

La irrupción de estos actores sociales implicó nuevas formas de confrontación política y el redimensionamiento del territorio y del espacio en la organización y en la movilización social. Es importante señalar que la generalización de los cortes de ruta en el conurbano bonaerense se dio a partir de las acciones realizadas en Cutral Có (provincia de Neuquén) a mediados de la década de 1990, que aunque no fueron las primeras confrontaciones políticas de este tipo, se realizaron por grupos de retadores identificados como “madrugadores” que pusieron de manifiesto las debilidades de las elites políticas al plantearle nuevos desafíos al sistema; vulnerabilidades que fueron aprovechadas por otros grupos y organizaciones. Los “madrugadores” abrieron las oportunidades y ofrecieron incentivos para el desarrollo de episodios derivados (Tarrow, 1997;

McAdam, 1995; Barbeta y Lapegna, 2001, cit. en Armesto, 2005: 120). Las movilizaciones realizadas en esta provincia se convirtieron en un referente obligado para las posteriores acciones realizadas por los desocupados (organizados). A partir de estos primeros episodios se dio un proceso de aprendizaje político entre diferentes organizaciones que desencadenó la extensión de acciones colectivas similares.

Los trabajadores desocupados, al perder su espacio “natural” de lucha social como trabajadores asalariados en el que habían desarrollado estructuras organizativas que les permitían expresar sus reivindicaciones y demandas, se vieron obligados a buscar un nuevo espacio de construcción política representado en la ruta y en el barrio. Es decir, un nuevo repertorio y un nuevo espacio. La pérdida de un sistema de pertenencias cuyo eje fue el “mundo del trabajo”, implicó el quiebre de espacios conocidos y la “resignificación” de otros para asegurar la “continuidad de la vida” (Da Silva, 2004: 125). En este proceso, los desocupados (organizados) articularon sus propias redes territoriales, en contraposición a las redes del peronismo, en la búsqueda de autonomía que les permitiera acceder a los recursos financieros del Estado y a los planes de empleo al margen del control de los intermediarios políticos, en el marco de proyectos de cambio social y político.

La construcción de una red asistencial “débil” por parte de las organizaciones y la búsqueda de independencia frente a los punteros, se enmarcó dentro de un proceso de “eliminación de los mediadores”. En vez de un grupo cerrado que por sí sólo tiene acceso directo al sistema nacional y controla todas las conexiones funcionalmente críticas frente al sistema local y nacional, ahora nuevos grupos han pasado a ser intermediarios. Nuevos roles han aparecido a través de los cuales las personas pueden actuar como intermediarios, fundamentalmente porque transformaron la relación entre los sistemas local y nacional, es decir la “naturaleza” de esos vínculos (Silverman, 1997, cit. en Delamata, 2004: 26).

En tal sentido, las organizaciones de desocupados pasaron de la simple lucha reivindicativa por los planes de empleo a la construcción de un horizonte político más amplio. Lograron quebrar en ese momento el monopolio político de las redes territoriales peronistas a través de la constitución de sus propias redes, de la generalización de las formas de acción colectiva (en especial de los cortes de ruta) y de la implementación de estructuras organizativas basadas en la autogestión (asambleas, comedores populares, ollas populares, etc.). Como resultado de este proceso las organizaciones obtuvieron el reconocimiento como actores políticos y sociales con el que diferentes gobiernos y, en mayor o menor medida, se han sentado a negociar y pactar. Estas circunstancias sumadas a la relación política estrecha con algunas organizaciones partidistas y sindicales han desembocado en procesos de re-territorialización entre la lucha reivindicativa y el lugar social que le cabe a los trabajadores desocupados (Delamata, 2004: 28). Es importante mencionar que a partir del 2002 las organizaciones de desocupados se desestructuran y algunas de ellas se ven cooptadas por las estructuras partidistas barriales. En el presente trabajo no se ahonda sobre este proceso sino más bien en el surgimiento de las mismas.

REFLEXIONES FINALES

Los factores descritos de consolidación organizativa, identitaria, de valoración de contextos en los cuales lograron identificar beneficios, son los que permiten entender que los desocupados (organizados) aprovecharon las oportunidades creadas por la crisis económica y el cambio de modelo político y

económico para constituirse en actores políticos. La teoría del marco de oportunidades adquiere significado precisamente allí donde se cuajan procesos organizativos autónomos que dan lugar a actores sociales y no allí donde sólo se aprovechan las circunstancias para sacar alguna ventaja de la política o del ordenamiento institucional. Mostrar esta virtualidad explicativa de esta teoría era precisamente el objetivo fundamental de este trabajo.

La reconfiguración del peronismo y el debilitamiento de los sindicatos generó fisuras en el poder constituido lo que abrió oportunidades para el surgimiento de nuevos actores sociales. Al interior de la CGT se erigieron varias corrientes contrarias a la línea oficialista que se opusieron fuertemente a las políticas neoliberales implantadas durante el gobierno de Menem. Las organizaciones disidentes representaron a los sectores obreros más afectados por las reformas laborales, por los procesos de privatización y por el recorte del gasto público. Algunos de estos gremios confluyeron en la constitución de la CTA y en la CCC a mediados de los años 1990. Aunque estas dos vertientes sindicales se diferenciaron en su trayectoria y lineamientos ideológicos, ambas advirtieron la necesidad de refundar las bases sociales y políticas del sindicalismo sobre dos premisas fundamentales: el reclamo de autonomía política y la reconstrucción del discurso obrero tradicional. Tanto la CTA como la CCC reivindicaron su independencia política del justicialismo aunque no renunciaron al juego político partidario y a los planes sociales del gobierno. Ambas organizaciones reestructuraron el discurso sindical a través de la redefinición del concepto de “clase trabajadora” al incluir a los trabajadores desocupados e informales. Esta reconfiguración implicó un cambio en la acción tradicional obrera que tras la desarticulación de los procesos de colectivización derivados de su estructura tradicional implementaron la acción territorial como una forma de movilización y organización.

La conformación de organizaciones sindicales independientes de las redes justicialistas y la construcción de un discurso obrero más amplio abrió una oportunidad para un acercamiento con las comisiones de desocupados y organizaciones barriales y comunitarias del Gran Buenos Aires que contaban con amplia tradición en la acción territorial. La incorporación de una corriente de desocupados en la CTA y la CCC implicó un salto cualitativo en la trayectoria de los desocupados (organizados) ya que les permitió ampliar su radio de acción, salir del ámbito local al nacional, contar con estructuras organizativas más consolidadas, y confluir en otros espacios con organizaciones multisectoriales que potenciaron su capacidad de acción, movilización y convocatoria, al acceder a otros sectores políticos y sociales incluso al interior de las instituciones políticas formales.

La irrupción del movimiento de desocupados en el escenario argentino implicó un cambio en los repertorios de protesta y de confrontación política al uso hasta el momento en el ámbito popular. La utilización de los cortes de ruta como forma innovadora de confrontación y mecanismo de presión al sistema generó la adopción de este tipo de acción por otros grupos sociales, lo que provocó un proceso de generalización de los cortes en las zonas urbanas y desplazó las formas tradicionales de protesta asociadas al mundo laboral (huelgas y paros generales). La masividad y persistencia de los cortes en secuencias constantes de tiempo amplió los niveles de negociación con las instituciones al pasar del entendimiento con las autoridades provinciales y regionales a una interlocución con el gobierno central, lo que dotó de poder a la acción misma colocándola como una forma efectiva de coacción para el cumplimiento de las demandas de los desafiantes del sistema.

BIBLIOGRAFÍA

Armesto, M. (2003) “Notas sobre los cortes de rutas. Identidades colectivas y acción colectiva en Argentina (1996-2001)”, *Historia y Política*, n°. 10, pp. 191-226.

— (2005) “La productiva introducción del espacio en el análisis de las confrontaciones políticas. Apuntes sobre el movimiento de desocupados en la Argentina reciente”, *Política y Sociedad*, vol. 42, n°. 2, pp. 115-131.

Auyero, J. (2004) “Política, dominación y desigualdad en la Argentina contemporánea. Un ensayo etnográfico”, *Nueva Sociedad*, n°. 193, pp. 133-145.

Bachiller, S. (2006) *Redes clientelares y reconfiguración del populismo en Argentina: Una genealogía de las formas organizativas peronistas*, Madrid, Entinema.

Calvo, E., y Escolar, M. (2005) *La nueva política de partidos en la Argentina: Crisis política, realineamientos partidarios y reforma electoral*, Buenos Aires, Prometeo Libros.

Da Silva Catela, L. (2004) “Nos vemos en el piquete...”, en A. Grimson (comp.): *La cultura en las crisis latinoamericanas*, Buenos Aires, CLACSO.

Delamata, G. (2004) *Los barrios desbordados: Las organizaciones de desocupados del Gran Buenos Aires*, Buenos Aires, Libros de Rojas / EUDEBA.

— (comp.) (2005) *Ciudadanía y territorio: Las relaciones políticas de las nuevas identidades sociales*, Buenos Aires, Espacio Editorial.

—, y Armesto, M. (2005) “Construyendo pluralismo territorial. Las organizaciones de desocupados del Gran Buenos Aires en la perspectiva de sus bases sociales”, en G. Delamata (comp.): *Ciudadanía y territorio: Las relaciones políticas de las nuevas identidades sociales*, Buenos Aires, Espacio Editorial, pp.105-155.

Gurrera, M. (2005) “La redefinición del conflicto social. La conformación de la Central de Trabajadores Argentinos (CTA)”, en G. Delamata (comp.): *Ciudadanía y territorio: Las relaciones políticas de las nuevas identidades sociales*, Buenos Aires, Espacio Editorial, pp. 17-66.

McAdam, D.; McCarthy, J., y Zald, M. (eds.) (1999) *Movimientos sociales: perspectivas comparadas: oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales*, Madrid, Istmo.

—; Tarrow, S., y Tilly, C. (2005) *Dinámica de la contienda política*, Barcelona, Editorial Hacer.

Melucci, Alberto (1999) *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*, México D.F, El Colegio de México.

Múnera Ruiz, L. (1998) *Rupturas y Continuidades*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia-CEREC.

Novaro, M. (2006) *Historia de la Argentina Contemporánea*, Buenos Aires, Edhasa.

Svampa, M., y Pereyra, S. (2003) *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*, Buenos Aires, Editorial Biblos.

Tarrow, S. (1994) *El poder en movimiento: los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza Editorial.

— (1999) “Estado y oportunidades: la estructuración política de los movimientos sociales”, en D. McAdam, J. McCarthy y M. Zald (eds.): *Movimientos sociales: perspectivas comparadas: oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales*, Madrid, Istmo.

Pagina 104 en blanco

TAPAR

ESTUDIAR AMERICA LATINA:

RETO Y PERSPECTIVAS

II Parte: Metologías

Pagina 106 en blanco

TAPAR

CONFLICTOS MEDIOAMBIENTALES Y ESTUDIOS LATINOAMERICANOS. EL CASO DE LA PASTERA DE FRAY BENTOS EN URUGUAY¹

Jussi Pakkasvirta (Universidad de Helsinki, Finlandia)

“A veces las culturas lejanas pueden sorprender a las empresas finlandesas”, informaba Petri Savamaa, famoso periodista finlandés de la televisión en un documental de noticias de actualidad (A-Studio, 4 de Febrero de 2007). ¿Pero quién se había aventurado a ir tan lejos? ¿No era más bien la empresa finlandesa la que había dado una sorpresa a la lejana cultura local?

El conflicto de la pastera entre Argentina y Uruguay es una disputa global-local medioambiental. El conflicto abarca varios niveles espacio-temporales (local-regional-nacional-global). Asimismo, se trata de un enfrentamiento entre la empresa, la sociedad civil y los gobiernos de los dos países sudamericanos. Este trabajo no sólo destaca la perspectiva argentina y la uruguaya, que han sido repetidamente analizadas, sino que también pone de relieve el caso finlandés. El trabajo tiene como objetivo entender las características del conflicto y presentar modelos novedosos de solución de conflictos. Estos modelos también se unen con los últimos debates sobre la responsabilidad social de las empresas.

1. HISTORIA DEL CONFLICTO

El conflicto de la pastera entre Argentina y Uruguay estalló en el año 2005 cuando la empresa maderera finlandesa Metsä-Botnia (Botnia de aquí en adelante) inició la construcción de una pastera con capacidad para un millón de toneladas en Fray Bentos en el río Uruguay. Una empresa española (ENCE) había obtenido permiso para construir una pastera en el mismo río a unos kilómetros de distancia, pero al final renunció al proyecto.

La pastera uruguaya de Botnia equivale a dos pasteras grandes finlandesas. La inquietud por el tamaño desmesurado y las posibles consecuencias ecológicas de la fábrica dieron lugar a un conflicto local-global que continúa. En el conflicto hay varias escalas espacio-temporales (local-[sub]regional-nacional-[supra]regional-global). También es un conflicto económico-político entre actores privados, la empresa, la sociedad civil (ONG) y los dos gobiernos sudamericanos. Lo que es particularmente interesante es la nueva alianza entre ONG medioambientales relativamente pequeñas con movimientos sociales locales, y asimismo, en Argentina, con el gobierno. Este hecho plantea inevitablemente preguntas sobre la utilización del conflicto con fines políticos.

¹ Traducido del inglés por Adela Despujol Ruiz-Jiménez.

En Argentina muchos consideran que las empresas agrícolas de rápido crecimiento, especialmente los proyectos extranjeros de empresas de pasta de papel, constituyen agresiones al viejo estilo colonial. También se entiende que se trata de agresiones medioambientales de una nueva modalidad, poscoloniales (Teubal, 2004; Teubal y Rodríguez, 2002; Giarracca, 2008). Argentina y Uruguay mantienen una actitud nacional distinta hacia la industria papelera, circunstancia que ha convertido la cuestión en un asunto bilateral complejo y conflictivo. La mayoría de los actores uruguayos han considerado que la construcción de las fábricas es un tema estrictamente doméstico, al sentirse amenazados por la nación “hermana mayor” de siempre (Palermo y Reboratti, 2007; Kröger, 2007a), y no tanto por el capital transnacional. La empresa finlandesa Botnia ha adoptado una actitud muy legalista: la empresa ha obtenido permisos oficiales y, desde su punto de vista, los enfrentamientos sólo son conflictos locales de pequeña escala y problemas políticos artificiales entre los dos países latinoamericanos. Muchos de los actores de la Unión Europea han respaldado la interpretación del problema que hace la empresa, en tanto que las autoridades finlandesas han adoptado una actitud de gran pasividad, al menos en público, con el objetivo de evitar las especulaciones en el sentido de que la Finlandia oficial (el Estado o el gobierno) es uno de los socios del conflicto.

Algunos autores han afirmado que el conflicto se originó en las batallas políticas locales y en los problemas electorales de la provincia argentina de Entre Ríos (Malamud, 2006; Lucca y Pinillos, 2007: 45-52). Los proyectos de las pasteras finlandesa y española en el río Uruguay se convirtieron en un asunto nacional e internacional cuando Nestor Kirchner, presidente de Argentina, apoyó el movimiento local de Gualeguaychú contra las pasteras —o al menos permitió que continuara el bloqueo local de los puentes transnacionales—. La respuesta de Uruguay ha sido legalista y casi siempre inflexible. El presidente de Uruguay Tabaré Vázquez ha comparado en numerosas ocasiones la negativa de Argentina a que se abran los puentes con el embargo de Cuba por parte de Estados Unidos. Vázquez llegó a aseverarlo en la cumbre de altos vuelos de los Estados iberoamericanos celebrada en Chile en Noviembre del 2007. El conflicto también ha acarreado serios problemas al proyecto Mercosur de integración regional sudamericana, y ha dado pie a múltiples quejas internacionales.

Los hondos sentimientos nacionalistas evocados durante el conflicto han contribuido a exacerbar los problemas diplomáticos y populares de los dos gobiernos. El conflicto adquirió mayor difusión en la esfera internacional a principios de 2006, cuando en Argentina el Congreso autorizó al gobierno a que se dirigiera al Tribunal Internacional de La Haya, en tanto que el gobierno uruguayo solicitaba la mediación de la Organización de Estados Americanos (OEA). Según muchos analistas políticos, esa situación demuestra que el conflicto “ha traspasado los límites de Mercosur, ante la aparente incapacidad de la diplomacia brasileña para resolver un enfrentamiento que, de continuar empeorando, amenaza con destruir lo poco que queda de Mercosur” (Malamud, 2006; véase también Aboud y Museri, 2007: 45-52).

La naturaleza internacional del conflicto también pone de manifiesto el hecho de que el río Uruguay señala la frontera entre Argentina y Uruguay. En 1975 los dos países firmaron un acuerdo bilateral, y desde 1976 la Comisión de Administración del río Uruguay (CARU) se ha encargado de implementar el acuerdo y gestionar los diversos aspectos de la utilización del río. El tratado afirma que todos aquellos planes para realizar obras que pudieran poner en peligro la navegación, la corriente de agua o la calidad de la misma han de ser considerados de forma bilateral en la Comisión. Si no se llegara a un acuerdo, la decisión de negociar el problema depende de los gobiernos.

En Mayo de 2005 se reunieron los presidentes y ministros de asuntos exteriores de los dos países y constituyeron un Grupo Técnico de Alto Nivel (GTAN). Es significativo que en la delegación argentina también se encontraran representantes del gobierno de Entre Ríos y de la Asamblea Medioambiental de Ciudadanos de Gualeguaychú. Antes de que el Grupo Técnico de Alto Nivel empezara a trabajar, Argentina también transmitió la inquietud medioambiental que abrigaba sobre el proyecto a las entidades que lo financiaban: la Corporación Financiera Internacional (IFC, institución afiliada al Banco Mundial), el Banco BBVA y el grupo financiero ING. El IFC respondió a dicha inquietud encargando otro informe cuyas conclusiones rechazó Argentina, que tachó el informe de parcial. Como señala Malamud (2006), desde que comenzó el proyecto de la pastera “ha habido una especie de diálogo de sordos, en el que Uruguay alega la naturaleza ‘soberana’ de sus decisiones, y Argentina hace hincapié en el ‘impacto transfronterizo’ del proyecto”.

El movimiento popular de Gualeguaychú —la ciudad más próxima a la pastera de Botnia en la otra orilla del río (Mapa 1)— en Argentina ha organizado un bloqueo casi permanente de uno de los puentes principales que une Argentina con Uruguay. Otros puentes también han sido objeto de bloqueos de forma esporádica. En las primeras fases de la iniciativa de la pastera se produjo una tremenda concienciación medioambiental en Argentina y en Uruguay, de la que también hubo constancia en los medios de comunicación nacionales de ambos países.

Mapa # 1: Situación de la pastera de Botnia.



En la actualidad Gualeguaychú es el centro del movimiento contra las *papeleras* y lo será durante bastante tiempo, pero no es el único lugar que se opone firmemente a los nuevos proyectos agroindustriales (Pakkasvirta, 2007a; Kröger, 2005, 2007a, 2007b). Muchas de las ciudades situadas en ambos lados del río Uruguay han organizado la resistencia en *asambleas*, organizaciones locales cívicas. La oposición a la empresa de pasta de papel también ha ido más allá de las orillas del río Uruguay: los movimientos locales han logrado atraer la atención de los medios de comunicación hasta convertir el conflicto de la pastera en una cuestión nacional en Argentina. El movimiento de Gualeguaychú recibe apoyo de las ONG y de otras organizaciones sociales de todo el país, incluso de algunas que no se dedican a temas medioambientales (Salmenkari, 2007). El gobierno argentino y las autoridades regionales también han apoyado, al menos de forma pasiva, las manifestaciones en contra de la iniciativa de construcción de la pastera. Al comienzo del conflicto, el gobierno regional de Entre Ríos en Argentina, encabezado por el gobernador Jorge Busti, trabajó activamente para magnificar el fantasma de desastre ecológico. El gobierno movilizó a la población local en contra de las *empresas* de pasta de papel² esgrimiendo acusaciones de lluvia ácida, desechos carcinogénicos y otros riegos similares. Después de movilizar a la población con una lista de temas tan aterradora, resultaba muy difícil desmovilizarla sin darle algo a cambio (Malamud, 2006).

Ha habido numerosos debates sobre las repercusiones ecológicas de las empresas de pasta de papel tanto en el ámbito de la investigación como en los medios de comunicación. Los análisis ecológicos y académicos serios adoptan fundamentalmente dos puntos de vista. El primero, la perspectiva a favor de la agroindustria, argumenta que las pasteras modernas, que utilizan tecnología sin cloro elemental (ECF [*Elementary Chlorine Free*]) o sin ningún tipo de cloro (TCF [*Totally Chlorine Free*]) no plantean riesgos para la ecología. El monocultivo intensivo y extensivo de eucaliptos podría originar algunos problemas, pero se podrían evitar los más graves si la tierra no se utilizara demasiado exhaustivamente y se pusieran en práctica las formas de trabajo más adecuadas. Los partidarios de esta perspectiva (en su mayoría representantes de las industrias papeleras, ingenieros y consejeros del sector forestal) también añaden que la fábrica de Botnia procesará las aguas negras de la municipalidad de Fray Bentos, hecho que, al final, mejorará la calidad del agua del río. Una segunda perspectiva, más crítica desde el punto de vista social y ecológico, plantea que aunque las tecnologías ECF y TCF hayan disminuido considerablemente el peligro de que se produzcan daños ecológicos de gravedad, la inmensa pastera moderna sigue constituyendo una amenaza debido a su tamaño, y debido a que cualquier tipo de cultivo tecnológico conlleva riesgos. También existe el temor de que el control tecnológico de las pasteras no sea lo bastante eficiente en el futuro. Además, muchos investigadores critican la utilización de fertilizantes, señalando los peligros que supone el monocultivo del eucalipto, en especial para los recursos hídricos de la región. (Jackson *et al.*, 2005; Faroppa y Annala, 2004; Donner-Amnell, 1991, 2000). Por ejemplo, actores como *Greenpeace* han aceptado la existencia de la pastera de Botnia, pero a la vez tienen sus esperanzas puestas en la mejora de las legislaciones nacionales y de los mecanismos globales de reglamentación y control.

² Hablar de pasteras y papeleras es simplificar demasiado, porque las inversiones incluyen extensas áreas de plantaciones de árboles de crecimiento rápido, que las convierte en inversiones en pulpa de papel al por mayor. Igualmente es importante subrayar que la fábrica de Botnia en Uruguay no es fábrica de papel, "papelera", sino una "pastera" que produce materia prima, pulpa de celulosa, para las papeleras (fábricas de papel) en Europa y Asia.

Estos aspectos han salido a la luz en los medios de comunicación, pero los medios argentinos han sido particularmente diligentes en llamar la atención sobre gran cantidad de información sospechosa desde el punto de vista medioambiental, que se ha dirigido fundamentalmente contra la fábrica de Botnia. La lluvia ácida, el incremento de casos de cáncer e imágenes aterradoras son los elementos más utilizados. Los medios de comunicación y algunos investigadores han alegado que las pasteras fueron enviadas en paquete desde Finlandia porque la gente se puso enferma y los ríos nórdicos y el mar Báltico resultaron contaminados (Giarracca, 2008).

La contaminación derivada de las fábricas de papel ha sido denunciada continuamente en Argentina y en Uruguay. Por ejemplo, Ricardo Carrere, uruguayo, activista medioambiental y secretario del Movimiento Mundial en Defensa de la Selva Tropical, ha declarado que el tamaño de las pasteras uruguayas actuales y futuras es su característica más peligrosa. Desde esta perspectiva Carrere también cuestiona que existan nuevas técnicas de producción de pasta de papel que no sean contaminantes. Asimismo, algunos estudios de la Universidad de la República de Uruguay presentan resultados concluyentes. Las consecuencias de la forestación intensiva de tierras de pastos naturales pueden ser insospechadas. Una de las conclusiones planteadas en estos estudios es que, para poder proporcionar suficiente materia prima para que funcionen las dos fábricas de celulosa en construcción, es necesario aumentar el área que hay que reforestar en un 40% con respecto al área actual, que ya sobrepasa las 700.000 hectáreas (Giarracca, 2008).

A pesar de que existen muchos estudios rigurosos, los medios argentinos interpretan de forma muy poco crítica las investigaciones serias, y en muchas ocasiones sólo ponen de relieve la información más tendenciosa. Un dato especialmente interesante es que los medios argentinos no revelan que lo cierto es que los trabajadores de la industria papelería finlandesa están deseando mantener las pasteras en donde están, y que no se trasladen a Sudamérica o a Asia. Es evidente que la corriente principal de los medios argentinos no entiende, o no desea tratar, el cambio estructural que se está produciendo en la industria forestal global. Los medios de comunicación extremistas muestran ejemplos disponibles en YouTube, como la parodia uruguaya de un ministro finlandés ficticio retratado como un yuppi neocolonial al que no importa el medioambiente y que resuelve el conflicto con vodka finlandés.

Ahora que la pastera está funcionando y que el bloqueo continúa, están surgiendo, también, voces críticas en Argentina: ¿cómo es que un movimiento popular local relativamente pequeño puede guiar la política exterior de toda la nación? (Palermo, 2007). No es lo de menos que se hayan puesto en duda los motivos del presidente Kirchner y de su sucesora —y esposa— Cristina Fernández, y que todo el conflicto tiene que evaluarse en el contexto de la historia económica y política actual de Argentina y la crisis política que tuvo lugar entre 2002 y 2004 (Kröger, 2007a; Armony y Armony, 2005).

2. LOS NEGOCIOS DE LAS PASTERAS EN LATINOAMÉRICA Y URUGUAY

Durante las últimas décadas los negocios relacionados con la ingeniería forestal han cobrado creciente importancia en Latinoamérica. Uruguay hizo importantes avances en el ámbito de la ingeniería forestal al aprobar una ley que fomentaba la plantación de árboles y las industrias madereras para la exportación. Desde 1990, se han plantado anualmente más de 50.000 hectáreas de bosque, lo que ascendía en 2006 a

800.000 hectáreas (Riella et al., 2008: 4). Las empresas de infraestructura básica de este tipo de agroindustria han creado nuevas estructuras en la economía uruguaya que atraen a empresas forestales transnacionales. Los gobiernos uruguayos recientes han creado estrategias de desarrollo basadas en la ingeniería forestal, hecho que les dificulta considerablemente apreciar las reacciones en la vecina Argentina. Argentina, país enorme comparado con Uruguay, tiene 1,5 millones de hectáreas de bosque controlado o de plantaciones de árboles. Por comparar en el nivel regional, Chile y Brasil tienen, respectivamente, 2,1 y 5 millones de hectáreas de bosque cultivado. Brasil es un actor global importante también desde el punto de vista industrial, pues tiene 241 pasteras o fábricas de papel, comparadas con las 10 de Argentina y las 13 de Chile (que cuenta con siete fábricas de papel y seis fábricas de pasta de papel). El sector forestal desempeña un papel especialmente importante en Chile, al constituir el 3,5% del Producto Nacional Bruto. Después de la minería, la ingeniería forestal es el segundo sector industrial en importancia (Malamud, 2006). Uruguay no tenía, antes de la pastera de Botnia, una importante producción de celulosa, pero ahora se lo considera el país más prometedor de América Latina para la industria del eucalipto. La repercusión de las investigaciones internacionales en ingeniería forestal, de la mejora de las prácticas institucionales y legales y de la actualización del registro de las tierras han hecho posible que se desarrollara esta industria.

La decisión de construir una pastera en Uruguay data de 1990 cuando la empresa papelera y forestal Kymmene, antecesora de la empresa UPM, empezó a estudiar las posibilidades que ofrecía el cultivo de eucalipto en Uruguay. Kymmene compartía con Shell la propiedad de una empresa llamada *Compañía Forestal Oriental S.A.* (FOSA), operativa desde 1990. La idea inicial era transportar la fibra de eucalipto de crecimiento rápido a las fábricas de pasta de papel europeas de Kymmene, pero en 2003 Kymmene se convirtió en el único propietario de la empresa tras la venta de Shell de su parte de la empresa (Lehtinen, 2007: 141; Kosonen, 2008: 48-51).

Aunque Botnia lleve a cabo el proyecto empresarial de la pastera en Fray Bentos, es importante tener en cuenta que UPM posee un 47% de las acciones de Botnia. En 2003, la empresa fundó Botnia S.A. de Uruguay de la que Botnia posee el 82,1%, UPM el 12,4% y Metsäliitto el 5,5%. Botnia S.A. se encarga de llevar a cabo la construcción, lo que ha dado pie a que el nombre de esta empresa sea el que simbolice el conflicto. Sin embargo, es la gigantesca transnacional UPM la que tiene la mayoría de Botnia en Uruguay (tiene una participación del 47% en Botnia, y el 12,4% de participación directa en el negocio).

La construcción de una pastera en Uruguay formaba parte de un proceso económico lógico, puesto que ya existían plantaciones de eucalipto en el país. Los expertos en negocios agrícolas han indicado que el suelo consistente de Uruguay y los recursos hídricos de que dispone son muy propicios para el cultivo industrial de eucalipto. A pesar de que toda la Pampa posiblemente sea un ecosistema vulnerable, Uruguay ha optado por no imponer restricciones o limitaciones a los intereses extranjeros en la adquisición de terrenos o negocios. También es cierto que el registro de las tierras está actualizado y apenas existen enfrentamientos por la tierra. Uruguay trata igual a los inversores nacionales y a los extranjeros. Las nuevas normas aprobadas en los últimos cinco años tenían el objetivo de fomentar las inversiones en ingeniería forestal, y ofrecen la oportunidad de realizar inversiones casi exentas de impuestos. No hay restricciones para la repatriación del capital ni de los beneficios. Las plantaciones están exentas de impuestos sobre la tierra, y ni las empresas ni los individuos tienen que pagar impuestos sobre la renta o las ganancias de la

venta de productos de madera. El equipo y los suministros importados para operaciones forestales están exentos de cuotas tributarias y de impuestos a la importación (Kosonen, 2008: 57-66; Saarela, entrevista, 23 de Julio de 2007).

Desde el punto de vista del capital extranjero, otra ventaja es la inexistencia de población indígena; los enfrentamientos por la tierra, muy comunes en Brasil, no es probable que se den en Uruguay (Kröger, 2005). La “cultura democrática” del país —con la excepción, evidentemente, de la dictadura militar del periodo comprendido entre 1972 y 1985— también ha creado, tratándose del contexto latinoamericano, una tradición política menos corrupta. Durante la década de los 1950 y los 1960 la “cultura democrática” uruguaya también creó una tradición de prestaciones sociales estatales que perduran en la extraña mezcla de gobierno socialista y neoliberal que ha habido en los últimos años. El país mantiene una tasa de alfabetización muy elevada y un buen sistema de educación a disposición de la mayoría de los ciudadanos. Estos datos siguen constituyendo aspectos estratégicos importantes para las grandes inversiones a largo plazo.

Botnia disfruta de todas estas ventajas en Uruguay. En Uruguay la región de Fray Bentos es un lugar excelente desde el punto de vista estratégico para una pastera. Fray Bentos tiene una larga cultura industrial que se remonta a finales del siglo XIX, con la industria anglo de la carne y otras industrias ganaderas. También hay un sistema fluvial excelente que permite disponer de puertos y otros medios de transporte, y las plantaciones de eucalipto se encuentran a una distancia razonable de la pastera. Asimismo, es relevante el hecho de que la cultura política uruguaya no sea corrupta: las empresas alegan que no se les presiona para que paguen sobornos como en otros países latinoamericanos (Sami Saarela, entrevista del 23 de julio de 2007, y Botnia (30 de Agosto de 2007). Por otra parte, corren rumores y hay voces críticas en la prensa uruguaya en el sentido de que el gobierno uruguayo anterior al mandato de Tabaré Vázquez adoptó con urgencia varias decisiones sobre la factoría de Botnia los últimos días que estuvo en el poder (Palermo y Reboratti, 2007). A pesar de ello, Uruguay ocupa un puesto elevado (el 25°) en el Barómetro Global de la Corrupción de Transparency International (Transparency International, 2007).

Así pues, lo que subyace tras estos cambios en la cadena de producción son las tendencias estructurales y globales en la industria de pasta de papel y de papel, que lleva décadas transformándose (Jensen-Eriksen, 2007). Las materias primas y la mano de obra son más caras en los países de tradición forestal, como Finlandia, y a las empresas de papel les gusta reiterar que en el norte hay nuevos problemas —“desafíos globales”— para producir pasta de papel. Lo que ocurre en realidad es que existe una novedosa estrategia global en busca de beneficios cada vez mayores que quiere convertir al año 175 millones de toneladas de celulosa en papel. El eucalipto en Latinoamérica representa una parte cada vez más importante en esta cadena más global de producción de papel³. Por otra parte, en muchos países tropicales la utilización de pesticidas y herbicidas no está tan controlada como en los países nórdicos. En las plantaciones tropicales de árboles también se utiliza la fertilización de una forma más exhaustiva. En los últimos negocios agrícolas tropicales se tiende a crear pasteras cerca de las nuevas plantaciones de eucaliptos de Asia y Latinoamérica

³ Aunque la pastera de Botnia de Fray Bentos, la sexta mayor del mundo, produce sólo un millón de toneladas de celulosa al año, es lo suficientemente grande como para crear nuevos mercados. No está cerca de otras fábricas de papel por lo que puede producir celulosa para otras fábricas en el futuro —y hay planes para construir más fábricas de celulosa en Uruguay—. La factoría de Botnia ha abierto camino a una industria del eucalipto de enorme magnitud en la región.

(cf. Brasil y Uruguay). Después la pasta se transporta (en barco, fundamentalmente) a las fábricas de papel cercanas a los grandes mercados, principalmente Asia y Europa (EE UU utiliza fundamentalmente pasta fabricada en Norteamérica). Este tipo de industria tropical actualmente produce muchos beneficios. La producción de pasta de papel en países como Brasil o Uruguay rinde fácilmente el doble de beneficios que en Finlandia. El eucalipto crece mucho más deprisa que las tradicionales especies de madera fibrosa nórdicas. Los costes de transporte son mucho menores, siempre que la materia prima para la pasta de papel proceda de una plantación propia cercana a la factoría. También la mano de obra es más barata y hay numerosos incentivos tributarios, como ya se ha señalado. Una fábrica de celulosa en Latinoamérica es como una “máquina tropical de hacer dinero” (*Helsingin Sanomat*, 16/4/2007) al menos hasta que se establezcan restricciones y reglamentaciones (véase también Millar, 2007).

3. INTERDISCIPLINARIEDAD, REALISMO CRÍTICO Y CONFLICTOS MEDIOAMBIENTALES

Los estudios sobre la paz y el conflicto se pueden concebir en el marco interdisciplinar de los estudios de área y de los estudios culturales. Para examinar las profundas raíces locales de los conflictos es preciso realizar ese tipo de análisis regional por la minuciosidad que lo caracteriza. Ése es también el caso de la pastera de Uruguay, sobre todo cuando lo analizamos en las imágenes de los medios de comunicación. Los medios de comunicación de masas originan muchas de las creencias —y opiniones— diplomáticas, legales, económicas, culturales y políticas sobre el conflicto. Un análisis crítico de la conducta finlandesa en Uruguay indica que los medios de comunicación finlandeses —así como las empresas y los representantes estatales— han actuado en la mayoría de las ocasiones como si la región uruguaya del río Uruguay fuera un “espacio vacío” social y políticamente. El análisis cultural tiene relevancia no sólo en Latinoamérica sino también globalmente, porque toma en cuenta cuestiones como la “moralidad empresarial”, la responsabilidad social de las empresas y la solidaridad ecológica y social global. Estos temas son fundamentalmente cuestiones filosóficas de altruismo/egoísmo, que se reflejan, de forma muy interesante, en la mayoría de los conflictos local-globales de hoy.

Uno de los problemas fundamentales de los estudios de área y de los estudios culturales interdisciplinares, teórica y metodológicamente, es la relación de la pregunta de investigación con el método y los materiales empíricos. Se origina en parte por la “falta de un método propio”, que implica que la teoría y los métodos se toman prestados de otras disciplinas académicas. Por tanto, en los estudios culturales y regionales interdisciplinarios se debería prestar más atención a la pregunta de investigación que en otros enfoques investigadores; y un investigador interdisciplinar serio debería considerar con sumo cuidado el significado de los debates empíricos y teóricos tanto en las ciencias sociales como en las humanidades (Mikkeli y Pakkasvirta, 2007).

El realismo crítico (RC) ofrece una respuesta o una herramienta para analizar el proceso de la investigación interdisciplinar. Se trata de una postura de investigación epistemológicamente relativista y ontológicamente realista, en que las relaciones causales, también, son irreductibles a las “conjunciones constantes” empíricas. Las relaciones entre acontecimientos no son suficientes ni necesarias para establecer una relación causal entre ellos. (Bhaskar, 1986; Töttö, 2005: 232-284).

Según el realismo crítico, el objeto de estudio debe tener mecanismos internos reales que puedan actualizarse para dar lugar a resultados especiales. Para el proceso investigador, el enfoque del RC implica que la “ciencia” debería entenderse como un proceso dinámico en que el investigador mejora el concepto que él/ella utiliza para comprender los mecanismos que estudia. No debería tratarse, en contra de lo que afirman los empiristas más estrictos, de establecer coincidencias entre una variable independiente que se da por supuesta y una variable dependiente.

El realismo crítico aduce que esta estrategia realista o modelo de ciencia es aplicable tanto al mundo físico como al humano. También es importante entender que las acciones humanas son posibles gracias a las estructuras sociales que requieren la reproducción de ciertos actos y prerequisites. Además, los seres humanos que viven estas estructuras sociales son capaces de reflexionar conscientemente sobre los actos que las producen, y de cambiarlos (práctica propiciada en parte por la investigación de las ciencias sociales).

3.1. La retórica de los medios de comunicación y la solución de conflictos

En un nivel práctico este tipo de postura investigadora se propone elaborar modelos icónicos hermenéuticos para determinar cómo y por qué se desarrollan distintas “historias” o imágenes en un conflicto o caso especial. Solo tras la elaboración de esos modelos se puede hacer el análisis crítico del fenómeno estudiado. El realismo crítico y las teorías modernas de resolución de conflictos comparten algunas ideas desde el punto de vista metodológico con el concepto tradicional popperiano de falsación (Patomäki, 2002: 145-148; comp. Miall, 2007: 4-17; Burton, 1972: 150-163). También se podría describir como un proceso legal donde los distintos argumentos son presentados desde diferentes perspectivas y por distintos actores para llegar a la “verdad” o la “realidad” que hay tras el caso analizado. Para ello es preciso que el investigador compare los diversos argumentos, visiones y creencias de los actores, y elabore una hipótesis diferente e innovadora —es de esperar que más explicativa—. Este paso requiere que antes se elaboren modelos de elección racional tras los debates medioambientales, que después se conviertan en modelos icónicos (Patomäki, 2002: 167-192). Ésta es también una genuina forma interdisciplinar de investigar, porque se considera que la interdisciplinariedad es un método para intentar comprender distintas perspectivas epistemológicas, metodológicas y prácticas (Mikkeli y Pakkasvirta, 2007: 85-90, 142-145). Por consiguiente, el objetivo de este artículo es entender las características de los conflictos como se enfocan en los medios de comunicación finlandeses y analizar críticamente las imágenes estereotipadas que ofrecen de Argentina y Uruguay.

Como señala Patomäki, el proceso de elaboración de modelos icónicos de complejos causales es hermenéutico en un doble sentido. Así, un “modelo icónico (una imagen/idea de los componentes racionales de un complejo causal) incluye una hipótesis existencial, condiciones de las relaciones internas y posibilidades de acción, afirmaciones descriptivas e hipótesis causales”. La tarea del investigador consiste en determinar todos esos elementos correctamente, e intentar “hacer historias explicativas confirmadas adecuadamente” (Patomäki, 2002: 123).

Desde un punto de vista más general de los estudios de paz y resolución de conflictos (véase, por ejemplo, Druckman, 2005) este enfoque implica que se considera que el cambio pacífico es algo más que una forma de evitar un conflicto. También presupone e implica una mejora en el escenario político, tal como las

posibilidades de que se produzca una cultura de aprendizaje democrático y genuinamente interdisciplinar para evitar, por ejemplo, los estereotipos culturales. En este momento los medios de comunicación nacionales y globales tienen una tarea cada vez más importante en este tipo de resolución de conflictos. Desde un punto de vista metodológico, en los estudios de paz y conflicto, me muevo desde un análisis de la sociedad mundial a la ciencia social aplicada, a la vez que elaboro un modelo donde no sólo tratamos de solucionar los conflictos que se están produciendo, sino que también buscamos formas de abordar conflictos de modo que haya una condición de paz sostenible⁴.

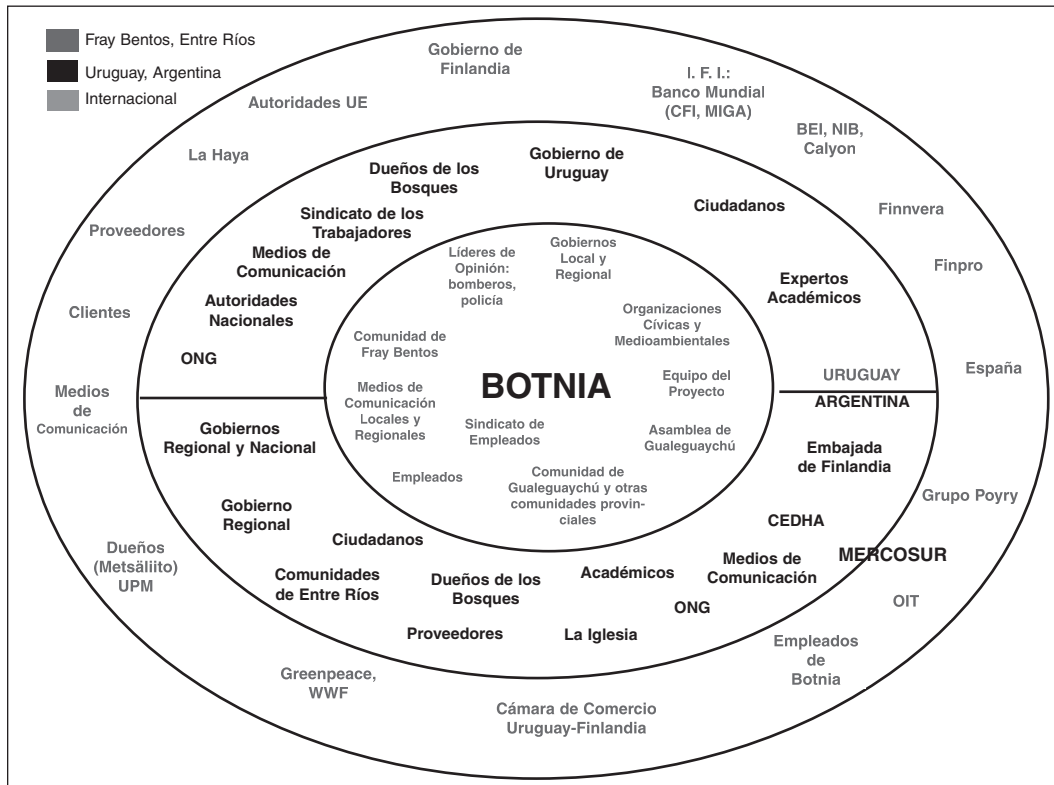
3.2. Consideraciones metodológicas

En el análisis subsiguiente la cuestión clave es la forma que tienen diversos actores, como los medios de comunicación, de utilizar el conflicto de Fray Bentos. ¿Qué quiere el pueblo y cómo averiguarlo? ¿Quién detenta el derecho de representar a la opinión nacional en ciertas circunstancias sociales? La cuestión se podría resumir de una forma muy simple en la lucha política fundamental: quién gana y quién pierde. En torno a estos temas giran los debates teóricos sobre democracia y participación, pero también se plantean cuestiones acerca de la utilización del poder político, o del uso del “capital social” en el nivel local y regional. Algunos actores quieren dinero, otros necesitan votos; algunos exigen un desarrollo sostenible desde el punto de vista ecológico, otros, empleos y seguridad en el lugar de trabajo. Sirviéndome de modelos iconográficos y del realismo crítico interdisciplinar, analizaré opiniones, realidades, argumentos y “verdades” de los medios de comunicación. Esta actitud ante la investigación nos ayuda a comprender las características de los conflictos ecológicos, dándonos herramientas para reconocer en qué circunstancias se podrían prevenir o solucionar los conflictos emergentes.

El hecho de plantear esas cuestiones también pone de relieve las relaciones de interconexión existentes entre los actores globales, los Estados (el sector oficial) y la sociedad civil. Entre estas relaciones están los argumentos de las fuerzas de mercado transnacionales frente a las ONG medioambientales que actúan globalmente y los movimientos anti- o alter-globalización. Un marco de estudio más general plantea que las posibilidades de tomar decisiones soberanas locales y nacionales, sean nacionales o regionales, se han modificado considerablemente en las últimas décadas. La industria de pasta de papel —y los agronegocios en general—, que se ha globalizado rápidamente, plantea diversos retos para la toma de decisiones políticas en el ámbito nacional y regional de Latinoamérica. Las grandes empresas transnacionales (como Cargill, Monsanto y Sygenta) han penetrado de forma cada vez más rápida en el sector agroindustrial latinoamericano con cultivos de (la soja, el azúcar de caña, las especies manipuladas genéticamente, etc.) (Kröger, 2008; Giarracca, 2008; véase también Shiva, 2003). El eucalipto forma parte de este juego de poder agroindustrial global. De alguna forma la situación actual en Latinoamérica nos recuerda a las épocas en que multinacionales gigantes como la United Fruit Company hacían todo lo que querían, mientras que los gobiernos locales parecían títeres en sus manos (comp. Pakkasvirta, 1997).

⁴ Este artículo forma parte de un proyecto de investigación que se concentrará, desde una perspectiva comparativa e interdisciplinar, en la reacción de diversos actores/comunidades hacia los conflictos locales-globales. El estudio de caso es el conflicto económico, legal, ecológico, político y de medios de comunicación de masas de Fray Bentos, aunque también se analizarán de forma comparativa otros debates ecológicos latinoamericanos en curso.

Figura # 1:
Mapa conceptual de los actores que intervienen en el conflicto



Al elaborar modelos icónicos, es importante distinguir los discursos y los actores del conflicto —en la Figura 1 se representa un mapa de los actores (según Kosonen, 2008)⁵—. En un nivel empírico, por lo menos, se encuentran las siguientes entidades, descritas aquí como discursos, en el nivel local y en el global:

- El discurso ecológico (la contaminación, el área del río, el olor).
- El discurso sobre los lugares de trabajo (más para la industria y los servicios/menos para el turismo).
- El discurso de la tecnología de la celulosa/la pasta de papel (tecnologías de procesamiento).
- El discurso sobre el uso/precio de la tierra (el eucalipto frente a los cultivadores de soja).
- El discurso del libre comercio (la zona sin impuestos, “maquiladoras”).
- El discurso de las organizaciones internacionales (Mercosur, UE, ONU, el Tribunal de Justicia Internacional).
- El discurso del tamaño de la pastera (“lo grande es eficiente” frente a “lo pequeño es bonito”).
- Las creencias, originadas y alimentadas principalmente por los medios de comunicación.

⁵ En Finlandia, también Äkerman (2002; 2006), Myllylä (2007) y Väliverronen (1994) han analizado las prácticas de discurso y las posturas medioambientales de la industria finlandesa de pasta y de papel que actúa globalmente.

Al elaborar modelos icónicos es importante distinguir no sólo los discursos sino también los actores del conflicto. Hay muchos actores fundamentales tras los negocios de pasta de papel en Latinoamérica, y en otras partes:

- 1) los consultores (como la empresa Pöyry) son los ideólogos y los estrategas de las inversiones;
- 2) las empresas de pasta de papel y de papel (Aracruz, Botnia, etc.) realizan y territorializan los proyectos;
- 3) la industria química (BASF, Bayer, Kemira, etc.), empresas de maquinaria y equipamiento (como Metso) actúan como benefactores y motores impulsores;
- 4) los inversores (bancos gubernamentales y de negocios, bancos comerciales, oficinas de créditos a la exportación) proporcionan el capital necesario;
- 5) los gobiernos y los grupos de presión (Brasil, Uruguay, UE, Finlandia) desempeñan un importante papel de interconexión, y, por último,
- 6) los medios de comunicación y las instituciones de certificación e investigación justifican la cultura industrial en general (Kröger, 2007c; Carrere, 1998).

Los principales *actores que se oponen* a las empresas de pasta de papel (en Uruguay) son:

- 1) el movimiento argentino de Gualeguaychú y otros movimientos sociales locales;
- 2) algunas ONG medioambientales (aunque no todas; algunas no están contra las agroempresas de forma agresiva, pero tienen por objetivo que se elaboren normas, legislación y buenas prácticas empresariales);
- 3) los negocios de turismo local y regional, y algunos agricultores y pescadores locales;
- 4) el gobierno regional de Entre Ríos (al comienzo del conflicto), y
- 5) el gobierno argentino y el sector oficial (de forma no unánime).

Una hipótesis más general del proyecto de investigación afirma que las posibilidades de tomar decisiones de forma soberana, sean nacionales o regionales, han cambiado considerablemente durante las últimas décadas. Uno de los presupuestos fundamentales del proyecto es que la industria papelera que se globaliza rápidamente conlleva diversos retos para la toma de decisiones políticas regionales y nacionales en Latinoamérica. Me centraré especialmente en los cambios que se han producido en los conceptos de comunidad política y participación democrática; para lo que preguntaré cómo se pueden abrir los conflictos ideológicos globalizados a una política más democrática, y qué tipo de papel desempeñan los conflictos ecológicos (o conflictos locales-globales) en estos procesos. Desde el punto de vista metodológico, el proyecto contemplará el conflicto de Fray Bentos desde varios puntos de vista. He elaborado un modelo interdisciplinar o cadena conceptual para contextualizar el estudio. Es útil analizar el conflicto (de forma comparativa en Argentina, Uruguay y Finlandia) desde la perspectiva de las teorías del nacionalismo y de la política económica, utilizando las siguientes “entidades conceptuales”:

- La cultura/la religión/la tradición (lingüística, “étnica”).
- La región/el espacio/el área; los límites/las fronteras.
- El movimiento político/la ideología.
- El conflicto/la guerra.
- La época/el movimiento histórico
- El personalismo/el populismo.
- El nacionalismo frente a la integración.
- Los símbolos.

Desde este punto de vista, la importancia de la cultura y la tradición es evidente: Argentina y Uruguay comparten gran parte de su historia y múltiples experiencias, pero también existen diferencias nacionales fundamentales entre ellas. La *región* y el espacio en la zona del río son muy importantes; se trata de una zona de límites fronterizos que también está regulada por tratados nacionales y bilaterales —y, sin embargo, es compartida por la gente que vive en la región del río, a ambos lados del río, separada ahora por el bloqueo del puente—. Las ideologías políticas han desempeñado un papel significativo en el conflicto de la pastera: los movimientos locales de protesta encontraron un sólido apoyo en el pensamiento y la política peronista de ámbito regional y local. La *época* del conflicto estuvo marcada por las recientes experiencias de la historia económica argentina; la política argentina estaba todavía más preparada para las protestas que antes (debido a la crisis orgánica del capitalismo neoliberal argentino de los años 2001 y 2002). La relación entre *nacionalismo e integración* se reflejaba en los problemas que creó la pastera para el funcionamiento de la integración de Mercosur —los dos Estados miembros se atacaban en casi todos los escenarios internacionales—. Los símbolos del conflicto estaban presentes, por ejemplo, en los medios de comunicación locales, regionales, nacionales e internacionales.

Soy consciente de que el realismo crítico, presentado sucintamente más arriba, es un marco teórico bastante ambicioso para aplicarlo en este tipo de artículo sobre un estudio de caso. No obstante, creo que es imprescindible que el investigador ponga de manifiesto los puntos de partida ontológicos que utiliza y los mecanismos epistemológicos precisos tras los casos analizados. En el conflicto de la pastera de Fray Bentos estas interdependencias son la agroindustria global, los regímenes de poder locales, nacionales, regionales y transnacionales, y en mi caso particular las relaciones fundamentales entre los medios de comunicación y el poder. Aunque la parte empírica de la investigación consiste principalmente en la aplicación de la investigación retórica —se trata de desvelar las “cajas negras” de los estereotipos en “las historias de las noticias”— esta investigación del discurso se vincula con causalidades más complejas de las relaciones de poder globales.

CONCLUSIONES: LA RESPONSABILIDAD SOCIAL DE LAS EMPRESAS

Un punto de vista significativo del conflicto de la pastera de Fray Bentos procede de los debates sobre la Responsabilidad Social Corporativa (RSC). La Unión Europea define la RSC de la siguiente manera: “la responsabilidad social corporativa es un concepto por el que las compañías incluyen inquietudes medioambientales y sociales en las operaciones empresariales que realizan y cuando interactúan con las partes interesadas (*stakeholders*) de una forma voluntaria” (Comisión Europea, 2001). La RSC es una cuestión fundamental, especialmente en las empresas papeleras (en cuanto que son construcciones gigantescas que afectan al medioambiente y a la sociedad cercana). La RSC se ha ganado la reputación de ser una nueva forma de gobernanza de las empresas, entendida como “buena práctica”, pero al final depende de lo que eligen de forma activa los consumidores y los Estados. Ya se ha establecido en un contexto global, pues las directrices de la ONU y la OCDE y las convenciones de la OIT han establecido estándares de referencia internacionales. La RSC se aplica a una gran variedad de actividades de la empresa, especialmente de los negocios que operan transnacionalmente en distintos entornos medioambientales y sociales. Pero sigue siendo un sistema voluntario, y como tal, carece de criterios objetivos, coherentes y transparentes para que los trabajadores, los consumidores y otras partes interesadas midan el rendimiento de la empresa.

La responsabilidad social se ha convertido en una ventaja competitiva para muchas empresas: aunque optimicen su rentabilidad, las empresas se enfrentan a presiones cada vez mayores para que actúen de forma

responsable con las otras partes interesadas en sus negocios tanto en su propio país como en los otros países donde se establecen. Mientras que muchas empresas occidentales compiten por vender sus productos de forma rentable, muchas economías emergentes compiten por atraer inversiones hacia sí para estimular el crecimiento económico. En estos procesos la RSC se enfrenta a nuevos retos: la desigualdad en el desarrollo global de normas y leyes, las instituciones y redes formales e informales; así como la influencia de las culturas nacionales y muchas de las presiones de las múltiples partes interesadas. Las empresas tienen que lograr el equilibrio entre las demandas de las múltiples partes interesadas y actuar conforme a prácticas empresariales responsables (local y globalmente).

En muchas ocasiones se puede considerar que las prácticas de responsabilidad social no son nada más que intentos de llevar a cabo cambios cosméticos o de poca importancia para legitimar el poder empresarial que tienen actualmente los países ricos. Por otra parte, la introducción de valores distintos de la rentabilidad en la agenda de las empresas también puede politizar en parte las relaciones sociales, que demasiado a menudo se consideran exentas de política en las interpretaciones imperantes de la “economía”. Los medios de comunicación no prestan atención a esa perspectiva. La RSC también podría constituir una nueva herramienta para la solución de conflictos si se adopta culturalmente y con seriedad. La RSC podría ser una forma de evitar los estereotipos culturales y podría dar lugar a un entendimiento genuino entre diferentes actitudes. Desde este punto de vista, es interesante que las empresas transnacionales se hayan reunido con las ONG gestionadas más al estilo occidental en muchos niveles —son participantes destacados en seminarios de empresas—, pero cuando aumentan los conflictos reales en los países más pobres, los movimientos locales no son aceptados ni como participantes ni como iguales, sino que se les considera problemáticos, demasiado radicales o incluso peligrosos.

Las teorías modernas acerca de las partes interesadas en los negocios tienen una categoría de “partes interesadas peligrosas”. Estas se caracterizan por tener urgencia, pero no legitimidad. Se considera que son amenazas potenciales para las empresas y los directores. Entre los ejemplos de la conducta peligrosa de las partes interesadas están el sabotaje o las huelgas, motivo por el que es importante que los directores “distingan las partes interesadas peligrosas aunque se trate de una tarea desagradable” (Kosonen, 2008: 36). Es interesante que ni los medios de comunicación finlandeses, ni la Finlandia oficial ni Botnia hayan sido capaces de llevar a cabo esa tarea desagradable. Desde el punto de vista de la democracia participativa, resulta difícil trazar la línea entre actos peligrosos y actos políticos. El bloqueo del río puede considerarse un acto peligroso o de sabotaje, pero también se puede entender que es una forma por la que la gente activa políticamente pide tener un lugar en la mesa de negociaciones.

Desde el punto de vista de la solución de conflictos, el conflicto de la pastera en el río Uruguay refleja las complejas relaciones sociales que se pueden analizar de forma interesante con una lente interdisciplinaria y en un marco teórico de realismo crítico. La fábrica de Botnia ha estado produciendo pasta de papel desde Noviembre 2007. En el momento de escribir el artículo, primavera de 2008, los medios de comunicación finlandeses han dejado de interesarse por dar información sobre la empresa de Fray Bentos. Las cuestiones uruguayas y argentinas vuelven a ocupar lugares marginales en los medios de comunicación finlandeses. Asimismo, en Buenos Aires el conflicto se ha volatilizado de los periódicos diarios. Pero el conflicto sigue existiendo, y los habitantes de Gualaguaychú continúan en sus barricadas. Todavía queda mucho que aprender, no sólo por parte de los argentinos, finlandeses y uruguayos, sino también por parte de las empresas y de los activistas medioambientales.

FUENTES

Entrevistas:

- Sami Saarela, director de la pastera de Botnia de Fay Bentos, 23 de Julio de 2007
- Kaisu Annala, Marko Janhunen (Botnia, diversos, 2006-07)
- Residentes de Fray Bentos y Gualaguaychú, Mayo de 2007 *Survey and Interviews: Argentina/Uruguay*, Mayo de 2007.

Otros materiales (páginas web visitadas entre Junio y Agosto de 2008):

<http://www.cedha.org.ar/es/>
<http://cepi.org>
<http://www.corpwatch.org/article.php?id=13901>
<http://www.ifi-forestry.com/uruguay.html>
<http://web.worldbank.org/WBSITE/EXTERNAL/NEWS/>
<http://www.fao.org/>
<http://www.fao.org/foodclimate/conference/doclist/en/>
<http://www.fao.org/landandwater/agll/agromaps>
<http://www.oecd.org/>
<http://www.metsateollisuus.fi>
<http://www.myllykoski.com/>
<http://www.botnia.com/>
<http://www.storaenso.com/>
<http://www.upm-kymmene.com/>
[http://www.vatt.fi /](http://www.vatt.fi/)
[http://www.vtt.fi /](http://www.vtt.fi/)
<http://www.cifor.cgiar.org/>
<http://www.oecd.org/statsportal/>
http://www.science.gov/browse/w_105.htm
http://www.usa.gov/Citizen/Topics/Environment_Agriculture/Environment.shtml
<http://www.youtube.com/watch?v=252fe8UI-tk> (uruguayalainen tv-parodia)
<https://portal.mtt.fi/portal/page/portal/www>
<http://egresados.fcien.edu.uy/EstudioBOTNIA.pdf>
<http://www.metsabotnia.com/es/default.asp?path=284;439;440;813;833>
<http://blogi.greenpeace-online.net/tag/lula/>
<http://www.risiinfo.com>
<http://www.maaailma.net/tiedonhaku/latinalainenamerikkajakaribia/etelaamerikka/>
[http://www.maaailma.net/NoticiasAliadas, 14.4.2008](http://www.maaailma.net/NoticiasAliadas,14.4.2008)
<http://www.agribusinesscouncil.org/>
<http://www.agribusinessonline.com/>

BIBLIOGRAFÍA

About, Lucia, y Museri, Anabella (2007) “En caída libre. Del diferendo al conflicto”, en V. Palermo y C. Reboratti (comps.) *Del otro lado del río. Ambientalismo y política entre uruguayos y argentinos*, Buenos Aires, Edhasa, pp. 15-56.

Åkerman, Maria (2006) *Tiedon tuotannon käytännöt ja ympäristöpoliittinen toimijuus: rajaamisen ja yhdistämisen politiikkaa* (Acta Universitatis Tamperensis 1139), Tampere, Tampereen yliopisto ([Acta Electronica Universitatis Tamperensis; 513](#), Tampereen yliopisto).

— (2002) ”Mikä tekee ympäristöpoliittisesta toimijasta uskottavan? Retoriset tulkintakehykset ja materiaallinen todistusaineisto Indonesian metsänkäyttöä koskevassa konfliktissa”, *Alue ja ympäristö*, 31 (2), pp.37-47.

Armony, Ariel C., y Armony, Victor (2005) “Indictments, Myths, and Citizen Mobilization in Argentina: A Discourse Analysis”, *Latin American Politics & Society*, 47 (4), pp. 27-54.

Bhaskar, Roy (1986) *Scientific Realism and Human Emancipation*, Londres, Verso.

Burton, John W. (1972) *World Society*, Cambridge, Cambridge University Press.

Carrere, Ricardo (2008) “Metsäsektori edistää kehitystä: puuplantaaseja etelän maille”, en S. Teoksessa Kuvaja, M. Ulvila y T. Wallgren: *Tropiikin vihreä kulta. Pohjolan pojat Kaakkois-Aasian metsissä*, Helsinki, Like.

Comisión Europea (2001) *Commission Green Paper: Promoting a European Framework for Corporate Social Responsibility*, en http://ec.europa.eu/employment_social/soc-dial/csr/greenpaper_en.pdf (visitado el 10/11/2008).

Donner-Amnell, Jakob (1991) ”Metsäteollisuus yhteiskunnallisena kysymyksenä”, en I. Teoksessa Massa y R. Saarinen (toim.) *Ympäristökysymys. Ympäristökysymysten haaste yhteiskunnalle*, Helsinki, Gaudeamus.

— (2000) ”Suomen metsäteollisuuden muodonmuutos ? Kansainvälistymisen vaikutukset yhteiskunnan ja metsäyhtiöiden valintoihin”, *Alue ja Ympäristö* 29 (2), pp. 23-35.

Druckman, Daniel (2005) *Doing Research: Methods of Inquiry for Conflict Analysis*, Londres, Sage.

Faroppa, C., y Annala, Kaisu (2004) *EIA Summary*, Montevideo, Botnia S.A.

Fox, Elizabeth (ed.) (1988) *Media and Politics in Latin America: The Struggle for Democracy*, Londres/Newbury Park/Beverly Hills/Nueva Delhi, Sage Publications

Freire, Paulo (1972) *Pedagogy of the Oppressed*, Londres, Sheed and Ward.

Giarracca, Norma (2008) "The tragedy of development: disputes over natural resources in Argentina", *Sociedad* (Buenos Aires), 3, en <http://socialsciences.scielo.org/> (consultado el 10/12/2008).

Ikonen, Heikki, y Kivimäki, Antti (eds.) (2006) *Suuri harppaus - Miten kehitysmaiden talouskasvu vaikuttaa ympäristöön?*, Helsinki, Edita.

Jackson, Robert B.; Jobbágy, Esteban G.; Avissar, Roni; Roy, Somnath Baidya; Barrett, Damian J.; Cook, Charles W.; Farley, Kathleen A.; le Maitre, David C.; McCarl, Bruce A., y Murray, Brian C. (2005) "Trading Water for Carbon with Biological Carbon Sequestration", *Science*, 310 (5756), 23 de diciembre de 2005, pp. 1944-1947.

Jensen, Klaus, B. (ed.) (2002) *A Handbook of Media and Communication Research: Qualitative and Quantitative Methodologies*, Londres/Nueva York.

Jensen-Eriksen, Niklas (2007) *Läpimurto. Metsäteollisuus kasvun, integraation ja kylmän sodan Euroopassa 1950-1973*, Helsinki, SKS.

Kaakinen, Inka. (2007) "Kuinka kamikaze-mummo kesytetään", *Terra Geographical Journal* (Helsinki), 119 (2), pp. 143-146.

Kosonen, Galina (2008) *Pulp and Friction – Engaging with Stakeholders: A Case Study from Latin America*, Tesis de Máster sin publicar, Helsinki School of Economics, Department of Marketing and Management.

Kröger, Markus (2005) *The Intercultural Encounter between the Brazilian Landless Workers Movement (MST) and Veracel Celulose: A Power Analysis*, Tesis de Máster sin publicar, University of Helsinki, Latin American Studies / Intercultural Encounters.

— (2007a) "Uruguay ja Argentiinan sellutehdaskonflikti latinalaisamerikkalaisena maa- ja metsäkiistan", *Kosmopolis* (Helsinki), 37 (2), pp. 23-42.

— (2007b) "Botnian selluhanke on osa Etelä-Amerikan agrobisnestä", *Terra Geographical Journal* (Helsinki), 119 (2), pp. 142-144.

— (2007c) "Pulp Investments and Their Latin American Discontents", Ponencia presentada en la Sesión "Regional Conflicts and Natural Resources" de la *Latin American Studies Association LASA2007 Conference*, Montreal.

— (2008) "Agribisnes, agroekologia ja Latinalainen Amerikka", en <http://www.maailmantalous.net/?q=fi/node/325> (situado el 7/4/2008, visitado el 17/10/2008).

- Kunelius, Risto (2003) *Viestinnän vallassa. Johdatus joukkoviestinnän kysymyksiin*, Porvoo, WSOY.
- Lehtinen, A. (2007) “Kuinka kansainvälisestä kiistakapulasta tehdään metsäyhtiön malliesimerkki”, *Terra Geographical Journal* (Helsinki), 119 (2), pp.140-141.
- Levitsky, Steven, y Murillo, María M. (2005) *Argentine Democracy; The Politics of Institutional Weakness*. The Pennsylvania State University Press.
- Lucca, Juan, y Pinillos, Cintia (2007) “Avatares de la política entrerriana a propósito del conflicto de las papeleteras”, en V. Palermo y C. Reboratti (comps.): *Del otro lado del río. Ambientalismo y política entre uruguayos y argentinos*, Buenos Aires, Edhasa, pp. 149-166.
- Malamud, Carlos (2006) “Pulp mills divide the River Plate”, Madrid, Real Instituto Elcano (ARI 33/2006), en <http://www.realinstitutoelcano.org/analisis/944.asp> (situado el 4/4/2006, visitado el 12/09/2008).
- Miall, Hugh (2007) *Emergent Conflict and Peaceful Change*, Londres, Palgrave.
- Mikkeli, Heikki, y Pakkasvirta, Jussi (2007) *Tieteiden välissä? Johdatus monitieteisyyteen, tieteidenvälisyyteen ja poikkitieteisyyteen*, Helsinki, WSOY.
- Miller, Shawn W. (2007) *Environmental History of Latin America*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Myllylä, Susanna (2007) ”Alkuperäiskansojen kohtaaman katastrofin anatomiaa: Selluyhtiöiden yhteiskuntavastuu ja yritysetiikka Koillis-Brasiliassa”, *Kosmopolis* (Helsinki), Vol. 37: 4, pp.27-61.
- Nerone, John C. (ed.) (1995) *Last Rights: Revisiting Four Theories of the Press*, Urbana/Chicago, University of Illinois Press.
- Pakkasvirta, Jussi (1997) *¿Un continente, una nación? Intelectuales latinoamericanos, comunidad política y las revistas culturales en Costa Rica y en el Perú (1919-1930)* (The Finnish Academy of Science and Letters, 290) Helsinki, Gummerus.
- (2006) “Pulp Fiction ? tarinoita sellutehtaasta”, *Ulkopolitiikka* , No 4, pp. 46-50.
- (2007a) “Sellutehdas Etelä-Amerikassa on osa uudenlaista agrobisnestä”, *Helsingin Sanomat*, 27 de septiembre de 2007.
- (2007b) “Kansallinen Pulp Fiction kompuroi globaalissa taloustangossa”, *Terra Geographical Journal* (Helsinki), 119 (2), pp. 138-140.
- (2008) “From Pulp to Fiction. Fray Bentos Pulp Investment Conflict through the Finnish Media”, *Cooperation and Conflict*, 43 (4), pp. 421-446.

Palermo, Vicente, y Reboratti, Carlos (2007) *Del otro lado del río. Ambientalismo y política entre uruguayos y argentinos*, Buenos Aires, Edhasa.

Palermo, Vicente (2007) “Papeleras: sacando las castañas del fuego”, en V. Palermo y C. Reboratti (comps.): *Del otro lado del río. Ambientalismo y política entre uruguayos y argentinos*, Buenos Aires, Edhasa, pp. 187-239.

Patomäki, Heikki (2002) *After International Relations*, Londres, Routledge.

Ridell, Seija; Väliaho, Pasi, y Sihvonen, Tanja (eds.) (2006) *Mediaa käsittämässä*, Tampere, Vastapaino.

Riella, Alberto (coord.); Mauricio Tubío, Paola Mascheroni, Jessica Ramírez (2008) *El empleo rural en la empresa Metsä-Botnia*, Universidad de la República de Uruguay, Departamento de Sociología, en <http://www.sask.fi/media/2008/SelvitysTiivistelm%E4Espanol.pdf> (visitado el 23/07/2008).

Salmenkari, Taru (2007) “Direct Democracy in an Environmental Movement: Argentine Asambleas in the Uruguay River Pulp Mill Controversy”, *El Norte – Finnish Journal of Latin American Studies*, 2, en http://www.elnorte.fi/archive/2007-1/2007_2_elnorte_salmenkari.pdf (visitado el 13/07/2008).

Santos, Boaventura de Sousa (2002) *Towards a New Common Sense: Law, Globalization, and Emancipation*, Londres, Butterworths.

Shiva, Vandana (2003) *Cosecha robada: el secuestro del suministro mundial de alimentos*, Buenos Aires, Paidós.

Teubal, Miguel, y Rodríguez, Javier (2002) *Agro y alimentos en la globalización. Una perspectiva crítica*, Buenos Aires, La Colmena.

Teubal, Miguel (2004): “Rise and Collapse of Neo-liberalism in Argentina: the Role of Economic Groups”, *Journal of Developing Societies*, 20 (3-4), pp 173-188.

Töttö, Pertti (2005) *Syvälistä ja pinnallista. Teoria, empiria ja kausaalisuus sosiaalitutkimuksessa*, Tampere, Vastapaino.

Transparency International (2007) *Global Corruption Barometer 2007*, Berlín, Transparency International, Policy and Research Department, en http://www.transparency.org/policy_research/surveys_indices/gcb/2007 (situado el 06/12/2007, visitado el 06/06/2008).

Väliverroton, Esa (1994) “Tieteellistyminen ja asiantuntijavalta ympäristökeskustelussa”, *Alue ja Ympäristö*, 23 (2), pp. 46-52.

Pagina 126 en blanco

TAPAR

LA ACCIÓN DE LOS MOVIMIENTOS CONTESTATARIOS EN LOS CONFLICTOS SOCIOAMBIENTALES RELATIVOS A LA INDUSTRIA DE CELULOSA Y PAPEL EN AMÉRICA LATINA: PROPUESTA PARA LA CONSTRUCCIÓN DE UN MODELO ANALÍTICO¹

Andréa Cardoso Ventura y José Célio Silveira Andrade (Universidade Federal da Bahia)

Durante las últimas décadas el mundo asiste a una nueva ola de grandes cambios estructurales en diversos campos (económicos, sociales, culturales, tecnológicos...), denominado por muchos autores como “globalización”. A pesar de que no se puede negar su existencia (Bartelson, 2000), no hay consenso entre las diversas definiciones sobre este fenómeno de alteraciones en las relaciones en la escala internacional que, para algunos se trata de una novedad, mientras, para otros, se trata del desarrollo y expansión natural del capitalismo.

Para los que consideran la globalización como un nuevo fenómeno mundial, su origen estaría relacionado con la caída del Muro de Berlín, la caída del bloque soviético y el consiguiente final de la Guerra Fría (Echart et al, 2005). En este nuevo contexto, el capitalismo encuentra espacio para un crecimiento sin precedentes. La expansión de los mercados, la integración mundial de la economía a través de la producción, del comercio, de los flujos financieros, de la cultura, del capital simbólico y de la división internacional del trabajo son algunas de las características que pasan a converger en el escenario global. La acelerada integración mundial de las economías, sumada a la difusión tecnológica, las redes de información, las nuevas corrientes culturales, entre otros aspectos, llevan a importantes transformaciones en el campo de las Relaciones Internacionales.

A partir de los años 1970 una nueva ideología pasa a dominar el mundo. Las instituciones internacionales de *Breton Woods* asisten a transformaciones comandadas por el apareamiento de la denominada “nueva derecha”, capitaneada por la afirmación del *there is no alternative* (no hay alternativas). Hay una apuesta económica global para solucionar los problemas a través de privatizaciones, liberalizaciones y desregulaciones, suponiendo que los problemas y necesidades sociales no serían dados por el modelo del *welfare state*, sino por el propio mercado. En el ámbito internacional, la ideología neoliberal se extendería a través de los Planos de Ajuste Estructurales, promovidos por el Fondo Monetario Internacional (FMI) y por el Banco Mundial.

En la evolución del proceso de globalización, se verifica, todavía en la década de 1970, un importante incremento en la intensidad de las presiones ejercidas por actores de la sociedad civil. Se observa la organización de los individuos en torno a la defensa de intereses que ultrapasan las cuestiones relativas a la

¹Traducido del portugués por Breno Marqués Bringel.

clase social. Debates sobre género, etnias, medio ambiente y otros campos son incluidos en las luchas de los denominados “nuevos movimientos sociales” (Thomas, 2006), que tienen un papel fundamental en la conformación de la agenda de las naciones y de las empresas en todo el mundo.

En el año 1972, ya constatado la finitud de los recursos naturales, se celebra la Primera Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente Humano (CNUMA), en Estocolmo, considerada la precursora del debate contemporáneo y de las negociaciones sobre gobernanza ambiental global. Durante su realización, se evidencian, por primera vez, las consecuencias derivadas del patrón de crecimiento adoptado hasta aquel momento. La biosfera pasaba a ser vista como un objeto de política nacional e internacional, de gestión colectiva.

A partir de la década de 1980 se percibe que el nuevo modelo económico basado en el ideario neoliberal no era capaz de solventar los problemas existentes. La crisis económica vivenciada en la “década perdida” agravó todavía más la situación de los habitantes de los países pobres, que sufren con la distribución asimétrica de riquezas perpetuada por la globalización, encontrándose en una difícil situación, debido a la interrupción de servicios esenciales antes ofrecidos, aunque precariamente, por el Estado.

Las estrategias difundidas por el Consenso de Washington fomentaron la expansión de las empresas transnacionales y de los mercados de capitales, a la vez que redujeron el poder de acción de los Estados. Éstos pasan a gozar de menor autonomía en su política interior, fruto de su dependencia de las normas internacionales de regulación del mercado (Echart *et al*, 2005). Teniendo en cuenta este contexto, ya no es posible ignorar la presión ejercida por líderes políticos, intelectuales de la comunidad científica, ONG, actores que tenían pleno acceso a los medios, manteniendo las cuestiones ambientales a la vista de la población. Antes la política pasaba por los gobiernos, los partidos y por el sindicato. Ahora las fronteras son más porosas, hay múltiples actores y los territorios están menos definidos con el proceso continuo de desterritorialización y (re)territorialización.

Ahora el individuo, que actúa colectivamente a través de los movimientos sociales, debe ser visto como un actor político. El surgimiento de los nuevos actores que inciden en las relaciones internacionales es objeto de estudio de varios autores, como Rise-Kapem (1995), que afirma que las teorías convencionales que privilegian únicamente las cuestiones de Estado estarían segmentando la realidad y limitando la capacidad explicativa/interpretativa de las teorías de las relaciones internacionales. Para el autor, ese campo teórico, en la actualidad, incorpora al menos dos actores que van más allá de los gobiernos y las agencias intergubernamentales: las ONG internacionales y las empresas transnacionales. Se trata de una nueva realidad llamada por algunos “internacionalismo complejo”, y que permite amenazas y oportunidades para la actuación de personas comunes que se oponen el orden existente (Della Porta y Tarrow, 2005).

Hay una gran variedad de actores sociales que contestan el orden establecido. En este trabajo, nos centraremos en un actor específico del sistema-mundo contemporáneo: los movimientos sociales contestatarios de carácter ambientalista, que integran un movimiento de contestación transnacional más amplio también conocido como movimiento antiglobalización. No se puede negar el peso que ha adquirido en las últimas décadas, en el escenario internacional, las cuestiones ambientales de carácter

transnacional. Especial destaque debe ser dado a las discusiones sobre calentamiento global y sobre la constitución de lo que debería ser una posible solución para la problemática, el Protocolo de Kyoto. Se observan, en lo que se refiere a su creación y modelo de constitución, opiniones bastante diferentes y conflictivas. Una de las principales críticas presentadas por los actores contrarios a ese mecanismo de gobernanza ambiental global, que abarca la interacción entre empresas, sociedad civil y gobiernos de todo el mundo, es el modelo de desarrollo adoptado por el acuerdo y los beneficios que serían reportados a los países del Norte respecto a los del Sur (Ventura, 2008). Para los escépticos, la noción de desarrollo sostenible, considerada por el Protocolo de Kyoto como una de las condiciones básicas para la aprobación de proyectos de Mecanismo de Desarrollo Limpio (MDL), no es incorporada en su plenitud, alejándose de las dimensiones ambientales, económicas y sociales de los países en vías de desarrollo, proponentes y acogedores de esta iniciativa, a través de la supeditación a financiamientos oriundos de los países desarrollados.

Para Milani y Keraguel (2007), existe una discusión constante sobre el concepto de desarrollo sostenible en las críticas ambientalistas, y eso ocurre porque todavía no ha habido un reconocimiento de que el actual modelo de desarrollo es incapaz de solucionar los problemas sociales y ambientales que éste acarrea. Sin embargo, la actual crisis social y ambiental existente no podría ser identificada simplemente como resultado de la acción predatoria de los países del Norte, puesto que los sistemas económicos adoptados por los países del Sur también son responsables tanto por la degradación ambiental cuanto por el fracaso en satisfacer las necesidades de la mayoría de sus poblaciones.

Todavía según esos autores, los movimientos transnacionales traen a colación el debate sobre el desarrollo sostenible porque profundizan en el debate político existente sobre la propia definición de sustentabilidad, teniendo en cuenta sus diferentes contextos geográficos, culturales e históricos. La cuestión del desarrollo sostenible es incorporada, en particular, por los movimientos altermundialistas que, a través de una visión más crítica, discuten el propio modelo neoliberal, al que acusan de ignorar la diversidad y las características culturales e históricas de cada localidad (Milani y Keraguel, 2007).

En definitiva, en todas las cuestiones que envuelven el medio ambiente hay diferentes visiones sobre la forma como los recursos naturales son utilizados o tratados. Entendiendo el medio ambiente como un bien colectivo, cada uno de los actores en cuestión posee su propia interpretación de cómo debe ser gestionado, y en la disputa de intereses por el uso de este bien surgen los conflictos socioambientales (IBASE, 1995). Éstos pueden ser definidos, según Little (2001), como disputas entre grupos sociales que mantienen diferentes tipos de relaciones con su medio natural.

Es necesario tener en cuenta que pensar en posibles soluciones para los problemas ambientales pasa por discutir el propio modo de organización de la sociedad. Desde los primordios de las sociedades humanas, los grupos sociales organizan y estructuran su supervivencia teniendo como referente básico sus relaciones con la naturaleza. “El medio ambiente es, por lo tanto, la base natural sobre la cual se estructuran las sociedades humanas para sobrevivir” (Scotto, 1997:10).

No obstante, las personas utilizan los recursos naturales de manera muy diversa, basadas en intereses individuales o colectivos. De ahí emergen también los conflictos ambientales. De acuerdo con Acsehrad

(2004), todos los objetos del ambiente, incluso las prácticas sociales desarrolladas en los territorios y los usos y sentidos atribuidos al medio, interactúan y se conectan material y socialmente. Dado que en su proceso de reproducción las sociedades se enfrentan con diferentes proyectos de uso y significación de sus recursos ambientales, se concluye que dicho uso está sujeto a conflictos entre diferentes proyectos, intenciones y fines. El autor afirma que, según esta perspectiva, “la cuestión ambiental es intrínsecamente conflictiva” (Acselrad, 2004: 8). Esta lógica también es planteada por Scotto (1997), cuando afirma que habitualmente los intereses económicos de las actividades se sobreponen a los intereses de las poblaciones locales. Según esta autora, “la degradación del medio ambiente es el resultado de un tipo de modelo económico en el que las políticas ambientales están subordinadas a determinados intereses que, en su gran mayoría, van en contra de los intereses de las poblaciones que realmente son afectadas por el problema ambiental” (Scotto, 1997:19).

Asumiendo lo expuesto, es imposible no pensar en los conflictos de intereses y el uso de apropiación de los recursos naturales existentes entre las empresas transnacionales y los actores sociales relacionados, directa o indirectamente, con sus prácticas. Es evidente el conflicto de percepciones entre los argumentos utilizados por las grandes corporaciones internacionales, provenientes en la mayoría de los casos del Norte, en pro de su instalación en los países más pobres, y los movimientos sociales que tratan de manifestar su oposición a la implementación de esos proyectos.

Se puede observar, dentro del movimiento contestatario transnacional de cuño ambientalista, algunos temas y actividades que reciben mayor destaque, entre ellos: los alimentos transgénicos, las grandes presas, los biocombustibles y las grandes plantaciones forestales, en particular las de eucalipto. Esta última actividad está intrínsecamente conectada a otra también muy criticada: la industria de celulosa y papel.

Según la ONG alemana Urgewald, muy crítica respecto a esta actividad industrial, “la industria de celulosa y papel lleva a serios problemas ambientales, estando entre las industrias más contaminantes del mundo” (Urgewald, 2007: 6). La organización realizó un estudio en siete países (Australia, Brasil, China, Indonesia, Laos, Sudáfrica y Uruguay) para analizar cuál es el impacto de las grandes industrias de bosques plantados en el suministro de agua de las comunidades locales, llegando a conclusiones sobre la relación entre la sustitución de los bosques por monocultura, el incremento de la pobreza en las zonas rurales y los escasos puestos de trabajo generados. Asimismo, se analizó el consumo de grandes cantidades de energía por las industrias de celulosa, lo que permitió ver cómo dichas industrias esparcen contaminación en el aire y en el agua².

La mayoría de las críticas del movimiento ambientalista ligadas a este sector se refieren a los impactos sociales y ambientales causados por las grandes plantaciones que abastecen esas fábricas, puesto que muchas de ellas siguen utilizando la madera nativa como materia prima, sobre todo en Indonesia. Las críticas a las grandes extensiones de monocultivo son amparadas por varias organizaciones, universidades y colectivos. En América Latina, las principales críticas a las grandes plantaciones forestales son realizadas por el World Rainforest Movement (WRM), ONG con sede en Uruguay.

² Los resultados de estas investigaciones están plasmados en el documento *Banks, Pulp and People: A primer on upcoming international pulp projects*.

Es importante señalar que los siete países investigados por la ONG Urgewald se encuentran en el hemisferio Sur, siendo que cinco de ellos son considerados “en desarrollo” o “subdesarrollados”. De estos cinco países, dos de ellos (Brasil y Uruguay) se encuentran en América Latina. Ambos países son citados por Urgewald (2007) como lugares con fuerte incidencia de conflictos sociales vinculados a la industria de la celulosa y sus plantaciones. Y precisamente en Uruguay se encuentra el escenario de mayor protesta contra las industrias de celulosa en el mundo: el conflicto que se da en el puente internacional entre Gualeguaychú (Argentina) y Fray Bentos (Uruguay), donde pasa el río Uruguay. En 2007, 130 mil personas protestaron contra la instalación de dos fábricas de celulosa, Botnia (Metsa-Botnia y UPM, de Finlandia) y Ence (de España), localizadas en el lado uruguayo del río Uruguay. La crítica de los movimientos sociales a las industrias de celulosa ha desatado el mayor conflicto diplomático ya enfrentado entre Argentina y Uruguay. Entre las dos fábricas producirían 1.5 mil millones de toneladas de celulosa al año, destinadas en su totalidad a la exportación. Como otro dato añadido, los propietarios de Botnia facturan anualmente, sólo con productos de celulosa, papel y derivados, el doble del PIB uruguayo.

Si consideramos la importancia estratégica de América Latina para los planes de expansión de la industria de la celulosa y del papel en los próximos años (Urgewald, 2007), y la considerable ocurrencia de conflictos socioambientales y de acciones contestatarias contrarias a este sector industrial, tanto en Brasil como en Uruguay, los autores de este trabajo han optado por llevar a cabo una investigación para profundizar en el conocimiento de la situación existente. El estudio está siendo realizado en el ámbito del Máster Virtual en Estudios Contemporáneos de América Latina, proyecto interinstitucional multi/transdisciplinar de cooperación académica entre universidades europeas y latinoamericanas.

En este capítulo se pretende presentar a los lectores una propuesta de modelo analítico, para su discusión y perfeccionamiento, que va a ser utilizado en la tesis de maestría de Andrea Cardoso Ventura que tiene como *objeto de estudio la acción contestataria de los nuevos movimientos sociales ambientalistas contra las industrias de celulosa y papel en América Latina*. Se ha optado, como estrategia metodológica, por la utilización de un estudio de caso sobre los conflictos socioambientales relativos a la implantación de Botnia en Uruguay, teniendo en cuenta que se trata de uno de los episodios de esta naturaleza de mayor repercusión en el mundo.

Se establece así el siguiente *problema de investigación*: ¿Cuáles son las principales características de la acción contestataria del movimiento social ambientalista en los conflictos socioambientales relativos a la instalación de la industria de celulosa finlandesa Botnia en Uruguay?

El objetivo central de la investigación es realizar un análisis crítico de los principales conflictos socioambientales relativos a Botnia, describiendo las características centrales de la acción contestataria utilizada por el movimiento social ambientalista contrario a su instalación en Uruguay.

Lograr el objetivo propuesto y la respuesta al problema de investigación planteado depende, intrínsecamente, de la construcción de un modelo analítico que pueda sistematizar los principales abordajes teóricos existentes sobre el tema, así como elegir indicadores eficaces acordes con las categorías que se pretende analizar. En este sentido, tras la realización de una investigación inicial, se han delimitado los principales conceptos que compondrán el modelo analítico a ser construido: 1) los conflictos socioambientales, y 2) los movimientos sociales contestatarios.

Con el objetivo de ofrecer al lector una comprensión adecuada del modelo analítico en construcción, en lo que sigue procederemos a la contextualización teórica de ambos conceptos. Tras esa tarea, será realizada una breve presentación del caso Botnia y de las críticas a su instalación en Uruguay para, a modo de conclusión, presentar una primera propuesta de modelo analítico a ser utilizado en la tesis de maestría en elaboración.

1. ELECCIONES TEÓRICO-CONCEPTUALES PARA LA CONSTRUCCIÓN DE UN MODELO DE ANÁLISIS

1.1. Conflictos socioambientales

Existe una fuerte tendencia en pensar el ambiente ceñido a la óptica biológica, considerando sólo los aspectos de flora y fauna. Sin embargo, también hay que pensar la naturaleza como morada de la especie humana, donde todos comparten la propiedad del aire y de las aguas, con un uso colectivo. Todos deberían así tener el usufructo de los recursos naturales en condiciones de igualdad. Sin embargo, cada individuo o grupo social utiliza esos recursos según sus intereses y necesidades, lo que puede llevar a varios conflictos. Así es como Scotto afirma que “dentro del campo de las luchas sociales, encontramos conflictos entre personas y grupos de intereses divergentes que disputan por el acceso a los recursos naturales y por la gestión del medio ambiente” (1997: 1).

Scotto (1997) afirma que, muchas veces, un único individuo o empresa tiene el poder de alterar las condiciones de uso de bienes indispensables a la supervivencia de las personas. Hay sociedades enteras que dependen, de diferentes maneras, del uso y apropiación de los recursos existentes en la naturaleza. Como afirma Acsehrad (2004), hay una relación íntima e indisoluble entre sociedad y medio ambiente. Esa relación es defendida, según el autor, desde la perspectiva de las ciencias sociales críticas. Para los adeptos de esa corriente, “los objetos que constituyen el ‘ambiente’ no son reductibles a meras cantidades de materia y energía pues éstos son culturales e históricos: para las comunidades indígenas, los ríos no tienen el mismo sentido que para las empresas generadoras de hidroelectricidad [...]” (Acsehrad, 2004: 7).

Para este autor, todos los objetos del ambiente, entre ellos las prácticas sociales desarrolladas en los territorios y también los usos y sentidos atribuidos al medio, interactúan y se conectan material y socialmente. Y dado que en su proceso de reproducción, las sociedades se encuentran con diferentes proyectos de uso y significación de sus recursos naturales, se concluye que el uso de éstos está sujeto a conflictos entre distintos proyectos, intenciones y finalidades.

Para Le Prestre “el medio ambiente es más que la naturaleza. Es también una aprehensión del mundo, un producto cultural y un campo de acción económico, político y social” (2000: 16-17). El autor afirma que los problemas ambientales existen porque impactan en ciertos grupos o actores. De este modo, la definición de los problemas dependerá de factores de carácter geográfico, demográfico, histórico, cultural, religioso, científico, económico o político. Habría una determinación en el plano interno de cada sociedad, en función de sus valores y prioridades, de los costes económicos y sociales de las medidas de prevención, contrapuestos a los costes futuros de una degradación ambiental. La misma lógica podría ser aplicada en el plano internacional, donde las soluciones predicadas por cada actor reflejarían una tendencia de universalización, tanto en términos de cultura política, como de tradiciones administrativas o de experiencias nacionales.

Le Prestre entiende que “problemas ambientales implican conflictos simultáneamente inevitables y normales” (2000: 28). Eso sucede porque las cuestiones ambientales ponen en cuestión las opciones realizadas por sociedades anteriores o incluso la noción de desarrollo. Para el autor, esos conflictos se presentan de formas variadas y se manifiestan tanto en la identificación de los problemas y de las soluciones, como en la forma de utilización de los recursos naturales, y también pueden crear disputas de jurisdicción entre instituciones administrativas y sociales. En el ámbito de un mismo país se pueden trazar disputas entre unidades administrativas con diferentes intereses o bien entre agentes ejecutivos de las administraciones y los agentes de proyectos de ONG, o de proyectos autónomos. Por otro lado, en el plano internacional, el autor destaca que esos conflictos se manifiestan sobre todo entre organizaciones internacionales (OIG), las ONG, las empresas y los Estados, aunque también se puede dar entre todos esos actores. Se observa, de este modo, la necesidad de mejoría del sistema de gobernanza ambiental vigente, tratando de armonizar el interés de los actores sociales implicados. En las últimas décadas se observa también la emergencia de otro actor con gran peso en los conflictos socioambientales locales, regionales, nacionales e internacionales, y con creciente importancia en el escenario político mundial: los movimientos sociales contestatarios.

1.2. Movimientos de acción contestataria

El término “movimiento social” se acuñó alrededor de 1840 para definir el creciente movimiento obrero europeo articulado en partidos políticos y sindicatos. En este periodo, las movilizaciones giraban en torno a dos ejes centrales: por un lado, el diagnóstico de la existencia de una opresión contra la cual había que luchar y, por otro lado, la idea de construcción de una nueva sociedad como proyecto político (Thomas, 2006).

A principios de la década de 1980 era habitual la interpretación de movimiento social como “una acción grupal para la transformación, centrada en la realización de objetivos comunes, bajo una orientación más o menos cociente de principios valorativos comunes y bajo una organización directiva más o menos definida” (Scherer-Warren, 1987: 20, *apud* Thomas, 2006). De este modo, los individuos identificarían a aquellos que compartían los mismos intereses de clase. Sin embargo, este concepto de movimiento social se considera ya superado, puesto que el énfasis en las clases sociales y la determinación del hombre según el lugar que ocupa en la esfera productiva son condiciones insuficientes para explicar las crecientes movilizaciones que surgen a partir de la década de 1970 (Gohn, 2003; 2004). De forma paulatina, se incrementan las tensiones en torno a los debates sobre género, etnias, medio ambiente y otros campos, con lo que los conflictos pasaban a ser analizados no sólo desde una esfera económica.

Se elabora una serie de nuevos conceptos sobre movimientos sociales, entre los cuales destacamos el de Gohn (2004: 251), para quien los movimientos sociales son “acciones sociopolíticas construidas por actores sociales colectivos pertenecientes a diferentes clases y camadas sociales, articuladas en determinados escenarios de la coyuntura socioeconómica y política de un país, creando un campo político de fuerza social en la sociedad civil”. Según la autora, el desarrollo de la identidad entre los actores sociales se da en el proceso de articulación de las acciones colectivas. Esta identidad es creada a partir de valores culturales y políticos compartidos por el grupo y que posibilitan el surgimiento de un sentimiento de pertenencia social.

En el seno de estas acciones colectivas es donde se encuentran los movimientos sociales que se organizan para reaccionar contra los cambios de poder establecidos. También se observa una ampliación en la actuación de esos movimientos, que pasan a incorporar una mirada más global sobre los problemas existentes. Esto sucede cuando la voz de los países en vías de desarrollo empieza a llegar al Norte a través de diferentes conferencias internacionales. La crisis democrática, causada por el aumento del poder de las empresas transnacionales y por el descenso de poder de los Estados nacionales, “empuja a los movimientos y a las organizaciones sociales a unirse y tejer redes a través de Internet” (Echart *et al*, 2005: 33).

El desarrollo de herramientas tecnológicas, cuyo exponente máximo es Internet, viene causando una compresión entre tiempo y espacio. Informaciones sobre qué está pasando en todo el mundo pueden ser recibidas en cualquier lugar del globo casi de forma instantánea. De este modo, los actores pasan a percibir que las consecuencias del neoliberalismo, que avanza en un ritmo vertiginoso, son iguales en todo el mundo, y que los problemas del Norte y del Sur están interrelacionados: “Frente a la globalización económica, surge la globalización social, en búsqueda de una auténtica democracia y una mayor participación de la sociedad” (Echart *et al*, 2005: 34).

Pero el mismo desarrollo tecnológico que acerca a los actores sociales en sus luchas contra las desigualdades, permite también que las empresas construyan ventajas competitivas que permiten un desplazamiento más fácil entre países. El desplazamiento de empresas del Norte al Sur, anteriormente basado sólo por la búsqueda de ventajas comparativas, se amplía hacia la construcción de ventajas competitivas a través del desarrollo de innovaciones tecnológicas de producción que permitan a las empresas no sólo operar, sino también ser competitiva en cualquier lugar del mundo subdesarrollado.

Las protestas internacionales en pro de una nueva realidad social se darían bajo la forma de “acciones colectivas transnacionales”, es decir, campañas coordinadas internacionalmente por redes de activismo contra actores internacionales como Estados o instituciones internacionales. Para Della Porta y Tarrow (2005), es posible identificar tres importantes procesos de transnacionalización de la acción de los movimientos sociales: el primero, la difusión, representada por la propagación de ideas, prácticas y organización del movimiento de un país a otro; el segundo, la domesticación, traducida por la verificación exhaustiva de los conflictos internos que tienen origen externo; y el tercero, la externalización, que significa el desafío de intervención de las instituciones supranacionales en los conflictos domésticos.

Los estudios organizados por Della Porta y Tarrow (2005) indican, además, que las acciones de contestación transnacional no están organizadas en exclusiva en torno a organizaciones y movimientos sociales internacionales. También están enraizadas a nivel local y nacional, incorporando varios niveles de gobernanza. Para los autores, las movilizaciones transnacionales crean lazos entre diferentes actores sociales y políticos. La interacción no se daría solamente entre poblaciones locales e internacionales del movimiento, sino que habría coaliciones que involucran a foros de grupos locales y alteraciones en el formato de los conflictos políticos nacionales.

Según Echart *et al* (2005), las acciones de contestación transnacional realizadas por el movimiento antiglobalización se oponen a las consecuencias más nefastas de la globalización, a los problemas que requieren atención de la sociedad internacional. Citando a Esther Barbé (2003), las autoras indican la existencia de tres agendas internacionales interdependientes para el marco de las protestas: la militar, la económica y la global. En esta última, que es en la que los movimientos lograron una mayor influencia a través de su participación en conferencias y foros internacionales, estarían reunidos todos los temas importantes para la comunidad global que no pueden ser gestionados por las vías estatales clásicas, como por ejemplo los derechos humanos, el medio ambiente, el hambre y la gobernabilidad.

En lo que se refiere a nuestro objeto de estudio, es destacable que las cuestiones ligadas al medio ambiente se incluyen en el repertorio temático de los movimientos antiglobalización o alterglobalización. Los movimientos de contestación de cuño ambientalista surgen en un contexto de conturbaciones políticas, económicas y sociales. Para Leis (2002), lo distintivo de este movimiento reside en su enorme capacidad de captar adeptos en todos los espacios de la sociedad y en todas las sociedades. A su vez, Castells (1999) enaltece al movimiento ambientalista por su destacada posición y capacidad de impactar en los valores culturales y en las instituciones societarias, lo que contribuye a que varios actores incluyan en sus discursos la temática ambiental.

Según alerta Porto Gonçalves (1980, *apud* Waldman, 1990), cuando se quiere analizar la destrucción medioambiental, hay que recordar que el carácter privado de la propiedad en el régimen capitalista determina una apropiación privada de la naturaleza, en las escalas local, nacional y, debido a la existencia de una división internacional del trabajo, mundial. En este sentido, la discusión sobre la cuestión ambiental no puede excluir el carácter político, económico, social e ideológico relacionado con ésta, ni tampoco la forma de apropiación y gestión de los recursos naturales, por lo que resulta imprescindible la discusión sobre el modelo de desarrollo adoptado por la humanidad.

Para Waldman (1990), en los países subdesarrollados, el movimiento ecológico enfrenta desafíos cualitativamente diferentes de los que caracterizan a los países desarrollados. Ello se explicaría debido a que, en esta parte del mundo, se daría el mayor número de crímenes ecológicos, resultantes de la asociación entre las burguesías “nacionales” de estos países con el gran capital internacional. Tales proyectos se vinculan a redes a través de las cuales los países desarrollados saquean los recursos naturales del Tercer Mundo.

2. CONOCIENDO BOTNIA, CORPORACIÓN TRANSNACIONAL BLANCO DE PROTESTAS SOCIOAMBIENTALES

Como ya se ha adelantado, en Uruguay se encuentra una de las mayores protestas contra industrias de la celulosa y el papel en el mundo. En sus primeros pasos, la lucha se fraguó en contra de la construcción de dos fábricas de celulosas localizadas al margen del Río Uruguay. No obstante, frente las fuertes presiones sufridas, en diciembre de 2006, Ence optó por cambiar la localización prevista inicialmente, trasladando la fábrica a las proximidades del Río de la Plata, también en Uruguay. De este modo, la atención de la investigación de maestría ya mencionada tiene como objetivo analizar solamente los conflictos socioambientales relativos al caso Botnia.

Botnia S.A. es una empresa de capital de origen finlandesa, productora de celulosa a base de eucalipto. Según Pakkasvirta (2008), la decisión de construir una fábrica de la empresa en Uruguay surge en la década de 1990, cuando la compañía finlandesa de plantaciones forestales y papel UPM llevó a cabo algunos estudios sobre el cultivo de eucalipto en Uruguay. En un primer momento, la idea era utilizar las ventajas del rápido crecimiento de los árboles en Uruguay para trasportarlos posteriormente a Europa. Los planes sufrieron alteraciones considerables en 2003 a partir de cambios internos de los socios/propietarios de la empresa. En 2003, la empresa, que ya era propietaria del 47% del *holding* Botnia, inició el proyecto de inversiones en Fray Bentos en Uruguay, controlando el 12,4% del proyecto. Las demás propietarias son Botnia (82,1%) y Metsäliitto (5,5%). Según Pakkasvirta (2008), si consideramos la participación directa e indirecta de la UPM, ésta es la propietaria mayoritaria de Botnia S.A. en el país. Sin embargo, el conflicto es difundido en sus relaciones con Botnia, empresa que da nombre a la filial uruguaya y la responsable de su construcción, estimada, de acuerdo con la propia empresa, en 1.200 mil millones de dólares (Botnia, 2008).

La elección de Fray Bentos, en la frontera con Argentina, está directamente relacionada a la cercanía de los cultivos forestales de crecimiento rápido de eucalipto, y con la facilidad de comercializar la producción (alrededor de un millón de toneladas al año), que es vendida principalmente a fabricantes de papel de China y Europa. Además, Botnia ya disponía de una empresa subsidiaria en Uruguay, Foresta Oriental, con experiencia en cultivo de eucaliptos. En la actualidad, esa empresa es la tercera mayor propietaria de plantaciones de eucalipto en el país (Botnia, 2008) y es considerada un excelente ejemplo de las subvenciones³ concedidas a la industria de celulosa por las instituciones internacionales. Gran parte del financiamiento para la fábrica de Botnia en Uruguay viene de instituciones públicas, como *International Finance Corporation* (IFC), *Multilateral Investment Guarantee Agency*, *Finnvera* (agencia de créditos para la exportación finlandesa) y el *Nordic Investment Bank*. Cálculos de la WRM (2003, *apud* Urgewald, 2007) demuestran que, en el año 2000, el gobierno uruguayo concedió más de 400 millones de dólares en subvenciones directas e indirectas para la industria de plantaciones de eucalipto.

Hasta la llegada de Botnia, Uruguay no poseía una producción significativa de celulosa. Sin embargo, inversiones en investigación forestal internacional, y la construcción de un entramado legal e institucional, entre otros factores, están permitiendo que el país se torne “el más prometedor, entre los países latinoamericanos, para la industria del eucalipto y la celulosa” (Pakkasvirta, 2008: 8).

Asimismo, es importante señalar que Botnia-Uruguay está desarrollando uno de los tres únicos proyectos de MDL ya aprobados por la ONU en el país (proyectos que, como se ha adelantado, son uno de los temas más conflictivos de la gobernanza ambiental global en la actualidad). En realidad, se trata de uno de los países latinoamericanos con menor número de proyectos registrados junto a la *United Nations Framework Convention on Climate Change* (UNFCCC). En octubre de 2008, América Latina y el Caribe poseían 374 proyectos registrados, de un total de 1170, representado 32% del montante total. En la región, la mayoría de los proyectos aprobados se encuentran en Brasil, 145, y México, 106 (UNFCCC, 2008).

³ Botnia fue construida en una zona exenta de impuestos. Antes de su implantación, el gobierno uruguayo firmó un convenio con el gobierno finlandés que, en realidad, es un acuerdo con la propia empresa. Entre los términos del acuerdo se encuentra la previsión de que el gobierno uruguayo indemnice a Botnia en el supuesto de daños causados por disturbios o desorden (Urgewald, 2007).

3. LA CONSTRUCCIÓN DE UN MODELO ANALÍTICO PARA EL CASO BOTNIA

Para la comprensión de la acción contestataria realizada por el movimiento social ambientalista frente a los conflictos socioambientales contrarios a la implantación de Botnia en Uruguay, estamos construyendo un modelo de análisis que abarque las principales referencias teórico-conceptuales discutidas hasta el momento, definiendo, en cada una de ellas, las categorías analíticas y los indicadores que serán utilizados. El objetivo principal del modelo en construcción es dotar el trabajo de un cuadro teórico-conceptual estructurado para un análisis más atinado del objeto empírico investigado: Botnia.

No se pretende llegar a un esquema genérico y normativo, adaptable a toda y cualquier situación de conflictos socioambientales. Lo que se busca es la elaboración de un cuadro teórico-conceptual que sirva como guión para las actividades de la investigación empírica que será realizada por Andrea Cardoso Ventura en su tesis de Maestría en Estudios Contemporáneos de América Latina, posibilitando alcanzar el objetivo general y logrando, al final, una respuesta fidedigna a la cuestión/problema de investigación.

Se reconoce que el tema en cuestión permite diversas miradas y abordajes. No obstante, el modelo de análisis aquí propuesto entiende que la observación de los actores sociales involucrados en un conflicto socioambiental, su lógica de acción, su forma de contestación, es fundamental para el entendimiento no sólo del conflicto propiamente dicho, sino de la complejidad y finalidad de la acción contestataria realizada. Este análisis, que tiene como eje principal a los actores políticos implicados en la conflictiva cuestión de las industrias de celulosa y papel, deberá permitir un mejor entendimiento de la situación/problema existente entre dos de los principales actores no-estatales del nuevo orden mundial: las empresas y los movimientos sociales contestatarios. En la Figura 1, en base a todo esto, se presenta el esquema analítico.

Figura # 1:
Esquema analítico de la actuación de los
movimientos sociales en los conflictos socioambientales

CONCEPTO	CATEGORÍAS ANALÍTICAS	INDICADORES
Conflictos Socioambientales	Intereses implicados	<ul style="list-style-type: none"> ● Argumentos/discursos favorables y en contra del proyecto. ● Caracterización de las situaciones-problemas enfrentados.
	Actores estratégicos	<ul style="list-style-type: none"> ● Roles de los principales actores estratégicos.. ● Lógicas de acción en juego.
Movimientos Sociales de Contestación	Composición	<ul style="list-style-type: none"> ● Caracterización de los individuos y organizaciones integrantes. ● Origen/localización geográfica de los integrantes.
	Foco de actuación	<ul style="list-style-type: none"> ● Tipo de acción contestataria desarrollada. ● Objeto(s)-blanco de la contestación. ● Formas de expresión de la contestación.

Fuente: Elaboración de los autores

La obtención de informaciones que posibiliten verificar cada uno de los indicadores establecidos requerirá el análisis de diversos documentos institucionales tanto de Botnia cuanto de las actividades del movimiento contestatario. Por ejemplo, entre otros materiales se investigará a través de panfletos, páginas web, artículos publicados en prensa, manifiestos publicados, videos disponibles en Internet, etc. Además, serán realizadas entrevistas semi-estructuradas con algunos de los actores estratégicos implicados en el conflicto socioambiental en cuestión.

CONSIDERACIONES FINALES

Según lo explicado en este capítulo, la globalización, en sus varias dimensiones, viene impactando fuertemente en las relaciones políticas, sociales, económicas y culturales de los países de todo el mundo. En este contexto, nuevos actores sociales pasan a conquistar cada vez más espacio en las decisiones de la gobernanza mundial. Además de los Estados, actores como las organizaciones internacionales, las ONG, las grandes corporaciones internacionales y los movimientos sociales transnacionales se ven forzados a dialogar sobre problemáticas que van más allá de las fronteras de lo nacional. Las discusiones sobre cuestiones ambientales son uno de los ejemplos incorporados a esa nueva agenda mundial, de la que también hacen parte relaciones de género, etnia, derechos humanos, entre otras.

Sin embargo, si consideramos el estado crítico de los problemas ambientales enfrentados por la humanidad en la actualidad, como es el caso del calentamiento global, se observa un incremento del reconocimiento de la importancia y necesidad de que sean discutidas alternativas de desarrollo para la humanidad. Ello abarca, necesariamente, a individuos y organizaciones de todo el mundo, tanto del Norte como del Sur, que poseen relaciones diferenciadas con las formas de uso y apropiación de los recursos naturales, lo que acarrea conflictos socioambientales de diferentes calados.

Se ha propuesto, en el presente capítulo, la elaboración de un modelo de análisis que permita evaluar de manera más adecuada uno de los principales conflictos socioambientales existentes en América Latina, que implica a las grandes corporaciones transnacionales de producción de celulosa y papel y a los movimientos sociales transnacionales. Conscientes de las limitaciones existentes en la propuesta planteada, e imbuidos del deseo de mejorarla, con el objetivo de disponer de un guión que permita responder a la cuestión/problema planteada, invitamos a todos los lectores a que realicen una reflexión sobre el tema, incorporando posibles contribuciones. Se espera que, profundizando en los estudios sobre este conflicto socioambiental, se pueda contribuir a la reflexión y al fortalecimiento de la gobernanza ambiental global y también a la búsqueda de soluciones y alternativas para la sostenibilidad de la humanidad y de todo el planeta.

BIBLIOGRAFÍA

Acsehrad, Henri (org.) (2004) *Conflitos ambientais no Brasil*, Rio de Janeiro, Relume Dumará / Fundação Heinrich Boll.

Bartelson, Jens (2000) “Three Concepts of Globalization”, *International Sociology*, vol. 15, n.º 2, pp. 180-196.

Botnia (2008) Fray Bentos Pulp Mill. *Project Overview*, en <http://www.botnia.com/en/default.asp?path=204,1490,1494> (visitado el 01/10/2008).

Castells, Manuel (1999) “O Verdejar do Ser: o movimento ambientalista”, en M. Castells: *O Poder da identidade*, São Paulo, Paz e Terra (vol. 2 de *A Era da Informação: economia, sociedade e cultura*).

Della Porta, Donatella y Tarrow, Sidney (2005) “Transnational Processes and Social Activism: An Introduction”, en D. Della Porta y S. Tarrow (eds.): *Transnational Protest and Global Activism*, New York/Toronto/Oxford, Rowman and Littlefield Publishers.

Echart, Enara; López, Sara, y Orozco, Kamala (2005) *Origen, protestas y propuestas del movimiento antiglobalización*, Madrid, Catarata / Instituto Universitario de Desarrollo y Cooperación.

Gohn, Maria da Glória (2004) *Teorias dos Movimentos Sociais: paradigmas clássicos e contemporâneos*, São Paulo, Edições Loyola.

— (2003) “Movimentos Sociais na Atualidade: manifestações e categorias analíticas”, en M. Gohn: *Movimentos Sociais no Início do Século XXI: antigos e novos atores sociais*, Petrópolis (RJ), Vozes.

Instituto Brasileiro de Análises Sociais e Econômicas (IBASE) (1995) *Conflitos sociais e meio ambiente: desafios políticos e conceituais*, Rio de Janeiro, IBASE.

Leis, Heitor (2002) “Ambientalismo: um projeto realista-utópico para a política mundial”, en E. Viola y H. Leis (orgs.): *Meio ambiente, desenvolvimento e cidadania: desafios para as ciências sociais*, São Paulo / Florianópolis, Cortez / UFSC.

Le Prestre, Phillip (2000) *Ecopolítica internacional*, São Paulo, Editora SENAC (trad. al portugués de J. Gorender).

Little, Paul Elliot (2001) “Os conflitos socioambientais: um campo de estudo e de ação política”, en M. Bursztyn (coord.): *A difícil sustentabilidade*, Rio de Janeiro, Garamond Universitária.

Milani, Carlos R. S., y Keraguel, C. (2007) “The International Agenda for Sustainable Development:

International Contestatory Movements”, en S. Thoyer y B. Martimort (org.): *Participation for Sustainability in Trade*, Londres, Ashgate Publishers, vol. 1, pp. 93-109.

Pakkasvirta, Jussi (2008) “From Pulp to Fiction? Fray Bentos Pulp Investment Conflict through the Finnish Media”, *Cooperation & Conflict*, Londres, vol. 43, n°. 4, pp. 421-446.

Risse-Kappen, Thomas (ed.) (1995) *Bringing Transnational Relations Back in Non-state Actors, Domestic Structures and International Institutions*, Cambridge, Cambridge University Press.

Scotto, Gabriela (org.) (1997) *Conflitos ambientais no Brasil: natureza para todos ou somente para alguns?*, Rio de Janeiro, IBASE.

Thomas, Elizabeth M. B. (2006) *A Natureza das Relações entre ONGs Ambientalistas Baianas e o Poder Público Estatal: O Caso do Grupo Ambientalista*, Tesis de Maestría en Administración, Universidad Federal de Bahia (UFBA).

Urgewald (2007) *Banks, Pulp and People: A primer on upcoming international pulp projects*, en <http://www.pulpmillwatch.org/> (visitado el 15/07/2008).

United Nations Framework Convention on Climate Changes (UNFCCC) (2008) *Clean Development Mechanisms (CDM) Statistics*, en <http://cdm.unfccc.int/Statistics/index.html> (visitado el 01/10/2008).

Ventura, Andréa Cardoso (2008) *Mecanismo de Desenvolvimento Limpo (MDL): uma análise da regulação de conflitos socioambientais do Projeto Plantar*, Tesis de Maestría en Administración, Universidad Federal de Bahía (UFBA).

Wallerstein, Immanuel (2000) “Globalization or the age of transition? A long-term view of the trajectory of world system”, *International Sociology*, vol.15, n°.2, pp. 249-265.

Waldman, Mauricio (1990) *Coletânea Hidrelétricas, Ecologia e Progresso - Contribuições para um Debate*, Rio de Janeiro, Centro Ecumênico de Documentação e Informação.

CONOCER AMÉRICA LATINA: APORTES DESDE LA LITERATURA Y LOS ESTUDIOS LITERARIOS (GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ: CÓMO UN BUEN DÍA LA FÁBULA SE HACE HISTORIA)

Maria Fernanda de Abreu (Universidade Nova de Lisboa)

Para los que trabajamos en el ámbito de los estudios literarios, no nos cabe la menor duda de cuánto éstos han contribuido a determinados tipos de conocimiento de América Latina. De hecho, de forma análoga y correlativa a cómo, a lo largo de los siglos, la literatura ha contribuido a determinados tipos de representación de la región.

De todos modos, no quiero dejar de recordar el reconocimiento hecho por uno de los directores de esta Escuela —el Profesor Jussi Pakkasvirta— quién, en el volumen anterior publicado por el Proyecto Amelat XXI, en su ensayo sobre, precisamente, “Interdisciplinaridad, teoría y métodos en los estudios latinoamericanos”, al hablar de la importancia de “las discusiones recientes latinoamericanistas postcoloniales” como un importante intento “de describir los contenidos de estudios latinoamericanos”, escribía:

Aunque los “Estudios Latinoamericanos” incluyen ciertamente la sociología, la politología, la historia, la antropología y últimamente también los estudios culturales, fue precisamente en los departamentos de lengua y literatura donde empezó a discutirse por primera vez el problema de la poscolonialidad (Pakkasvirta, 2008: 179).

De hecho, bastaría recordar la importancia que han venido cobrando las propuestas teóricas y metodológicas de E. Said, hechas a partir de sus estudios de literatura comparada, o el tan exitoso “*nation and narration*”, donde el concepto de “narratividad” es el soporte de la construcción teórica y conceptual e instrumento fundamental de la tarea descriptiva. O, también, y son tan sólo dos entre muchos más, los nombres de T. Todorov y de Walter D. Mignolo, procedentes del ámbito de los estudios literarios y formados en el análisis literario, a quienes vemos cómo intentan contarnos hoy —y demostrarnos— “una historia de cómo América Latina llegó a ser”.

Son cada vez más los ejemplos de ensayos procedentes de los estudios literarios comparatísticos cuyo objetivo es contribuir al conocimiento del modo como las hermenéuticas construidas a partir de aportes de los estudios literarios pueden contribuir a un mejor conocimiento de América Latina. Así, uno que me gustaría destacar es el trabajo desarrollado por Doris Sommer plasmado en su libro *Foundational Fictions - The National Romances of Latin America* (1991), ya traducido tanto al español como al portugués (Argentina y Brasil) que bien muestra, a través del análisis de novelas fundamentalmente del siglo XIX —la novela romántica, histórica o no— el papel que éstas tuvieron en la construcción de las identidades y de las naciones de sus respectivos países.

Por fin, señalo el libro *As Raízes e o Labirinto da América Latina* del brasileño Silviano Santiago (2006), considerado como uno de los más importantes pensadores de Brasil y de América Latina: novelista, poeta, ensayista y profesor en universidades de Estados Unidos y Francia, además de brasileñas. Se trata de un libro fundamental para la interpretación de las construcciones identitarias de los pueblos del continente americano, a través de la lectura contrastiva de dos clásicos latino-americanos: *Raízes do Brasil*, del brasileño Sérgio Buarque de Holanda (1936) y *El Laberinto de la Soledad*, del mexicano Octavio Paz (1950).

Decide el autor, asimismo, “*acolher uma terceira interpretação da América Latina*”, de los años 1980, la del estadounidense Richard M. Morse, *Prospero’s Mirror: A Study in New World Dialectics*, y al hacerlo, Silviano Santiago integra en su corpus de reflexión contrastiva el confronto entre una Anglo-América y una Ibero-América, así designadas por aquél (en la traducción brasileña citada por Silviano Santiago).

Le importa no sólo destacar los aportes de los dos “clásicos” (el brasileño, historiador; el mexicano, poeta) para el entendimiento de las identidades latino-americanas sino también, y mucho, mostrar la importancia de la literatura en la construcción de sus discursos interpretativos e, igualmente, la de la lectura y sus modos en la comprensión de aquellos textos y, por extensión, en la de aquellas identidades. Una metodología que, en su caso, recurre, como instrumento de análisis y actitud teórica, a las propuestas hermenéuticas de Foucault y Derrida.

Estudiosos de las situaciones coloniales y poscoloniales, no solo de las latino-americanas sino también de las africanas, reconocen que la “metodología de la lectura” de Silviano Santiago y los instrumentos teóricos producidos por sus reflexiones resultan particularmente fértiles y operativos en este campo, sobre todo cuando se trata de mirar de un modo diferente aquellas situaciones y de identificar nuevos valores.

Dirigidas directamente —y, ante todo, con el objetivo de crear aquí un espacio de debate— a los estudiantes de esta Escuela de Verano, en fase de elaboración de sus tesis de estudios contemporáneos de América Latina, las reflexiones que propongo aquí buscan tan sólo traer a este forum algunos conceptos e instrumentos de análisis que, salidos de los estudios literarios o ampliamente usados por ellos, han probado ya su operatividad y rentabilidad en el *conocimiento* que ahora se busca: el de América Latina¹.

1. LOS ESTUDIOS LITERARIOS Y LOS ESTUDIOS LATINOAMERICANISTAS

Por supuesto que debemos considerar lo que es imprescindible para que el análisis de un *corpus* literario y a través de instrumentos del análisis literario sea provechoso para los estudios latinoamericanistas. Y en este punto recurro, de nuevo, al ya referido ensayo de Jussi Pakkasvirta por la inequívoca claridad de su exposición:

¹ Dejo, por ahora, a un lado el concepto mismo de “América Latina” ya que éste no se enuncia como problemático o cuestionable en el trabajo que se viene desarrollando en el programa, pero estoy segura de que alguno de mis colegas lo hará, o, por lo menos, es ese mi deseo.

¿Cómo se define en la actualidad el perfil de los estudios latinoamericanos? En breves palabras, podemos decir que, por ejemplo, el análisis literario de la obra de Mario Vargas Llosa, con las teorías lingüísticas y de la literatura, no pertenece a la “disciplina” de estudios latinoamericanos. Pero, si la investigación sobre la obra de Vargas Llosa está contextualizada en la política peruana o en los problemas ambientales del Amazonas *descritos en sus trabajos*, y la investigación tiene un carácter interdisciplinario (con metodologías y teorías de varias disciplinas), podemos afirmar que la investigación sí pertenece a la rama de los estudios latinoamericanos. *Especialmente importantes son las preguntas de investigación y el enfoque cultural y regional propuesto en la investigación* (Pakkasvirta, 2008: 180, el énfasis es mío).

He subrayado en el texto algunos elementos que ahora retomo. En primer lugar, el que se refiere a la *descripción* de problemas de la región en un texto. El analista ha de tener absolutamente en cuenta si se trata de un discurso literario, que su autor presenta como tal, y no, por ejemplo, como un discurso científico o ensayístico. Si es así, y siguiendo el ejemplo propuesto, hemos de tener en cuenta que la opción de género discursivo hecha por el escritor condiciona de forma decisiva no sólo lo que se está designando aquí como *descripción* sino todos los elementos que conforman ese texto y que, en el caso de una novela, está sometida, de forma avasalladora, a la representación ficcional y a su correspondiente dicción. (El estudio de caso que, más adelante, presento a partir de *Cien años de soledad* aclarará, de forma inequívoca, espero, esta cuestión.) Precisamente, Vargas Llosa, a veces también ensayista, nos ayuda a plantear la diferencia entre el recurso a uno u otro tipo de discurso y los modos de representación que conlleva una u otra opción.

En el ámbito de la novela o del cuento, por ejemplo, modos, como se sabe, intrínsecamente narrativos, se puede echar mano de todo un aparato conceptual y metodológico, por cierto a veces originario de otras disciplinas como la filosofía, la lingüística o la antropología, pero ampliamente experimentados en el análisis literario. Por supuesto, fundamental es el papel de la “narratividad”, concepto más amplio que el de “narración”, en los estudios del “ordenamiento” del cosmos, de la constitución del ser humano, de las sociedades, de la historia, de las identidades regionales o nacionales y, entre otros factores, de los mitos fundacionales que sustentan esas construcciones. No viene solo de los estudios literarios el concepto de “narratividad” pero creo que éstos han enriquecido su operatividad con una larga práctica analítica que busca las características y los modos de constitución de aquella narratividad y su articulación con las nociones de espacio y tiempo.

En otro plano, que algunos consideran esencialmente técnico-descriptivo, destaco tan solo algunos conceptos que creo muy útiles para el trabajo que pretendemos desarrollar aquí: los conceptos de “perspectiva” o “punto de vista”; el de “destinatario” y el de “efecto de real” que se pretende producir con una determinada representación. Asimismo, conviene al lector tener en cuenta las funciones del lenguaje ya que la informativa va modulada por, entre otras, la afectiva o la poética. Y, finalmente, lo último que es realmente lo primero: entre los muchos factores que determinan una enunciación y su correspondiente dicción, ha de observarse el lugar (científico, ideológico, político, religioso, ético, regional u otro) a partir del cual habla el escritor y la dimensión pragmática y persuasiva de dicha enunciación.

No hay, en efecto, lenguaje neutro o “limpio” sino que todo él está cargado de historia, memoria, intenciones, etc. Por ejemplo, algo que puede parecer tan “inofensivo” como la descripción del paisaje en los primeros cronistas de “Las Indias” y en las relaciones de viajes tenía, muchas veces, la intención de mostrar a los reyes el interés de explotación económica de la región.

Otro “peligro” hacia el cual me gustaría llamar la atención en los estudios latinoamericanistas es, precisamente, el del “punto de vista” eurocéntrico. No me cabe la menor duda de que la mayor parte de los que estamos aquí, trabajamos, más o menos conscientemente, incluso los latinoamericanos, a partir de teorías científicas o comportamientos vitales eurocéntricos o descendientes de aquéllas y de éstos.

Las representaciones son eurocéntricas —conformadas por la lengua en la cual se dicen y por las cosmovisiones y mentalidades de quienes las producen— aún cuando sus intenciones sean explícitamente de denunciar, por ejemplo, las atrocidades cometidas por los europeos sobre los pueblos americanos o africanos. Así, las literaturas del siglo XIX llamadas occidentales —y, en particular, las románticas que lucharon con los medios de los que disponían contra la esclavitud y las xenofobias— están llenas de textos “en defensa” de los pueblos americanos: novelas, crónicas, cuentos, poemas, obras de teatro, textos más o menos literario-panfletarios. Algo similar ocurría en mucha de la literatura que se escribía en América, en español o portugués. En un libro que edité no hace mucho, integrado en una red de estudios sobre la mujer en América Latina, con aportes desde distintos ámbitos (desde lo historiográfico y sociológico hasta el de la crítica literaria) se da cuenta de algunos de esos comportamientos. Por ejemplo, de cómo muchos de esos escritores filonegros o filoindios “mostraron” o “contaron” en sus novelas el modo cómo los conquistadores y colonizadores habían utilizado a las mujeres como instrumentos de “evangelización” de los demás miembros de sus mismas comunidades². Sin embargo, hasta la novela indigenista, considerada por alguno “como un tesoro inestimable” para los sociólogos, y un instrumento de “descubrimiento de las identidades indígenas”, acabó siendo acusada por otros de satisfacer una “curiosidad exótica” y, de, al contrario, contribuir al refuerzo de los prejuicios.

No hace mucho, en un coloquio sobre “los nuevos realismos”, que se realizó en Rio de Janeiro, a propósito de la aplicación de la designación “realismo mágico”, producida en Europa para un determinado tipo de arte europeo, a todo un conjunto de producción literaria americana y caribeña, tuve ocasión de explicitar algunas reservas que ahora repito. Por detrás de aquella designación está la necesidad de “obedecer” a un concepto de “verosimilitud” que desde hace veinte siglos atraviesa las llamadas “culturas occidentales” y en el cual los realismos programáticos, a veces sustentados por teorías positivistas, han venido basándose, inculcando en muchos ambientes de reflexión académica y científica visiones estrechas que nos han limitado y conformado la percepción de “otras” realidades y, asimismo, la evaluación, específicamente estética, de muchas excelentes prácticas artísticas. Para poder entenderlas y aceptarlas se inventaron, entre otras, designaciones como “realismo mágico”, “fantástico”, “sobrenatural”.

² Así se muestra en mi “*Olha que coisa mais linda!* No todas las mujeres son chicas de Ipanema” o en el trabajo de Luisa Trías Folch, “A condição da mulher entre os indígenas do Brasil: ‘Informação dos Casamentos dos Índios’ do Padre José de Anchieta” (Abreu, 2003).

La literatura latinoamericana ha sido, a mi juicio, una de las más claras víctimas de este comportamiento. Y si es cierto que esa “especificidad” le abrió las puertas de las academias y de los lectores europeos, no es menos cierto que la etiqueta, de origen europeo —o, quizás aún más rigurosamente, centroeuropeo, es decir, de una Europa de la cual se excluye la Península Ibérica— nos puede limitar o impedir ver lo que de las tierras y las gentes americanas hay realmente en ese modo llamado de “mágico” o “maravilloso”. García Márquez, por ejemplo, transmitirá insistentemente y en varias formas la idea de que el escritor latinoamericano y caribeño no necesita inventar nada o muy poco; al contrario, su problema consiste en conseguir “hacer creíble” la realidad de sus tierras y gentes, eso que enuncia como “el difícil problema de que nos crean”:

En América Latina y el Caribe, los artistas han tenido que inventar muy poco, y tal vez su problema ha sido el contrario: hacer creíble su realidad. Siempre fue así desde nuestros orígenes históricos, hasta el punto de que no hay en nuestra literatura escritores menos creíbles y al mismo tiempo más apegados a la realidad que nuestros cronistas de Indias (García Márquez, 1998a).

Se trata, pues, no de un problema de *mimesis* o de representación —de verosimilitud, diría yo— sino de construcción de credibilidad, ese eslabón indispensable en cualquier pacto de comunicación estética y, en particular, ficcional. Pues bien. Uno de los factores determinantes en la construcción de este eslabón son las palabras.

Y henos aquí. “Con las palabras hemos topado”. O la piedra en medio del camino, digo, parafraseando un poeta brasileño. Y es que es precisamente con ellas, las palabras, cómo se hace el camino de la dicción de la realidad, sea la que sea. Escuchemos, de nuevo, a García Márquez (1998): “Un problema muy serio que nuestra realidad desmesurada plantea a la literatura es el de la insuficiencia de palabras. [...]. De modo que sería necesario crear todo un sistema de palabras nuevas para el tamaño de nuestra realidad”. En fin, resume él en subtítulo: “Una realidad que no cabe en el idioma”. Recordemos: se trata éste de un idioma europeo, forjado en el extremo occidental de la Península Ibérica, entre capas superpuestas de fenicio, latín y árabe.

De la literatura y de los estudios literarios nos viene, pues, esta actitud tan elemental y tan fundacional: la atención a las *palabras*, ya que con ellas se forjan realidades, identidades, naciones. O lo que les da el ser: las representaciones que las ponen de pie, las dan a ver y las transmiten.

Vuelvo a la descripción de los problemas de una región en un texto literario. Es también Pakkasvirta quien afirma, en el ensayo ya citado: “por lo menos a partir del Boom, la literatura sigue siendo considerada en los Estados Unidos (y también en Europa) como el producto cultural latinoamericano *par excellence*, aún a pesar de la gran popularidad que empiezan a tener otras mercancías de exportación [...]” (2008: 180).

Si esto es así, y lo es efectivamente, es bueno que los estudiosos de América Latina tengan en cuenta algo tan obvio y, sin embargo, con tanta frecuencia olvidado por otras disciplinas y sus análisis: si las *palabras* son el instrumento primordial de aquellos que, a través del discurso literario, nos dan a conocer América Latina parece importante que consideremos los aportes que, desde la lingüística y los estudios

literarios, nos llegan para el estudio de la *palabra literaria*, esa a la que el escritor recurre —y que, en el caso de los mayores, con ese objetivo inventa y “manipula”— para representar y dar a conocer la tierra y las gentes americanas.

Hemos escuchado antes a García Márquez. Escuchemos ahora a Juan Rulfo —con quien, de hecho, aquél confiesa haber aprendido a escribir— el cual nos refiere las mismas dificultades señaladas por el autor de *Cien años de soledad*. En entrevista a un español estudioso de su obra (grabada el 30 de Abril de 1983 en Madrid, posiblemente cuándo se desplazó allí para recibir el Premio Príncipe de Asturias que le fue concedido ese mismo año), se queja de que el Diccionario de la Real Academia Española haya eliminado o considere como arcaísmos palabras que aún se encontraban registradas en el Diccionario de Covarrubias (*Tesoro de la lengua castellana o española*, 1611), palabras que necesita porque forman parte del mundo que quiere representar (Rulfo, 2004 [1955]: 247- 253). Diez años antes, en otra entrevista (esta vez respondida por escrito y publicada en México) cuando le preguntaron si “podría dar una idea de cómo llegó a encontrar la manera de escribir *Pedro Páramo*”, contestó Rulfo:

Pues en primer lugar, fue una búsqueda de estilo. Tenía yo los personajes y el ambiente. Estaba familiarizado con esa región del país, donde había pasado la infancia, y tenía muy ahondadas esas situaciones. Pero no encontraba un modo de expresarlas. Entonces simplemente lo intenté hacer con el lenguaje que yo había oído de mi gente, de la gente de mi pueblo. Había hecho otros intentos —de tipo lingüístico— que habían fracasado [...]. Eran incomprensibles en el contexto del ambiente donde yo me había desarrollado. Entonces, el sistema aplicado finalmente, primero en los cuentos, después en la novela, fue utilizar el lenguaje del pueblo, el lenguaje hablado que yo había oído de mis mayores, y que sigue vivo hasta hoy (Sommers, 1973: vi-vii).

Con esas palabras, con la eliminación “de cualquier divagación” y de las “intromisiones del narrador” —eliminación ésta que lo condujo a reducir las páginas de su libro a más de la mitad—, según reveló, llegó Rulfo a “dar la realidad” de una tierra, de unas gentes, de “un pueblo” muerto, muerta la tierra y muerta la gente: “es un pueblo muerto donde no viven más que ánimas, donde todos los personajes están muertos, y aun quien narra está muerto”.

Eliminó también los límites entre espacio y tiempo, y al hacerlo, rompía con el anterior realismo de las narrativas de la revolución mexicana, regionalista, folclorista e indigenista, en nombre de otro realismo, el de la Muerte: “Los muertos no tienen tiempo ni espacio. No se mueven en el tiempo ni en el espacio”. Rechazó la autobiografía o la biografía e *imaginó* personajes “simplemente porque los personajes conocidos no me dan la realidad que necesito, y que me dan los personajes imaginados.” Personajes imaginados, que sueñan y tienen alucinaciones. Eliminó la linealidad y la secuencialidad porque “los hechos humanos no siempre se dan en secuencia”.

Así, recuperar, programáticamente, *la imaginación* y servirse de ella para representar la realidad es una de las más grandes conquistas que los modos realistas le deben a Rulfo. Para Andrés Amorós, es este “el

profundo realismo”, aquel que no se limita a ser documento sino una vía para alcanzar los estratos más profundos de la realidad: “la imaginación como vía indispensable para alcanzar la auténtica realidad, falseada por los naturalismos superficiales”³.

También con este tipo de escritura realista construyó Rulfo, según Carlos Fuentes, una inequívoca dimensión épica y mítica en la reescritura de la memoria fundacional americana y de las imágenes que la conforman:

Imaginar América, contar el Nuevo Mundo, no sólo como extensión sino como historia. Decir que el mundo no ha terminado porque es no sólo un espacio limitado, sino un tiempo sin límite. La creación de esta *cronotopía* —tiempo y espacio— americana ha sido lo propio de la narrativa en lengua española de nuestro hemisferio. *La transformación del espacio en tiempo*: transformación de la selva de *La vorágine* en la historia de *Los pasos perdidos* y la fundación de *Cien años de soledad*. Tiempo del espacio que los contiene a todos en *El Aleph* y espacio del tiempo urbano en *Rayuela*. [...] Para Juan Rulfo la cronotopía americana, el encuentro de tiempo y espacio, no es río ni selva ni ciudad ni espejo: es una tumba. Y allí, desde la muerte, Juan Rulfo activa, regenera y hace contemporáneas las categorías de nuestra fundación americana: la epopeya y el mito (Fuentes, 1990: 150).

También mucho se ha escrito sobre el papel de la literatura en América Latina como vehículo privilegiado para dar a conocer la realidad social y política, ocultada por gobiernos autoritarios y dictaduras, una “literatura comprometida” a la que Vargas Llosa llama “un sucedáneo”, cuando habla de “El ejercicio de la vocación literaria en América Latina”. Al estudiar la obra y trayectoria de José María Arguedas, que se suicidó en Lima, a finales de noviembre de 1969, reconociendo en él a alguien que entregó “a la posteridad la imagen de un creador afectado hasta la inmolación por los problemas de su país”, escribe:

La generación literaria de Arguedas fue la última, en América Latina, en adoptar, del principio al fin de su trayectoria, una visión de la literatura en la que lo social prevalecía sobre lo artístico y en cierto modo lo determinaba y para la que era poco menos que inconcebible que un escritor desligara su trabajo de una actitud —o, al menos, de cierta mímica— revolucionaria. [...] Así, la literatura pasó a relevar a otras disciplinas como medio de investigación de la realidad y como instrumento de crítica y agitación (Vargas Llosa, 1996: 16 y ss.).

En el estudio que presento a continuación, análisis del caso concreto de un episodio histórico relatado por García Márquez, veremos cómo la representación literaria y la elaboración de la memoria se articulan para construir la Historia⁴.

³ Desarrollo este análisis y recojo algunos pasajes de mi “Les mères mortes: (geo)graphies du réel, de La Mancha à Comala”, versión francesa, en publicación, de una ponencia anterior (Abreu, 2006)

⁴ Versión castellana de comunicación anterior (Abreu, 2004).

2. NACIÓN Y NARRACIÓN. ¿CÓMO ESCRIBIMOS LA HISTORIA? LA MANIPULACIÓN DE LA MEMORIA: UN ESTUDIO DE CASO

2.1. *La matanza y los datos*

Empecemos casi por el final. Cerca de treinta años después de haber publicado *Cien años de soledad*, le cuenta García Márquez a una interlocutora:

¿Quieres que te diga una cosa? *Cien años de soledad* es ficción de la primera a la última página, pero desde hace años los maestros de literatura, los turistas y no pocos lectores han adoptado la costumbre de ir a Aracataca —el pueblo donde nací—, a ver con sus propios ojos cómo es Macondo. Y lo exploran concienzudamente, hasta el punto de que han encontrado el árbol donde amarraron al Coronel Aureliano Buendía y el jardín desde donde Remedios subió al cielo. Fíjate en las vueltas que da la vida. Hay niños en el pueblo que no habían nacido cuando la novela se publicó, y que por supuesto no la han leído nunca, pero constantemente están oyendo hablar de ella a los visitantes y a algunos vecinos... Pues bien, esos niños, con un entusiasmo digno de mejor causa, se lanzan a cazar turistas en la estación de autobuses de Aracataca: “Vengan a ver la casa de Remedios”, les dicen, “yo los llevo a ver el árbol del Coronel Buendía”... De más está decir que de las casas y los árboles de mi infancia no queda ni la sombra, pero no importa, nobleza obliga. Otro ejemplo, más drástico aún: el de la masacre de las bananeras. Eso de la gente que se reunió en la plaza y no aceptó el ultimátum del ejército (García Márquez, 1998b: 112-114).

De las informaciones que, al continuar la conversación con su interlocutora, nos proporciona el escritor, paso a hacer un resumen, destacando los elementos y palabras a las que él mismo recurre. Me interesan unos y otras para la reflexión que a continuación quiero proponer. Considerando, desde luego, que el análisis de este “cuento” de García Márquez bien merece ser tratado más hondamente —con más tiempo, espacio y argumentación— me limitaré a tan solo algunas observaciones, que son las que me parecen más inmediatamente provechosas con relación a la perspectiva teórica que me orienta y a la propuesta metodológica presentada desde el inicio.

Resumo, pues, y sintetizo:

- el episodio real (histórico) tuvo lugar el año mismo del nacimiento del escritor;
- éste creció, dice, oyendo hablar del “drama” y se fue haciendo “una imagen” de todo aquello;
- un buen día, cuando quiso reconstruir el episodio, con el fin de integrarlo en la novela, se dio cuenta de que “no tenía ninguna información documental”, “ningún dato fidedigno sobre la matanza”;
- empezó, entonces, a investigar intentando encontrar datos. Al final de dicha investigación le quedaba “una sola duda”: “¿Los muertos habían sido tres o siete?” Y piensa, muy razonablemente que, teniendo en cuenta el tamaño de la “placita” donde se habían reunido los trabajadores y el movimiento sindical de la época, “no debieron ser más de tres o siete, efectivamente”.

Transcribo, una vez más:

Pero yo ya tenía escritas las dos terceras partes del libro y me dije que en una historia donde la gente sube al cielo y hace cosas semejantes, no tenía sentido meter *sesenta* personas en una placita y ocasionarles tres muertos. Así que lo que hice fue llenar de gente una plaza enorme y disparar a mansalva y ocasionar *tres mil* muertos, una verdadera masacre, a la altura de la novela.

Y explica más el autor: a la posible verdad de los hechos ocurridos aquel año de su nacimiento viene a sobreponerse, prioritariamente, la “verdad” de su novela: el tren que pasaba por la aldea tenía en su libro doscientos vagones, los cuales, “después de la masacre, tenían que llenarse de muertos —para echarlos al mar, como bananos podridos—”; necesitaba, pues, por lo menos trescientos muertos para poder rellenar los vagones.

¿Menos verdadera, así, su historia? No, de ningún modo. Se trataba, tan solo, de otra verdad, como oiremos a continuación:

¿Qué pretendía yo, con esa manipulación? ¿Documentar la matanza de las bananeras? No. *Lo que yo quería era trasladar al espacio imaginario de Cien años de soledad el impacto que la evocación de ese suceso había producido en mí cuando yo era niño* (el énfasis es mío).

El escritor cuenta todo esto en el contexto de un taller de guión que está desarrollando con un grupo donde el objetivo declarado de trabajo es aprender “cómo se arma un relato”, “cómo se cuenta un cuento”: en este sentido la cuestión es la de saber si lo que se cuenta y cómo se cuenta es verosímil o no, si el espectador puede llegar a creerlo o no. El ejemplo del relato de la masacre le sirve para revelar el procedimiento de reconstrucción que guió su labor de escritura, un procedimiento donde, claramente y ante todo y también sin cualquier atisbo de “mala conciencia”, una “verdad poética” se sobrepone a una posible verdad factual. El concepto de “verdad poética” lo usa él en oposición a lo que llama “una pura invención retórica”.

Nos encontramos, a continuación, y como consecuencia de ello, con un “resultado” de aquella construcción (“manipulación”) en el ejemplo que, de nuevo, él mismo nos proporciona:

Resulta que en uno de los aniversarios del episodio de las bananeras, el senador de la región hizo un discurso en el Congreso protestando porque no se conmemoraba como era debido aquella fecha histórica, “la tragedia donde tres mil compatriotas sacrificaron sus vidas en aras de...”, etcétera, etcétera. Y cuando yo abro el periódico y leo aquello, me digo: “Esto ya es el despelote”.

El “despelote” será inmenso pero, siguiendo reflexionando sobre ello, el escritor se hace consciente de la importancia de todo el procedimiento ficcional y de su recepción y termina exclamando algo que quiero destacar:

Lo lindo es ver cómo la ficción puede llegar a suplantar la realidad, cómo un buen día la fábula se hace Historia (García Márquez, 1998b: 114, el énfasis es mío).

2.2. Los recuerdos y la memoria

Me he alargado en esta fase de la descripción del texto. Lo he hecho porque es precisamente a partir de los datos que aquí recogí y he señalado cómo propongo que observemos el modo cómo la ficción se legitima y historiciza en García Márquez.

En el mismo paso de la conversación, explica el modo cómo evoca aquel acontecimiento, afirmando lo siguiente: “*Previamente la memoria colectiva había pasado el hecho a mi memoria, y ahora yo podía evocarlo, exagerándolo, como si lo hubiera vivido*”.

Encontramos aquí dos entidades: una “memoria colectiva”, primera, que proporciona los elementos a una “memoria individual”, que es la del escritor, el cual, por medio de procedimientos narrativo-ficcionales, “efabuladores” (“fabulosos” - de *fabula*) y, simultáneamente, “símbolos de vida”, acaba por permitir que aquella haga Historia.

El recurso a las teorías sociológicas de Maurice Halbwachs sobre la “memoria colectiva”, que García Márquez no necesita haber conocido pero que sí bien puede haber conocido gracias a la circulación que éstas tuvieron en los ambientes parisinos que el escritor frecuentaba en la época en la que empezó a crear Macondo asiente en la reconstrucción de la memoria (*La Hojarasca*, 1955), desarrollan lo que parece constituir el presupuesto teórico de aquella afirmación. Algunos elementos de la teoría del sociólogo francés resultan particularmente pertinentes para entender mejor, y legitimar, el comportamiento del escritor colombiano caribeño. Para Halbwachs (1997), la memoria individual es determinada por una memoria colectiva, forjada y conservada por un grupo en el cual se integra el individuo, el cual construye su memoria individual como elemento del grupo y a partir de aquélla; es también necesario que su memoria individual no deje de estar de acuerdo con la memoria colectiva, la del grupo, y que existan suficientes puntos comunes entre aquella y ésta(s) de modo a que el recuerdo que aquélla evoca en el individuo pueda ser reconstruida sobre un fundamento común.

Podríamos, entonces, preguntarnos: ¿y la “memoria colectiva”, de qué modo se construye su relato? ¿Han sido de testimonios sus procedimientos o de qué otra naturaleza?

Algo de este tipo puede haberse preguntado el escritor ya que, incluso después de haber narrado la masacre en *Cien años de soledad*, García Márquez no dio por encerrado el episodio ni descansó sobre una memoria: más de una vez volverá a ella, rehaciéndola una y otra vez. En su libro más reciente (García Márquez, 2002) que explícitamente lo es de “memorias” —un libro donde cuenta “memorias”, que convierte en “historias”—, reflexiona abundantemente sobre la construcción de las “memorias” y de sus “cuentos”, de este modo ampliando el título del libro, *Vivir para contarla*, y las palabras que elige para epígrafe: “La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla”.

No por casualidad el libro abre con esta frase, aparentemente tan sencilla y con un valor determinante-fundacional: “Mi madre me pidió que la acompañara a vender la casa”. Determinantemente fundacional no sólo porque, tal como más tarde nos va a decir, de ese viaje va a depender toda su vida, una vida de escritor, sino también porque en ella, abriendo y cerrando la frase, surgen dos elementos clave de la labor mnemónica: *la madre y la casa*. Todo ese viaje tendrá como hilo conductor —y orientador— la actualización o confronto de lo que ahora ve y escucha con las imágenes y los recuerdos forjados en la niñez. Al llegar a la estación de Ciénaga, cerca del principio del libro (García Márquez, 2002: 22-23), regresa al recuerdo de la masacre, que aquí ocupa menos de una página, precisamente por medio de la voz de la madre: “De pronto, mi madre señaló con el dedo. ‘Mira’, me dijo. ‘Allí fue donde se acabó el mundo’.” Éste es el gesto que le hace ver la estación que, entonces, en 1958, tiene ante sí y frente a la cual, en ese momento, ve “una plazuela árida en la cual no podían caber más de doscientas personas”. La madre le precisa que fuera allí “donde el ejército había matado en 1928 un número nunca establecido de jornaleros del banano”. Ésta es la voz de la madre. Pero inmediatamente después él confirma que conoce el episodio “como si lo hubiera vivido”. Y este “haberlo vivido” es, según dice, haberlo oído contado y mil veces repetido” por su abuelo desde que tuvo “memoria”. Y es a través de la voz del abuelo como registró una serie de datos que ahora conforman en él la memoria del episodio:

[E]l militar leyendo el decreto por el cual los peones en huelga fueron declarados una partida de malhechores; los tres mil hombres, mujeres y niños inmóviles bajo el sol bárbaro después que el oficial les dio un plazo de cinco minutos para evacuar la plaza; la orden de fuego, el tableteo de las ráfagas de escupitajos incandescentes, la muchedumbre acorralada por el pánico mientras la iban disminuyendo palmo a palmo con las tijeras metódicas e insaciables de la metralla (2002: 22-23).

En *Cien años de soledad* había dedicado varias y largas páginas (García Márquez, 1987 [1967]: 371-387) a narrar el episodio, su gestación: los movimientos de los dirigentes sindicales clandestinos para denunciar las condiciones miserables de los jornaleros que la compañía bananera no reconocerá nunca como asalariados; los trabajadores en huelga, los trenes que transportaban los bananos hasta el mar, parados (trenes de ciento veinte vagones); los regimientos encargados de restablecer el orden entrando en Macondo; un día, “hacia las doce, esperando un tren que no llegaba, más de tres mil personas, entre trabajadores, mujeres y niños”, desbordando “el espacio descubierto frente a la estación” y apretujándose “en las calles adyacentes que el ejército cerró con filas de ametralladoras”.

Y hay más: hay un niño “acaballado” en la nuca de José Arcadio Buendía, ese mismo niño que, muchos años después, seguirá contando que vio al teniente leyendo el decreto militar que declaraba a los huelguistas “una partida de malhechores”. El niño ha de contar todo esto hasta el fin de su vida y seguirá contando que “debían ser como tres mil” los muertos, “todos los que estaban en la estación”. Seguirá contando aún cuando los otros le digan que “allí no hubo muertos”.

Memorias de “niño” o de un “viejo chiflado” eran las que conformaban el episodio en la ficción novelesca de *Cien años de soledad*; en *Vivir para contarla* las memorias son de abuelo, memorias que el abuelo pasa a su nieto, ahora escritor de más de setenta años, en situación de actualización y narración de

aquellas “memorias”. Una tarea que, por cierto, él no deja de irónicamente inscribir ya casi al final del libro al “evocar” una conversación con su “papá” “sobre la dificultad de muchos escritores para escribir sus memorias cuando ya no se acuerdan de nada.” Y la inscribe con la respuesta de un niño de seis años:

El Cuqui, con apenas seis años, sacó la conclusión con una sencillez magistral:
 – Entonces —dijo— lo primero que un escritor debe escribir son sus memorias, cuando todavía se acuerda de todo (García Márquez, 2002: 480).

Una memoria que, por cierto, en otro momento y en otra situación —la de enseñar a sus alumnos del taller de guión a contar un cuento— García Márquez dice haber “manipulado” con el objetivo de “trasladar al espacio imaginario” de la novela “el impacto que la evocación de ese suceso” había producido en él cuando era niño, reconociendo entonces que la evocación y el impacto le fueron inculcados por una “memoria colectiva”.

¿Cuántos y qué variados planos se cruzan en este “traslado” y en aquella “manipulación” de la memoria? Planos estéticos y narratológicos, psicológicos y sociales. ¿Con qué voces se forma esta polifonía? ¿Con qué voces y máscaras este coro?

2.3. *La verdad histórica y el dolor de cada uno*

Las voces del abuelo y del nieto escritor, que antes hemos oído en el libro de memorias, se expanden, un poco después, cuando García Márquez (2002: 38), recordando sus miedos de niño, nos hace oír la voz del médico venezolano exiliado, en discurso indirecto: “El origen de todas las desgracias, por supuesto, había sido la matanza de los obreros por la fuerza pública, *pero aún persistían las dudas sobre la verdad histórica: ¿tres muertos o tres mil? Quizás no habían sido tantos, dijo él, pero cada quién aumentaba la cifra de acuerdo con su propio dolor*” (el énfasis es mío).

Vuelven las dudas sobre la *verdad histórica*; el número de muertos pasa ahora de la categoría de lo factual a la de lo simbólico, en los planos emocional y afectivo: la verdad es la del dolor, no la de los números. Casi al final del libro (García Márquez, 2002: 494), vendrá otra oposición: *verdad* versus *leyenda*: ésta se presenta como consecuencia del “defecto incorregible de no medir a tiempo” los *adjetivos* usados por el escritor. Esos *adjetivos* con los cuales manipula los datos para “trasladar al espacio imaginario” el valor afectivo. Éste es en García Márquez, como en la teoría sociológica de la memoria de Halbwachs, profundamente comunitario: “Crecí en medio de ellos”, repite el escritor, en medio de aquellos que le transmitieron una memoria colectiva. Y es que ésta tiene no sólo la ventaja del compartir y del abrigo; con ella se puede hacer Épica o Historia, y eso es lo que le interesa a un escritor como él, cuando escribe un libro de memorias.

Por supuesto, no aclara él qué entiende por “Historia”. La escribe con mayúscula, en lo cual la distingue de “ficción” y “fábula” y “cuento”, con minúscula. ¿Qué es lo que marca la frontera entre “memoria colectiva” y “Historia”? ¿Qué es lo que legitima el paso de aquella a ésta?

Halbwachs nos presentaba la “memoria individual” dependiente de la existencia de la “colectiva” y de su integración en ésta. Paul Ricoeur (2000), en su más reciente relectura de Halbwachs, propone que la interpenetración entre “memoria colectiva” y “memoria individual” está asegurada por un “*lien transgénérationnel*”, tal como la “ampliación del horizonte temporal que consagra la noción de memoria histórica” se basa, en gran medida, en el “papel de los relatos recibidos de la boca de los antiguos de la familia” (Ricoeur, 2000: 517). ¿Y la “condición histórica” dependerá ella inevitablemente de un “ejercicio de memoria colectiva” o hay una “historia erudita” que pueda dispensarla? A García Márquez, escritor, el procedimiento que le interesa es, claro está, aquél. El hacer historia está soportado por una memoria sociológicamente considerada pero también por lo que Ricoeur llama una “fenomenología de una memoria compartida”, por una comunidad de tiempo y de espacio (2000: 160), esa que nos permite oír no solo los recuerdos de uno mismo sino también los de nuestra madre, nuestro abuelo, nuestros tíos, nuestros familiares cercanos, esta gradación que Ricoeur propone para matizar la polaridad sobre que asienta la teoría de Halbwachs. Todas estas memorias se juntan al verbalizarse (en la “fase declarativa”, diría Ricoeur) y aquí, quién, en la cadena mnemónica, detenta el poder último de la palabra es él, el escritor, es él quien nos proporciona la posibilidad de escuchar las otras memorias, que la suya integró, siendo ésta el eslabón final, aquél que, en la narrativa *fabulosa* y adjetivadora, y a través de ella, consigue ese resultado (“lindo”), que es el de hacer HISTORIA: de memoria en memoria, de memoria en evocación, de evocación en fingimiento de vida vivida, de fingimiento en exageración ficcional, de ficción en fábula, de fábula en Historia.

¿Será? No lo sé. Lo que escribió García Márquez fue lo siguiente:

Previamente la memoria colectiva había pasado el hecho a mi memoria, y ahora yo podía evocarlo, exagerándolo, como si lo hubiera vivido. Pero la cosa no termina ahí. Lo lindo es ver cómo la ficción puede llegar a suplantar la realidad, como un buen día la fábula se hace Historia (1998b: 114).

BIBLIOGRAFÍA

Abreu, Maria Fernanda de (org.) (2003) *Mulher, Cultura e Sociedade na América Latina / Mujer, Cultura y Sociedad en América Latina*, vol. IV, Red Túpac Amaru/ Programa Micaela Bastidas, Lisboa, Universidade Nova de Lisboa/ Edições Colibri.

— (2004) “Gabriel García Márquez: memórias, fábula, história”, ponencia en el Colóquio *Literatura e História*, que tuvo lugar del 13 al 15 de noviembre de 2003, en la Facultad de Letras de la Universidad de Porto (Portugal), publicada en M. de F. Marinho (org.): *Literatura e História*, Porto, Faculdade de Letras do Porto, Departamento de Estudos Portugueses e Estudos Românicos, pp. 13-17.

— (2006) “Tão reais! A morte e a mãe. *De Pedro Páramo* (Juan Rulfo) a *Volver* (Pedro Almodóvar)”, ponencia presentada en el Colóquio *Os novos realismos* de la Cátedra Padre António Vieira de la PUC – Pontifícia Universidade Católica – Rio de Janeiro, 30-31 de Octubre de 2006.

Cairo, Heriberto, y Sierra, Gerónimo de (comps.) (2008) *América Latina, una y diversa: teorías y métodos para su análisis*, San José de Costa Rica, Ed. Librería Alma Mater / Universidad de Costa Rica / Universidad Complutense de Madrid.

Fuentes, Carlos (1990) *Valiente Mundo Nuevo: épica, utopía y mito en la novela hispanoamericana*, México, Fondo de Cultura Económica.

García Márquez, Gabriel (1987) *Cien años de soledad* (ed. de Jacques Joret), Madrid, Ediciones Cátedra [1ª ed., 1967].

— (1998a) “Fantasía y creación artística en América Latina y el Caribe”, *Voces. Arte y literatura* (San Francisco, California), marzo de 1998, n.º. 2, en: <http://www.sololiteratura.com/ggm/marquezartfantasia.htm> (visitado el 24/10/2006).

— (1998b) *La bendita manía de contar* (Taller de guión de), San Antonio de los Baños (Cuba), Ollero y Ramos Editores, Escuela Internacional de Cine y Televisión.

— (2002) *Vivir para contarla*, Barcelona, Mondadori.

Halbwachs, Maurice (1997) *La mémoire collective* (edition critique établie par Gérard Namer, nouvelle édition revue et augmenté), París, Albin Michel [1ª ed., París, Presses Universitaires de France, 1950].

Pakkasvirta, Jussi (2008) “Interdisciplinaridad, teoría y métodos en los estudios latinoamericanos”, en H. Cairo y G. de Sierra (comps.): *América Latina, una y diversa: teorías y métodos para su análisis*, San José de Costa Rica, Ed. Librería Alma Mater / Universidad de Costa Rica / Universidad Complutense de Madrid, pp. 179-193.

Ricoeur, Paul (2000) *La Mémoire, L'Histoire, L'Oubli*, París, Ed. Du Seuil.

Rulfo, Juan (2004) *Pedro Páramo* (ed. de José Carlos González Boixo, 18ª ed.), Madrid, Ed. Cátedra [1ª ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1955].

Santiago, Silviano (2006) *As Raízes e o Labirinto da América Latina*, Rio de Janeiro, Rocco.

Sommers, Joseph (1973) “Los muertos no tienen tiempo ni espacio (un diálogo con Juan Rulfo)”, Siempre! *La cultura en México*, num. 1.051 (15-VIII-1973), pp. vi-vii, en <http://www.clubcultura.com/clubliteratura/clubescritores/juanrulfo/entrevista3.htm> (visitado el 24/10/2006).

Vargas Llosa, Mário (1996) *La Utopía Arcaica. José María Arguedas y Las Ficciones del Indigenismo*, México, Fondo de Cultura Económica.

Pagina 156 en blanco

TAPAR

LOS ESTUDIOS TRANSAREALES (*TRANSAREA STUDIES*) COMO UNA NUEVA DIMENSIÓN DE LA HISTORIA COMPARADA

Ronny J. Viales Hurtado y Juan José Marín Hernández (Universidad de Costa Rica)

El estudio de lo delictivo, confirma algo que hemos sostenido desde hace algún tiempo: la necesidad de reconstruir las sociedades que estudiamos [...] pensando y repensando esa sociedad desde la imagen que de ella tenían los individuos que vivían en la época que está bajo nuestra mira

José Daniel Gil

Antes de que cayera el muro de Berlín y de que el Socialismo real se llegara a concebir como una Utopía, existía en las Ciencias Sociales y en la Historia un fuerte cuestionamiento a los marcos teóricos estructurales. En América Latina, desde la década de 1960, existió un marcado interés por pensar y repensar la realidad latinoamericana (Trindade et al., 2007). Por lo general, los intelectuales latinoamericanos cercanos a las ciencias sociales han tenido que recurrir a las interpretaciones de y desde sus condiciones materiales y sus necesidades sociales. En ese devenir, ha quedado patente que cualquier análisis de la realidad, o de las realidades si se quiere, debe reconocer las dimensiones estructurales y sus cambios temporales; pero también las sensibilidades y prácticas sociales de los sujetos, actores y actrices, así como sus visiones simbólicas de la realidad. Tal y como plantea Sagot:

[...] la construcción del concepto del sujeto popular de la época, categoría privilegiada para muchos autores y autoras, especialmente los influenciados por el marxismo, descansaba en una potente ficción que relegaba la esfera privada y el mundo de la subjetividad y de los sentimientos al espacio de la naturaleza y de lo personal, es decir fuera del mundo de la política. Desde esa perspectiva, se hizo una construcción bastante simple del sujeto revolucionario, muy parecida a la del individuo de la modernidad; es decir, abstracto, ahistórico, sin género, sin etnia, solo que con la calidad “de hombre nuevo revolucionario” (Sagot, 2007: 2).

Es interesante tomar en consideración que durante todo el desarrollo de la Sociología/Teoría Social en América Latina, desde finales del siglo XIX hasta el presente, la Historia, como disciplina, ha sido consumidora de los esquemas planteados desde la teoría social para construir sus descripciones y explicaciones (Viales Hurtado, 2006), pero ahora es importante buscar ciertos grados de libertad/independencia en los que el conocimiento histórico se puede comprender como una trayectoria de historicidad, es decir como una trayectoria cuyos condicionantes tienen validez en un tiempo y en un espacio determinados y, a la vez, constituyen un factor causal de las dimensiones de la(s) realidad(es).

Esta es una categoría híbrida que construimos a partir de dos ideas. Por una parte, la noción de “trayectoria” de los análisis *path dependence*, según la cual existe un efecto acumulativo de la historia, que se concreta por medio de la dotación natural de recursos y de las instituciones, pero también de las influencias sociales y de la cultura moldeada por una trayectoria histórica particular (Thorp, 1998: 73). Y, por otra, la noción de “historicidad” planteada por Mariano Álvarez Gómez, para quien ésta se ha construido desde el siglo XIX y que implica, al menos, tres aproximaciones: la forma en la que las transformaciones inducidas por la acción del hombre, de la sociedad diríamos nosotros, transforma la realidad humana; la idea de que la historia constituye un transcurrir, en el que interactúan y se afectan los individuos, y las individuales agregaríamos nosotros, sin la posibilidad de detener su curso; y la representación de que la historia es un proceso de rupturas sucesivas (Álvarez Gómez, 2007), aunque en contraposición con ese autor, creemos que eso no excluye la posibilidad de que existan continuidades.

Esto es particularmente importante, pues si bien el esquema interpretativo postmodernista y deconstructivista de las décadas de 1990 y de 2000, pretendió sobredimensionar el peso de lo intangible, la inconstancia y la imposibilidad de aprehender la realidad, en América Latina ha subsistido el interés por mantener la relación entre lo estructural y el peso de los actores sociales en la configuración y reconfiguración de las estructuras económicas, sociales, culturales y políticas.

En el caso de la Historia, es particularmente interesante, pues además de desarrollarse como un campo disciplinar procuró promover el análisis de los diferentes procesos en forma cruzada, entrelazada, entretejida, múltiple y con diferentes ritmos. Si bien en su momento la “historia total”¹, fue considerada como ridícula e inalcanzable, la pretensión de rescatar las diferentes dimensiones de lo real, de las prácticas y las representaciones sociales nunca desfalleció. Las denominadas *histoire comparée*, *histoire croisée* y, más recientemente, los estudios transareales se han reencontrado con las Ciencias Sociales deseosas de encontrar en la Historia, como conocimiento, una variable más de interpretación social y de visibilización tanto de los actores y las actrices como de los procesos sociales.

El propósito de este trabajo es plantear la posibilidad de que, a partir de una metodología transversal, se pueda (re)investigar problemáticas como el crecimiento, el desarrollo, las configuraciones políticas, sociales e identitarias en América Latina, pero con nuevas posibilidades: lo que vamos a plantear es la posibilidad de interrelacionar la comparación (enfoque comparado, método comparativo), el planteamiento de los estudios transareales y la triangulación metodológica.

1. LA CRÍTICA A LOS ENFOQUES DISCIPLINARIOS Y LOS NUEVOS ENFOQUES DE INVESTIGACIÓN SOCIAL DESDE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX

A mediados de la década de 1940, el enfoque disciplinar surgido a mediados del siglo XIX comenzó a ser seriamente cuestionado. Las críticas más severas le reclamaban la excesiva compartimentalización del conocimiento, la multiplicación de lenguajes específicos e hiperespecializados, la adherencia casi religiosa al mito de una ciencia objetiva y libre de valores, la preferencia por soluciones disciplinarias antes que el

¹ Un planteamiento interesante, en la dirección de la existencia de una “historia total”, es el de la historia ecológica y ambiental, que se centra en el análisis de la coevolución entre la Sociedad y la Naturaleza. Según O’Connor (1997), este tipo de historia es total, debido a que las modificaciones ambientales que se llevan a cabo en cualquier parte del mundo, tienen repercusiones planetarias.

diálogo con otros saberes, la creación de métodos restrictivos y la creación de una racionalidad científica, como lógicas preferidas que llevaban a una atomización del conocimiento, inclusive en la misma disciplina. Esta especialización, no sólo acarreó la inevitable creación de los lenguajes específicos, que pasaban a ser poco menos que esotéricos para quienes no pertenecían a una disciplina particular, sino que también promovieron la creación de comunidades científicas asociadas a los Estados-nación (Tesser, 1999).

En Europa y en Estados Unidos, se reaccionó contra esta especialización técnica creciente y contra el localismo analítico. De este modo, se promovieron enfoques de análisis totalizadores, holísticos, que dieran cuenta de las realidades complejas. Primero el marxismo y el estructuralismo, y luego el gradualismo y el funcionalismo, con sus posteriores combinaciones, se utilizaron como enfoques que permitieran el diálogo interdisciplinario, la creación de un lenguaje común y la elaboración de un marco de análisis internacional. No obstante, esta posibilidad replicó la limitación de imponer un lenguaje único, el convencimiento casi dogmático de su enfoque como objetivo y verdadero, la instauración de métodos privativos y la creación de una racionalidad científica única.

En América Latina, al igual que en otros entornos, la preocupación por crear marcos analíticos más abarcadores que los planteados por los enfoques disciplinarios, llevaron, por ejemplo, a los economistas latinoamericanos de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), entre los que se destacaron el argentino Raúl Prebisch y el brasileño Celso Furtado, a crear un enfoque interpretativo de Latinoamérica desde Latinoamérica (Prebisch, 1986; Furtado, 1978; Nelly, 1998). Así, después de la Segunda Guerra Mundial, desarrollaron sistemáticamente la noción de una dualidad centro-periferia, para describir un orden económico mundial integrado por un centro industrial y hegemónico que establece transacciones económicas desiguales con una periferia agrícola y subordinada. Tal enfoque rivalizó con el enfoque de W. W. Rostow del desarrollo gradual a partir de su esquema de las etapas del crecimiento económico³ que influyó de manera directa la sociología latinoamericana de la década de 1950. La rivalidad más importante para esta interpretación, desde América Latina, surgió de la teoría de la dependencia con teóricos como Vania Bambirra, Fernando Henrique Cardoso, Enzo Faletto, Theotonio Dos Santos y André Gunder Frank y de la noción de subdesarrollo.

Aníbal Quijano ha resumido la rivalidad entre el modelo economicista y el planteado por los teóricos de la dependencia, del cual forma él parte:

Nadie podría discutir seriamente que todo posible desarrollo de una sociedad, sólo puede ocurrir con un desarrollo intensivo de la capacidad productiva de esa sociedad. Pero, en cambio, es bien claro a esta altura del debate, que privilegiarla de manera aislada es teóricamente erróneo y prácticamente ineficaz y, sobre todo, conduce a ocultar el hecho de que en todas las sociedades llamadas hoy día “subdesarrolladas”, las relaciones de poder económico en que consisten, en lo fundamental, las llamadas

³ Para Rostow era posible ubicar cualquier sociedad en una tipología evolutiva de cinco categorías: la sociedad tradicional, las pre-condiciones del despegue (*take off*), el despegue, el camino a la madurez y la era del pleno consumo de masas. Por lo tanto, el camino hacia el desarrollo era viable a partir de reformas y de la emulación de las etapas del crecimiento que había seguido la sociedad occidental. Es válido recordar que Bert Hoselitz introdujo la dicotomía moderno-tradicional al análisis del desarrollo económico y del cambio social, en 1960, a partir de variables parsonianas, y ésta fue la base para la teoría de Rostov (cfr. Viales Hurtado, 2006).

“estructuras económicas”, se sostienen y expresan en relaciones de poder político y social y que las relaciones políticas entre los principales grupos de interés social y los instrumentos de dominación política que dichos grupos disputan permanente forman el nudo gordiano de las “estructuras del subdesarrollo” [...] Puede ser ya, acaso, la hora de volver a las viejas enseñanzas alejandrinas, según las cuales lo único que se puede hacerse con ese nudo es ... cortarlo (Quijano, 1975).

La polémica planteada por los dependentistas denota la necesidad de reflexionar la realidad latinoamericana desde un instrumental propio, puesto que compartían una insatisfacción con los alcances de los marcos teóricos monoexplicativos, dogmáticos o ahistóricos. De ahí, la necesidad de reflexionar sobre el subdesarrollo, la conciencia social, la dependencia, el cambio social, la marginalidad y la relación centro periferia, uno de los conceptos más emblemáticos de la teoría de la dependencia.

Si bien el concepto centro-periferia fue particularmente exitoso para referirse a las desigualdades sociales y económicas y su desigual distribución espacial, en el ámbito mundial tuvo una serie de problemas. Entre ellos se pueden señalar los siguientes: un simplismo analítico al responsabilizar a los países hegemónicos del subdesarrollo, evitando analizar las complejidades de esa relación; la traspolación del concepto de mercado, que se pensaba históricamente como único e invariable y que sólo servía para el empobrecimiento de la periferia; el excesivo peso dado a la noción “mercantilista” al indicar que la existencia del capitalismo se fundamentaba sólo en la presencia del mercado; y la polémica no resuelta de si la dependencia era una “relación” o una “situación” que impedía el desarrollo. Finalmente, a pesar de pensar sus análisis a nivel mundial, no pudo evitar el sesgo espacial, pues además de continuar referenciando la historia continental, nacional y regional, lo hacía desde una perspectiva jerárquica y unívoca, sin pensar las interrelaciones y la movilidad de los espacios (Imbert, 2003). A pesar de todo ello, la noción centro-periferia denotó una preocupación por salir de los estudios economicistas, y es una parte fundamental de un ambiente académico latinoamericano inquieto por salir de los marcos disciplinares, regionales y funcionalistas.

La teoría del sistema-mundo, desarrollada por Immanuel Wallerstein, redefinió la teoría de la dependencia a través del concepto de economía-mundo, que pretendía analizar el conjunto de las naciones en el mundo y sus relaciones —predominantemente de carácter económico, aunque no exclusivamente— puesto que constituían un todo organizado. El carácter de “organizado” se refiere simplemente a la interrelación mayor o menor de los elementos (en este caso las naciones y sus principales agentes económicos) y no implica ninguna valoración de tipo moral o político. Para los teóricos de la economía-mundo el sistema mundial es esencialmente de carácter histórico, con trayectorias de largo plazo, y ha tenido en el pasado diversos antecedentes (Wallerstein, 1999).

Desde 1955 también se desarrollaron los Estudios Transatlánticos, los cuales se han ido definiendo como campo convergente de investigación y debate a partir de la práctica crítica y didáctica de distintos hispanistas, economistas, sociólogos, historiadores, literatos y comparatistas que se mostraban muy críticos con los modelos dominantes en las disciplinas: los estudios de área, el desarrollismo e incluso con las visiones centro-periferia, en cuanto a los límites de los relatos teóricos objetivistas, e inequívocos y las derivaciones jerarquizadas de las explicaciones. La preocupación por la complejidad³, el retorno del sujeto como agente de la historia, el peso de los procesos interculturales y la idea de favorecer un trabajo

dialógico, animaron la constitución de distintos grupos de trabajo interdisciplinario, los cuales aceptaban las teorías de la economía-mundo y los enfoques comparativos (Ortega, 2003). En las últimas décadas, en algunos segmentos del mundo académico estadounidense se ha venido privilegiando el enfoque de la “historia atlántica”, cuyo núcleo central parte de la concepción de que “las Américas”, África y Europa constituyen un “sistema regional”, desde finales del siglo XV hasta el presente (University of Pittsburgh, 2004). Los defensores de este enfoque le atribuyen tres ventajas principales:

- la posibilidad de hacer historia comparativa de las subregiones;
- el concepto de “sistema” permite abordar una amplia gama de temáticas que tienen como telón de fondo las relaciones o los vínculos entre las subregiones y, finalmente,
- el enfoque, al tener un énfasis en la historia mundial o global, permite establecer comparaciones de rango más amplio con otras áreas o regiones, por ejemplo con el mundo islámico o con Asia.

Desde 1940, con objetivos muy diferentes, los países hegemónicos comenzaron a fomentar los Estudios de Área (*area studies*) que pretendían comprender continentes y regiones que estuvieran interconectados o bajo su influencia. Estos aparecen en los Estados Unidos, durante la Segunda Guerra Mundial, y luego se extienden a otras latitudes. Su idea de base planteaba que una área se define como una zona geográfica amplia, que tiene supuestamente alguna coherencia cultural, histórica y/o lingüística y así aparecen múltiples áreas: URSS, China (o Asia Oriental), América Latina, Medio Oriente, África, Asia Meridional, Asia Sudoriental, Europa Central y Oriental, Europa Occidental, Estados Unidos (o América del Norte) (Noiriel, 2006), y Centroamérica (o América Central), agregaríamos nosotros.

A este tipo de estudios, se le critica su carácter instrumentalista, pero también se les reprocha que tienden a ubicar al Estado como agente social hegemónico, así como el peso preponderante que le dan a lo global sobre lo local. A partir de 1990, se busca un enfoque dialógico de lo global en lo local y viceversa, con lo que se reconoce las ventajas del análisis local para entender la dinámica global. Esta redefinición epistemológica fue también importante porque se introdujeron aseveraciones teóricas dirigidas a entender las interacciones “globales ? locales”.

En la actualidad, los Estudios de Área se mantienen como un enfoque geoestratégico. El “choque de civilizaciones” que plantea Samuel Huntington (1997) evidencia la necesidad de las clases dominantes de los países hegemónicos de decidir las estrategias de intervención en otras partes del mundo, a partir de la creencia de que en el corto plazo el conflicto con sus intereses se intensificaría. Esto se produce por cuanto el nuevo orden mundial propio de la economía globalizada y del sistema internacional de Estados, se ha constituido como un proceso contradictorio donde se corre el peligro de la desintegración global, tal y como se visualiza desde el centro⁴.

³ Edgar Morin define la complejidad como un tejido (complexus: lo que está tejido en su conjunto) de constituyentes heterogéneos inseparablemente asociados: presenta la paradoja de lo uno y lo múltiple (Morin, 1994).

⁴ Desde 1968, Huntington fomentó los Estudios de Área, a través de su preocupación por la inestabilidad mundial y la idea de un “orden político” occidental contrapuesto al de otras regiones. Para él, la brecha política se hallaba en el grado de gobierno con que cuenta cada país y no en la forma de gobierno. De esta forma, no importaba tanto si una sociedad era socialista, totalitaria o democrática sino las formas en que se estructuraba el gobierno. El paulatino deterioro del denominado socialismo real y la lógica evolución de un orden

El común denominador entre las tesis cepalinas, las dependencistas, las de la economía-mundo, las de los Estudios Transatlánticos era el anhelo de una visión alternativa que privilegiaba la perspectiva constructivista, donde se daba paso a los enfoques interrelacionados antes que al eurocentrismo; donde se privilegiara la movilidad de los espacios antes que los territorios particulares, fueran estos regionales, continentales o nacionales. Los Estudios Transatlánticos, más que los otros, aprovecharon el análisis de lo subjetivo, las diferentes vías de los procesos sociales en el tiempo y el espacio y el abandono de los análisis constreñidos sólo a las instituciones, lo que llevó a considerar las apropiaciones del intercambio cultural que apuntalan no sólo a la construcción imaginaria de América Latina sino al hecho de que ésta es vista como un territorio cruzado de visiones transatlánticas, que hacen que todos los procesos sean vistos como de ida y vuelta, una perspectiva mucho más abierta de lo que tradicionalmente se le reconoce al enfoque.

Desde América Latina, podemos ubicar una tendencia actual que se fundamenta en el deseo de trascender los límites del nacionalismo interpretativo, en aras de construir un estudio comparativo de diferentes procesos como una posible garantía de entendimiento y de comprensión entre pueblos de Europa y América. En las ciencias sociales latinoamericanas, tal evolución se evidencia en la *Latin American Studies Association* (LASA, 2008) cuyo objeto/sujeto de estudio es América Latina, donde se lucha contra la tendencia a la especialización; se pretende tener un conocimiento de la realidad estudiada, a través del conocimiento transversal, del rescate de la complejidad de lo social (con sus dimensiones subjetivas y objetivas)⁵. Así, Arturo Escobar señala que en LASA la transformación de los “Estudios de Área” fue motivada por los esfuerzos de revisar la naturaleza de lo que se denominaba “Estudios Latinoamericanos”. En esta dirección, desde 1990, la Fundación Ford involucró a varios universitarios en los proyectos *Rethinking Area Studies* (Escobar, 2006).

En los últimos cincuenta años, diversos institutos y centros han denominado de diferentes formas a América Latina. Esto evidencia los marcos de análisis complejos que se han construido, que van desde las ideas neoestructuralistas, la combinación de los estudios culturales e históricos y la geopolítica. Todo lo anterior generó proyectos tales como los “Estudios Latinoamericanos” en América Latina o los “Estudios de Latinoamérica y el Caribe” en Estados Unidos. En este contexto, los aportes de los Estudios Transatlánticos y de la economía-mundo han fortalecido la visión interconectada que permite, a su vez, superar diversos límites: los de los enfoques estructuralistas y postestructuralistas; de la perspectiva

estable, llevó a Huntington a plantearse la renovación de un nuevo conflicto a escala planetaria basado en el choque de territorios culturales homogéneos (civilizaciones). Para Huntington, estamos asistiendo “al final de una era de progreso» dominada por las ideologías occidentales, y estamos entrando en una era en la que civilizaciones múltiples y diversas interaccionarán, competirán, convivirán y se acomodarán unas a otros. Este proceso planetario de ‘indigenización’, se manifiesta ampliamente en el resurgir que la religión está teniendo en tantas partes del mundo, y más concretamente en el resurgimiento cultural en países asiáticos e islámicos, generado en parte por su dinamismo económico y demográfico” (Huntington, 1997: 112). Así planteado, es claro que después de la caída del socialismo real y la reconfiguración del mundo político internacional, los Estudios de Área, hegemónicos y geoestratégicos al estilo de los que plantea Huntington, tanto como los culturales o de civilización, han ganado terreno, de ahí el interés de diversos autores y corrientes por debatir el carácter ideológico y las implicaciones sociales de estos enfoques de área.

⁵ Para Walter Mignolo “[...] el debate podría rearticularse en las conflictivas relaciones existentes entre los ‘Estudios Latinoamericanos’ (entendidos como Estudios de Áreas: LASA fue creada en 1963, al comienzo de la Guerra Fría, como parte de las medidas tomadas por el gobierno de los Estados Unidos para la Seguridad Nacional) y el ‘Pensamiento Latinoamericano’, un complejo de expresiones y manifestaciones teóricas desde las ciencias sociales a la filosofía, desde la literatura a los estudios literarios” (Mignolo, 1998).

disciplinar, los de la teoría colonial, o los de la separación de las problemáticas étnica, de género, de clase y de diversidad sexual, para redefinirlos en una complejidad de relaciones sociales. De este modo, nos encontramos con una diversidad de comunidades disciplinarias marcadas a su vez por las comunidades y culturas nacionales, pero todo ello está sujeto a revisión, debido a la multiplicidad de las identidades locales, regionales y nacionales, a la complejidad de los marcos teóricos, metodológicos y los propios enfoques y paradigmas de investigación, y a los inconvenientes en las formas de producir el conocimiento, pero consideramos que existe un elemento común de base que debe resaltarse: la comparación.

2. BREVE GENEALOGÍA DE LA COMPARACIÓN EN LA DISCIPLINA HISTÓRICA Y SU VÍNCULO CON LAS CIENCIAS SOCIALES

Un primer referente en el análisis comparado en las Ciencias Sociales latinoamericanas son los diferentes trabajos de Max Weber (Weber, 1982 [1922]), en especial su método de trabajo histórico-comparativo representado por sus tipos ideales. El cual, a pesar de poseer matices de irracionalidad por concebir el mundo occidental como superior, se destaca por el afán de comprender las sociedades, las instituciones y a los actores dentro de un marco de análisis abierto a las analogías sociales y a la verificación empírica. Como destaca Reina Fleitas:

[...] La expresión superior de la racionalidad instrumental está en la teoría weberiana sobre la construcción de Tipos Ideales. Para el autor son conceptos puramente racionales como una función heurística y comparativa; recogen las características promedio que definen a un objeto de la realidad social; asumen las conexiones reales con sentido irracional como desviaciones, y se mueven en una dirección tipológica de decreciente racionalidad (Fleitas, 2005: 233).

En su comentario, Fleitas destaca cómo el enfoque weberiano no aspira a reproducir fielmente la realidad, sino la de ir construyendo un modelo explicativo que sirva para interpretar, al menos, un segmento de la realidad. Visto esto se puede destacar que en Weber, particularmente en su enfoque de los “tipos ideales”, estos se pueden agrupar en tres órdenes:

- los referidos a los individuos históricos abocados a comparar e interpretar las acciones de los actores sociales, sus ideologías y sus prácticas sociales;
- los relacionados con los denominados fenómenos históricos recurrentes como pueden ser las crisis alimentarias, la caída de imperios y sociedades en las cuales se busca determinar comunes denominadores entre esos eventos, y, finalmente,
- los referidos a la forma de definir o conceptualizar los fenómenos sociales mismos.

Si bien el aporte de Weber se hizo sentir en la disciplina histórica, su énfasis en lo abstracto le valió que su adopción fuera limitada, en especial por el peso del empirismo de la llamada Escuela Metódica Alemana de Leopoldo Ranke.

Ya en el siglo XX, el historiador Marc Bloch puede considerarse un precursor del método comparativo en Historia (*histoire comparée*) y en Ciencias Sociales, pues según su criterio la comparación constituye la materia principal de la interpretación histórica (Bloch, 1928). Este historiador esbozó dos criterios que han influido en la comparación histórica hasta el presente:

- solo se puede comparar lo que es comparable, y
- la comparación debe guiarse por la búsqueda de similitudes entre series de naturaleza análoga, tomadas en medios sociales distintos (Ríos, 2004).

Y a partir de esos criterios, planteó la existencia de dos tipos de comparaciones:

- las comparaciones universales, en las que se puede comparar sociedades separadas en el tiempo y el espacio, pero no se puede explicar las similitudes por influencias mutuas ni por orígenes comunes, sino por analogía; y
- las comparaciones históricas, en las que se puede hacer un estudio paralelo de sociedades cercanas en tiempo y espacio, entre las que existen influencias mutuas y hasta orígenes mutuos (Bloch, 1975 [1930]).

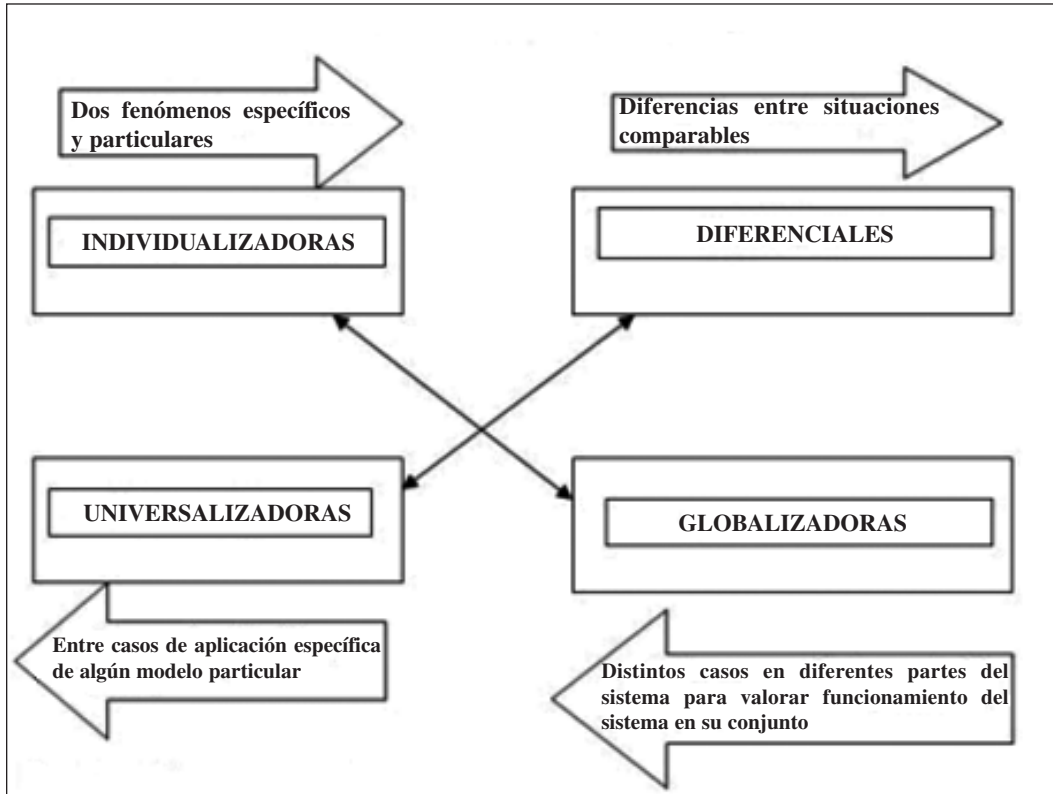
Por esta razón, autoras como Giuliana Gemelli (2005) han señalado que Bloch propuso un tipo de comparación que privilegia la homologación antes que los criterios de diferenciación, ya que, en términos metodológicos,

- en las comparaciones universales se pueden comparar sociedades separadas en el tiempo y el espacio, pero no se pueden explicar las similitudes por influencias mutuas ni por orígenes comunes, sino por analogía, y
- en las comparaciones históricas se puede hacer un estudio paralelo de sociedades cercanas en tiempo y espacio, entre las que existen influencias mutuas y hasta orígenes mutuos.

El sociólogo Charles Tilly (1991 [1984]) avanzó en el planteamiento de un método comparativo, y apuntó la necesidad de comparar los grandes cambios estructurales históricos y, además, planteó una tipología de comparaciones, cuyo criterio central es la dimensión temporal y abarcadora, de cada tipo (Figura 1). Por lo tanto vamos a tener comparaciones de cuatro niveles:

- Individualizadoras: en las que se compara dos fenómenos específicos para captar las peculiaridades de cada caso; v. gr., el fascismo en dos países.
- Universalizadoras: en las que se analiza casos de aplicación específica de algún modelo definido; v. gr., sobre crecimiento económico.
- Diferenciales: que buscan explícitamente las diferencias entre situaciones comparables.
- Globalizadoras: que colocan distintos casos en distintos puntos del mismo sistema para ver cómo funciona el sistema en su conjunto al estudiar las relaciones de cada caso con éste; v. gr., el “moderno sistema-mundo” de Wallerstein.

Figura # 1:
Las comparaciones según Charles Tilly



Fuente: Elaboración propia

Como puede apreciarse de manera clara, la visión de Tilly es complementaria de la de Bloch, pero supera la de éste, en términos analíticos, al ampliar los límites de la comparación en Ciencias Sociales, al menos en dos niveles. Por una parte, complementa las posibilidades de homologación y de diferenciación y, por otra parte, incluye los elementos conceptuales, modélicos si se quiere, lo que implica que las comparaciones pueden ser tanto empíricas como teóricas.

Desde la Ciencia Política se han hecho aportes importantes a la comparación en Ciencias Sociales. Por ejemplo, Giovanni Sartori (1994 [1991]) planteó su definición de “comparar” como asimilar y diferenciar en los límites. En esto se refuerza la idea de que la comparación no puede circunscribirse a la homologación, de allí que Sartori se cuestiona si piedras y avestruces son comparables, y señala que si los declaramos incomparables en algún momento hemos debido compararlos.

El politólogo Leonardo Morlino (1994 [1991]) dota de historicidad a las comparaciones, al señalar que el ejercicio de la comparación tiene dos niveles:

- el espacio (dimensión horizontal), que permite contrastar un número de casos con un solo caso, entre países o al interior de un país, o puede darse una comparación multinivel a partir de una mezcla de las posibilidades anteriores, y
- el tiempo (dimensión longitudinal), que permite realizar comparaciones diacrónicas (a través del tiempo, longitudinales, en el largo plazo, de trayectoria o *path dependence*) y sincrónicas (en un momento dado, transversales, coyunturales, en el corto plazo).

Es importante resaltar que la homologación no debe deslegitimarse, lo que se debe superar es su planteamiento hegemónico. Es innegable que existen elementos que son incomparables, pero para poder llegar a esa conclusión, hay que hacer un ejercicio inicial de comparación, aunque sea de carácter exploratorio.

En el sentido anterior, los aportes de los antropólogos han sido desafiantes. Marcel Detienne (2001 [2000]), como punto de partida, señala que “no hay nada que la mente humana haga con mayor frecuencia que comparar”. A partir de ese razonamiento nos propone dos premisas:

- ¿Cómo decidir de antemano lo que es comparable si no es mediante un juicio de valor implícito que parece que ya descarta la posibilidad de construir lo que puede ser “comparable”?
- Resultaría “ridículo” decir que “solo se puede comparar lo comparable”.

A partir de lo anterior podemos incluir otro elemento sujeto de comparación, que pone de manifiesto la posibilidad de trabajar con los elementos subjetivos: las representaciones culturales y las representaciones sociales (representaciones del tiempo, regímenes de historicidad, cultura, simbolismos, identidades) que, como construcciones sociales, pueden ser historizables y tienen a la vez una historicidad particular. Esto hace que Detienne nos invite a comparar lo que, a primera vista, con el primer juicio de valor, parece no comparable, pero precisamente en el ejercicio de la comparación debemos incluir las operaciones de la homologación tanto como la de diferenciación.

En este breve recorrido, lo importante ha sido constatar que la comparación constituye una tarea compleja y que, a la vez, puede potenciar la superación de los enfoques disciplinarios y el planteamiento de nuevas problemáticas investigativas, como plantearemos a continuación.

3. MÁS ALLÁ DE LA COMPARACIÓN: EL ENFOQUE DE LA HISTOIRE CROISÉE COMO EJEMPLO CONCRETO DE LA UTILIZACIÓN DEL MÉTODO COMPARATIVO EN LA HISTORIA Y LAS CIENCIAS SOCIALES CONTEMPORÁNEAS

En los apartados anteriores discutimos cuáles eran los alcances y las operaciones de la comparación en Ciencias Sociales, en particular de la Historia, así como la complejidad de las aproximaciones a la investigación social desde la segunda mitad del siglo XX, pero ahora nos interesa ahondar en algunos planteamientos de enfoques que permiten una operacionalización del esfuerzo que implica comparar.

Desde la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París, Michael Werner y Bénédicte Zimmerman (2004) han esbozado la propuesta de la *histoire croisée*, que nos sirve como punto de partida para plantear los elementos que deben constituir un enfoque (*approach*) comparativo. En primer lugar, un enfoque comparado debe tener influencias epistemológicas claras. En el caso de la *histoire croisée*, existe una marcada influencia del postestructuralismo y, sobre todo, del planteamiento de que existe un estrecho vínculo entre estructura y acción. En segundo lugar, los enfoques deben tener categorías de análisis centrales: en este caso, el punto de partida es el transnacionalismo y la categoría de análisis fundamental es el Estado-nación (Green, 2006).

La *histoire croisée* tiene lazos estrechos con otros enfoques de carácter relacional⁶, tales como la *connected history* o la *shared history* de raíces anglosajonas, precisamente porque estudia los vínculos entre formaciones sociales históricamente constituidas, por lo que, en tercer lugar, el fundamento de su análisis es relacional con un fuerte peso de la sociología histórica (Smith, 1991)⁷. Aquí seguimos el planteamiento de Gérard Noiriel (2006) de que en las relaciones sociales, entre actores individuales o colectivos, existe un carácter relacional que puede ser conflictivo y que implica la dominación social, pero también de la solidaridad social así como su dimensión cultural y simbólica.

Por otra parte, en términos metodológicos, la propuesta de la *histoire croisée* permite, debido a su naturaleza histórica, su operacionalización a partir de varios tipos de “cruce”:

- de objeto,
- de categorías de análisis,
- de enfoques, y
- de relaciones entre investigador y objeto.

Y esto permite, en términos de la temporalidad y de la espacialidad, renovar la concepción de las escalas de análisis, de las categorías de análisis, de las relaciones entre diacronía y sincronía, de los regímenes de historicidad⁸ y de la reflexividad; así como captar las intersecciones entre países, regiones, personas y sobre todo entre visiones, con lo cual se posibilita un análisis de las estructuras pero también de las representaciones.

Esto deja claro que, después de la crítica a la visión geopolítica de los Estudios de Área, se debe investigar las áreas en un marco de relacionalidad y vectoricidad: América Latina no se puede comprender solamente desde América Latina, sino que debemos intentar su comprensión en y con el mundo. En este sentido, debemos reconocer que existen temporalidades diferenciadas al interior de lo nacional: las etapas

⁶ Para Gérard Noiriel (2006), en las relaciones sociales, entre actores individuales o colectivos, existe un carácter relacional que puede ser conflictivo y que implica la dominación social, pero también la solidaridad social así como su dimensión cultural y simbólica.

⁷ Según Dennis Smith (1991), la sociología histórica estudia el pasado para dilucidar cómo funcionan y cómo cambian las sociedades, mediante el análisis de la interrelación entre pasado y presente; entre eventos y procesos; entre estructuración y acción. Este análisis se logra por medio de la clarificación conceptual, de la generalización/comparativa y de la exploración empírica.

⁸ Para François Hartog (2003) un régimen de historicidad implica una forma determinada de articular las categorías de pasado, presente y futuro.

de las historias nacionales se presentan como lineales y abarcadoras del “todo” pero menosprecian la (in)dependencia de las regiones, las localidades y de los países al interior de grandes regiones. Esto es así, porque en paralelo a los principios de la identidad nacional forjada por los liberales del siglo XIX, surgió una especie de “centralismo historiográfico” (Serrano Álvarez, 2002) que negó lo heterogéneo y diverso realmente existente en el nivel local y regional, principio que no niega la existencia de un espacio (físico, social, temporal, identitario) de carácter nacional, supranacional, regional o suprarregional.

Avalar la historicidad de los espacios y sociedades “micro”, también implica un reto que epistemológicamente se resume en la naturaleza de la dimensión relacional: local/regional/nacional/supranacional/suprarregional, que todavía es tema de debate (el todo y sus partes) y que es uno de los temas centrales que trata de resolver el enfoque de los estudios transareales, como vamos a ver a continuación.

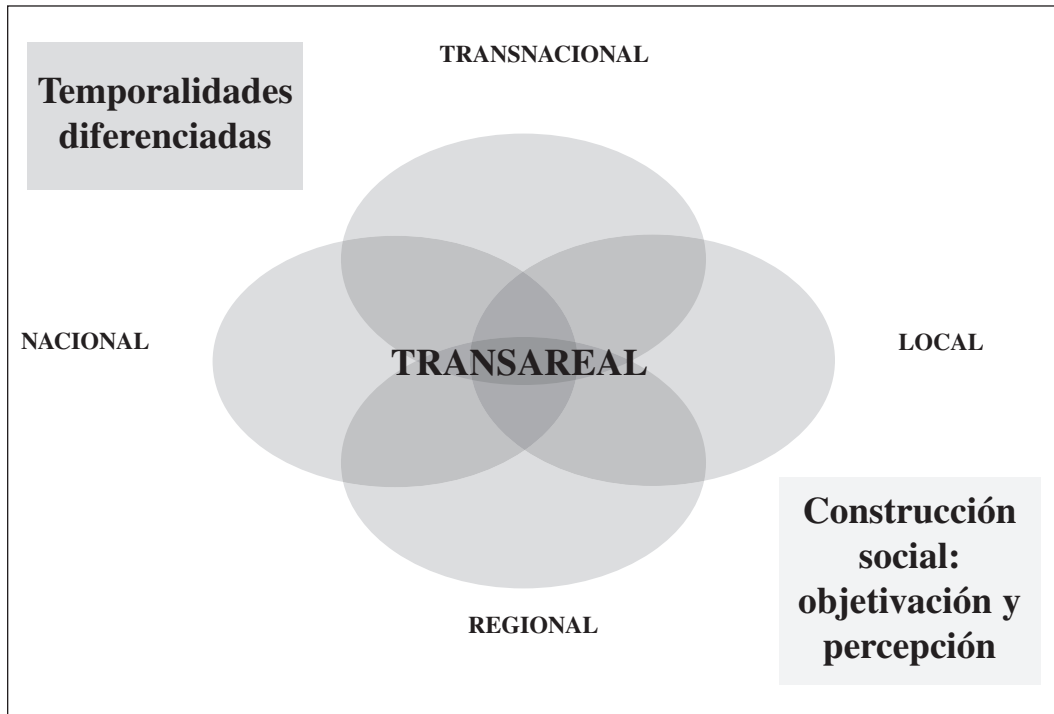
4. LOS ESTUDIOS TRANSAREALES COMO RUPTURA EPISTEMOLÓGICA Y DE ENFOQUE

Como analizamos anteriormente, los Estudios de Área (*area studies*) nacieron en el marco de la geopolítica de la segunda posguerra mundial y eso marcó una orientación hacia una visión estigmatizada de ciertas áreas, sus recursos, sus ambientes, sus territorios y su cultura, con fines estratégico-militares de conocimientos de “los otros”. Este tipo de estudios generó una epistemología basada en la posición hegemónica de los países desarrollados, fundamentada en la concepción positivista-liberal del progreso, con una visión lineal y teleológica que culminó con la proclamación del “fin de la Historia”, en la segunda mitad del siglo XX. Si bien la versión neohegeliana de la historia, esbozada por Francis Fukuyama en 1989 como artículo y tres años después como libro (Fukuyama, 1992), planteó el fin de la “historia real” y la idea de “progreso” materializada en la inmanencia de la “democracia liberal” y en la economía de mercado, ante la caída del Muro de Berlín y del socialismo real, esta interpretación ha sido cuestionada por la trayectoria mundial del siglo XXI caracterizada por las desigualdades crecientes y por el incremento de la pobreza.

El mundo actual, inmerso en la cuarta globalización, nos plantea el reto de desarrollar una nueva epistemología, que permita dimensionar las complejas formas de relación que existen entre los diferentes actores del orden mundial, pero con una visión que supere el marco tradicional de la relación entre países ricos y pobres, en aras de lograr una mayor profundidad en la comprensión de las dinámicas que había ocultado lo lógica de la exclusión internacional.

Los estudios transareales (*Trans-Area Studies*) asumen el compromiso de entender la complejidad social actual. Para estos estudios, el espacio ya no puede ser únicamente analizado como fronteras y territorios, por el contrario debe ser mirado en movimiento con cruzamientos y entrecruzamientos. Así, las antiguas concepciones de fronteras y áreas que se habían mostrado incapaces de analizar las complejas interrelaciones de los movimientos políticos, sociales, económicos, culturales y la relación sociedad/naturaleza, son sustituidas por los movimientos transversales que ven los territorios en relaciones de movilidad de espacios, personas, culturas, conceptos, teorías, productos, que son precisamente configurados en su relación con otros. La tradicional horizontalidad de los estudios de área, es sustituida por una nueva visión de la historia conectada a través del desarrollo de lo multi, inter y trans en todas sus dimensiones.

Figura # 2:
La categoría espacio/tiempo en el enfoque transareal



Fuente: Elaboración propia

A partir de esta reflexión, es importante considerar que los problemas de investigación requieren una nueva dimensionalidad (Figura 2), a partir de las categorías tiempo (historicidad) y espacio (espacialidad), que podría entenderse de la siguiente manera:

- **Problemas de tiempo:** existe una temporalidad múltiple, dado que el tiempo es relativo, puesto que implica la temporalidad y la percepción social sobre ésta que implica la génesis de regímenes de historicidad. Hay problemas *time specific* y explicaciones *ex post facto*, como en el caso de la disciplina histórica o de los estudios de trayectoria y explicaciones *ex ante* como las que plantean las disciplinas que pretenden predecir el comportamiento de las sociedades.
- **Problemas de escala/espacio:** existe una espacialidad diferenciada, que también es percibida por las sociedades a partir del surgimiento de territorialidades específicas, que son construcciones subjetivas e institucionales. Por lo tanto nos vamos mover en escalas nacionales, regionales, transnacionales, multi-nacionales, mundiales, globales y estas escalas también pueden ser conceptuales, textuales y simbólicas.

Esto lleva a Ottmar Ette (2008) a plantear una definición de las áreas no necesariamente de manera territorial, sino a partir de los movimientos que la atraviesan. En esta nueva aproximación se potencian (re)descubrimientos bajo una lógica relacional que busca analizar los espacios de manera entrecruzada, en los que un proceso social tiene un impacto global. Estos espacios, que también pueden ser conceptuales, se mueven en temporalidades diferenciadas, con ritmos, tendencias y pluralidades que superan la visión de los enfoques disciplinarios, de análisis comparado y de área. Este es el fundamento de la nueva epistemología que plantean los estudios transareales.

Según Ette, los estudios literarios son los que han llevado una valiosa reflexión sobre el campo de las transáreas, al redefinir los espacios en sus relaciones múltiples, su movilidad y su impacto en la redefinición del conocimiento. Esto se ha logrado mediante la distinción entre lo translocal, lo transregional, lo transnacional, lo transcontinental y lo transareal, todo ello para crear una nueva visión de los marcos entrecruzados, que permita entender las (re)conexiones y los puentes entre procesos y sus roles en la globalización, por lo que se abren nuevas investigaciones como que pueden ser África/américas, Europa/américas, Asia/américas y Arabia/américas.

Podemos definir las transáreas de investigación, como problemáticas que implican territorialidades, desigualdades, actores/actrices, procesos de modernización y movi­lidades múltiples. Por lo tanto, la ubicación espacial debe plantearse de manera novedosa, y para superar la visión tradicional de los estudios comparados, que siempre privilegia relaciones jerarquizadas y comparaciones simétricas. Es así como el objetivo de este tipo de estudio es analizar los espacios y sus movimientos de una manera compleja, mediante la observación de las cercanías y las lejanías de los procesos sociales, actores e instituciones, así como su impacto y sus percepciones diferenciadas en territorialidades construidas y percibidas, que superen los enfoques de carácter “nacional” y regional. La visión de los espacios debe aprehenderse como una construcción social y este planteamiento también constituye una ruptura metodológica, como propondremos a continuación.

5. LO TRANSAREAL Y LA TRIANGULACIÓN METODOLÓGICA

La triangulación es un término que se usó originalmente en los círculos de la navegación, para tomar múltiples puntos de referencia y así poder localizar una posición desconocida. Campbell y Fiske (1959) son reconocidos como los primeros investigadores que aplicaron la triangulación en la investigación. En términos operativos, la triangulación se define como el uso de múltiples métodos en el estudio de un mismo objeto/sujeto, y Denzin (1970) fue quien avanzó en la definición más precisa, en el sentido de que la triangulación metodológica implica el uso de dos o más teorías, fuentes de datos, métodos de investigación o técnicas de investigación en el estudio de una problemática particular.

Si bien los autores citados plantean que la triangulación metodológica puede acercar al investigador a la objetividad, una visión crítica de esta metodología debe considerar que los fenómenos sociales son multidimensionales, de ahí que sintetizan elementos estructurales tanto como subjetivos, por lo que la triangulación teórica no debe llevar al eclecticismo que implique una combinación de teorías que resulte invalidada por el criterio de la reducción interteórica —o sea la reducción de una teoría a otra— e intrateórica

—o sea la reducción de las unas premisas a otras al interior de una teoría—: es decir, no podemos mezclar teorías o enfoques que tengan elementos irreconciliables, aunque esta práctica se ha hecho común en investigaciones que han dejado de preocuparse por la formalidades de la construcción de nuevo conocimiento.

De todas maneras, si se tiene el cuidado de no forzar vínculos entre teorías, y de no estirar los conceptos en su historicidad, la triangulación metodológica potencia las posibilidades operacionales del enfoque transareal. Por eso es importante tomar en consideración los diferentes tipos de triangulación que identificó Denzin (1970), y que se han depurado a partir de otros seguidores de su planteamiento:

- Los *observadores triangulan* no sólo con metodología; también pueden triangular con fuentes de datos.
- La *triangulación de investigador* significa que se emplean múltiples observadores, opuesto a uno singular. Más investigadores, en efecto, emplean múltiples observadores, aunque todos ellos no ocupen roles igualmente prominentes en el proceso observacional actual.
- Denzin definió la *triangulación teórica* como una evaluación de la utilidad y el poder de probar teorías o hipótesis rivales. Esta definición envuelve pruebas a través de la investigación, de teorías rivales, hipótesis rivales o explicaciones alternativas de un mismo fenómeno.
- La *triangulación de métodos* puede hacerse en el diseño o en la recolección de datos. Existen dos tipos:
 - ▼ o triangulación dentro de métodos (*within-method*): que es una combinación de dos o más posibilidades de recolección de datos, con aproximaciones similares en el mismo estudio, y
 - ▼ o entre métodos (*between-method o across-method*): cuando se usan dos o más métodos de investigación.
- Hay *triangulación de datos* cuando se usan diferentes fuentes de datos.
- La *triangulación múltiple* consiste en combinar dos o más tipos de triangulación para una investigación particular, que implica una comprensión más amplia de los fenómenos en estudio.

Desde el punto de vista de la disciplina histórica, se puede dar seguimiento a su vocación más multi e interdisciplinar, por medio de la superación de las nociones más convencionales de las fuentes históricas, mediante la incorporación de enfoques al proceso de definición de problemas de investigación, y por medio de la triangulación metodológica. Así se podrían dimensionar las sociedades en movimiento, mediante la comparación y los enfoques relacionales, dentro de los que destaca el análisis de redes sociales que destaca las relaciones entre elementos, que pueden ser personas, grupos, organizaciones o países (Molina, 2001) para seguir los planteamientos de los estudios transareales.

CONCLUSIÓN

¿Cómo interpretar la(s) realidad(es) latinoamericana(s) y tener incidencia en su construcción social como región? ¿Cómo incidir en la transformación de una sociedad desigual en otra más justa? Estas interrogantes han sido foco de debate entre los intelectuales latinoamericanos y las intelectuales

latinoamericanas, desde mediados del siglo XIX. Las primeras respuestas alcanzaron su apogeo, en primera instancia, con la idea de una filosofía latinoamericana planteada por Leopoldo Zea, y una de las respuestas más interesantes fue la planteada desde la(s) teoría(s) de la dependencia.

En el camino de las repuestas a esa interrogante ha quedado claro que el nacionalismo intelectual, el esencialismo disciplinar, los determinismos geográficos y económicos y los marcos de análisis ortodoxos, son insuficientes para develar la complejidad latinoamericana.

La cada vez más evidente diversidad y multiplicidad de procesos que entrecruzan la problemática del subdesarrollo, para citar un ejemplo, obligan a los investigadores a desarrollar enfoques dialógicos que analicen lo global en lo local y viceversa, que observen al espacio, a la historia y a los actores no como hechos dados y marcados por el esencialismo, sino como hechos en movimiento, en permanente (de) construcción y con capacidad de ser influidos así como de incidir en la realidad.

Los estudios transareales pretenden retomar dialécticamente los aportes desarrollados en el último siglo en las ciencias sociales latinoamericanas, pero esta vez buscando las ventajas del análisis local para entender la dinámica global y viceversa.

Esta redefinición epistemológica ha marcado y marcará las nuevas discusiones en las ciencias sociales latinoamericanas. La creación de variables interrelacionadas, la movilidad de los espacios, el peso de las prácticas sociales y de la subjetividad en los diferentes actores sociales y la necesidad de ir más allá de los análisis parciales, son sólo algunos ejemplos de las coordenadas en las que se mueven los investigadores e investigadoras latinoamericanos y latinoamericanistas.

Para unos y otros América Latina es un territorio cruzado de procesos globales y locales que se afectan mutuamente. Los enfoques transareales son una señal de que las Ciencias Sociales deben marchar en los (re)descubrimientos bajo una lógica relacional, donde el reto es interpretar la realidad para superar las desigualdades sociales.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez Gómez, M. (2007) *Teoría de la historicidad*, Madrid, Editorial Síntesis.
- Bloch, M. (1975) “El método comparativo en Historia”, en C. F. S. Cardoso: *La Historia como ciencia*, San José, EDUCA, pp. 157-165 [ed. original 1930].
- (1928) “Pour une histoire comparée des sociétés européennes”, *Revue de synthese historique*, n°. XLVI, pp. 41-45.
- Campbell, D. T., y Fiske, D. W. (1959) “Convergent and discriminant validation by multitrait-multimethod matrix”, *Psychological Bulletin*, n°. 56, pp. 81-105.
- Denzin, N. K. (1970) *Sociological Methods: a Source Book*, Chicago, Aldine Publishing Company.
- Detienne, M. (2001) *Comparar lo incomparable. Alegato en favor de una ciencia histórica comparada*, Barcelona, Península [ed. original 2000].
- Ette, O. (2008) *Caribbean(s) on the Move. Archipiélagos literarios del Caribe. A TransArea Symposium*, Frankfurt, Peter Lang.
- Fleitas, R. (2005) “La Sociología Política en Max Weber”, *STVDIVM Revista de Humanidades*, n°. 11, pp. 227-240.
- Fukuyama, F. (1992) *El fin de la Historia y el último hombre*, Barcelona, Planeta Press.
- Furtado, C. (1978) *La economía latinoamericana: formación histórica y problemas contemporáneos*, México D.F., Siglo Veintiuno.
- Gemelli, G. (2005) *Fernand Braudel*, Valencia, Universitat de Valencia.
- Gil, J. D. (1995) “Del Cajón de Sastre a la Caja de Pandora”, en VV AA: *Familia, vida cotidiana y mentalidades en México y Costa Rica, Siglos XVIII y XIX. Pie de Imprenta: Costa Rica*, Alajuela, Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, pp. 157-177.
- Green, N. (2006) “Compte rendu de Michael Werner et Bénédicte Zimmermann (dir.), De la comparaison à l’histoire croisée, 2004”, *Le Mouvement Social*, n°. 215, pp. 102-104.
- Hartog, F. (2003) *Régimes d’historicité. Présentisme et expériences du temps*, París, Seuil.

Huntington, S. (1997) *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona, Paidós.

Imbert, P. (2003) “Cartografía, dualismo y exclusión”, en <http://www.ensayistas.org/critica/teoria/debates/imbert2.htm> (visitado el 13/12/2008).

Latin American Studies Association (LASA) (2008) “Inicio”, en <http://lasa.international.pitt.edu/esp/index.asp> (visitado el 18/12/2008).

Mignolo, W. (1998) “Postoccidentalismo: el argumento desde América Latina”, en S. Castro-Gómez y E. Mendieta (eds.): *Teorías sin disciplina (latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate)*, México: Porrúa, disponible en <http://www.ensayistas.org/critica/teoria/castro/mignolo.htm> (visitado el 23/03/2009).

Molina, J. L. (2001) *El análisis de redes sociales. Una introducción*, Barcelona, Edicions Bellaterra.

Morin, E. (1994) *Introducción al pensamiento complejo*, Barcelona, Gedisa.

Morlino, L. (1994) “Problemas y opciones en la comparación”, en G. Sartori y L. Morlino (eds.): *La comparación en las ciencias sociales*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 13-29 [ed. original 1991].

Nelly, R. (1998) “Intersectando Latinoamérica con el Latinoamericanismo: discurso académico y crítica cultural”, en <http://www.ensayistas.org/critica/teoria/castro/richard.htm> (visitado el 30/09/2008).

Noiriel, G. (2006) *Introduction à la socio-histoire*, París, Éditions La Découverte.

O’Connor, J. (1997) “Qué es la historia ecológica?, ¿por qué la historia ecológica?”, *Ecología Política*, nº. 14, pp. 115-130.

Ortega, J. (2003) “Presentación al Dossier estudios transatlánticos”, *Iberoamericana*, vol. III, nº. 9, pp. 105-108, disponible en <http://www.iberoamericana.de/articulos-pdf/09-ortega.pdf> (visitado el 27/08/2008).

Prebisch, R. (1986) *La crisis del desarrollo Argentino: de la frustración al crecimiento vigoroso*, Buenos Aires, El Ateneo.

Quijano, A. (1975) “Política y desarrollo en América Latina”, en A. Murga & G. Boils (eds.): *América Latina: Dependencia y Subdesarrollo*, San José de Costa Rica, EDUCA, pp. 234-235 (2ª ed.).

Ríos, C. (2004) “La palabra, el método y la historia. Explorando la comparación histórica de Marc Bloch”, Ponencia *VII Congreso Centroamericano de Historia*, en http://escuelahistoria.usac.edu.gt/pdf/VIII_CCH/Rios_Gordillo_Carlos_Alberto.pdf (visitado el 21/05/2008).

Sagot, M. (2007) “(Re)Definiendo las identidades y la acción política: multitudes diversas, sujetos colectivos y movimientos sociales en la Centroamérica del nuevo milenio” *Conferencia Inaugural del Ciclo Lectivo del 2007* - Escuela de Antropología y Sociología, San Pedro - Campus Rodrigo Facio, en http://www.ucr.ac.cr/documentos/Ponencia_Movimientos_Sociales.pdf (visitado el 06/07/2008).

Sartori, G. (1994) “Comparación y método comparativo”, en G. Sartori y L. Morlino (eds.): *La comparación en las ciencias sociales*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 29-49 [ed. original 1991].

Serrano Álvarez, P. (2002) “Historiografía regional y local mexicana, 1968-2000. Diversidad y pluralidad de tendencias”, *Diálogos Latinoamericanos* (Dinamarca), n.º. 5, pp. 99-108.

Smith, D. (1991) *The Rise of Historical Sociology*, Cambridge (Reino Unido), Polity Press/Basil Blackwell.

Tesser, C. (1999) *El debate teórico actual*, Madrid, Miletó.

Thorp, R. (1998) *Progreso, pobreza y exclusión. Una historia económica de América Latina en el Siglo XX*, Washington D.C., Publicaciones del Banco Interamericano de Desarrollo.

Tilly, C. (1991) *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Madrid, Alianza Editorial [ed. original 1984].

Trindade, H. et al. (2007) *Las Ciencias Sociales en América Latina*, México, Siglo XXI Editores.

University of Pittsburgh (2004) *Department of History*, en <http://www.pitt.edu/~pitthist/atlantic.html> (visitado el 12/12/2008).

Viales Hurtado, R. (2006) “La sociología latinoamericana y su influencia sobre la historiografía (siglo XIX a 1980)”, en E. de Rezende Martins y H. Pérez Brignoli (dirs.): *Historia General de América Latina*, París, UNESCO/Editorial Trotta, vol. IX, pp. 129-174.

Wallerstein, I. (1999) *El moderno sistema mundial III. La segunda era de gran expansión de la economía mundo capitalista, 1730-1850*, México, Siglo XXI Editores.

Weber, M. (1982) *Ensayos sobre metodología sociológica*, Buenos Aires, Amorrortu Editores [ed. original 1922].

Werner, M., y Zimmerman, B. (2004) *De la comparaison à l'histoire croisée*, Paris, Seuil.

Pagina 176 en blanco
TAPAR

III Parte:
Políticas e Instituciones

Pagina 178 en blanco
TAPAR

IDEAS Y REALIZACIONES DE LA POLÍTICA EDUCACIONAL CUBANA

Lino T. Borroto López y Jesús M. García del Portal (Universidad de La Habana, Cuba)

A cincuenta años del triunfo de la Revolución el proyecto social cubano se consolida, y la educación ha sido y continuará siendo un factor fundamental en la conformación de la conciencia política e ideológica que mantiene unido al pueblo cubano en torno a las conquistas logradas. Para la dirección de la Revolución cubana constituye una necesidad la continuidad histórica del proceso social que tiene lugar en el país, de ahí que la educación general y la educación superior en particular haya constituido un bastión para el proceso revolucionario cubano. La historia ha demostrado que la preparación política ideológica es el pilar para la formación de convicciones revolucionarias en el contexto de la labor transformadora de los hombres en las diferentes formaciones sociales y es uno de los objetivos priorizados por el Partido y por la Educación en Cuba.

El conocimiento de las causas objetivas y subjetivas que generan el movimiento social y las corrientes filosóficas y de pensamiento que las sustentan han sido objeto de reflexiones por diferentes ideólogos y filósofos, mas el contexto histórico de hoy, de una globalización neoliberal, es esencial para comprender la génesis de la concepción ideológica política de la Revolución cubana concebida como “Batalla de Ideas”.

Los autores intentan una aproximación a la fundamentación más acabada de las decisiones que actualmente tienen lugar en el ámbito social y educacional de Cuba. Para ello, realizan una síntesis de la obra cubana, mediante una reflexión sobre la situación actual y el sostenido empeño de nuestro país en los últimos 45 años, en aras de hacer realidad el acceso y disfrute del conocimiento y la más plena realización material y cultural de todos los ciudadanos, como condición necesaria para la consolidación y continuidad histórica de nuestro proyecto social.

Se destacan concepciones determinantes vigentes a partir de 1959, algunos logros y las dificultades actuales de connotación más significativa, la fundamentación de los planes educacionales recientes y las transformaciones universitarias en marcha, que corroboran la voluntad política efectiva estatal y el grado de compromiso y participación consciente de los actores universitarios en la toma de decisiones y ejecución de los cambios, aún en condiciones de restricciones financieras.

En el trabajo se adelantan algunas reflexiones de los autores sobre los retos más significativos que enfrenta en la actualidad la educación cubana que pueden servir de elementos de comparación para evaluar los niveles de desarrollo en materia de educación entre Cuba y otras regiones y/o países del mundo. En el análisis se incluyen tres desafíos, vinculados todos a lo que hemos denominado en Cuba “Batalla de Ideas” y que se han considerado como cruciales.

1. LAS TRANSFORMACIONES EN EL SISTEMA DE EDUCACIÓN GENERAL. EL PRIMER DESAFÍO

La educación en Cuba ha constituido (y constituye) una de las prioridades de la Revolución. A ella, el Estado cubano ha asignado importantes recursos materiales y financieros ascendentes a un 22% de los gastos corrientes en la actividad presupuestada, y un 14 % en relación a los gastos totales del presupuesto. De igual forma los gastos corrientes de educación como porcentaje del PIB en la década de los 1990 y primeros años del siglo (coincidentes con la mayor crisis económica que recuerda la historia de la Revolución) nunca han sido inferiores al 6%, alcanzando en el 2002 la impresionante cifra de 9,3%.

En otro sentido, en más de una oportunidad cuando se establecían los pronósticos en materia de educación para el presente siglo, se hablaba del presente siglo como el siglo de la información, y de la educación, como el valor agregado más importante que presentaba. La educación se dice, se convierte en una fuerza productiva directa. En efecto, mucho antes de que el nuevo siglo se asomara a nuestra inteligencia, la era de la información era una realidad. INTERNET, y las pistas de la información se convertían en un lugar irrenunciable para cualquier investigador. Este prodigioso mecanismo capaz de sintetizar toda la información existente permite que los investigadores y estudiosos accedan de forma expedita a la información necesaria, y superar de esta forma el caudal de información¹ cada vez en creciente en el ámbito de la ciencia y la técnica.

Este nuevo elemento del desarrollo constituye un reto para el Tercer Mundo, del cual Cuba no está excluida. Insertarse en un mundo de desarrollo, desde un mundo de pobreza constituye un reto descomunal² que en el caso de Cuba se ve agravado por el brutal bloqueo a que está sometida desde hace más de 40 años. Insertarse en el mundo de la informática y producir desde los nuevos conocimientos supone para Cuba un verdadero desafío que hemos asumido, a partir de los resultados obtenidos.

Ya desde 1997, las transformaciones en la educación se orientaron a solucionar problemas de calidad sin que esto implicara dejar de lado los niveles de extensión que se habían logrado. Uno de los problemas más importantes era elevar a niveles de realidad el hecho de que la escuela cubana (y el sistema en su conjunto, por extensión) se ubicara en el centro coordinador de la educación en la comunidad, asumiendo que ésta había dejado de ser (quizás nunca lo fue) un ente homogéneo y que por el contrario veía acentuadas en sus estructuras de base los elementos de desigualdad que habían sido anunciados por la dirección de la Revolución a propósito de las reformas implantadas en principio de los 1990. Este reto implicaba (implica) articular realmente los niveles de centralización y descentralización que permitan, por un lado monitorear las invariantes de valor que persigue para la sociedad en su conjunto el programa de la Revolución y por otro lado dar a la base autoridad suficiente para moverse en el marco de sus propios problemas. La preparación de maestros y profesores, constituía entonces (y constituye) un elemento clave en este proyecto. Se convirtió en una necesidad para el país enfrentar los siguientes problemas:

¹ Existen cálculos que establecen que en Biología, por ejemplo, un investigador necesitaría 300 años de su vida para acceder a la información de solo un año contenida en las revistas científicas.

² América Latina y el Caribe arriban al siglo XXI desde distintos tiempos, lo cual se puede ejemplificar con el caso de Haití —quizás el ejemplo más dramático— que arriba al siglo XXI sin haber superado el siglo XIX.

- Dotar al sistema de educación de una infraestructura material que incluiría elementos de cómputo, videos y televisores que, salvando incluso la realidad de zonas llamadas de “silencio” y lugares intrincados sin luz eléctrica, brindara la posibilidad de una nueva forma de asumir los conocimientos por parte de los alumnos. Era necesario además que al sistema se integraran otros elementos (programación televisiva) que complementarían (se incorporarían) al sistema.
- Disminuir los salones de clases en el caso de la educación primaria a 20 estudiantes por profesor y 15 en el caso de la secundaria básica añadiendo a lo anterior la necesidad de establecer la doble sesión en ambos casos, lo cual elevó de forma inmediata la necesidad de fuerza profesoral, por encima de los niveles actuales.
- Reparación de escuelas de ambos niveles.
- Preparación de la fuerza de profesores.

A partir de estos elementos comenzó a desarrollarse el trabajo. Se partió de un principio que no por estar establecido desde siempre para la educación cubana dejaba de ser importante recalcar: el objetivo principal de la educación consistente en elevar el desarrollo humano de todos los cubanos al propiciar una cultura general integral desde la infancia y promover la asimilación de conocimientos sólidos y profundos.

En el caso de la formación de maestros y profesores, se partió de la convicción de que lo ideal era formar maestros y profesores integrales que en la educación primaria asumieran la dirección³ de la educación desde el primero hasta sexto grado, y profesores que en la secundaria básica asumieran la dirección de todos los conocimientos (y valores) necesarios a adquirir en este nivel de educación⁴.

De todos los retos, éste a nuestro juicio es el más difícil, pues se trata no solo de cambiar o crear nuevas estructuras sino de cambiar mentalidades, estilos y hábitos de trabajo por mucho tiempo enraizados en las mentes de los docentes, pero a la vez, lo que resulta más significativo (e importante), elevar la cultura general de los propios docentes al mismo ritmo (acelerado) que se producen los cambios, como condición *sine-qua-non*, para alcanzar las metas propuestas.

Desde el punto de vista de la infraestructura material, se comenzó por desarrollar programas que, como “Universidad para todos”, pretenden elevar el nivel de cultura general de maestros, profesores y población en general. Se continuó con la creación de un “Canal Educativo”, que progresivamente ha ido llevando su señal a todo el país. Se modificaron los planes de estudio y la proyección de los Institutos Superiores Pedagógicos (las Universidades para la formación y superación de personal docente), además de implementar programas educativos y sociales de corto y largo alcance que buscan desarrollar las aspiraciones de cada niño, adolescente o joven.

Sin embargo, en un primer momento —como momento del proceso de aprendizaje necesario— estos importantísimos recursos puestos al servicio de la educación no han ido más allá de “reproducir” viejos

³ Cuando señalamos “dirección” no estamos utilizando un término más, sino un concepto que desde nuestro punto de vista tiene todavía que calar en la mentalidad de los maestros y profesores y aún de los dirigentes intermedios de la educación cubana.

⁴ En el caso del profesor de secundaria básica, lo que se implementó fue formar un profesor integral que impartiera todas las asignaturas excluyendo Inglés, Computación y Educación Física.

esquemas en el desempeño de las clases, al convertirse el tele-profesor en un multiplicador de clases tradicionales y el sistema de programas en una “gran escuela tradicional” desaprovechando esta oportunidad para introducir nuevas formas de adquisición de conocimientos que solo el medio visual puede proporcionar.

Tanto el maestro de primaria, como el profesor de secundaria básica, tendrán que convertirse en facilitadores del conocimiento y guías en la formación de valores, y cada vez más el educando deberá asumir el conocimiento a partir de la actividad independiente. La meta debe ser, indiscutiblemente, el que sean los estudiantes los que construyan su propio conocimiento. Los programas de la televisión educativa deberán cada vez más dirigirse a expresar los elementos contenidos en la naturaleza y la sociedad en forma “problema”, que motive al estudiante a buscar información, valiéndose de los medios de cómputo, cuando INTERNET pueda ser una realidad en todo el sistema, y al menos en el sistema de bibliotecas escolares mientras lo anterior no sea materialmente posible.

Convertir al maestro y profesor en este director-facilitador, constituye la piedra angular del éxito y a la vez uno de los retos que asume la educación en estos inicios de siglo.

2. LAS TRANSFORMACIONES EN LA EDUCACIÓN SUPERIOR. LA UNIVERSALIZACIÓN. EL SEGUNDO DESAFÍO

El reto que se impone a la Reforma actual de la educación superior en Cuba es mucho más que un problema de formación masiva de “antecedentes”:

Al iniciar la Revolución su etapa transformadora el 1° de enero de 1959, encontraba ante sí un sistema de educación superior desvertebrado, tocado por la corrupción y, sobre todo, inservible a los altos fines de la renovación y el desarrollo económico, político y moral de nuestra patria (Consejo Superior de Universidades, 1962: 1).

La campaña nacional de alfabetización, la extensión de los servicios educacionales a todo el país con la creación de aulas y escuelas, la preparación emergente de maestros, la garantía de empleo a todos los docentes y la nacionalización de la enseñanza, que dio carácter público y gratuito a todos los servicios educacionales del país y decretó la desaparición de las universidades privadas, fueron transformaciones fundamentales para el desarrollo ulterior.

En fecha tan temprana como el 28 de diciembre de 1959, el Comandante Ernesto Che Guevara, en discurso pronunciado en la Universidad Central de Las Villas, reclamaba que se produjeran cambios esenciales en la universidad de la Cuba nueva. El Che expresó:

Le tengo que decir [a la Universidad] que se pinte de negro, que se pinte de mulato, no solo entre los alumnos, sino también entre los profesores; que se pinte de obrero y de campesino, que se pinte de pueblo, porque la universidad no es el patrimonio de nadie y pertenece al pueblo de Cuba... (cit. en Vecino, 2003: 3).

Las universidades cubanas, no ajenas al plan de medidas educacionales de carácter general, se propusieron alcanzar un papel protagónico dentro de estos cambios. Así en enero de 1962 se promulga la Reforma de la Enseñanza Superior en Cuba, que orientó entre otras, las políticas siguientes:

- La Universidad debía estar en función de las necesidades del país, dando prioridad a aquellas profesiones más estrechamente vinculadas con el desarrollo económico y social que se preveía, tales como las de la rama agropecuaria, las ciencias técnicas, la medicina y la formación de profesores.
- La transformación de la concepción y práctica de la educación superior, esencialmente en lo teóricopráctico y en lo educativo. Se implanta el principio pedagógico del estudio-trabajo en los primeros cursos académicos durante la década de los años 1960.
- La ampliación de los servicios de educación superior para satisfacer los intereses de la población.
- La investigación científica como una condición necesaria de la educación superior.
- La garantía de participación de los profesores y estudiantes en el gobierno universitario.
- La formación y superación de los profesores y su dedicación a la labor docenteeducativa a tiempo completo.
- La elaboración de un plan de becas para garantizar la posibilidad de estudios universitarios, asegurando el alojamiento, la alimentación y otros beneficios gratuitos para los estudiantes.
- La necesidad de implementar medidas que permitiesen fomentar el intercambio científico y cultural con otros países. Se inicia el envío masivo de estudiantes al extranjero.
- La vinculación con carácter sistémico del nivel universitario con los niveles precedentes.

Treinta años de transformaciones a partir de entonces cambiaron radicalmente la faz de la universidad cubana, en lo cuantitativo, cualitativo, político, social, económico y cultural. La Universidad se hizo cada vez más una verdadera institución social, en función de las necesidades e intereses de la población, a la que tuvieron acceso real todos los sectores de la sociedad, sin distinción de raza, sexo, credo y sin limitaciones de carácter económico. En la década final del siglo pasado los efectos del llamado “Periodo Especial”, acaecido en Cuba por el severo impacto sobre la economía del país de la desaparición de la Unión Soviética y de los demás países socialistas de Europa del Este, acentuaron una secuela de problemas, sobre todo en los miembros más vulnerables económica y culturalmente de la sociedad, que ha sido preciso afrontar mediante un amplio conjunto de planes, que forman parte de un nuevo proceso de cambios y transformaciones cualitativas y cuantitativas, para la recuperación del status cultural logrado o en vías de lograr hasta finales del pasado siglo.

Este proceso, conocido hoy como de *universalización*, da continuidad a la voluntad política de apertura de la Universidad al pueblo, instaurada por la Revolución en 1959 y supera a otro de igual nombre desarrollado en la década de los años 1970, que adecuó la educación superior a las nuevas condiciones previstas entonces como consecuencia de la propia obra educacional de la Revolución, mediante cambios sustantivos cuya impronta se expresó fundamentalmente por el incremento cuantitativo de la cantidad de instituciones, carreras y matrículas, así como la ampliación de los espacios de realización de las funciones universitarias.

Es así que el estado actual de la educación superior en Cuba, aunque también caracterizado por significativos aumentos de matrículas, así como por la creación de instituciones de nivel superior en todos los municipios del país, acercando aun más la universidad al pueblo, tiene como fundamento principal la

superación de un conjunto de insuficiencias y males inherentes esencialmente al desarrollo social, en particular de sectores de la población más desprotegidos y necesitados de incrementar su cultura general y científica y beneficiarse con los cambios de la educación superior para potenciar las condiciones de superación individual y colectiva. La dimensión cualitativa del proceso en esta etapa resulta determinante. Por tanto, se incrementan los esfuerzos por obtener mayores logros en la difusión y generación del conocimiento, el incremento de la cultura general integral de la población, el desarrollo del postgrado y las investigaciones científicas, por la racionalidad en el manejo de los recursos materiales y financieros y del potencial humano, sin descuidar con la masividad el aumento de la pertinencia y su calidad y de los aportes de la Universidad al desarrollo del país.

En Cuba el desarrollo de la educación superior y su reforma constituyen un proceso en constante perfeccionamiento, donde la cultura y el conocimiento social —*en* todas sus manifestaciones y formatos de producción y difusión— han sido variables fundamentales que guían la elaboración y toma de decisiones de los planes. Los cambios se han orientado fundamentalmente hacia la satisfacción más plena de la demanda social por la educación superior, sin ingerencias de organizaciones, fuerzas y pensamientos foráneos que desvíen su rumbo sometiéndola a “ideologías de mercado” e imposición de un modelo heterónomo de universidad⁵.

El desarrollo de la educación superior en Cuba no tuvo que plegarse a las recetas neoliberales ni abandonar los principios inherentes al Proyecto Social de la Revolución, manteniendo la educación su carácter estatal, laico y gratuito. Prueba de ello es que a pesar de las carencias de recursos materiales y financieros provocadas por el derrumbe del campo socialista europeo, el recrudecimiento del bloqueo económico-financiero y de las agresiones de diversa índole del gobierno estadounidense, en Cuba no existe educación privada alguna, tampoco perdió su empleo ni fue afectado en su salario ningún profesor universitario, aun en condiciones de disminución de la matrícula, sino que el aparente exceso de docentes fue aprovechado para aumentar la superación de postgrado y la capacitación profesional.

Bajo el principio de no abandonar a ningún ciudadano en ninguna circunstancia, se mantuvo la garantía del empleo para todos los jóvenes egresados universitarios de los cursos regulares —aún en las condiciones de contracción del empleo— mediante la aplicación de planes de vinculación de los profesionales recién egresados a los centros de producción y servicios más acordes con las especialidades cursadas por los mismos, sin afectar en tales casos la eficiencia económico-financiera empresarial.

Entre otros importantes ejemplos y en múltiples dimensiones del desarrollo social, lo antes expresado tiene como uno de sus pilares y antecedentes más firmes el nivel de apoyo y compromiso de la academia cubana en la participación y realización de los cambios requeridos para el constante perfeccionamiento de la obra universitaria.

⁵ Las universidades están experimentando una transición —algunas veces voluntaria, generalmente obligada— hacia un modelo heterónomo. Siguiendo a Max Weber, una institución puede considerarse heterónoma cuando su misión, agenda y resultados son definidos en mayor proporción por controles externos e imposiciones que por sus organismos internos de gobierno. De esta forma, una universidad heterónoma es aquella que es cada vez menos capaz de diseñar por sí misma su propio desarrollo, y cuyo éxito deriva de la rapidez y eficacia de su respuesta a las demandas externas (Schugurensky, 1998).

No obstante lo dicho, nuestra educación tiene, junto a los desafíos contemporáneos, deficiencias y lagunas (García del Portal, 2002: 1-10), aun cuando se han logrado importantes avances y los retos se afrontan con halagüeñas perspectivas.

2.1. Tendencias de la Educación Superior

En atención a lo expresado en los dos últimos párrafos anteriores y su vinculación con las tendencias reconocidas en la pasada década, por especialistas, organismos internacionales y gobiernos, considero oportuno adelantar algunas impresiones, interrogantes y la apreciación que sostengo sobre dichas tendencias, en general y para el caso de Cuba en particular.

Las tendencias reconocidas por la UNESCO (masificación, diversificación y restricciones financieras) tienen un marcado matiz cuantitativo al expresarse y evaluarse. Nuestra percepción no implica en ninguna medida desconocer las magnitudes de las diferentes variables (matrícula en cantidad de estudiantes; financiamiento en cantidad de dinero y recursos; diversificación en cantidad de instituciones, programas y formas de enseñanza diferentes), sino que en su identificación no se abunda con toda profundidad o tiende a eludirse el análisis en cuanto a si, al menos para los países subdesarrollados, ¿se trata realmente de una masificación o de un crecimiento —por demás desproporcionado con relación a las capacidades insuficientes para satisfacer las demandas sociales masivas de educación superior—?, ¿las restricciones financieras obedecen íntegramente a limitaciones económico-financieras de los países o también a la imposición de concepciones y políticas exógenas (heteronomía) así como a graves males endógenos en las administraciones nacionales y locales?, ¿la diversificación de instituciones y programas no es en muchos casos una solución espuria, que favorece la creación de negocios educativos con fines de lucro y de dudosa calificación? Sostengo que las visiones, análisis y propuestas de alternativas de soluciones deben considerar los problemas más eminentemente políticos que técnicos.

Por ejemplo, en el caso de la masificación, es preciso incorporar también al análisis de las magnitudes de dicho proceso, las consideraciones siguientes:

- La población del mundo subdesarrollado⁶ supera en más de 4 veces la del mundo industrializado (de alto ingreso), proporción que seguirá creciendo para hacerse de 6:1 en el año 2025. Además, la población joven seguirá siendo muy superior en los países de bajos ingresos con respecto a los industrializados, caracterizados demográficamente por poblaciones en el rango de la tercera edad.
- En cuanto a las matrículas, en el año 1960 había 10 millones de estudiantes en los países subdesarrollados y 3 millones en los de alto ingreso. Las estadísticas del año 1995 muestran que la matrícula del mundo subdesarrollado fue de 44 millones y de 36 en los industrializados. Es decir, que el notable crecimiento entre esos 35 años, para ambos tipos de países, ha favorecido proporcionalmente a los países industrializados, con un incremento de 12 veces, contra solo de 4,4 veces los subdesarrollados (UNESCO, 1995).

⁶ Se utilizan como sinónimos los términos “subdesarrollado” y de “bajo ingreso”, así como “industrializado” y de “alto ingreso”.

- Las Tasas Brutas de Escolarización Terciaria son de 10% y 58%, respectivamente, para los países de bajos y de altos ingresos, y el Logro Educacional en este nivel educacional (cantidad de personas mayores de 25 años con educación terciaria) es de 6 y 26, respectivamente (BANCO MUNDIAL-UNESCO, 2000).

Sobre la diversificación, predominantemente de índole privada, si bien es cierto que muchas universidades privadas (y algunas públicas) están entre las mejores por países y aún del mundo, también lo es que una gran parte de las instituciones terciarias privadas ocupan los últimos lugares, dejando mucho que desear en su ejercicio académico (Altbach, 1998: 9).

En cuanto a las restricciones financieras, sin pretender negar tampoco la evidencia de las profundas crisis y recesiones económicas que padece especialmente el mundo subdesarrollado, cabría interrogarse cómo ha sido posible que países con muy pocos recursos, pero animados de una real voluntad política a favor de la educación, hayan sido capaces de mantener y elevar la calidad de este servicio a sus poblaciones. En este caso, sería procedente un análisis de la distribución de los presupuestos nacionales y hasta donde son realidad los discursos oficiales sobre la necesidad estratégica de invertir en educación.

Nos interrogamos en cuanto a si realmente la tendencia predominante impuesta hoy a la Universidad no es realmente una ausencia de financiamiento estatal, basada en nada convincentes supuestos sobre el Estado, y en consideraciones economicistas sobre el desarrollo y la universidad, más que en verdaderas “restricciones financieras”, que conllevan lógicamente una privatización creciente, con abandono o sacrificio en muchos casos de la calidad, asociando la pertinencia y la internacionalización a principios fundamentales de sometimiento al mercado; que nos hacen recordar viejos pero muy vigentes apotegmas⁷, unido todo ello al lógico aumento de la demanda social de educación superior y la impronta de las NTIC.

2.2. Los cambios

Cabe entonces la pregunta: ¿cuáles son hoy los problemas principales que obligan a la elaboración de planes especiales y a cambios trascendentes en la universidad cubana?

El primero de ellos es que, aun en sociedades como la de Cuba, surgida de una transformación social radical donde el pueblo alcanzó la plena y total igualdad legal y un nivel de educación que echó por tierra

⁷ “La Universidad, qué extraordinaria idea. Esta no es una mala idea, decía Kant casi hace dos siglos en el preámbulo a *Der Streit der Fakultäten*. Kant reconocía muchos de los conflictos en y en torno a la institución, muchos de ellos inevitables hasta la fecha. Uno de esos conflictos ocurre entre los “pensadores en la universidad” y “los negociantes del conocimiento”, por usar los términos de Kant, respectivamente los creadores y los comerciantes del conocimiento científico. Este conflicto entre producir el conocimiento y transmitirlo todavía atraviesa las facultades hoy en día...” (Gregor, 1979: 23). Como sostiene Karl Jaspers (1923) en su libro *Idea de la universidad*, la universidad se ha transformado en un “bazar de conocimientos en el que predominan las materias científico-técnicas, en un emporio en el que cada uno de los estudiantes asiste sólo para llevar lo que le sirve”. La Universidad es, por consiguiente, el bazar de una sociedad reducida a un mercado. Por otro lado, desprovistas de espacios reales de presencia, las universidades de la sociedad burguesa o posburguesa —y el discurso es universal— arrastran una existencia atribulada, en la que a la ausencia crónica de un caudal de investigación se une la frustración por la pérdida de una función y, un hecho más grave aún, la incapacidad de recuperarla (Bonvecchio, 1997: 17-18).

el componente objetivo de una discriminación asociada a la pobreza y a un monopolio histórico de los conocimientos, resulta cada vez más determinante para la equidad social la necesidad del ascenso a planos culturales superiores:

La discriminación objetiva, por sus características, afecta a negros, mestizos y blancos, es decir, a los que fueron históricamente los sectores más pobres y marginados de la población [...] Otro tanto ocurría con muchas familias blancas sumamente pobres, que emigraban del campo a las ciudades. Lo triste es observar que esa pobreza, asociada a la falta de conocimiento, tiende a reproducirse [...] *Hemos podido percatarnos de algo que parece constituir una ley social: la relación inversamente proporcional entre conocimiento, cultura y el delito* (Castro, 2003: 5).

Por otra parte, en los últimos 10 años, la demanda cuantitativa de fuerza de trabajo calificada ha dejado de ser un problema acuciante para el desarrollo del país y el quehacer universitario. Si antes fue preciso preparar grandes cantidades de profesionales en todas las carreras, sacrificando incluso en alguna medida la calidad de la formación integral⁸, hoy el problema es, en general, a la inversa. La cifra de graduados universitarios se aproxima a los 800 mil.

Además de ello el cambio para el futuro desarrollo de la educación en Cuba está presidido por la misma profunda voluntad política, social y humana, donde el acceso al conocimiento y la cultura contribuyan tanto al bienestar material como espiritual y ético de todos los ciudadanos, en aras de la consciente consolidación y vigencia del proyecto social cubano.

El proceso revolucionario, a pesar de los ingentes y sostenidos esfuerzos por incrementar el *status* social y económico de la población, no ha logrado el mismo éxito en todos los segmentos de la sociedad. Mientras las mujeres constituyen el 65% de la fuerza técnica y científica del país, y en el pasado curso 2001-2002 representaron el 62,6% de los graduados, dato impresionante que habla más que cualquier palabra, lo que entre otros varios factores de su protagonismo social, las hace integrar un prestigioso y decisivo segmento de la sociedad, no ocurre lo mismo con la población negra, aun cuando en sectores como la enseñanza y la salud tienen una participación importante. A la erradicación de la pobreza asociada a la falta de conocimientos y cultura están orientados los nuevos planes de la educación cubana.

Muy por el contrario de lo que muchos apostaron a principios de la década pasada, los cambios en Cuba y en su educación superior en particular están orientados hacia la consolidación, con el apoyo de los universitarios, los profesionales y los intelectuales, del Proyecto Social vigente, y no hacia la aplicación de

⁸ "El ingeniero mecánico que no esté al tanto de los principales hallazgos de la microbiología y no comprenda el sentido de la ingeniería genética; y el biólogo que a su vez ignore los hallazgos de la microelectrónica y los principios de la informática que la utiliza, no solo serán técnicos incompletos sino que resultarán trabajadores menos útiles. Si ambos no son capaces de identificar la Novena sinfonía o reconocer el David de Miguel Ángel, estarán mutilados en una de sus posibles dimensiones [...] Al iniciar la Reforma, la Revolución tenía que elegir, e hizo la elección correcta. Asumo gustosamente mi parte de responsabilidad en ello [...] la cantidad a la que teníamos forzosamente que aspirar condicionaba, en ese período, la calidad que podíamos obtener [...] Era el único camino viable. *Ad augusta per angusta* [...] pero comprender lo necesario no es resignarse permanentemente a su imperio" (Rodríguez, 1984: 33-36).

recetas de corte neoliberal. En este último sentido, la característica fundamental de los cambios en Cuba es, precisamente, la ausencia de cambios hacia el sometimiento al modelo hegemónico neoliberal imperante en el mundo ni a la aplicación de la “receta” de los organismos financieros internacionales.

A continuación se resumen las condiciones y formatos que la imposición de la ideología neoliberal, a partir del Estado, hace prevalecer en la dirección de los países forzados o anuentes a adoptarla, así como en las tendencias de sus sistemas de educación superior.

En el caso de Cuba, el Estado no sustenta ningún fundamento ideológico neoliberal, estableciendo soberanamente el modelo de desarrollo en correspondencia con el Proyecto Socialista; la educación mantiene su naturaleza estatal, laica y gratuita, el financiamiento adecuado se ha garantizado siempre, a pesar de limitaciones económicas y comerciales, impuestas sobre todo por la situación internacional y el bloqueo permanente aplicado por los sucesivos gobiernos de los EE UU desde el triunfo de la Revolución. La real masificación de la matrícula universitaria ocurre como consecuencia de una efectiva voluntad política y aspiraciones de ascenso a una cultura general integral, sin necesidad de ningún efecto “paracaídas” como amortiguador de caídas a estratos sociales inferiores por imposibilidad de acceso a la educación, lo que hace también innecesario e impropio paliativo alguno —mucho menos mediocre— a la masificación del acceso ni mucho menos atenuador de demandas culturales insatisfechas ni de potenciales estallidos sociales.

Sin embargo, como ha sido planteado antes, no todos los problemas han sido resueltos ni todas las aspiraciones logradas, aunque, a pesar de posibles errores e insuficiencias, Cuba ha sido reconocida internacionalmente como portadora de una obra y un pensamiento educativo muy valiosos para el disfrute y avance de su pueblo y a disposición de los pueblos del mundo que deseen poseer el acervo de nuestras experiencias.

2.3. *Los primeros planes de hoy*

A principios del año 2001 los planteamientos sobre el futuro de la educación superior, expresados en el Aula Magna de la Universidad de La Habana por el Presidente Fidel Castro, tienen como antecedentes más recientes la formación masiva de trabajadores sociales con nivel preuniversitario, la modificación para ellos de las regulaciones generales vigentes para el acceso a la Universidad y la forma de estudio en las carreras que podrán matricularse por esa vía, así como el uso de la televisión nacional para la transmisión del programa “Universidad para Todos”.

Lo anterior plantea el reto de afrontar una profunda transformación de la educación superior en Cuba, que implica esencialmente un *cambio del paradigma* de desarrollo universitario, que obliga a reconceptualizar y adecuar las dimensiones sustantivas de la Dirección Científica del subsistema, de sus procesos y resultados, cuya esencia debe ser informada por la gestión del conocimiento como modo de abordar eficazmente la dirección de la universidad, así como la toma de decisiones en tres dimensiones sustantivas: a) la Política, b) la Administrativa y c) la Tecnológica.

El cambio en la *dimensión política* exige ante todo un cambio de mentalidad de los gestores y actores de la Transformación. Comprender el profundo contenido cultural, ideológico, sociológico y político de las ideas que presiden la cualidad del reto afrontado. Lo acuciante de este problema estriba en el acelerado aumento del *conocimiento* y de su generación, las exigencias del medio para la preparación de profesionales y, sobre todo, la formación de la inteligencia que deberá dar continuidad al Proyecto Social. No en balde, desde hace algunos cursos, se incrementa paulatinamente la matrícula en las carreras de Humanidades y Ciencias Sociales y hoy se nos ha planteado también que “le llegó el turno a las Humanidades” como lógico resultado de dos hechos: en primer lugar, la calidad y cantidad de profesionales universitarios que ya tiene el país y que, en general, sin grandes incrementos en adelante puede garantizar el desarrollo de la esfera productiva de la economía nacional, y en segundo lugar, la realización en el empleo que debe tener y tendrá profesionales, pues se trata de un problema de CULTURA, científica, artística, literaria, humanista, que tiene como fundamento la adquisición y generación de CONOCIMIENTOS, como variable determinante del poder y del progreso. La dimensión política de la Transformación está en correspondencia, más que con cantidad de profesionales, con la educación en valores y la reproducción de cualidades de nuestra fuerza de trabajo futura que garanticen la continuidad histórica del Proyecto de Transformación Social Cubano, que en la movilidad social se refuerce el valor del conocimiento individual y que el compromiso de la juventud universitaria se motive cada vez más espontáneamente por valores vinculados a su nivel cultural, político e ideológico.

La *dimensión administrativa* deberá superar y enriquecer la ejecución de procedimientos, gestión de recursos, ejercicios de planificación, organización, control y evaluación, incorporando junto a las demás dimensiones la gestión de la producción y aplicación de nuevo conocimiento, para lo que deberá continuar elevándose el nivel de conocimientos y eficacia de la gestión universitaria, sobre todo en lo que a elaboración de concepciones y alternativas propias se refiere. Esta dimensión deberá orquestar el principio de estabilidad y cambio permanente de una universidad diferente, innovadora y de crecimiento sustantivo, es decir, determinada fundamentalmente por su nivel científico e investigativo.

Tiene aquí una importancia determinante el concepto de CAMBIO asociado a la Transformación que se requiere y los contextos en que se desarrollará. Éste deberá ser la síntesis de la efectividad, la eficiencia y la eficacia y por último de la excelencia de los procesos propios del quehacer universitario, del sistema y de la calidad de su pertinencia integralmente.

La *dimensión tecnológica* consta de dos componentes fundamentales, la primera implica las *transformaciones curriculares*, en contenido y métodos; la segunda las *tecnologías informáticas*, no solo como elementos auxiliares sino como agentes importantes inherentes a los cambios curriculares. Esto último será un factor primordial para que esta dimensión de la Gestión Universitaria logre realmente la integración de las funciones sustantivas de la educación superior (formación, cultura científica, extensión). La Universidad “presencial”, la Universidad “a distancia” y la Universidad “virtual”, todas con un elevado componente de TIC, deberán aportar sus ventajas respectivas a esta dimensión.

2.4. Algunos rasgos de universalización

Como hemos mencionado antes, en las décadas de los 1960 y 1970 se llevaron a la práctica decisiones sustantivas para la mayor cobertura de la educación superior a todo el país, lo que se enfatizó en magnitud y profundidad a finales de 1979, cuando se inician los cursos a distancia o enseñanza libre, para los cuales el único requisito de matrícula es poseer el grado de bachiller o certificado equivalente del duodécimo grado vencido. Este tipo de curso ha ido ganando adeptos, no solo de jóvenes trabajadores, sino también de personas de la tercera edad que han visto en esta modalidad de estudio la posibilidad de realizar una aspiración personal (Vecino, 2003: 7).

Como la educación es el instrumento por excelencia en la búsqueda de la igualdad, el bienestar y la justicia social, ella está en el centro de los planes que hoy se ejecutan para el logro de la transformación total de la propia sociedad, y la erradicación de asimetrías notables entre distintos segmentos de la misma; uno de cuyos frutos será la cultura general integral, que debe alcanzar a todos los ciudadanos. A tales objetivos se vinculan hoy más de cien programas, que tuvieron como antecedentes principales los siguientes:

1. Formación de Trabajadores Sociales, desde septiembre 2000, y creación de nuevas escuelas en otras tres provincias, Villa Clara, Holguín y Santiago de Cuba, a partir de septiembre del 2001.
2. Formación de Maestros Primarios Emergentes, en septiembre 2000, y extensión de este programa a otras escuelas del país en septiembre de 2001.
3. Formación de Instructores de Arte, en todas las provincias del país.
4. Inicio de la formación de Maestros Primarios de Computación, en Ciudad de La Habana a partir de septiembre de 2001.

Un rasgo fundamental de las transformaciones que tienen lugar actualmente en la educación superior en Cuba, está determinado porque

“[I]a propia vida material futura de nuestro pueblo tendrá como base los conocimientos y la cultura. [...] Más de cien mil jóvenes entre 17 y 30 años que no estudiaban ni disponían de trabajo, hoy asisten de manera entusiasta a los cursos donde refrescan y multiplican sus conocimientos, por lo cual reciben una remuneración. *Tal vez la más audaz decisión adoptada en fecha reciente ha sido la de convertir el estudio en una forma de empleo*” (Castro, 2003, énfasis añadido).

Este Plan Especial, denominado de Formación de Trabajadores Sociales, iniciado por la Universidad de La Habana y que se ha generalizado ya en otras universidades de diferentes provincias del país, es abanderado de las ideas que dieron inicio hace 5 años a las transformaciones actuales de la universidad cubana. En este Plan se aplica un modelo similar al de los Cursos por Encuentros, basado en la realización de encuentros quinquenales en las propias instalaciones de las universidades.

El desafío a enfrentar por este modelo es el logro de una eficiente continuidad de estudios, con nivel equivalente al de los cursos diurnos, a partir de un alto grado de compromiso social de los estudiantes-trabajadores en su formación universitaria, a partir de su propia motivación individual, la organización por

municipios y el apoyo sostenido de los tutores y profesores. Todo ello permite la asimilación de una matrícula masiva y la desconcentración de la universidad en todos los municipios del país, mediante la creación de las Sedes Universitarias Municipales (SUM).

Por último, hoy en cada uno de los 169 municipios del país existe una Sede Universitaria Municipal (SUM) adscrita a instituciones académicas del Ministerio de Educación Superior (MES), dependientes de la universidad más cercana, que ofrecen estudios superiores en varias carreras universitarias, con planes elaborados especialmente para trabajadores y adultos en general, con condiciones de acceso y posibilidades de estudio más favorables a sus condiciones personales y con asesoría de un tutor o guía perteneciente al claustro de la SUM, integrado por profesores de la universidad y profesionales del propio municipio categorizados para ejercer como profesores. Considerando las SUM adscritas a instituciones de otros organismos estatales, suman en total más de 400 en todo el país.

En las SUM del MES se estudian 7 carreras de Humanidades y 2 de Computación, la matrícula total es de 10516 estudiantes, el claustro está compuesto por 3942 profesores, incluidos jóvenes egresados en período de adiestramiento y los alumnos ayudantes. Del total del claustro, 3049 son profesores adjuntos de los propios territorios⁹.

En el modelo se identifican tres componentes principales que, en su integración, brindan una respuesta adecuada a la continuidad de estudios en estas carreras:

- Un sistema de actividades presenciales.
- El estudio independiente.
- Un sistema de Servicios de Información Científico-Técnica y Docente.

El reglamento docente de las SUM es diferente y más flexible que el vigente para los jóvenes estudiantes de tiempo completo; así por ejemplo en el número de asignaturas matriculadas en cada semestre lectivo, sin determinación de tiempo límite para la culminación de los estudios, con establecimiento de horarios de consulta, facilidades de textos, etc.¹⁰.

3. EDUCACIÓN, GLOBALIZACIÓN E IDENTIDAD NACIONAL. EL PROBLEMA DE LA CULTURA: EL OTRO DESAFÍO

El otro desafío que enfrenta la educación cubana, de cara al siglo XXI es el de la salvaguarda de la identidad cultural, frente al creciente proceso de globalización. Somos del criterio que la cultura que se impone como hilo conductor en América Latina y el Caribe, Cuba incluida, (la cultura occidental) es un proceso de síntesis, que además tiene que ver con otro fenómeno que ahora llamamos “globalización” pero que como proceso de “internacionalización” tiene un antecedente mucho más lejano, que pudiera situarse en la vocación de desarrollo del comercio en la antigüedad, pasando por las sucesivas expansiones de Alejandro

⁹ Datos del curso académico 2002-2003.

¹⁰ Las informaciones fundamentales brindadas sobre la creación de las SUM y las características de los estudios en las mismas, se han obtenido por los autores a partir de exposiciones y datos brindados por los especialistas que atienden este Programa en la Universidad de La Habana.

Magno o Genghis Kan. Sin lugar a dudas tiene dos momentos trascendentes en la modernidad con la expansión de la burguesía, uno de los cuales tiene que ver con el vertiginoso desarrollo de los sistemas cibernéticos y en general con el portentoso desarrollo de la ciencia y la técnica. De lo que se trata es que si en su momento la cultura occidental impuso un proceso de síntesis —desde una posición de dominio—, con el “descubrimiento”, a esta parte del mundo, proceso de síntesis que se constituyó en un espacio teórico a *posteriori*, en la actualidad sin lugar a dudas se está produciendo un nuevo proceso de síntesis, que a diferencia de aquel puede ser pensado *a priori*, o al menos intelectualizado en la misma medida que va corriendo, lo que posibilita el monitoreo no sólo por los centros hegemónicos mundiales, que sin dudas lo están monitoreando, sino que también puede ser —y debe ser— evaluado por lo mejor del pensamiento del Sur.

En tal sentido, constituye una verdad que la globalización no es solamente un fenómeno que involucra la esfera de la economía, las transacciones comerciales, etc. La globalización es más que eso, es globalización de la cultura, y en esa medida tendrá que ser la lucha entre la síntesis necesaria y la imposición hegemónica de la cultura, que si bien en el primer proceso americano se produjo de forma que pudiéramos decir “espontánea”, vista desde el Sur, pudiéramos enfrentar el problema a partir de los siguientes supuestos.

En primer lugar, en el plano cultural mas amplio, la globalización “globaliza” (trata) un determinado modo de vida que incluye: valores, instituciones, hábitos de consumo, organización de la vida ciudadana, y este fenómeno de traslado de un determinado modo de vida se realiza por todos los agentes de educación; a saber: sistemas escolares, sistemas de radiodifusión, familia, organizaciones de la vida civil.

Se trata de que la identidad es una construcción que se relata y este relato se realiza por medio de agentes de educación.

En un primer momento, el proceso de construcción de la identidad se dio a través de escuelas, libros, museos..., siempre discursos políticos donde se trató de llevar al imaginario colectivo los acontecimientos que legitimaban el establecimiento de los Estados-Nación, y que estuvieron por mucho tiempo vinculados a las gestas por la independencia o al enfrentamiento a invasores externos, procesos todos presentes en la conformación de los Estados nacionales latinoamericanos y caribeños. A este esfuerzo contribuyeron en la primera mitad del siglo XX el cine y la televisión. Todavía está fresca en nuestras mentes aquel clásico de la cinematografía argentina que fue *La Guerra Gaucha*, o aquel otro de la cinematografía mexicana —no clásico por cierto— que narraba de forma muy edulcorada, la contienda contra Maximiliano de Habsburgo.

A través de este esfuerzo, comenzaron a diferenciarse los rasgos que pretendían distinguir a un pueblo (por ejemplo, el argentino) de otro. Se ponía énfasis en aspectos tales como la forma de hablar, la música autóctona —no importaba que las raíces pudieran ser comunes en dos o mas pueblos—, la forma de vestir, los hábitos, etc.

En la segunda mitad del siglo XX el proceso de transnacionalización, ayudado por el desarrollo de la tecnología de la comunicación, que se mueve desde los satélites hasta las redes ópticas, se esfuerzan en colocar en un primer lugar a la denominada “cultura-mundo”, y se corresponde con el proceso mediante el cual, de forma programada, sistemática y declaradamente neutral, pretende “homogeneizar” la cultura a partir del patrón que se corresponde con los intereses de los países desarrollados.

Lo anterior, sin embargo, presenta matices, porque detrás de esta aparente “neutralidad” existen mensajes ocultos: lo norteamericano es superior, lo blanco es superior, porque es lo más inteligente, lo más culto o simplemente lo más valiente. *Los halcones negros*¹¹ son blancos occidentales liderados por un norteamericano, que tiene una “mascota” (Chop Chop) que curiosamente es chino, de la entonces China no comunista. Hasta los de otros planetas como es el caso de “Superman” son blancos, y su otra identidad “Clark Kent” es norteamericana.

De manera que la historia se repite y los Hegel y Kant de hoy se llaman Coppola o Spielberg, que se nos presentan con un soporte teórico (o pseudoteórico) a partir de las proposiciones de académicos como Giddens, Huntington o Francis Fukuyama. Pero como dijimos anteriormente, este es un proceso que presenta como característica propia el que puede ser teorizado, en un sentido o en otro en el mismo tiempo en que se va produciendo, y este hecho es precisamente el que nos reporta una relativa ventaja, porque es la posibilidad de pensar la historia, en el momento en que va aconteciendo, posibilidad que no tuvo el hombre en la antigüedad y el medioevo, pues ni Tácito, ni Herodoto ni Polibio, ni ningún otro se planteó que los hechos que contaban eran el resultado de leyes generales del desarrollo, y nunca llegaron a preguntarse sobre las etapas de la historia en la misma medida en que no tenían conciencia de pertenecer a un periodo histórico, circunstancia que resulta raigal en los que asumimos hoy el advenimiento de un nuevo siglo y un nuevo milenio.

Y corresponde a los representantes de la cultura latinoamericana y caribeña, replantearse el problema y con su quehacer, contribuir a subvertirlo¹² de manera que los términos de la ecuación están en: seguir queriéndonos parecer a los “occidentales tradicionales” y sucumbir ante ellos, en un esfuerzo baldío por reproducir esquemas de desarrollo, o asumir “nuestra propia occidentalidad” como una crítica al modelo que contribuyó a que hoy fuéramos lo que somos, enfrentando a nuestros pueblos a partir de un pensamiento holístico a la realidad de la “modernidad”, y asumiendo que si bien somos occidentales, no podemos seguir siéndolo al estilo de París, New York o Washington sino que tenemos que construir, asumiendo un nuevo esquema de desarrollo —porque ello es la cultura de la cultura—, nuestro propio México, Caracas o Bogotá occidentales.

De manera que “montarse en el carro de la globalización” significará asumirla en toda su dimensión como tendencia, para lo cual América Latina tendrá que asumir los retos, pero de ninguna forma podrá significar que se asuma como proyecto político, tendiente a perpetuar —modificando el discurso civilizatorio en su aspecto fenomenológico pero manteniendo sus esencias— el sistema de dominación del capitalismo y en última instancia el capitalismo.

Como veremos a continuación, Cuba no ha estado —antes y después de la Revolución— ajena a esta situación. Antes de la Revolución el proceso de penetración económica y cultural de los EE UU se desarrolló en creciente. Ya desde mediados del siglo XIX, y aún ejerciendo su dominio colonial España, la penetración económica de los Estados Unidos en la Isla fue significativa.

¹¹ Nos referimos a la serie de historietas que circuló por toda América Latina en los 1950 y que se complementaban con otras como: “Tarzán”, “El Pato Donald”, “Superratón” etc.

¹² Cuando decimos “contribuir”, estamos simplemente separando dos procesos que pueden ir parejo pero que no son idénticos. La cultura puede contribuir a subvertir el orden (incluido el cultural), pero es la política, son los políticos los verdaderos sujetos del cambio de la sociedad.

Con la primera intervención, además de afianzar su dominación económica, los EE UU comenzaron a potenciar su proceso de dominación cultural, fenómeno que significativamente comienza por el intento de “americanización” de la educación, que se lleva a efecto con el otorgamiento de becas a maestros cubanos para cursar estudios de verano en Universidades norteamericanas. En todo el decurso de la República, entre 1902 y 1959, el proceso de penetración cultural norteamericano en Cuba se llevó por la vía de hecho —no sin una oposición crítica— por los distintos agentes de la educación, a saber: el cine y sus héroes, que se convirtieron en el “cine y los héroes” de una parte importante de la población cubana, la música, los mecanismos de consumo, la forma de hacer política, etc.

El triunfo de la Revolución en enero de 1959 iniciaría un proceso de rescate de todas nuestras tradiciones culturales que irían desde “conozca a Cuba primero y al extranjero después” (mediante el proyecto INIT)¹³ hasta “consume productos cubanos”, que potenciaba el renacer de una industria nacional, todavía en la dinámica del desarrollo de una burguesía nacional.

En esta etapa, la escuela cubana —y el resto de las instituciones que de una u otra forma contribuyen al proceso de educación de la población— jugó un importante papel en el fortalecimiento de nuestra identidad y en el desarrollo de nuestra cultura. Una nueva visión de la historia nacional, un definitivo rescate de nuestras raíces culturales, redescubriendo para las amplias masas a figuras emblemáticas como Nicolás Guillén, Fernando Ortiz¹⁴, Amelia Peláez o Mariano Rodríguez, replanteándose una nueva visión de nuestro folklore, sobre todo el de origen africano, potenciando el Ballet Nacional de Cuba y la Orquesta Sinfónica Nacional y llevándolos a los más diversos escenarios del país.

No se puede dejar de mencionar en este proceso el efecto cultural de la Campaña de Alfabetización desarrollada por Cuba en 1961, que potenció para la generación que la llevó a vías de hecho (jóvenes en su mayoría) una nueva dimensión del hecho cultural al intercambiar experiencias con otros grupos sociales, fundamentalmente campesinos, y compartir con ellos “saberes” de diferentes magnitudes¹⁵.

Las décadas de los 1970 y 1980, independientemente de “acercamientos” (necesarios) a determinada cultura europea, como producto de estrechos vínculos con el campo socialista, en especial con la Unión Soviética, continuó sin embargo el camino iniciado en 1959 de profundización de nuestras raíces culturales. El desarrollo de una cultura del internacionalismo, que generó un proceso sistemático de trabajo en la escuela cubana, y que se materializó, por otra parte, en la solidaridad con los procesos políticos en América Latina y el Caribe, y sobre todo en el cumplimiento de misiones internacionalistas en América Latina y África¹⁶.

¹³ INIT, siglas con las que se conoció el entonces Instituto Nacional de la Industria Turística de Cuba, predecesor del actual Ministerio de la Industria Turística.

¹⁴ No hay que olvidar que una de las primeras medidas de la Revolución en el plano del desarrollo de la educación y la cultura lo fue la creación de la Imprenta Nacional de Cuba, dirigida por Alejo Carpentier.

¹⁵ Para profundizar en este aspecto, ver Borroto López (2000).

¹⁶ En este aspecto hay dos momentos, íntimamente ligados a la educación cubana que no pueden ser dejados de mencionar, uno es el cumplimiento de misiones internacionalistas, como Maestros y Profesores de decenas de miles de cubanos en Angola, incluidos estudiantes de las Universidades Pedagógicas agrupados en el legendario Destacamento Pedagógico Ché Guevara, y otro es el asesoramiento cubano —de miles de ellos— en la Campaña de Alfabetización en Nicaragua, en momentos de la Revolución sandinista.

En todo este período, la estrategia educacional de la Revolución cubana —que incluye a la escuela cubana, pero que la trasciende— siguió con rigor la máxima martiana de que el mundo se insertase en nosotros pero que las raíces sean nuestras, lo cual quedó evidenciado en programaciones simultáneas de cine universal (soviético y norteamericano incluidos) con un desarrollo ostensible de la cinematografía cubana, incluida la de largometraje, pero sobre todo la documentalística, con un alto contenido ético y estético y sobre todo con una política editorial amplia y de fácil acceso a las amplias masas. En este período, programas de participación, desarrollados por la televisión cubana, como *Todo el Mundo Canta* y *Para Bailar*, potenciaron significativamente la cultura nacional en estas manifestaciones.

Los finales de los 1980 y la década del 1990, con el desplome del campo socialista, la pérdida de nuestros mercados, el inicio y desarrollo del denominado “período especial”, con las restricciones materiales que esta etapa ha incluido por un lado, y la necesaria incorporación del país a las redes de información que universalmente se desarrollan, han significado un nuevo reto para nuestra dinámica cultural. El redimensionamiento de nuestra economía, y el hecho de que el turismo se haya convertido en el sector más dinámico de la misma han determinado un nuevo sistema de influencias en nuestra población, principalmente en nuestra población más joven. Tal circunstancia, fue captada en su esencia por la dirección de la Revolución y en especial por el Comandante Fidel Castro, quien en los momentos más críticos, proclamó que salvar la cultura, era salvar la nación. “La batalla de ideas”, y las transformaciones que se han venido produciendo en la educación en estos últimos años, sobre todo la posibilidad que brindan los ajustes del sistema del trabajo sistemático en la esfera de los valores, constituyen elementos que hay que tomar en cuenta para un análisis serio de la realidad educacional y cultural de la Cuba de hoy.

BIBLIOGRAFÍA

Altbach, P. G. (1998) "The Anatomy of Private Higher Education", *International Higher Education*, Boston College, nº 12, pp. 9-10.

BANCO MUNDIAL-UNESCO (2000) *La Educación Superior en Países Subdesarrollados: peligro y promesa*. Apéndice Estadístico, Washington, D.C.

Bonvecchio, Claudio (1997) *El mito de la universidad*, México, Siglo XXI editores.

Borroto López, Lino T. (2000) "La Estrategia Educacional de la Revolución Cubana", *Revista "Aula Magna"*, Universidad Central de Venezuela, Caracas.

Castro, F. (2003) "Clausura del Congreso *Pedagogía 2003*", *GRANMA*, La Habana, 7 de febrero de 2003.

Consejo Superior de Universidades (1962) *La Reforma de la Enseñanza Superior en Cuba*, La Habana, Consejo Superior de Universidades.

García del Portal, J. M. (2002) *La educación superior de Cuba en la década del 90*, Documento IESALC/UNESCO, La Habana, Ministerio de Educación Superior.

Gregor, M. J. (1979) "Introduction", en Immanuel Kant: *The Conflict of the Faculties*, Norwalk (Connecticut), Abaris Books (trad. de M. J. Gregor del original alemán *Der Streit der Fakultäten*, 1798).

Jaspers, Karl (1923) *Idee der universität*, Berlín, Springer.

Rodríguez, Carlos Rafael (1984) "Discurso al recibir el Grado de 'Profesor de Mérito' en la Universidad de La Habana", en *Palabras en los Setenta*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, pp. 33-36.

Schugurensky, Daniel (1998) "La reestructuración de la Educación Superior en la Era de la Globalización: ¿Hacia un Modelo Heterónimo?", en A. Alcántara, R. Pozas y C. Torres: *Educación, Democracia y Desarrollo en el Fin de Siglo*, México, Siglo XXI editores, pp. 118-149.

UNESCO (1995) *Documento de Política para el Cambio y el Desarrollo en la Educación Superior*, París.

Vecino, F. (2003) "La Universalización de las Universidades: Retos y Perspectivas", Conferencia en el Congreso *Pedagogía 2003*, dictada en el Palacio de Convenciones de La Habana el 5 de febrero de 2003.

EPÍLOGO. ESTUDIOS ACADÉMICOS SOBRE AMÉRICA LATINA: LA MAESTRÍA INTERNACIONAL DE AMELAT XXI Y EL PROYECTO UNILA (UNIVERSIDAD PARA LA INTEGRACIÓN DE AMÉRICA LATINA)

Gerónimo de Sierra (Universidad de la República de Uruguay)

Los estudios universitarios focalizados en América Latina como conjunto tienen una importante tradición en la propia región, en los Estados Unidos y también en varios países de la Unión Europea. Los formatos institucionales y científicos en que se desarrollan esos estudios son extremadamente variados. Hay algunas Carreras o Licenciaturas de Grado, así como diversos tipos de Diplomas cortos, pero predominan estudios de Postgrado, ya sea en Maestrías de tipo profesionalizante o propiamente académicas (con tesis en sentido estricto), y también con el formato de Doctorados.

También son muy heterogéneos los enfoques académicos, ya que van desde los llamados Estudios Latinoamericanos, de tipo fuertemente interdisciplinarios, hasta los centrados en una mirada disciplinaria bien específica (por ejemplo, Economía, Política, Energías o Literatura... de América Latina).

Un efecto importante de esos esfuerzos es que al mismo tiempo que desarrollan la enseñanza terciaria y de postgrado, han ido constituyendo núcleos de investigación científica y producción de conocimiento original sobre la región.

Siempre existieron vínculos intelectuales y de cooperación entre “latinoamericanistas” (profesores e investigadores) de las distintas regiones, pero hay que reconocer que dichos vínculos no siempre comprometían a sus instituciones como tales y, sobre todo, que no siempre tuvieron el grado necesario de horizontalidad y apertura académica, en particular entre el “Norte y el Sur”, pero también entre los pequeños y grandes países de la región.

No se trata de caer en esquemas simplificadoros, pero es cierto que las asimetrías objetivas y estructurales entre países —con su impacto en equipamiento, recursos y la consecuente acumulación académica— a menudo fueron usadas para implementar esquemas de cooperación poco horizontales, y a veces hasta discriminatorios.

* * *

Es en ese panorama, aquí descrito muy sintéticamente, que se inscribe con rasgos muy positivos la experiencia de AMELAT XXI y su Máster/Maestría de Estudios Contemporáneos de América Latina. En efecto este Máster/Maestría concreta una experiencia al mismo tiempo de alto nivel académico con una estructura institucional que implica una cooperación netamente horizontal entre universidades de ambos

continentes (12 universidades en su primera fase¹). Su diseño curricular, el contenido de las materias y el dictado de las mismas son asumidos por profesores de todas las universidades asociadas y, por supuesto, se acepta la matrícula de alumnos originarios de países de ambos continentes. Al mismo tiempo el proyecto pedagógico recoge la tendencia, de creciente influencia académica, que propugna la inter y la multidisciplinariedad. Y se dictan los cursos en forma bilingüe, castellano y portugués, las dos lenguas dominantes en la región. Finalmente este Máster/Maestría se destaca por innovar en los métodos de enseñanza al haber introducido el formato bimodal/semipresencial y el dictado de cursos a distancia por Internet como una de sus características principales.

Originalmente AMELAT XXI nació como un proyecto impulsado desde la Universidad Complutense de Madrid —en particular de un grupo de profesores de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología²— y gracias a la decisión explícita de sus creadores se ha ido transformando en un proyecto efectiva y radicalmente internacional y bicontinental. Esto es fácil escribirlo pero para quienes tienen experiencia en la gestión académica internacional y cooperativa está claro que lograr ese objetivo requiere una clara definición programática y política, y además una fuerte constancia y perseverancia en el uso de los medios. En todo caso no son muchas las experiencias internacionales que aplican con tanto rigor el espíritu de cooperación efectivamente horizontal. Ello es posible cuando se respeta realmente la calidad académica de los interlocutores elegidos —entre otras razones porque se conoce lo que enseñan e investigan— y cuando se quiere efectivamente crear redes horizontales.

En ese marco es destacable que el Máster/Maestría ECAL tenga profesores de universidades de 10 países, que los seis módulos que se ocupan del estudio “regional”³ se dicten en forma virtual desde seis universidades latinoamericanas, que todas ellas deban además ofrecer Créditos presenciales para permitir la movilidad internacional de los alumnos, y que las Escuelas de Investigación —presenciales— se realicen rotativamente en Europa y en América Latina.

En definitiva, la experiencia AMELAT/ECAL señala un objetivo, un método y un estilo ampliamente recomendables en el espacio de los estudios académicos sobre América latina. En ese sentido puede hablarse de una experiencia modélica, aunque se trate naturalmente de una experiencia acotada por el volumen de los recursos implicados y por el número de alumnos involucrados.

* * *

Influido por esa experiencia fecunda a innovadora que es AMELAT XXI y su Máster/Maestría de Estudios Contemporáneos de América Latina, quisiera ahora referirme a otra novedosa experiencia educativa de clara proyección latinoamericana, aunque esté impulsada por el Ministerio de Educación de

¹ Universidad de Guadalajara, Universidad de La Habana, Universidad de Costa Rica, Universidad Federal de Bahía, Universidad de la República de Uruguay, Universidad de Helsinki, Instituto de Estudios Latinoamericanos de Austria, Universidad Metropolitana de Londres, Universidad de Cambridge, Universidad Nueva de Lisboa, Universidad Nacional de Educación a Distancia de España y Universidad Complutense de Madrid.

² Proyecto, nº ALFA II-0487-FCD-FI, denominado “AMELAT XXI”.

³ Centroamérica, Caribe, Región Andina, Cono Sur, México y Brasil.

Brasil: la Universidad para la Integración Latinoamericana (UNILA). En estos momentos la universidad está en plena fase de implantación en Foz de Iguazú, bien próxima a la triple frontera entre Argentina, Brasil y Paraguay.

Claro que en este caso se trata de un proyecto mucho más grande y abarcativo, ya que según el proyecto original aspira a recibir hasta 10 mil alumnos y 500 profesores. En ambos casos la mitad brasileños y la otra mitad del resto de los países latinoamericanos. Es decir que más allá de su dependencia administrativa y presupuestal y su implantación física, puede sostenerse que en cierto modo la UNILA será una universidad al mismo tiempo brasilera y latinoamericana. Esto no sólo por la inspiración del proyecto original, sino por el carácter internacional de su alumnado y su cuerpo docente, es decir el aspecto fundamental de una universidad. Amén de que contará desde su inicio con un Consejo Consultivo Latinoamericano.

Este proyecto es innovador por la composición originaria —paritaria— de alumnos y profesores, lo que representa una experiencia única en América Latina, pero además introduce un objetivo también innovador como es contribuir a la integración latinoamericana⁴ a través del estudio y la producción de conocimiento compartido entre profesores y alumnos de todos los países. Es decir estudiar y enseñar juntos las disciplinas y áreas temáticas realizando una experiencia prolongada de convivencia física, intelectual, cultural. Es difícil minimizar los efectos a mediano y largo plazo de un proceso cultural de ese tipo para la región. En todo caso nunca se había intentado antes en esa escala y con esas características⁵.

Como dice el propio proyecto de Ley que la crea:

[...] Considerando que a educação superior tem um papel estratégico para países latino-americanos que aspiram legitimamente ocupar um lugar relevante na divisão internacional do conhecimento, a Universidade Federal da Integração Latino-Americana (UNILA) terá como missão *desenvolver uma integração solidária através do conhecimento, fundada no reconhecimento mútuo e na equidade*.

[...] Atualmente, há, no Brasil, um conjunto de universidades que desenvolvem uma diversificada e crescente interação acadêmico-científica com os países da América Latina, cujas experiências precisam ser potencializadas através de uma instituição que tenha por missão *fazer avançar o processo de integração para um novo patamar qualitativo*, com uma ampla oferta de cursos em todos os níveis, abertos a estudantes brasileiros e dos demais países da América Latina.

⁴ “A missão da UNILA é a de contribuir para o avanço da integração da região, com uma oferta ampla de cursos de graduação e pós-graduação em todos os campos do conhecimento abertos a professores, pesquisadores e estudantes de todos os países da América Latina. Como instituição federal pública brasileira pretende, dentro de sua vocação transnacional, contribuir para o aprofundamento do processo de integração regional, por meio do conhecimento compartilhado, promovendo pesquisas avançadas em rede e a formação de recursos humanos de alto nível, a partir de seu Instituto Mercosul de Estudos Avançados, com cátedras regionais nas diversas áreas do saber artístico, humanístico, científico e tecnológico” (Helgío Trindade, Informe a los Ministros de Educación del Mercosur, marzo de 2009).

⁵ Por ejemplo en las experiencias realizadas en Cuba los estudiantes extranjeros viven y cursan en instituciones y lugares separados de los propios cubanos.

Figura # 1:
Diseño del campus de UNILA por el arquitecto Oscar Niemeyer



Por otro lado su filosofía explícita está fundada en la idea de cooperación solidaria entre países y universidades de la región, a saber:

A cooperação e o intercâmbio entre instituições, docentes, pesquisadores e estudantes brasileiros e dos outros países da América Latina devem ser pautados por princípios ético-políticos que respeitem mutuamente a associação de parceiros iguais nas relações entre as regiões e os países envolvidos.

Por tratarse de una Universidad, su ámbito se extiende a todas las áreas del saber y no sólo a las ciencias humanas y sociales. Tendrá en su momento de despliegue completo hasta treinta Carreras de Grado en áreas tan diversas como las siguientes:

- Educação e Sociedade na AL; Política e Relações Internacionais; Economia, Desenvolvimento e Integração; História e Antropologia da Alimentação; Literatura e Identidade Social na AL; Comunicação Audiovisual; Arte e Cultura na AL.
- Planejamento e Segurança; Engenharia de Transportes; Engenharia de Produção; Território e Inovação Tecnológica; Desenvolvimento Regional; Cidades e Violência; Espaço Urbano e Patrimônio Histórico.

- Saúde Pública; Educação Física; Economia Ecológica; Engenharia Química; Engenharia Ambiental; Recursos Hídricos e Meio Ambiente; Ecologia e Biodiversidade; Biologia Molecular; Nanotecnologia; Ciências da Informação; Sanidade Animal e Vegetal.

En esas y otras áreas se desarrollarán enseñanzas de grado, de postgrado e investigación avanzada, con fuerte énfasis en lo interdisciplinario en el conjunto de las carreras y durante todo el ciclo de aprendizaje e investigación. Para ello se pretende combinar avance científico y tecnológico de punta con una formación abarcativa e interdisciplinaria desde el primer año de estudios de grado. Dicho objetivo será reforzado con créditos y cursos parcialmente comunes a los alumnos de todas las áreas de estudio, ya sean humanísticas o científicas e ingenieriles.

Junto a los cursos presenciales con alumnos de toda la región, se implementarán cursos bimodales, semipresenciales y también totalmente virtuales para atender distintas exigencias de aprendizaje y también diversas situaciones entre los alumnos. Ya sean residentes en Foz de Iguazú o en sus propios países.

Al usarse el sistema de créditos por materia o módulos temáticos, se propiciará la rotación y el intercambio —tanto en Grado como Postgrados— entre alumnos de diversas universidades de la región y del resto del mundo.

Si bien se desarrollará enseñanza e investigación en todas las áreas del saber, un aspecto distintivo del proyecto es la focalización de los programas de estudio y de investigación en Problemas pertinentes y específicos para la región. Es decir, que los egresados tengan excelencia académica pero también pertinencia social y cultural. Es decir, que sean profesionales que hayan estudiado los problemas específicos que en su disciplina o área enfrentan la región y sus países, lo que en este caso significa que sean especialistas en América Latina y los problemas de la integración regional. Esto vale no sólo para las ciencias sociales, economía, literatura y artes, sino también para las ingenierías, la física y biología, la salud pública, el medio ambiente, etc. Por eso en el propio proyecto de ley se dice textualmente que:

Os cursos ministrados na UNILA serão, preferencialmente, em áreas de interesse mútuo dos países da região, nas ciências e humanidades, com ênfase em temas envolvendo exploração de recursos naturais e biodiversidades, sanidade animal transfronteiriças, estudos históricos, geográficos, sociais e lingüísticos regionais, relações internacionais e demais áreas consideradas estratégicas para o desenvolvimento regional.

Dada la pretensión de ser una institución de referencia en los estudios latinoamericanos también ha creado la Biblioteca Unila (BIUNILA) contando con tecnologías y métodos avanzados en el tema, así como convenios con otras bibliotecas del mundo, importantes en estudios latinoamericanos. Para consolidar esa parte del proyecto, y mostrando la importancia que le asigna, el gobierno de Brasil propuso y obtuvo del MERCOSUR dedicar a la construcción del edificio y equipamiento de la BIUNILA todos los fondos que tenía disponibles en el FOCEM⁶.

⁶ Fondo de Compensación entre países existente en el bloque MERCOSUR. La mayor parte de esos fondos son provistos por Brasil y en segundo lugar Argentina.

Figura # 2:
Logo de UNILA



Paralelamente se ha creado el Instituto de Estudios Avanzados del Mercosur (IMEA), con una función estratégica —sobre todo en la fase fundacional— en el área de la investigación avanzada y el estímulo a los postgrados académicos:

[...] promover o desenvolvimento da pós-graduação e da pesquisa avançada interdisciplinar, em rede e parceria, com as universidades latino-americanas, a partir da malha de 22 universidades —de 5 países— da *Asociación de Universidades Grupo Montevideo* (AUGM), visando a formação qualificada de professores e estudantes para a região [...] o IMEA, além de sua vocação para o intercambio e cooperação com instituições nacionais, latino-americanas e internacionais, promoverá atividades de pós-graduação e de pesquisas avançadas, em cooperação com as instituições universitárias brasileiras e dos países vizinhos, especialmente no espaço fronteiriço, contribuindo, através da mobilidade de professores e estudantes, para qualificação dos respectivos corpos docentes.

Dicho Instituto también será —en distintos ámbitos del saber— sede de varias Cátedras Latinoamericanas (CATELAM) rotativas, procurando reunir un grupo de profesores de referencia regional y mundial que junto con los profesores estables de la UNILA implementen actividades de investigación interdisciplinaria asociadas a los postgrados, así como conferencias y seminarios avanzados.

Están previstas para abrir las actividades en el segundo semestre de 2009 las siguientes Cátedras Latinoamericanas: “Economía e Desenvolvimento”, “Ciência, Tecnologia e Inclusão Social”, “Ciências da Vida, Biodiversidade, e Meio Ambiente”, “Políticas de Integração Regional Comparada”, “Imaginário e Identidade da América Latina”, “Saúde Colectiva”, “Historia de América latina” y “Ciências Exatas e Desenvolvimento”.

* * *

Digamos finalmente que de esta presentación sintética puede concluirse que existe una significativa convergencia de espíritu, objetivos generales y algunos aspectos metodológicos entre el Máster/Maestría ECAL y el ambicioso proyecto de la UNILA. Cada uno a su escala y con sus muy distintos medios y recursos quiere contribuir al desarrollo cooperativo y horizontal de los estudios académicos sobre América Latina, y por ese medio contribuir a los procesos de integración en la región.



**LIBRERIA
ALMA MATER**

Este libro es una producción de
EDITORIAL ALMA MÁTER (ELAM)

**Teléfono (506) 2234-1338,
detrás del Edificio Saprissa. San Pedro.
125 m. al sur del Parqueo de la Escuela de Estudios Generales,
de la Universidad de Costa Rica.**